

Según Hebreos

Un reino incommovible

David Gooding

ANDAMIO

Publicaciones Andamio

Alts Forns nº 68, Sót. 1º
08038 Barcelona
Tel. 93 432 25 23
editorial@publicacionesandamio.com
www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos
Universitarios de España (G.B.U.)

Según Hebreos

Un reino inmovible
David Gooding

© The Myrtlefield Trust, 1989

Publicado originalmente en inglés con el título *An Unshakeable Kingdom*
Traducido por: Elena Flores Sanz

Diseño cubierta: Coated Studio
Fotografía de cubierta: StockPhoto

Depósito Legal: B-38301-2008, U.E.
ISBN 10: 84-96551-61-X
ISBN 13: 978-84-96551-61-9

Printed by Publidisa
Printed in Spain

© **Publicaciones Andamio**
2ª Edición Noviembre 2008

A Jack y Ada Hartburn,
con renovada gratitud

CONTENIDO

Prólogo	7
Los hebreos	9
Afirmación de la deidad de Cristo (1:1-4)	29
Demostración de la deidad de Cristo (1:5-14)	49
La humanidad y los sufrimientos de Cristo (2)	99
Entrando en el reposo de Dios (3-4)	129
Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia (5:1-6:3)	153
Hacia la perfección (6:4-20)	171
El sacerdocio superior (7)	191
El pacto superior (8)	205
El santuario superior (9)	217
El sacrificio superior (10)	239
Doctrinas y peregrinaje de la fe (11:1-16)	259
Pruebas y luchas de la fe (11:17-12:2)	275
La larga carrera (12:3-13:25)	289

PRÓLOGO

Ha sido para mí una constante fuente de ánimo encontrar que, desde sus primeros días, la primera edición de este libro demostró ser de utilidad para un círculo cada vez mayor de lectores. Hasta la fecha ha sido traducido a media docena de idiomas, y hay más traducciones en proceso.

Naturalmente, con el transcurso de los años he seguido reflexionando sobre el mensaje de Hebreos con el trasfondo de cuestiones que iban surgiendo. Y, puesto que su relevancia para la vida contemporánea es algo que muchas personas no ven por sí mismas de forma inmediata, me ilusiona la oportunidad que me ofrece esta segunda edición para explicar dicha relevancia a una nueva generación de lectores.

Los propósitos elementales del libro continúan siendo los de siempre. No he intentado transformarlo en un comentario formal con el rigor que se requeriría y la atención exhaustiva al detalle propia de ese tipo de comentarios. Continúa siendo una serie de estudios introductorios generales.

Pero dichos estudios tienen sus ventajas. Me han permitido concentrarme en los amplios temas de la epístola y en particular en los asuntos que, según muestra la experiencia pastoral, muchas personas encuentran difíciles e incluso preocupantes, tratando de no complicarlos más por medio de una discusión exhaustiva de todos los temas secundarios.

Al mismo tiempo me han permitido escapar de los límites de la epístola misma y explorar, más extensamente de lo que

Según Hebreos. Un reino incommovible

permiten las proporciones estrictas de un comentario formal, los amplios campos de la historia, profecía, ritos y poesía del Antiguo Testamento, de donde emana gran parte del contenido de Hebreos.

He tratado de mantener el estilo conversacional de las conferencias iniciales en las que se basaba la primera edición. Puede que no resulte elegante; pero ése ha sido, según se me ha comunicado, uno de los secretos de la amplia aceptación del libro. Éste también sirve a otro propósito importante, que es el de ayudar al lector a darse cuenta, de forma más directa y personal que si se tratara de un comentario formal, de las trascendentales implicaciones prácticas y personales que conlleva la epístola para cada uno de nosotros.

Le estoy muy agradecido a aquellos que han contribuido de diversas formas al contenido o a la producción del libro: Mr. Stewart Hamilton, Dr. John Lennox, Dr. Roderic Matthews, Mr. Michael Middleton y Dr. Arthur Williamson. Mrs. Barbara Hamilton merece una mención especial por su transcripción con tan gran maestría y eficiencia. Los miembros del equipo editorial de Inter-Varsity Press han trabajado meticulosamente para transformar mi lenguaje en un inglés comprensible. Mis lectores deben saberlo, para que puedan compartir mi gratitud.

La primera edición fue dedicada a Jack y Ada Hartburn. Felizmente están todavía con nosotros y me alegra volver a dedicarles el presente libro.

DAVID GOODING

LOS HEBREOS

En la Epístola a los Hebreos resplandece la gloria de nuestro Señor Jesucristo: de su deidad, de su naturaleza humana, de su sacerdocio y su sacrificio, de su vida triunfante de fe, su resurrección y ascensión, así como de la seguridad de su segunda venida. Al mismo tiempo contiene advertencias oscuras y sombrías más largas y solemnes que las de otras epístolas del Nuevo Testamento. A causa de dichos avisos, muchos cristianos encuentran Hebreos difícil de comprender, y para algunos resulta incluso una carta aterradora.

¿Cómo hemos de proceder?

En el primero de estos estudios examinaremos la epístola en general, para descubrir a quiénes fue escrita, por qué razones y en qué circunstancias. Al tiempo que descubrimos, en primer lugar, la relación que tuvo Hebreos con las circunstancias y las vidas de aquellos a quienes fue dirigida originalmente, apreciaremos mejor y más plenamente su relación con nuestra propia situación.

Los lectores

El título que encontramos en los manuscritos, *A los Hebreos*, es obviamente un título muy adecuado. La epístola contiene muchas cosas que hacen referencia a los hebreos más que a

Según Hebreos. Un reino incommovible

nosotros, los gentiles. Está llena de referencias al sacerdocio judío, al tabernáculo, a sus cultos y sacrificios. Incluye frecuentes menciones de la historia de Israel y de los personajes del Antiguo Testamento. Es obvio que Hebreos no fue dirigida a antiguos paganos que habían llegado a creer en Cristo; fue escrita más bien para judíos educados en la fe judía que, además, habían confesado su fe en Jesús como el Mesías de los judíos.

¿Dónde vivían? Muchos piensan que en Jerusalén. Otros que en Cesarea, Roma o Antioquía. No podemos saberlo con certeza. Lo único evidente es esto: tenían todavía en alta estima el templo de Jerusalén, su sacerdocio, sus sacrificios y el culto que allí se centraba. Esto habría sido algo natural si hubieran vivido en Jerusalén, visitando constantemente el templo y participando en sus ritos. Pero existe evidencia suficiente del mundo antiguo de que, incluso los judíos que vivían en ciudades alejadas de la diáspora y que nunca habían visitado el templo —o sólo en algún caso raro de peregrinación una vez en su vida—, podían no obstante llegar a sentir gran devoción por él y lealtad a la autoridad del sumo sacerdote (véase el capítulo 7).

Y parece claro que los lectores de esta epístola eran así; porque no tendría sentido hablar tan extensamente acerca del tabernáculo, el sacerdocio y los sacrificios judíos a personas a las que ya no interesaban ni ataban estas cosas.

Fecha

En cuanto a la fecha de la epístola, encontraremos alguna pista dispersa en la misma carta. Por ejemplo, en 13:7 tenemos la siguiente exhortación: *Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado*

de su conducta, e imitad su fe. Aparentemente había transcurrido tiempo suficiente desde el momento en que el evangelio había sido predicado por primera vez como para que se hubieran convertido bastantes personas, se hubieran formado comunidades de creyentes y los cristianos más antiguos, que al principio habían llevado la responsabilidad en aquellos grupos, hubieran muerto. Por otro lado, al final del capítulo 8 encontramos lo que probablemente sea una evidencia de que la epístola fue escrita anteriormente al año 70 AD: *Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.*

No dice que el antiguo pacto y todo lo relacionado con él hubiera desaparecido. Dice que ya había un nuevo pacto basado en premisas mejores que las del antiguo. El antiguo pacto tenía el tabernáculo, el sacerdocio y los sacrificios. El nuevo pacto tenía otro sistema de culto. Y el mismo hecho de que hubiera un nuevo pacto –dice el autor– demuestra que el primero había quedado obsoleto. Entonces añade: *y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer; todavía no ha desaparecido, pero pronto lo hará.*

Estos hechos, vistos en conjunto, nos muestran más o menos cuándo fue escrita la epístola: no fue antes del año 70 AD, pero se aproximaba el momento cuando, como recordaréis, los ejércitos romanos tomarían Jerusalén, cumpliendo la profecía del Señor Jesús de que ni una piedra del templo quedaría sobre otra (Lc. 21:6). Fue aquel un período breve y crítico, cuando el antiguo sistema se tambaleaba dirigiéndose hacia su fin. El nuevo sistema ya existía, pero aún estaba viviendo los días de su infancia. Poco a poco cobraba fuerzas; y se aproximaba rápidamente un tiempo de crisis tanto para el judaísmo como para el cristianismo.

El estado espiritual de los lectores

Podemos acercarnos más a los lectores si leemos de nuevo 10:32-34. Habían confesado creer en el Señor Jesús; y a causa de ello fueron víctimas de una persecución feroz. En ocasiones fueron insultados públicamente, otras veces llegaron a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Se compadecieron de los presos y sufrieron con gozo el despojo de sus bienes. Incluso en nuestro momento histórico podemos seguir admirando su valor y la firmeza de su testimonio del Señor Jesús.

Pero la epístola también revela que las cosas ya no iban tan bien como antes. El autor indica en 10:25 que algunos estaban dejando de congregarse con los demás cristianos. Quizás, si les hubiéramos preguntado por qué no asistían, algunos se habrían vuelto y habrían respondido: «¿Y qué? Podemos seguir creyendo quedándonos en casa». Pero se trataba de un síntoma muy sospechoso. ¿Por qué dejaban de asistir? ¿Qué indicaba eso de su fe? Es evidente que el autor de esta epístola vio en este solo síntoma un peligro muy grave. Su carta está llena de exhortaciones a que mantengan sin fluctuar la profesión de su fe (véase, por ejemplo, 4:14), no sólo su fervor o su aparente piedad, sino la profesión *de su fe*. Obviamente, el autor temía que algunas de aquellas personas que se habían mantenido firmes con tanto denuedo al principio, ahora pudieran abandonar por completo su profesión de fe en Jesús como el Mesías.

Al parecer, sus temores estaban reforzados por el recuerdo de lo que les había ocurrido siglos antes a sus antecesores en el desierto (véanse los capítulos 3 y 4). Los israelitas habían comenzado con mucho denuedo, dejando Egipto y cruzando el mar Rojo gritando triunfalmente: *Cantaré yo a Yahvéh, porque se ha magnificado grandemente; ha echado en el mar al caballo y al jinete* (Éx. 15:1). Pero posteriormente, cuando llegaron a las

fronteras de Canaán, la gran mayoría de ellos rehusaron seguir y entrar en la tierra prometida. Al venirle este episodio a la memoria, nuestro autor advierte a sus lectores con gran seriedad. Les dice que teme que algunos de ellos puedan estar comenzando a mostrar el mismo patrón de conducta que sus antepasados (4:1).

Posteriormente, en el capítulo seis, piensa que es prudente afrontar otra advertencia similar. Describe en detalle las serias consecuencias de que las personas que una vez fueron iluminadas se aparten. Es imposible –les dice– llevarlas de nuevo al arrepentimiento. Y sin arrepentimiento, por supuesto, no puede haber perdón ni salvación.

Más tarde, en el capítulo 10, recuerda a sus lectores que *si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados (10:26)*. Obviamente había síntomas en el comportamiento de aquellos primeros hebreos convertidos que causaban honda preocupación al autor.

Su historia

En los estudios posteriores intentaremos no sólo aprender lo que se les dijo a ellos, sino también aplicarlo a nosotros mismos dónde y comoquiera que resulte más apropiado. Debemos entonces –y quisiera poner gran énfasis en esto– investigar con paciencia cuál era realmente la situación. Pensemos en ello de nuevo. Estamos ante unas personas educadas en la fe judía tradicional. Durante siglos, sus ideas acerca de Dios habían girado en torno al espléndido templo de Jerusalén, con el canto ritual de los levitas y los sacerdotes, los grandiosos ceremoniales y la pompa impresionante de aquellos antiguos cultos. Se habían acostumbrado a oler incienso y escuchar música, al

Según Hebreos. Un reino incommovible

sumo sacerdote, con sus maravillosos y espectaculares ropajes, a los sacerdotes normales lavándose en el lavacro, a las personas que iban a adorar y confesaban sus pecados, a los sacrificios santos que se ofrecían y a una atmósfera de reverencia y devoción.

Nuestros hebreos, por tanto, habían crecido en una religión honrada por los nombres de todos sus grandes antepasados, patriarcas, reyes y profetas. Moisés había adorado en un tabernáculo construido según los planos que Dios mismo le había dado. Salomón, igualmente, había edificado su magnífico templo según los planos que Dios le había dado a su padre David (1 Cr. 28.19); y su templo presente era básicamente una copia más grande y enriquecida de aquellos santuarios anteriores. Ellos, como la mayoría de los judíos, amaban su templo con un fervor apasionado. Doscientos años antes, sus antepasados de Palestina habían soportado una terrible persecución cuando el emperador griego, Antíoco Epifanes, había convertido el templo de entonces en un altar pagano con un ídolo de una deidad gentil. Su represión a la adoración al único Dios verdadero y a la ley de Dios en la que se basaba dicha adoración había supuesto violentos ataques a lo largo de toda la diáspora. Pero los judíos de Palestina habían rehusado ceder un ápice a las blasfemias de Antíoco. Y muchos de ellos habían pagado con sus vidas su fe en el sistema de adoración dado por Dios en el Antiguo Testamento. Ese tipo de experiencias había conducido a que la devoción al templo calara hondo en el corazón de la nación.

Pero después llegó Jesús anunciando que era el Mesías de Israel, que era el Hijo de Dios. La nación, como sabemos, había rechazado oficialmente esa afirmación y lo había crucificado. Pero en el día de Pentecostés había venido el Espíritu Santo, enviado por el mismo Jesús exaltado (Hch. 2:33-35), evidencia poderosa de que Dios había revocado la decisión de la nación

y le había hecho Señor y Cristo. Junto a una sucesión de milagros portentosos realizados en el nombre de Jesús, surgió en los corazones de unos cuantos miles de judíos una gran convicción. En su ignorancia, habían asesinado al Mesías (Hch. 3:17); ahora estaban contentos de que se les permitiera arrepentirse; y, en la misma ciudad donde su Mesías había sido crucificado, habían sido bautizados en el nombre de Jesús y perdonados, y habían recibido el Espíritu Santo.

Una nación dividida

Es muy posible que algunos de los hombres y mujeres receptores de esta epístola hubiesen pisado las calles de Jerusalén, como residentes o como visitantes, cuando todos estos hechos portentosos tuvieron lugar. Pero, en general, aquella generación había pasado a la otra vida; la gran mayoría de los receptores eran más jóvenes y habían sido confirmados en el evangelio por aquellos que habían escuchado directamente al Señor Jesús (2:3). Los responsables oficiales de la nación, por supuesto, junto a la mayor parte de ésta –daba igual a cuál de las muchas sectas judías existentes pertenecieran– continuaban aferrados a su decisión de que Jesús no era el Mesías. Por otro lado, desde el mismo principio hubo un significativo y creciente grupo de judíos, incluyendo a muchos sacerdotes (6:7), que afirmaban que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios, y que había sido un error crucificarlo. Y, normalmente, los judíos no cristianos se reunían en distintas sinagogas, puesto que en la nación judía proliferaban las sinagogas con diferentes tradiciones y puntos de vista (véase Stg. 2:2; la palabra «congregación», en griego, es *sinagoga*). Pero tanto el cristiano como el no cristiano subirían al templo de vez en cuando, y adorarían a Dios allí. Recordemos que, en los Hechos de los Apóstoles, encon-

Según Hebreos. Un reino incommovible

tramos a hombres como Pedro y Juan en los primeros años de cristianismo asistiendo al templo. Y mucho más tarde se nos habla de Pablo visitando el templo a su regreso de uno de sus viajes misioneros. Era un centro natural de reunión, tanto para los judíos palestinos como para los judíos de la dispersión.

Por supuesto, los cristianos de trasfondo judío continuaron testificando acerca del Señor Jesús. Señalaban que el Antiguo Testamento había profetizado que el Mesías sufriría y resucitaría de la muerte. Por tanto, la muerte de Jesús, lejos de demostrar que no era el Mesías, probaba que sí lo era. Proclamaban que Dios también le había constituido como Juez. Estaba establecido que un día Dios juzgaría al mundo con justicia por medio del mismo Jesús (Hch. 2:36; 10:42; 17:31). Eran conscientes de que debía permanecer en el cielo hasta que llegara el tiempo de Dios para restaurar todo lo que había prometido hacía tanto a través de sus santos profetas (Hch. 3:21); pero no necesariamente pensaban que ese tiempo sería largo. Sólo hacía falta que Israel se arrepintiera y Dios enviaría al Mesías que había señalado para ellos (Hch. 3:20); y entonces el Mesías restauraría el reino de Israel, liberándolos de los romanos y de todos los demás opresores imperialistas gentiles, y haría de Israel cabeza de las naciones.

De hecho, en la última ocasión en que los apóstoles habían estado con el Señor resucitado antes de su ascensión, le preguntaron si iba a restaurar el reino de Israel allí y en aquel momento (Hechos 1:6). Jesús les respondió que no sería así. Primero tenían que extender su testimonio por todas las naciones. Pero, para cuando se escribió la Epístola a los Hebreos, apóstoles como Pedro (no sin ciertos prejuicios iniciales) y Pablo, así como multitud de cristianos emigrantes y expatriados, habían obedecido al Señor y predicado el evangelio a lo largo y ancho del mundo gentil. Por tanto, razonablemente, los cristianos hebreos esperaban que el Señor volviera pronto.

Adaptando una frase de un profeta del Antiguo Testamento, se animaban unos a otros con la esperanza de que *aún un poquito, y el que ha de venir vendrá; y no tardará* (10:37). Vendría, eso esperaban, y establecería su reino en Jerusalén, en Palestina y por todo el mundo. Y, por supuesto, eso les demostraría finalmente a sus compañeros judíos que Jesús era el Mesías.

Pero los años pasaron y no vino. Los cristianos más mayores comenzaron a morir. Y seguía sin venir. Al crecer y extenderse la nueva fe, la actitud del judaísmo oficial, lejos de suavizarse o de mostrar señales de conversión o de ir cediendo, en realidad era cada vez más hostil. Por todo el mundo romano donde se formaron grupos de nuevos cristianos, los líderes de las comunidades judías locales aprovechaban cada oportunidad que tenían para volver a las autoridades políticas contra la nueva «secta». Los tumultos eran comunes (véase Hch. 14:4-6; 17:5-8, 13; 18:12-17).

Y entonces ocurrió otra cosa que preocupaba a algunos de los cristianos hebreos. Como resultado de la predicación de apóstoles como Pedro y Pablo, gentiles de todo el imperio romano llegaron a creer en Jesús como el Mesías. Pero los apóstoles no se esforzaban por llevarlos a practicar las ceremonias y ritos judíos. De hecho desanimaban a algunos y se lo prohibían a otros. A los creyentes gentiles no se les requería que fueran circuncidados, no observaban las tradiciones de los escribas o las reglas rabínicas, ni enviaban tributos al templo de Jerusalén... ¿Qué significaba todo eso? ¿A dónde iban a llegar?

¿Lo uno o lo otro?

Mientras todo marchó bien y muchos de sus compañeros judíos se fueron convirtiendo, los cristianos hebreos se mantuvieron firmes y llenos de valor. Pero cuando sus esperanzas

Según Hebreos. Un reino incommovible

de la conversión de Israel y del retorno de Cristo empezaron a retrasarse y postergarse, las persecuciones aumentaron y la oposición se endureció, como es lógico, algunos de ellos comenzaron a tener dudas. ¿Y si sus esperanzas no eran ciertas? ¿Y si habían cometido un terrible error y Jesús no era el verdadero Mesías después de todo?

Encima tuvieron que enfrentarse pronto a una crisis inevitable. Cuando la nación se endureció en su incredulidad, los apóstoles comenzaron a apartar a los cristianos judíos de las sinagogas (véase Hechos 19:9) y a sacudir el polvo de sus pies en contra de sus compatriotas, explicando cuando lo hacían: «Teníamos que explicaros la Palabra de Dios en primer lugar a vosotros. Pero puesto que la rechazáis y no os tenéis por dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles». Se estaba haciendo evidente que el cristianismo ya no podría ser parte del judaísmo. Pronto se separarían completamente, el judaísmo tendría que seguir su camino y el cristianismo tendría que tomar un rumbo diferente.

Para nosotros resulta casi imposible entender lo que significaba para aquellos que se habían educado en el judaísmo, que para ellos era más querido que la vida misma, el ser obligados a decidir entre mantenerse dentro de él o abandonarlo totalmente. Habrían reconocido a Jesús como su Mesías con alegría si hubiesen podido retener también su templo y su sumo sacerdote. ¿Pero resulta que tenía que ser lo uno o lo otro? ¿Jesús o el templo?

¿Había que elegir entre su sacrificio o los sacrificios de animales de Israel, sin poder quedarse con ambas cosas?

¿Había que elegir entre la política judía y la patria judía, con una capital –Jerusalén– en la tierra, o salir fuera de aquel campamento completamente (véase 13:11-14) hacia un Jesús que había sido rechazado por la nación y que probablemente lo seguiría siendo?

¿Había que elegir entre lo uno y lo otro? Pues sí.

Aquella gente estaba llegando a pasos agigantados a la mayor crisis de su experiencia espiritual. Merecen nuestra más profunda comprensión. Al enfrentarse a estos problemas, algunos de ellos vacilaban y otros habían dejado de reunirse con los demás cristianos; y creo que ahora podemos ver lo que pasaba por sus mentes. También podemos comprender lo que pasaba por la mente y el corazón de la persona que escribió esta epístola. Se preocupaba de ellos y veía la grave crisis que tenían por delante con mayor claridad que ellos mismos. El quid de la cuestión era qué camino tomar.

¿Volver atrás?

¿Qué involucraba volver atrás? El Espíritu de Dios lo plasma con mucho cuidado en 10:29. Leamos sus palabras y asegurémonos, para empezar, de que entendemos bien lo que dicen.

Aquí tenemos una traducción literal del versículo: *¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?*

Hay tres cosas, por tanto, que implica el que alguno de los hebreos que hubiera profesado aceptar a Jesús como Mesías diera marcha atrás de forma deliberada volviendo al redil del judaísmo para quedarse allí.

En primer lugar implica pisotear al Hijo de Dios. Fijémonos en el verbo «pisotear». Describe un acto deliberado y quizás también con rencor. Nuestro Señor mismo habló en cierta ocasión de algunos que caerían sobre la piedra señalada por Dios (es decir, sobre Él mismo); y el apóstol Pablo declara que muchos de los judíos *tropezaron en la piedra de tropiezo* (véanse

Lc. 20:18 y Ro. 9:32). Pero pisotear algo es una acción mucho más deliberada que un simple tropiezo o que caer sobre algo. Las personas de las que habla nuestro versículo no sólo han tropezado con las enormes afirmaciones de Jesús: le han pisoteado de forma deliberada, han determinado hacerlo así. Y fijémonos con detenimiento en quién es aquel a quien han pisoteado: no a Jesús, aunque por supuesto es así (pero no es el nombre que utiliza aquí el Espíritu Santo), ni el Salvador, ni el Mesías, sino el Hijo de Dios. Han pisoteado al Hijo de Dios –dicen las Escrituras–, es decir, han negado deliberadamente y con determinación la deidad del Señor Jesús.

Por supuesto que sí. Desde el mismo comienzo esta fue la cuestión fundamental que estaba en juego entre el judaísmo y el cristianismo. ¿Era Jesús el hijo de Dios o no? La nación dijo que no, que no lo era. Pero los hebreos a quienes nuestra epístola fue escrita habían profesado creer que sí lo era. Ahora, no obstante, estaban en peligro de retroceder al judaísmo. ¿Qué significaba eso? No retrocederían a menos que una vez más estuvieran dispuestos a manifestar deliberadamente que Jesús no era el Hijo de Dios. El judaísmo exigiría eso de ellos. Originalmente, por supuesto, en su ignorancia anterior a la conversión habían negado su deidad junto a su nación, mas ahora habían sido iluminados por el Espíritu Santo. Ya no podían decir que lo ignoraban. Volver al judaísmo significaría negar de forma deliberada, voluntariamente y con pleno conocimiento la deidad de Jesús a pesar de la iluminación del Espíritu Santo.

El paso siguiente es lógico. Adoptarían la idea de que la sangre de Jesús era inmunda o, como dice el griego, una cosa común, profana. Claro que lo harían. Sería algo automático e inevitable. Si Jesús es el Hijo de Dios, su sangre tiene un valor infinito. Si no es el Hijo de Dios, entonces su sangre es tan indigna como la de cualquiera: es sangre común. Fijémonos

además en que aquí se describe como la sangre del (nuevo) pacto. El valor del pacto depende totalmente de la sangre que lo confirma y lo sella. Si la sangre tiene valor, entonces la sangre es válida. Pero si la sang^{re} es común, el pacto no vale ni el precio del papel sobre el cual fue escrito. Volver al judaísmo, entonces, implicaba en primer lugar negar la deidad de Jesús; y en segundo lugar, como es lógico, decir que su sangre era inmunda y que el nuevo pacto no tenía valor.

Y, en tercer lugar, hacer eso –según las Escrituras– era hacer afrenta al Espíritu de gracia. Fijémonos en cómo se le describe. Se trata del Espíritu Santo, por supuesto, pero aquí no se hace referencia a Él como el Espíritu de verdad o el Espíritu de santidad, sino como el Espíritu de gracia. Y es que la nación judía había crucificado a Jesús en su ignorancia. ¡Cuánta gracia mostró Dios al no haberlos eliminado inmediatamente y darles tras la resurrección y la ascensión la oportunidad de arrepentirse! Eso es gracia, desde luego. Mas a esa gracia, Dios añadió una gracia aún más abundante. El Espíritu de Dios que descendió del cielo en el día de Pentecostés le dijo a la gente de Jerusalén: *«Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes (Hch. 3:17): No sólo Dios está dispuesto a perdonaros, sino que mientras que antes intentabais salvaros a vosotros mismos tratando de guardar la ley de Dios, ahora Dios está dispuesto a salvaros gratuitamente, sin pagar nada, sin vuestras obras».* ¡Qué mensaje tan magnífico de misericordia y gracia! No sólo tenían la oportunidad de arrepentirse, sino también una salvación enteramente por gracia, como un regalo.

Volver al judaísmo implicaba volverse contra Dios y decir: «Dios, no quiero tu gracia. ¿Misericordia y perdón por haber crucificado a Jesús? ¡Pero si no queremos perdón por ello! Volveríamos a hacerlo si fuera necesario; porque no creemos que es tu Hijo». Volver al judaísmo era volverse contra Dios

y decir: «¿La salvación un regalo? ¡Tonterías! Estamos dispuestos a esforzarnos para llegar al cielo guardando la ley, observando sus ritos y participando de sus sacrificios y ceremonias». Y decir eso era afrentar de forma terrible al Espíritu de gracia.

¿Creyentes genuinos?

Como ya hemos visto, algunas de las personas a quienes fue escrita la epístola habían desarrollado el hábito de dejar de asistir a las reuniones de los cristianos. Si eso quería decir que estaban volviendo al judaísmo, y si volver al judaísmo significaba negar la deidad de Jesús, considerar su sangre como algo inmundo y hacer afrenta al Espíritu de gracia, ¿qué podemos pensar de ellos? ¿Eran verdaderos creyentes genuinos en el Señor Jesucristo?

A primera vista, la respuesta podría parecer obvia: no puedes negar deliberadamente y con conocimiento de causa la deidad del Señor Jesús, negar el valor expiatorio de su sangre, y seguir siendo un cristiano genuino, un verdadero creyente en el Señor Jesús.

Pero no debemos precipitarnos en nuestro juicio. El mismo gran apóstol Pedro, en cierta ocasión, lleno de pánico, negó al Señor Jesús y utilizó todas las maldiciones que conocía para convencer a los curiosos de que él no era cristiano. Pero lo era, por supuesto. Externamente negó al Señor, pero en su corazón siguió siendo creyente, como sabemos por las afirmaciones de nuestro Señor y por lo que ocurrió después (véase Lc. 22:31, 32). Su fe no falló, y volvió al Señor. ¿No podía ser que algunos de estos hebreos bajo la presión de la persecución se comportaran temporalmente de forma inconsecuente igual que Pedro, retornando externamente al judaísmo aunque siguieran siendo creyentes en su corazón?

Por otro lado, si Pedro hubiera continuado durante diez o veinte años negando al Señor, evitando la compañía de los cristianos y ocupando un lugar de eminencia dentro del judaísmo oficial, ¿continuaríamos pensando que era creyente? Después de todo, si alguien dice constantemente que no es creyente y demuestra que no lo es negando deliberadamente todos los fundamentos de la fe cristiana, sin mostrar señal de arrepentimiento o de vuelta al Salvador, ¿qué sentido tiene tratar de decir que es creyente?

Pero entonces, si eso es lo que estaban haciendo –o en peligro de hacer– algunos de aquellos hebreos, surge otra cuestión. ¿Fueron alguna vez verdaderos *creyentes*?

Mucha gente piensa que tenían que haberlo sido, pero no es necesario, en absoluto. Consideremos un caso paralelo.

El apóstol Juan, en su primera epístola (2:18, 19), hace referencia a personas que no sólo profesaron ser creyentes y fueron miembros de una iglesia cristiana durante algún tiempo, sino que incluso, al parecer, ejercieron de maestros en ella. No obstante, de repente, abandonaron las doctrinas apostólicas fundamentales, negaron que Jesús era el Cristo y dejaron la iglesia. El comentario de Juan es que, a pesar de las apariencias anteriores, nunca habían sido verdaderos creyentes. *Si hubiesen sido de nosotros –dice–, habrían permanecido con nosotros.* Su salida de la iglesia y de la comunión con los apóstoles reveló, según Juan, que ninguno de ellos era *de nosotros*, es decir, creyente genuino.

Algunos argumentan, claro está, que estos hebreos tenían que haber sido creyentes en algún momento, porque el autor dice explícitamente (10:29) que habían sido santificados en la sangre del pacto aunque ahora estuvieran en peligro de negar a Cristo. Y asumen que no se puede ser santificado sin ser un creyente auténtico.

Pero, una vez más, asumir esto no necesariamente es correcto. La misma Escritura indica que hay sentidos en los que se

puede ser santificado sin ser creyente. 1 Corintios 7:14 dice que *el marido incrédulo es santificado en la mujer*. Fijémonos en lo imposible que resultaría sustituir la palabra «santificado» por «justificado» en esta afirmación, porque nadie puede ser justificado sin fe. Pero es obvio que hay sentidos en los que las personas pueden ser santificadas sin ser creyentes de verdad.

Examinemos de nuevo 10:29. Habla de que nuestros hebreos habían sido santificados por la sangre del pacto. Nos ayudará a comprender esta frase recordar que sus antepasados habían sido igualmente santificados en el desierto por la sangre del antiguo pacto. Se nos dice que Moisés tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos y la roció tanto sobre el libro mismo (es decir, el libro que contenía los términos del pacto) como sobre el pueblo, diciendo: *He aquí la sangre del pacto que Yahvéh ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas* (véanse Éx. 24:5-8 y He. 9:18-20). Por tanto, fueron santificados por la sangre del pacto. Pero, a pesar de todo, la mayoría de ellos rehusaron más tarde entrar en la tierra prometida. ¿Y qué demostraba eso? Demostraba –según nuestro escritor, quien recoge este incidente con gran detalle– que no creían el evangelio. Nunca llegaron a creer (véase 4:2 y Nm. 14:11, 22).

De forma similar, por tanto, estos hebreos habían profesado creer en el Señor Jesús y aceptar el nuevo pacto, y se habían unido a los cristianos separándose de los asesinos del Mesías (véase Hechos 2:40). Habían sido santificados por la sangre del nuevo pacto. Pero les ocurrió como a sus antepasados, lo que nos lleva incluso a cuestionarnos si alguna vez creyeron verdaderamente el evangelio. Y, precisamente, su comportamiento comenzaba a ponerlo en duda.

Deberíamos observar con cuánto cuidado escoge sus palabras el autor cuando habla de su experiencia cristiana inicial. En 6:4 habla de *los que una vez fueron iluminados* (no «salvados» –algo a destacar–, sino «iluminados»). En 10:32 vuelve a decir:

Traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados... (no después de haber sido salvados, o después de que creísteis, sino después de haber sido iluminados). Y, de nuevo, en 10:26: *Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad...* (no después de haber creído la verdad, de haber recibido el amor a la verdad, sino sólo de haber recibido el conocimiento de la verdad), y es del todo posible conocer la verdad sin creerla.

Estoy de acuerdo en que muchas personas aun pensarán que otras frases que utiliza el autor en otros lugares implican claramente que sus lectores eran, o habían sido en algún momento, verdaderos creyentes. Puede que no utilizara la palabra «salvos», pero sí otros términos equivalentes que implican lo mismo.

Bueno, más adelante investigaremos estos términos en detalle. Pero, por el momento, fijémonos en que el mismo autor nos dice explícitamente cómo valoraba la historia espiritual y el estado de las personas a quienes estaba escribiendo. Es mejor que le dejemos hablar a él mismo. Después de describir el triste estado de aquellos quienes, después de haber sido iluminados, volvieron al judaísmo, remarca lo siguiente: *Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación aunque hablamos así* (6:9). Eso deja muy clara su postura. Está hablando *como si* no fueran salvos, aunque en realidad, en el fondo de su corazón, está seguro de que lo son. Piensa en verdad que puede ver evidencia en sus vidas de que son salvos; cosas que, como él dice, acompañan a la salvación. Pero está hablando como si no hubiera esa evidencia en sus vidas de haber sido verdaderamente salvos. No va a arriesgarse. Toda una generación de antepasados suyos habían profesado creer a Moisés y a Dios, pero al final resultó evidente que nunca llegaron a creer el evangelio. Por tanto, utiliza su experiencia para advertir a sus lectores no contra la impiedad

Según Hebreos. Un reino incommovible

ni contra la mundanalidad, sino contra algo más serio que eso: la incredulidad. Verás, si nunca has creído el evangelio, eres un incrédulo, sea cual fuere la experiencia espiritual que hayas tenido posteriormente.

Por lo tanto, al leer esta epístola encontraremos que el gran tema que se enfatiza una y otra vez es la suprema importancia de la fe. *El justo vivirá por la fe*, declara en 10:38; y le sigue el capítulo 11, con cuarenta versículos sobre lo completamente indispensable que es la fe.

Esta es, por tanto, la cuestión con la que nos confronta esta epístola: ¿Somos verdaderos creyentes? ¿Creemos de verdad que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Y nos comportamos en las cosas de cada día, y especialmente en el contexto religioso, de manera honrada y consecuente con la fe que profesamos? *Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios*, dice la Escritura (1 Jn. 5:1). Y todo el que cree esto descubrirá que la Epístola a los Hebreos es de tremendo valor. Les recordará que la Palabra y el juramento de Dios les proporciona una esperanza que es como un ancla para el alma, incommovible y firme: todo creyente está seguro (6:17-20). Animará a todo el que cree a tener valor y a acercarse *confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro* (4:16). Aun cuando, como Pedro, a veces hayan sido inconsecuentes, fallando e incluso negando temporalmente al Señor que los redimió, tienen un Sumo Sacerdote que ora por ellos como oró por Pedro para que su fe no faltara (Lc. 22:32). Y, puesto que todavía vive, *puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios* (7:25). No perderá a ningún creyente auténtico. A todo aquel que descansa sólo y por entero en el sacrificio de Dios se le asegura que *con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados* (10:14).

Por tanto, ninguno de nosotros tiene por qué sentirse inseguro o inquieto, ni estar debilitado por las dudas acerca de si

nuestra salvación a través de Cristo es completa. Esta misma epístola abunda en la seguridad de que cada creyente, por débil que sea, será ciertamente salvo. Pero su poderosa e insistente pregunta será: ¿de verdad crees? (no si has profesado ser cristiano, sino si eres un creyente genuino).

Y así somos conducidos a preguntarnos a nosotros mismos: ¿Es consecuente nuestro comportamiento con el evangelio que profesamos creer? ¿Está nuestra fe para salvación puesta sólo en Cristo, o en parte en Él y en parte en algún ritual o sacramento? ¿Es Él el único mediador entre Dios y nosotros, o estamos contemporizando en cuanto a nuestra fe en Él y descansando también en otros mediadores? ¿Somos leales a Cristo intelectualmente o, al tiempo que profesamos fe en Él para salvación, nos permitimos mantener teorías que por sus implicaciones niegan su autoridad divina en otras áreas? ¿Estamos permitiendo que nuestro trasfondo y cultura nos presionen impulsándonos a actuar de formas que son inconsecuentes con el evangelio que profesamos creer? ¿Creemos verdaderamente que Jesús es el Mesías-Rey y que volverá a reinar? ¿Y estamos llevando nuestra cruz y soportando su oprobio, o contemporizando con el mundo que le crucificó? ¿Nuestro deseo de alcanzar la santidad evidencia que creemos de forma genuina en la verdadera gracia de Dios, o estamos intentando mezclar la fe en Cristo con un estilo de vida permisivo que transforma la gracia de Dios en licencia para la inmoralidad?

Si somos creyentes de verdad, Cristo nos salvará completamente. Pero además, si creemos de verdad, otros podrán ver evidencia en nuestras vidas de que somos creyentes, *cosas que pertenecen a la salvación.*

Preguntas

1. ¿Qué podemos aprender en la Epístola a los Hebreos acerca del trasfondo religioso, la experiencia espiritual genuina y las circunstancias de las personas a las que se escribió originalmente?
2. Según 10:29, ¿qué implicaba que un judío que hubiera profesado fe en Jesús retornara al judaísmo? ¿Sería algo parecido a que un ateo que hubiera profesado convertirse a Cristo volviera al ateísmo?
3. ¿Hasta qué punto es importante que nuestro comportamiento sea consecuente, y que se vea que es consecuente, con el evangelio que profesamos creer? Consideremos 6:9-12; 11:14-16 y 13:12-14.
4. ¿Qué crees que significa la frase «cosas que pertenecen a la salvación» (6:9)? Enumera algunas de estas cosas.
5. ¿Qué pasajes de esta epístola escogerías para ilustrar que la salvación del cristiano es completa, así como la certeza y seguridad de nuestra esperanza cristiana?

AFIRMACIÓN DE LA DEIDAD DE CRISTO

Hebreos 1:1-4

El autor de la Epístola a los Hebreos es todo un magnífico experto en tácticas espirituales. No desperdicia palabras en cuestiones secundarias. En su primer capítulo va directo a lo fundamental en la relación entre el judaísmo y el cristianismo: ¿Es Jesús el Hijo de Dios o no?

Para sus lectores no se trataba tan sólo una cuestión académica. No eran expertos teólogos. La mayoría de ellos eran personas normales. Luego no se requiere una gran imaginación para visualizar las difíciles situaciones que frecuentemente se les plantearían al enfrentarse a sus anteriores líderes religiosos. Los rabinos querrían saber por qué habían abandonado la fe de sus padres, arrojando por la borda la religión que Dios mismo había ordenado en el Antiguo Testamento y pasándose a la absurda y blasfema idea cristiana de que el carpintero de Nazaret era Dios encarnado e igual a Dios.

«Escuchad –dirían los rabinos– ¿no declara la Palabra inspirada por Dios muy claramente: Oye, Israel: *Yahvéh nuestro Dios, Yahvéh uno es?* (Dt. 6:4) ¿No ha sido la gloria de Israel a lo largo de los siglos testificar del hecho de que hay sólo un Dios verdadero y oponerse a las ideas absurdas de los gentiles que convierten en dioses a meros hombres y adoran a miles de dioses falsos? ¡Y pensar que a vosotros, que como judíos habéis oído proclamar diez mil veces que Dios es único en vuestros hogares, en la sinagoga, en el templo, desde que

Según Hebreos. Un reino incommovible

erais niños, puede haberos captado esta secta de fanáticos que adoran al hombre Jesús como si fuera Dios!

»¿Y quiénes sois vosotros para decir que nuestro sumo sacerdote y nuestro sanedrín se equivocaron al crucificar a Jesús? ¿Y qué sabéis de la Biblia? Sólo porque habéis oído historias de los milagros que supuestamente hizo Jesús y porque os ha impresionado su popular propaganda religiosa, os imagináis que tiene que ser más que humano. Pero nuestro sumo sacerdote y los rabinos sabían lo que estaban haciendo. Reconocieron sus engaños y tuvieron el valor de hacer lo que ordena la Biblia en cuanto a semejantes engañadores: lo ejecutaron.

»Por tanto, sed sensibles. Dejad de imaginar que sois mejores que vuestros rabinos. Mostrad respeto y gratitud a vuestros antepasados por la educación que os han proporcionado. Regresad a la fe de vuestros padres y no echéis a perder vuestras vidas, ni destrocéis el corazón de vuestros padres, ni deshonréis a vuestra familia abandonando todo aquello en lo que habéis sido educados para salir corriendo tras esta secta de fanáticos.»

A base de escuchar repetidos aluviones de palabras similares a éstas, no nos sorprende que los cristianos hebreos comenzaran a tener dudas. ¿Era posible que ellos tuvieran razón y que sus eruditos rabinos y todo el resto de la nación estuvieran equivocados? Después de todo, el Antiguo Testamento era muy claro: sólo hay un Dios. Y no se podía negar que muchos de los apóstoles cristianos sólo habían sido pescadores, recaudadores de impuestos y cosas parecidas. ¿Cómo podían saber más que los rabinos?

¿Jesús, el Hijo de Dios?

Preocupado, por tanto, por las tormentas espirituales y emocionales a las que se enfrentaban sus amigos, nuestro autor

cristiano desconocido se pone a escribirles. Han estado faltando a las reuniones de la iglesia, pero esto no lo mencionará hasta el final de su epístola. No comienza riñéndoles; tiene el corazón demasiado grande y el espíritu demasiado comprensivo como para actuar así. La gente está profundamente preocupada y en grave peligro. Su fe se tambalea. Lo que les preocupa no es la clase de dificultades superficiales que a menudo nos preocupan a nosotros. Su problema tiene que ver con lo más fundamental: ¿Es Jesús el Hijo de Dios o no? Todo lo demás depende de esta cuestión. Como enfatizó el apóstol Juan a sus convertidos gentiles: *Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?* (1 Jn. 5:4, 5).

Deberíamos tomar nota de esto. El secreto para vencer al mundo es una fe viva y fuerte en que Jesús es de verdad el Hijo de Dios. Es muy bonito creer que nuestros pecados han sido perdonados; es muy bonito creer que tenemos vida eterna. Pero si Jesús no es el Hijo de Dios, entonces nuestro evangelio cristiano es una quimera; nuestros pecados no han sido perdonados de verdad; no tenemos vida eterna; y, si al final hay un Dios, somos culpables tanto de idolatría como de blasfemia al atribuir honores divinos a un mero hombre, Jesús. Si Jesús no fuera el Hijo de Dios, seríamos tontos por sacrificarnos lo más mínimo por él. Sacrificarse por el bien de alguien es costoso; sacrificarse por un impostor sería una pérdida en esta vida y una pérdida desastrosa e irreparable en la próxima. Por otro lado, si Jesús es el Hijo de Dios, no sacrificarse por Él es la mayor de las tonterías. Tenemos que decidir. Está claro que el ancla firme que nos librará de hundirnos o de ir a la deriva hacia el desastre al enfrentarnos a la oposición del mundo es una fe inmovible en la deidad del Señor Jesús.

Por tanto, con gran comprensión, el autor procede en seguida a aclarar esta cuestión fundamental. Su exposición tiene dos

Según Hebreos. Un reino incommovible

partes. Primero (1:1-4), con calma y con firmeza, reafirma la deidad del Señor Jesús; y después (1:5-14) la demuestra.

Hay mucha sabiduría en su táctica. Es muy fácil perderse en el transcurso de interminables argumentos en cuanto a los hechos básicos que tienen que ver con el asunto en cuestión. Así que el autor vuelve a plantearlos. Y, de todos los hechos relevantes, el más importante y fundamental es éste: Jesús, habiendo sido crucificado y enterrado, resucitó de la muerte y ascendió al cielo. Esto es lo que le señala como el Hijo de Dios. Dice Pablo: *Fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos* (Ro. 1:4). La deidad de Cristo no es una idea a la que se llegó con dificultad por medio de una intrincada especulación teológica o filosófica. Es un hecho demostrado por el acontecimiento histórico de la resurrección y la ascensión. Observemos cómo reconstruye el autor este gran suceso hasta llegar al punto culminante de su proclamación:

Dios nos ha hablado por el Hijo:

- 1. A quien constituyó heredero de todo,*
- 2. Por quien asimismo hizo el universo,*
- 3. El cual, siendo el resplandor de su gloria,*
- 4. Y la imagen misma de su sustancia,*
- 5. Y quien sustenta todas las cosas por la palabra de su poder,*
- 6. Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo...*

Son seis frases subordinadas en griego, todas ellas poderosas afirmaciones en sí mismas, pero que conducen hacia un clímax triunfal:

Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

Por tanto, aquí tenemos el hecho central de la fe cristiana. Dejemos que las aguas del debate religioso vuelvan a su cauce, cosa que en verdad ocurrirá; los cristianos están firmes sobre

Afirmación de la deidad de Cristo

el hecho inalterable de la resurrección y ascensión de Cristo, observado por numerosos testigos de incuestionable honestidad y fiabilidad, y validado por la venida del Espíritu Santo en su nombre.

Pero, si este punto culminante sirve para confirmar lo que se afirma en las seis frases subordinadas, aquellas seis afirmaciones llevan a cabo una poderosa función. Presentan al Salvador. Describen en detalle quién era aquel que resucitó triunfalmente de la muerte y ascendió a la diestra de Dios. Explican el significado de su muerte, de su resurrección y su ascensión; en otras palabras, proclaman la persona y la obra de Cristo. Esta es una táctica sabia, por supuesto, y todos los maestros y predicadores cristianos harían bien en copiarla.

Deberíamos recordar siempre que Dios es, por así decirlo, su propia evidencia. Eso significa que, puesto que es el Creador, es la fuente última de todo. No existe ser en el universo que sea independiente de Dios y que sea capaz de proporcionarnos una opinión independiente de la proclamación que Dios hace de ser Dios. Tampoco hay nadie capaz de proporcionarnos evidencia que no se origine en último término en Dios mismo. Dios es evidente por sí mismo; y la verdadera fe por nuestra parte es nuestra respuesta a la revelación que Dios hace de sí mismo.

Igual ocurre con el Hijo de Dios. Él es su propia evidencia. Si deseas provocar que la gente tenga fe en Él, proclámale, predica su persona; repite sus palabras y sermones; relata sus hechos y milagros; habla de su nacimiento virginal, la cruz, su muerte, su resurrección; ofrece la interpretación que Él mismo dio a estos grandes acontecimientos. Eso es lo que crea fe y conduce a la gente a ella. Por supuesto, cada uno de nosotros puede hacer lo que hizo Juan el Bautista, dando nuestro propio testimonio personal de Cristo y de lo que ha hecho por nosotros. Esto es ciertamente válido y de gran ayuda; y el Señor lo

Según Hebreos. Un reino incommovible

utilizará para conducir a otras personas a Él y a la salvación. Pero, en último término, como señaló nuestro Señor mismo (Jn. 5:33, 34), Él no recibe testimonio *de hombre alguno*, como si hubiera una fuente independiente que confirma lo que Él proclama.

No hay, ni puede haber, tal evidencia independiente. Las personas divinas mismas tienen que ser, y son, la fuente de toda la evidencia que provoca nuestra fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Los samaritanos hablaban con sabiduría, quizás con más de la que creían, cuando dijeron a sus conciudadanos: *Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el salvador del mundo, el Cristo* (Jn. 4:42).

Pero después hay una segunda parte en las tácticas del autor. Tiene que ser así. Sabemos que los judíos no aceptarían, como hacen los cristianos, que Él estaba inspirado por el Espíritu Santo, y que por eso sus afirmaciones tenían autoridad. Argumentarían que los primeros cristianos simplemente se inventaron la idea de la deidad de Jesús, y que esta idea contradice de forma flagrante la doctrina básica del Antiguo Testamento: que Dios es uno. El autor tiene que mostrar, por tanto, que los judíos estaban muy equivocados. Su argumento es (1:5-14) que su mismo Antiguo Testamento anunciaba que el Mesías, cuando viniera, demostraría ser una persona divina. Si creían en sus propias Escrituras, por tanto, los judíos tenían que creer en la deidad del Mesías. Una vez que establezca esto por medio de citas del Antiguo Testamento, todo lo que tendrá que hacer es demostrar que Jesús es ese Mesías cuya venida anunciaba dicho Antiguo Testamento.

Así que ahora vamos a establecer los hechos, y en nuestro próximo capítulo examinaremos las afirmaciones y promesas del Antiguo Testamento.

Sólo hay un Dios

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo (1:1, 2a).

Comenzamos, por tanto, con Dios; con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios que habló a los patriarcas, a Moisés, a Josué, a los sacerdotes, profetas y reyes del Antiguo Testamento. Aquí el judaísmo y el cristianismo coinciden, y merece la pena subrayar este hecho. Los cristianos no creen en cualquier dios, sino en el Dios de los judíos. Y más aún, creen que el Antiguo Testamento es su Palabra inspirada y autoritativa.

Pero si el autor comienza afirmando que fue Dios quien habló en el pasado a los padres, ¿no va a proclamar ahora, como cristiano que es, que para los cristianos es Jesús quien nos ha hablado?

¡No! No porque no fuera cierto si lo hubiera dicho. Pero eso no es lo que quiere señalar. Lo que enfatiza es lo siguiente: es el mismo Dios que habló en el pasado a nuestros padres a través de los profetas quien nos ha hablado a nosotros en Jesús. Como judío cristiano de parte de todos los demás judíos cristianos está enfatizando que, aunque sigan a Jesús, todavía creen exactamente en el mismo Dios en el que creían antes. No se han ido a adorar a otro dios o a otros dioses. Firman con todo su corazón la antigua declaración de fe: *Oye, Israel: Yahvéh nuestro Dios, Yahvéh uno es* (Deuteronomio 6:4). *No tendrás dioses ajenos delante de mí* (Éx. 20:3).

E incidentalmente no se debería pasar por alto el efecto que Jesús y su enseñanza habían causado sobre los gentiles. Habían conducido a multitud de gentiles que originalmente adoraban a toda clase de falsos dioses a abandonar su idolatría y poner su fe en el único Dios verdadero, el Dios de Israel. Nunca ha habido otro judío como Él en cuanto a esto.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Pero, aunque el mismo Dios que nos ha hablado a nosotros es el que habló a Israel en el pasado, hay tres grandes diferencias:

En primer lugar, en cuanto al *tiempo* en el que ha hablado: Dios habló *en otro tiempo... En estos postreros días nos ha hablado...*

En segundo lugar, en cuanto a la *forma* de hablar: *habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras... os ha hablado por el Hijo.*

En tercer lugar, en cuanto al *nivel* de sus portavoces: Dios habló *por los profetas... nos ha hablado por el Hijo.*

Quién es Jesús

Veamos la primera diferencia. La frase *en estos postreros días* dice literalmente «al final de estos días». Eso nos suena extraño, pero surge de la Septuaginta, la antigua traducción griega del Antiguo Testamento, que a su vez procede del original hebreo. Los antiguos judíos dividían la historia humana en dos grandes períodos: la historia del mundo hasta la venida del Mesías (*estos días*) y la era venidera, la era del Mesías. El período de transición entre ambos sería *el final de estos días*.¹ Es esta terminología la que utiliza el autor, y lo hace para proclamar algo tremendo. Está en el punto crítico entre ambas épocas. En todos los siglos pasados –dice–, Israel ha estado esperando la llegada del Mesías y el despertar de la era mesiánica. Ahora, al fin, ha llegado. Estamos al final *de estos días*; o, como dice el apóstol Juan: *Hijitos, ya es el último tiempo* (1 Jn. 2:18).

1. Véase, por ejemplo, Daniel 10:14; y, para más detalles, también es de gran ayuda la exposición de F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews* (Marshall, Morgan and Scott, 1965), p. 3.

Afirmación de la deidad de Cristo

Dios no esperó, claro está, hasta la llegada del Mesías para hablar a los seres humanos, ni envió al Mesías por sorpresa sin haberlo anunciado antes. Desde el tiempo en que habló a Eva acerca del triunfo de la simiente de la mujer (Gn. 3:15) hasta el tiempo en que habló a través de Malaquías acerca de que nacería el Sol de justicia con salvación en sus alas (Malaquías 4:2), promesa tras promesa, profecía tras profecía, Dios aseguró repetidamente que un día vendría el Mesías y el Salvador del mundo.

¡Y ahora ha venido! *Hemos hallado al Mesías* –le dice Andrés a su hermano Simón–. *Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas* –le dice Felipe a Natanael (Jn. 1:41, 45)–. Los largos siglos de espera han pasado –dice el autor de Hebreos–. El fin de estos días está aquí. El Mesías ha venido y todo lo que Dios ha prometido hasta aquí se ha cumplido en Él, o se está cumpliendo, o se cumplirá.

Incluso a esta distancia en el tiempo sentimos la emoción en la voz de aquellos primeros cristianos. ¡Qué evangelio el suyo! ¡Han encontrado la clave para el significado y propósito de la vida, de la historia, del universo! ¡Las promesas, profecías y visiones del Antiguo Testamento se han hecho realidad! En tiempos pasados, Dios habló en forma de promesas; pero ahora, al final de estos días, ha hablado en un nivel más elevado: por medio de su cumplimiento en la realidad, en la persona del Mesías anteriormente prometida, pero que ahora ya ha llegado.

Después está la segunda diferencia: la diferencia en el modo en que Dios habla. Dios habló *en otro tiempo a los padres*. Los cristianos afirman esto con tanta fuerza como los judíos más ortodoxos; y creen en la autoridad del mismo Señor Jesús en cuanto a que el Antiguo Testamento es el relato inspirado de lo que Dios habló. Pero, cuando lo examinamos de cerca, encontramos, como señala el autor, que nunca hubo una sola

Según Hebreos. Un reino incommovible

oportunidad en el pasado en que Dios dijera todo lo que tenía que decir, ni una sola persona a quien y a través de quien comunicara todo lo que pretendía decirnos acerca de Sí mismo.

¡Qué tremendas revelaciones dio al padre y fundador de la raza hebrea! El principio fundamental de la relación del hombre con Dios, la justificación por la fe, es tan válido para nosotros hoy como lo era cuando Dios se lo enseñó por vez primera a Abraham (Gn. 15:6).

Pero hubo muchas cosas que Dios **no** le dijo a Abraham, y que sólo reveló siglos después a través de Moisés. Tampoco le dijo todo a Moisés; porque hubo profetas después de Moisés que hicieron mucho más que simplemente repetir o exponer lo que Moisés ya había dicho. Claro que, como nuestro autor señalará (por ejemplo, en 7:11-16; 8:7-13; 9:10), Dios reveló a través de aquellos profetas posteriores que algunas de las reglas que había establecido a través de Moisés sólo eran, en realidad, provisionales. Por medio de algunos profetas Dios habló mucho; por medio de otros, muy poco. Hay 66 capítulos en Isaías, ¡pero sólo uno en Abdías!

En el pasado, por tanto, la revelación de Dios fue por etapas y progresiva. Pero en Cristo es plena y definitiva. En Abraham, por ejemplo, Dios mostró cómo estaba dispuesto a justificar a aquel que creyera a Dios. Pero dejó en secreto cómo podía Él mismo ser justo y, a la vez, declarar a pecadores como Abraham –y nosotros– justos ante Dios y aceptarlos. En Cristo y en su muerte como expiación por el pecado, ese secreto guardado por tanto tiempo se nos revela plenamente (Romanos 3:25-26). A través de la ley de Moisés, por poner otro ejemplo, Dios indica el patrón de comportamiento que requiere del hombre. Pero Moisés nunca nos enseñó cómo personas caídas y pecadoras como nosotros podían guardar esa ley y cumplir lo que exigía. Cristo sí (Ro. 8:2-4). En Cristo, Dios dice todo lo que tiene que decir. Cristo es la Palabra última de Dios al hombre.

Afirmación de la deidad de Cristo

Más allá de Él, Dios ya no tiene nada más que decir. No hace falta decir nada más.

En el pasado, por tanto, la revelación de Dios no sólo fue por etapas, sino que también vino de diferentes formas. Dios nos mostró algo de su corazón compasivo al poner sacerdotes en Israel; y algo más acerca de sí mismo y de sus propósitos al instituir la monarquía. Levantó jueces para que liberaran y salvaran al pueblo (Jue. 2:18). Habló a través de sacrificios, ritos y ceremonias. Pero los sacerdotes eran, por mucho que se esforzaran, hombres débiles y que tenían fallos. Los reyes a menudo desobedecieron a Dios y fueron tiranos con el pueblo. Los salvadores y libertadores nunca fueron totalmente libres de la esclavitud del pecado; y los sacrificios, ritos y ceremonias sólo eran símbolos: no podían efectuar la limpieza espiritual interior que simbolizaban exteriormente.

Pero cada uno de todos estos modos diferentes de revelación señalaban a Cristo, y en Él se reunían todos. Lo que ellos decían parcial y confusamente, Él lo expresa hasta la perfección. Él es el sacerdote perfecto y el rey ideal, porque fue el súbdito obediente infalible, el salvador sin pecado y el sacrificio efectivo y adecuado.

Si preguntamos cómo puede ser cierto todo esto de Jesús, la respuesta la encontramos en la tercera diferencia, la diferencia de nivel entre los portavoces de Dios en el pasado y su portavoz definitivo. En el pasado, según el autor, Dios habló a través de los profetas; al final de estos días, ha hablado a través de su Hijo. Fijémonos en seguida en que se nos pide que consideremos dos tipos diferentes de portavoces: los profetas por un lado y el hijo de Dios por otro. No dice que Dios habló por profetas, sino por **los** profetas. Los profetas eran un grupo bien conocido y de categoría en Israel. Ejercían un ministerio claramente elevado. *Hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo* (2 P. 1:21). Algunos eran más exaltados, otros menos.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Algunos eran más efectivos y famosos que otros. Pero fueran cuales fueren sus grados de grandeza, se incluían todos en un grupo: el de los profetas.

Jesús no pertenece a ese grupo; pertenece a una categoría propia. Los profetas eran hombres inspirados, gigantes espirituales; pero, por mucho que fueran, sólo eran hombres. Jesús es más que un hombre. Su relación con Dios es única. El idioma griego permite expresarlo con una brevedad sin par en el inglés. Dios habló en el pasado en, o por, los profetas –dice–; pero al final de estos días ha hablado en, o por, Hijo. Nos suena raro utilizar la palabra «Hijo» así, sin artículo determinado (por *el* Hijo), o artículo indeterminado (por *un* hijo), o un pronombre posesivo (por *su* Hijo). Pero el griego no se puede traducir como «por *un* hijo», ya que el autor no quiere decir que Jesús fuera uno de muchos hijos. No, lo que dice en griego es que Dios nos ha hablado a través de alguien que es en esencia Hijo de Dios, que está emparentado con Dios como un Hijo con su Padre, el Hijo que tiene la misma naturaleza que el Padre. No es sólo un portavoz de Dios; en su naturaleza esencial es Dios. Cuando le conoces, cuando le escuchas, conoces a Dios y escuchas a Dios.

Como seres humanos, podemos usar palabras para comunicar algo, para expresar, si queremos, lo que somos y lo que sentimos en nuestro ser más interior. Pero, a menudo, nuestras palabras son inadecuadas y nos encontramos quejándonos: «no puedo expresar lo que realmente siento». Nuestras palabras son inadecuadas para expresarnos a nosotros mismos, precisamente porque nuestras palabras no son lo mismo que nosotros, por así decirlo. Somos personas, pero nuestras palabras son mucho menos que personas. Cuando Dios se expresa, sin embargo, su expresión, su palabra, es una persona que expresa perfectamente quién es Dios, porque es Dios. *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios* (Jn. 1:1).

Afirmación de la deidad de Cristo

Eso no significa negar la declaración del Antiguo Testamento acerca de la unicidad de Dios. El Nuevo Testamento afirma sin reservas, como el Antiguo, que *hay un solo Dios* (1 Ti. 2:5). Pero, puesto que Dios ha continuado hablando a través de los siglos, revelando gradualmente más de sí, ha ido aclarando que la unidad de Dios no es monolítica. Los seres humanos, criaturas humildes y pequeñas como somos, tampoco somos monolitos. Escuchémoslos hablando de nosotros mismos y nos encontraremos pensando como si fuéramos una pluralidad dentro de una unidad. Por ejemplo, encontramos a un hebreo piadoso del Antiguo Testamento enfrentándose a la muerte del cuerpo y diciéndole a Dios: *En tu mano encomiendo mi espíritu* (Sal. 31:5). Sabemos exactamente qué quería decir. Pero es obvio que el hecho de que diferenciara entre su cuerpo y su espíritu no implica que creyera que era dos personas o, por otro lado, que su cuerpo no era parte de él. De igual manera, tampoco los cristianos quieren decir que hay tres Dioses cuando dicen que el único Dios verdadero es infinitamente más complejo que nosotros sus humildes criaturas, y que la Deidad se compone del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Claro, el Antiguo Testamento casi sólo insinúa esta pluralidad dentro de la unidad de la Deidad. En su primer capítulo, Dios dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza* (Gn. 1:26); y, obviamente, Dios no estaba hablando de los ángeles; el hombre no está hecho a imagen de Dios-más-los-ángeles.

La persona del Hijo

¿Qué quiere decir entonces el término «Hijo de Dios»? El autor procede a explicárnoslo. No intenta proporcionarnos una definición, ni teológica ni metafísica. ¡Es suficientemente sabio! Incluso si eso fuera posible en un idioma meramente humano

y utilizando formas de pensamiento finitas, la definición resultante estaría más allá de lo que podrían captar la inmensa mayoría de creyentes. Comparado con la Deidad, el átomo es una cosa simple y humilde. Y, sin embargo, ¿alguien ha comprendido plenamente y visualizado correctamente su estructura? Lo que el autor escoge hacer, en vez de eso, es darnos una descripción de la persona del Hijo de Dios y de su papel primero en la creación y después en la redención.

a. El Hijo en relación con la creación del universo

El Hijo es aquel por quien fue hecho el universo. El autor dice que es *a quien constituyó heredero de todo*.

El universo no existe por sí mismo. Fue creado. Y eso, inevitablemente, lleva a la siguiente pregunta: ¿para qué fue creado? Instintivamente rechazamos la idea de que no haya propósito o meta tras su existencia. El estudio del propósito y función de cada parte individual y mecanismo dentro de nuestros cuerpos, o dentro del universo entero, es uno de los ejercicios intelectuales más estimulantes y gratificantes a los que nos podemos dedicar. Nuestras mentes rehúsan conformarse con la idea de que, aunque cada parte del universo tenga un propósito y una función con respecto al todo, el todo en sí no tenga propósito o función.

Nosotros tampoco existimos por nosotros mismos, y ciertamente no nos creamos a nosotros mismos. Antes o después, cada uno de nosotros comenzamos a preguntarnos: ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito de la vida? La mayoría de nosotros somos demasiado pequeños como para que nos satisfaga ser la meta y el propósito de nuestras propias vidas.

Tenemos que buscar un propósito mayor y más satisfactorio, ¿pero cuál?: ¿La familia? ¿La sociedad? ¿La nación? ¿La raza? El comportamiento de las naciones y de la raza humana,

como revela la historia, parece mostrarnos que esta es una meta muy insatisfactoria por la que vivir.

Puedes decir que la raza humana ha hecho, y continuará haciendo, grandes progresos; y que estás satisfecho de que tu vida como individuo sirva para el noble propósito del progreso de la raza humana.

Está bien; pero si la raza humana está progresando, y así es en algunas direcciones, eso provoca una vez más la misma pregunta: ¿progreso hacia qué meta? Y, si no hay respuesta para esa pregunta, entonces finalmente no tiene sentido servir al progreso de la raza. ¿Qué sentido tiene ser una pieza del mecanismo del motor de un autobús cuyo papel es hacer que el autobús ande si el conductor no sabe adónde va, y si en realidad no tiene adónde ir ni razón alguna para ir a ninguna parte?

¿Dónde encontraremos un propósito y una meta para nuestra existencia? La respuesta es la siguiente: en el Hijo de Dios. Es para Él y para su placer que el universo, y nosotros dentro de él, fue creado. Él es el heredero de todo: del universo material, de todas sus criaturas, de su historia y su progreso. El todopoderoso y eterno Hijo de Dios, Él solo es suficientemente grande y digno como para ser la meta definitiva de la vida del individuo, de la raza humana y del universo.

Más aún, no es sólo la meta del universo; es también su creador. Es aquel por quien Dios creó el universo. Cuando el autor del libro de Proverbios, en el Antiguo Testamento, habló de la sabiduría por medio de la cual Dios creó el mundo, habló de ella en términos casi personales (Pr. 8:22 ss.). Su instinto era cierto; más cierto quizás de lo que pensaba, porque estaba siendo inspirado por Dios. Esa sabiduría era ciertamente una persona: el Hijo de Dios. ¡Vaya evangelio! Los seres humanos no somos meros productos de fuerzas impersonales y sin propósito, obrando por azar sobre la materia ciega y sin sen-

timientos. Somos las criaturas de un Creador personal que se ha encarnado en Jesús nuestro Señor, de manera que podemos llegar a conocerle personalmente y a servirle con amor y con inteligencia.

b. La persona del Hijo de Dios

Hemos pensado en el Hijo de Dios en relación con la creación. ¿Pero qué es en sí mismo? Es *el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia* (1:3). Fijémonos en el tiempo presente. Estas son cosas que Cristo siempre ha sido, es y continuará siendo. Es el resplandor de la gloria de Dios. Ninguno de nosotros ha visto nunca a Dios Padre. Ni siquiera Moisés. Cuando éste estaba en la grieta de la roca y Dios hizo que pasara su gloria, Moisés no vio a aquel a quien conocemos como Dios Padre (Éx. 33:17 ss.). Vio a aquel que posteriormente se convirtió en Jesús de Nazaret, pero que siempre tuvo, por toda la eternidad, el resplandor de la gloria de Dios. Ha revelado la gloria de Dios creando el universo, mostrando que Dios es un Dios de color, de música y belleza, grandeza y poder. A través de Moisés y de su ley, Dios pudo ser conocido como un Dios de orden moral y pureza, de justicia y santidad. Pero, en su propia encarnación, muerte, resurrección y ascensión, ha revelado la gloria del Padre como sólo el Hijo podía hacer. Y *aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros* –dijo el apóstol Juan– (*y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre*), *lleno de gracia y de verdad* (Jn. 1:14).

No sólo en sus hechos, sino en sí mismo, es el resplandor de la gloria de Dios. Isaías, en cierta ocasión, miró al cielo y vio *al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo*. Los serafines que cubrían sus rostros y sus pies gritaban: *Santo, santo, santo, Yahvéh de los ejércitos*. Isaías nos dice que vio al Rey Todopoderoso (Is. 6:1-5). Juan, el autor inspirado del evangelio, añade la información de que la per-

sona a quien vio Isaías era aquel a quien denominamos Jesús (Jn. 12:41). Él es esa persona de la Trinidad que revela la gloria de la Deidad. No sólo la refleja como un espejo reflejaría los rayos del sol sin tener luz en sí mismo. Más bien, igual que los rayos del sol nos revelan lo que es el sol porque poseen la misma naturaleza que el sol, así Cristo nos revela a Dios porque en su sustancia *es* Dios.

Las Escrituras dicen que es la imagen misma de la sustancia de Dios. De igual modo que puedes coger un troquel e imprimir sobre un metal, y por aquella impresión sobre el metal saber cómo era el troquel; así mismo, si miras a Cristo, verás cómo es Dios. Pero nuestra ilustración falla en que el troquel y el metal no son la misma cosa. Sin embargo, Cristo, como hemos visto, no sólo representa exactamente la imagen de la sustancia de Dios; lo hace en virtud del hecho de que posee la misma sustancia.

c. El Hijo de Dios, sustentador del universo

Hay algo más que Cristo ha hecho y hará. *Sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*. Sostiene el universo que hizo Él mismo. No sólo lo sostiene como si fuera un peso muerto que tiene que soportar; lo sostiene en el sentido de que está conduciéndolo hacia su meta final y destino.

Los científicos hablan de las posibilidades de la fisión o de la fusión nuclear, de la probabilidad de que los hombres hagan estallar el mundo en que vivimos. No hay que preocuparse, porque es Cristo quien con su poderosa palabra sostiene y protege su existencia. Nos dicen que el universo se está expandiendo. Las estrellas que ya están a millones de años luz viajan constantemente alejándose de la tierra a velocidades tremendas. ¿Hacia dónde se dirige todo? ¿Dónde concluirá? El hecho es que el Hijo de Dios está sosteniéndolo todo y conduciéndolo hacia su destino.

d. El Hijo de Dios y la redención del universo

Todavía hay más. *Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo...* La versión *King James* dice: *habiendo purgado nuestros pecados...*; pero lo que está en la mente del autor es algo más grande. No se trata sólo de *nuestros* pecados –malos y grandes como son–, sino de los de todo el universo sucio y estropeado. Lo creó todo y lo sustenta todo; y cuando el pecado lo echó todo a perder, él mismo vino a arreglarlo. No se trata de una mera criatura que trata de reparar un universo que no ha hecho Él mismo. El Creador del universo se ha convertido en su Redentor. Ha realizado la obra que posibilita la reconciliación definitiva de todas las cosas con Dios, así las *que están en la tierra como en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz* (Col. 1:20).

e. La glorificación del Hijo de Dios

Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (1:3).

Hay aquí una alusión al Salmo 110:1, donde a través del profeta David, Dios extiende su invitación al Señor de David: *Yahvéh dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*. Este versículo se hizo muy popular entre los primeros cristianos, porque Jesús llamó su atención hacia él y se lo aplicó a sí mismo (véase Lc. 20:41-44; 22:69, 70). Volveremos a encontrarlo muchas veces en esta epístola. Pero, por el momento, consideremos su implicación. Cuando el concilio escuchó a Jesús proclamar: *Desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios*, todos exclamaron: *¿Luego tú eres el Hijo de Dios?*

Y Él les respondió que sí. Su deducción era absolutamente correcta.

f. El Hijo de Dios y los ángeles

Finalmente el autor añade: *Hecho tanto superior a los ángeles por cuanto heredó más excelente nombre que ellos* (1:4). Por supuesto, es natural que recuerde a sus compañeros cristianos de trasfondo judío que el Señor Jesús, el capitán de su salvación, es mejor que todo lo que han conocido en el judaísmo; y se entusiasma con su tema al ir avanzando en la epístola. Cristo es mejor que los ángeles (1:4 ss.); es mejor que los sacrificios (10:3-10) y su pacto es mejor que el antiguo pacto (8:6). No perdían nada siguiendo a Cristo.

Pero había una razón especial para recordarle a sus lectores que Jesús es superior a los ángeles. La ley judía fue dada por disposición de ángeles (véanse Hch. 7:53; Gá. 3:19); de ahí su respeto a la ley. ¿No eran una nación privilegiada? ¿Qué otra nación podía proclamar que Dios les había hablado y había entregado su ley a su líder, Moisés, a través de ángeles? ¡Y menudo espectáculo había sido la entrega de la ley en el monte Sinaí (Éx. 24:16, 17)! En cambio, para ellos, Jesús no era nadie. Como enfatizaron en cierta ocasión los fariseos, *nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea* (Jn. 9:29). Por tanto, ellos constantemente se movían de los judíos cristianos por haber abandonado la ley dada por mediación de ángeles exaltados para seguir las enseñanzas de un extraño carpintero.

¡Ni hablar! –Dice nuestro autor–. Jesús es doblemente superior a los ángeles. Como Hijo de Dios siempre tuvo por herencia divina un nombre superior al de ellos. Ahora, encarnado como Jesús, está sentado en su trono exaltado por encima de todos ellos.

Preguntas

1. ¿Qué detalles similares ves entre lo que dice Hebreos acerca de nuestro Señor y lo que dicen otros escritores del Nuevo Testamento acerca de Él (por ejemplo, Col. 1:15-17 y Jn. 1:1-4)?
2. ¿Qué le dirías a alguien que te acusara de creer en tres Dioses?
3. ¿En qué sentido Cristo es heredero de todo?
4. ¿Cuál es el significado de la frase *resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia*?
5. ¿Cómo llegó a necesitar ser purificado el universo creado por Cristo? ¿Tiene Colosenses 1:20 algo que enseñarnos en cuanto a esto?
6. *Se sentó a la diestra* (1:3) hace alusión al Salmo 110:1. Considera las lecciones que se extraen de este versículo (a) en el resto de esta epístola; (b) en el resto del Nuevo Testamento. Utiliza una buena concordancia para encontrar los lugares donde se cita.
7. ¿En qué cosas concretas son las frases de Hebreos 1:1-4 buenas nuevas para el hombre moderno?

DEMOSTRACIÓN DE LA DEIDAD DE CRISTO

Hebreos 1:5-14

Este es un capítulo largo y difícil, pero en extremo importante. Quizás prefieras leer la primera parte ahora, y las siguientes más adelante.

Primera parte

En Hebreos 1:1-4, el autor afirma la deidad de Cristo, y en 1:5-14 se dispone a demostrarla. Por supuesto no a los agnósticos ni ateos, ni a personas de otras creencias que no aceptan el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios –o al menos no en primer lugar a ello–, aunque lo que tiene que decir puede muy bien proporcionarles incluso a ellos una poderosa evidencia de que Jesús es el Hijo de Dios. Pero primero está escribiendo a cristianos de trasfondo judío para fortalecer su fe y ayudarles a responder a las críticas de sus compañeros judíos, que negaban la deidad del Señor Jesús y consideraban una blasfemia idólatra adorar a Jesús como Dios. No habría sido lógico esperar que los judíos no cristianos aceptaran la deidad de Jesús sobre la base de la autoridad de los apóstoles cristianos. No aceptaban dicha autoridad. Pero tanto los judíos cristianos como los que no lo eran aceptaban el A.T. como Palabra de Dios inspirada y con autoridad; y es al Antiguo Testamento al que apela el autor de Hebreos para demostrar lo que quiere.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Fijémonos en seguida en que lo que está en juego no es la victoria en un debate teológico con mucha verborrea y tremendamente poco práctico. Es nada menos que el mismo núcleo del programa anunciado por el Antiguo Testamento para la salvación del mundo y su credibilidad. El Antiguo Testamento tiene más cosas que ofrecer al mundo además de la doctrina del monoteísmo, aunque dicha doctrina sea gloriosa, liberadora y proporcione vida; y además de su código moral dado por Dios, aunque este sea sensato, saludable y necesario para la salud moral. El Antiguo Testamento presenta un programa para la salvación del mundo, para acabar con el mal, para el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Ciertamente el mundo lo necesita.

Fundamental en este programa –según el Antiguo Testamento– es la venida del Mesías. Veamos dos profecías de entre las muchas que hay: *Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará sus raíces, y reposará sobre él el Espíritu de Yahvéh... juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío... Morará el lobo con el cordero... el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará... porque la tierra será llena del conocimiento de Yahvéh, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa* (Is. 11:1-10). *Acontecerá en lo postrero de los tiempos –dice Isaías en otro lugar (2:1-4)– ... que [Dios] juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.*

La esperanza de un futuro así obsesiona a la humanidad. En nuestros corazones sabemos que es la única manera sensata de vivir. Pero siglos de esperanzas incumplidas y de continua

maldad y guerras han hecho que la gente caiga en el escepticismo. Ha habido muchas promesas utópicas, basadas en teorías políticas y en creencias religiosas, que han demostrado ser ilusorias y han contribuido en ocasiones masivamente a la miseria y el sufrimiento del mundo. La esperanza se evapora. Como es natural, las personas se preguntan qué credibilidad tiene el programa que ofrece el Antiguo Testamento. ¿Son sus visiones y promesas algo más que espejismos y castillos religiosos en el aire? ¿Quién es esa *vara del tronco de Isaí*, ese *vástago que retoñará*, que reunirá a las naciones en torno a él y traerá la paz universal basada en la justicia perfecta?

Su descripción como una vara del tronco de Isaí (Isaí era el padre del rey David) indica que tiene que ser un rey de la línea real de David. ¿No será entonces más que eso? Si es así, ¿qué convicción crea eso en nuestros corazones de que estamos ante la clave de la salvación del mundo? David mismo obtuvo muchas victorias militares; disfrutó de gran popularidad ante su nación (aunque incluso en eso hubo un declive en cierto momento); y su poesía religiosa todavía nos reconforta e inspira a millones de personas por todo el mundo (como demuestra el Salmo 23). Pero era rey sólo de un pequeño estado que cabría en un pañuelo. Las grandes naciones gentiles no se reunían precisamente en torno a él. También fue culpable de actuar como un déspota oriental al cometer adulterio y asesinato. El general de su ejército, Joab, era un intrigador despiadado, hambriento de poder y sin principios, a quien David nunca pudo llegar a controlar de forma satisfactoria. Los sucesores humanos de David no fueron en ningún caso más grandes o mejores que él; muchos de ellos fueron bastante peores. ¿Cómo podemos tomarnos en serio el Antiguo Testamento si el programa que prometía para la salvación del mundo dependía de un Salvador-Mesías-Rey que no era nada más que un mero descendiente humano de David, por muy

Según Hebreos. Un reino incommovible

brillante que fuera (o de otros líderes famosos como Alejandro, César, Napoleón o quien sea)?

Pero entonces, lo que el Antiguo Testamento promete es un Salvador-Mesías-Rey que es mucho más que aquéllos. Tiene que ser, por supuesto, hijo de David; y por eso muchos profetas del Antiguo Testamento toman las experiencias del rey David, y de sus sucesores, como una especie de prototipo o prefigura del Mesías. Pero el Antiguo Testamento mismo deja claro que el Mesías no será sólo hijo de David, será Señor de David (véase Sal. 110:1 y el comentario de Cristo sobre ese versículo en Lc. 20:41-44). Es esta parte del programa del Antiguo Testamento (si es cierto) la que, milagrosa como es, proporciona una esperanza realista de que se va a cumplir.

No parece probable que al autor de Hebreos le plantee dificultad alguna el demostrar que esto es lo que dice el Antiguo Testamento acerca del Mesías. Basten por el momento tres de sus citas de aquél. Una es el Salmo 2:7, donde Dios dice al Mesías: *Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy*. Otra, el Salmo 45:6-7, donde Dios le dice al Mesías (a través del profeta poeta divinamente inspirado): *Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre... te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros*. Y también cita el Salmo 110:1, donde Dios invita al Señor de David, es decir, al Mesías, a sentarse a su diestra hasta que Dios ponga a sus enemigos por estrado de sus pies. Este es un lenguaje tan exaltado que trasciende a David o a cualquiera de sus descendientes de la línea real. Los compositores inspirados de estos salmos eran más que poetas: eran profetas. Utilizando al rey David o a uno de sus sucesores como modelos para ayudar a la gente a formarse una idea del Salvador-Rey prometido por Dios, hablaron de ese Rey haciendo uso de un lenguaje que iba más allá que cualquier cosa que se pudiera decir, sin que se tratara de una intolerable exageración, de David. Su interpretación plena y natural sólo se podía aplicar al Mesías.

El significado del término «Hijo de Dios»

Miremos, para comenzar, un esquema de las citas del Antiguo Testamento que utiliza el autor. Así es como él las dispone:

Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

1. Salmo 2:7
2. 2 Samuel 7:14
3. Salmo 97:7?

Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego (Salmo 104:4). Mas del Hijo dice:

4. Salmo 45:6-7
5. Salmo 102:25-27

Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

6. Salmo 110:1?

¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio...?

En seguida notamos que lo primero que el autor quiere demostrar es que el Mesías, el Hijo de Dios, es infinitamente superior a los ángeles. Hay lugares en el Antiguo Testamento donde se hace referencia a los ángeles como los hijos de Dios (véase, por ejemplo, Job 1:6, y la nota a pie de página de la NIV). Algunas personas podrían haber argumentado, no obstante, que cuando el Antiguo Testamento se refiere al Mesías como Hijo de Dios, sólo significa lo mismo que cuando llama a los ángeles hijos de Dios. Pero ese argumento es falso, como muestra el autor. Fijémonos en cómo transcurre su argumento. No hace depender la prueba de la deidad del Mesías de la habilidad de sus lectores para captar finos matices en los posibles

significados de la palabra hebrea que se refiere a «hijo». El autor toma una ruta mucho más directa. Es cierto que los ángeles son un grupo que a veces es denominado como «hijos de Dios» en las Escrituras; ¿pero a qué ángel concreto –preguntale ha dicho el Señor individualmente en algún momento en las Escrituras: *Mi Hijo eres tú* (Sal. 2:7)? ¿Y cuándo le ha dicho Dios a un ángel que lo ha engendrado (Sal. 2:7)? ¿Y cuándo ha hecho referencia Dios a un ángel en concreto a través de alguno de los poetas o profetas bíblicos como «Dios», y ha declarado que el trono del ángel duraría para siempre (Sal. 45:6, 7)? ¿Y a qué ángel le ha dicho Dios alguna vez: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal. 110:1)?

Estas citas llevan implícita la respuesta. Como Hijo de Dios, el Mesías es único e infinitamente superior a los ángeles. Dios dice cosas en el Antiguo Testamento tanto de Él como a Él que nunca se han dicho ni se pueden decir de ningún ángel; y, si no se pueden decir de ningún ángel, ¡cuánto menos de seres mortales como el rey David o sus sucesores!

Estudio de las citas

Ahora vamos a estudiar las citas. Todas afirman o implican la deidad del Mesías. Pero encontramos dos cosas muy importantes en ellas. En primer lugar, no son meros textos demostrativos arrancados de sus contextos con el fin de hacer que signifiquen algo totalmente ajeno a aquello para lo que se dieron originalmente. Lo cierto es lo contrario. Será estudiando sus contextos como llegaremos a ver lo poderosamente que apoyan lo que dice el autor. Estudiar sus contextos, por supuesto, nos involucrará en una ardua tarea. Pero merecerá la pena.

En segundo lugar, las sucesivas citas no se limitan a repetir la idea de la deidad del Mesías. Cuando las leemos en sus

contextos, forman una progresión lógica y nos muestran los diversos pasos en el programa de Dios para el establecimiento de su reino en la tierra; y también cómo la deidad del Mesías es el elemento clave en cada uno de esos pasos.

Aquí tenemos una perspectiva a vista de pájaro de las citas:

Primer grupo: La relación del Rey Mesías con Dios

1. Salmo 2:7: *Declaración de esa relación* poniendo al Mesías en el monte santo de Dios, en Sion: lo que se cumple en la resurrección y ascensión de Cristo.

2. 2 Samuel 7:14: *Perpetuación de la relación*, rota en todas las épocas siguientes.

3. Salmo 97:7: *Reconocimiento universal de la relación* con la llegada del Señor para juzgar el mundo y establecer su reino.¹

Segundo grupo: Permanencia del reino del Mesías; calidad de su gobierno; permanencia del mismo Mesías y de sus súbditos.

4. Salmo 45:6, 7: *Permanencia y calidad del reino del Mesías*, basadas tanto en su deidad como en la justicia perfecta de su gobierno. Esa justicia misma se basa a su vez en el amor a la justicia y el odio a la maldad previamente demostrados por el Mesías, por lo que Dios le ha exaltado, le ha dado un nombre que es sobre todo nombre y llevará a todos a reconocerle como Dios en su venida, en la celebración cósmica de las bodas del Rey.

5. Salmo 102:25-27: *Permanencia del Mesías mismo y de sus súbditos*. ¿De qué nos sirve la seguridad de un reino venidero de Dios a la tierra si no vivimos para verlo o disfrutarlo? ¿Para

¹ Véase la nota adicional 1 al final de este capítulo en cuanto a la evidencia para decir que esta tercera cita se basa en el Salmo 97:7.

Según Hebreos. Un reino incommovible

qué nos sirve a nosotros o a cualquier otra criatura de Dios si todos estamos destinados a perecer junto con los cielos, la tierra y el resto del universo creado? Pero, en el Mesías, el Creador se ha hecho hombre. Puesto que es el Creador eterno, sobrevivirá a su creación. Pero también lo hará como hombre. Es-tando en relación con Él, todos sus verdaderos siervos ya disfrutan de vida eterna y, por tanto, durarán eternamente.

Última cita: Posición actual del Mesías mientras espera el establecimiento de su reino

6. Salmo 110:1 *La posición y el nivel del Mesías* en la actualidad son indicados por la invitación de Dios: *Yahvéh dijo a mi Señor [David]: Siéntate a mi diestra.* Eso nunca podría habérselo dicho a un ángel. Hace referencia a la ascensión del Mesías y a su colocación en el lugar de honor en el trono de Dios. Las palabras *hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies* muestran que el plan nunca fue que su ascensión fuera inmediatamente seguida de la subyugación de todo el mal. El plan era que habría un intervalo de espera. Pero la invitación indica un futuro reinado de Cristo cuando el mal será derrotado y el último enemigo será destruido.

Breve como ha sido este estudio, nos ha mostrado, en primer lugar, que cada una de estas citas del Antiguo Testamento declara de una forma u otra la deidad del Mesías; y, en segundo lugar, que las citas estudiadas en sus contextos originales nos llevan desde la resurrección y ascensión del Hijo de Dios, a través de esta era presente, a su segunda venida, a las bodas del Rey y el establecimiento de su reino en la tierra, a la naturaleza y calidad de ese reino, y a la eterna permanencia no sólo del Mesías mismo sino de todos sus verdaderos siervos.

Entraremos en más detalle en los siguientes apartados. Las preguntas de esta primera parte aparecen al final del capítulo.

Segunda parte

Llegados a este punto, recordémonos a nosotros mismos que hay dos cosas que el autor tiene que demostrar por medio de sus citas. En primer lugar que el Mesías es el Hijo de Dios. Esto lo hará fácilmente. Si en el Salmo 2:7 Dios aclama explícitamente al Mesías como su Hijo, y si en el Salmo 45:6-7 Dios, a través del profeta, se dirige al Mesías como Dios, con eso es suficiente. Queda demostrado. La deidad del Mesías está establecida; y todo lo que se dice en los demás lugares del Antiguo Testamento acerca del Mesías se debe interpretar y entender a la luz de esto.

En segundo lugar tiene que demostrar que Jesús es el Mesías anunciado en el Antiguo Testamento. Aquí comienza desde el hecho histórico de la resurrección de Jesús. No sólo dicha resurrección declara que Jesús es el Hijo de Dios, sino que nos muestra cuál era el significado y la intención plena de Dios cuando hizo las afirmaciones, promesas y predicciones que ahora va a citar.

El primer grupo de citas

1. Declaración de la relación (Sal. 2:7)

¿Por qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan cosas vanas?
Se levantarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos
contra Yahvéh y contra su ungió, diciendo:
Rompamos sus ligaduras,
y echemos de nosotros sus cuerdas.

El que mora en los cielos se reirá;
el Señor se burlará de ellos.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Luego hablará a ellos en su furor,
y los turbará con su ira.
Pero yo he puesto mi rey
sobre Sion, mi santo monte.

Yo publicaré el decreto;
Yahvéh me ha dicho: *Mi hijo eres tú;*
yo te engendré hoy.
Pídeme, y te daré por herencia las naciones,
y como posesión tuya los confines de la tierra.
Los quebrantarás con vara de hierro;
como vasija de alfarero los desmenuzarás.

Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes;
admitid amonestación, jueces de la tierra.
Servid a Yahvéh con temor...
Honrad al Hijo, para que no se enoje,
y perezcaís en el camino...
Bienaventurados todos los que en él confían.
(Sal. 2:1-12)

Hemos dado la cita en su contexto. Tiene que ver, como veremos ahora, con la proclamación o declaración del decreto de Dios. La primera persona en «yo publicaré el decreto» no hace referencia, claro está, al autor del salmo. Se trata del Mesías a quien el salmista, con un estilo verdaderamente dramático y profético, ha introducido como si hablara a través de Él. Lo que aquí nos ocupa, por tanto, no es la cuestión de cuándo le dijo Dios al Mesías: *mi hijo eres tú; yo te engendré hoy*. Lo importante es cuándo y cómo fue publicado por el Mesías este decreto de Yahvéh y demostrado al mundo entero.

El contexto, lo que aparece anteriormente en el salmo, proporciona la respuesta. Refleja primero un ataque internacio-

nal de reyes y gobernantes contra Dios y su Ungido. Después describe la respuesta de Dios: *El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos... Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte.*

Entonces ahora la pregunta es: ¿Qué suceso histórico encaja con la situación descrita aquí y le otorga el cumplimiento más posible y, por tanto, más convincente? Los cristianos responden sin vacilar: la crucifixión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús.

A los primeros cristianos les llevó muy poco tiempo ver cómo la situación representada en el Salmo 2 se había cumplido más plenamente en la Jerusalén de sus días. *Soberano Señor –oraron al enfrentarse a la oposición de sus gobernantes–, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste:*

¿Por qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan cosas vanas?
Se reunieron los reyes de la tierra,
y los príncipes se juntaron en uno
contra el Señor, y contra su Cristo.

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera. Y concluyeron su oración con un llamamiento a Dios para que vindicara la resurrección y ascensión de Jesús por medio de sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús (Hch. 4:24-30).

Más adelante, Pablo elaboró teológicamente esa misma cuestión. Dijo que el evangelio fue *prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Rey Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo*

Según Hebreos. Un reino incommovible

de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Ro. 1:2-4).

No es accidental, por supuesto, que esta primera cita del A.T. apunte a la crucifixión y ascensión del Hijo de Dios. Cualquier programa realista para derrocar el mal en el mundo e introducir una era de paz tiene que basarse en un diagnóstico y una exposición adecuada acerca de dónde reside el problema. La crucifixión, por parte de gobernantes responsables, de aquel cuya afirmación de ser el Hijo de Dios fue posteriormente vindicada por medio de su resurrección nos proporciona ese diagnóstico mejor que cualquier otra cosa. Poncio Pilato y Herodes no fueron unos criminales extraordinarios como, por ejemplo, Hitler. En comparación, fueron unos gobernantes (militares y políticos) bastante moderados, no tan despóticos, crueles, débiles, ambiciosos, ni menos preocupados sinceramente por el bienestar de aquellos a quienes gobernaban que la mayoría de gobernantes y políticos de la actualidad. El sumo sacerdote judío y sus colegas no eran tampoco demonios encarnados ni charlatanes despreciables. Eran líderes religiosos responsables, ocupados y, en ocasiones, quizás comprometidos, con las dificultades propias de tener que resolver complejos problemas religiosos, políticos y sociales; pero no menos sinceros, ni más profesionalizados o cegados por el poder que la mayoría de líderes religiosos de hoy.

Sin embargo, su oposición unánime a Jesús, su crucifixión del Hijo de Dios, expone cuál era el verdadero problema que tenían y que todavía tienen todos los hombres y las mujeres. No se trata simplemente de una actitud imprudente hacia la justicia, ni de una cierta concentración egoísta en los propios intereses de uno pasando por alto los derechos de los demás; y mucho menos de una firme decisión de mantener el código moral, orar regularmente o llevar una vida de pureza. No, el problema es que en el corazón de cada persona hay

fundamentalmente rebeldía contra Dios similar a la que experimentamos con el propio Hijo de Dios y su afirmación de ser nuestro Señor y Rey legítimo; rehusamos someternos. Esta rebeldía a menudo puede quedar sin detectar, oculta por una preocupación política genuina por los demás y un comportamiento religioso sincero. Pero está allí, no obstante. Es el choque frontal con las afirmaciones del Hijo de Dios encarnado lo que arranca las capas superiores de respetabilidad política y religiosa y expone nuestra rebeldía profunda e inherente a nosotros contra Dios. *Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden* (Ro. 8:7).

El primer paso, pues, en la salvación del individuo o de la sociedad, es la exposición del verdadero problema. Eso lo hace la cruz de Cristo. El segundo paso es la provisión de un incentivo efectivo que lleve al arrepentimiento. Eso lo provee la resurrección de Jesús y su vindicación como Hijo de Dios. Escuchémoslo en palabras de este mismo salmo (2:9-12): [Tú, el resucitado y ascendido Hijo de Dios] *los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás. Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra... Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino. Y aquí lo tenemos en palabras del N.T.: Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos* (Hch. 17:30, 31). Pero escuchemos también el ánimo que ofrece el Salmo a todos aquellos que se arrepienten y creen: *Bienaventurados todos los que en él confían* (Sal. 2:12).

2. Perpetuación de la relación (2 Sa. 7:14)

Así mismo Yahvéh te hace [al rey David] saber que él te hará casa. Y cuando tus días sean cumplidos... yo levantaré después

Según Hebreos. Un reino incommovible

de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. *Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo.* Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres... pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente (2 S. 7:11b-16).

La segunda cita procede, como podemos ver, de una larga y elaborada promesa hecha por Dios a David acerca de que se perpetuaría su trono y la línea real. Ahora, obviamente esta promesa se refería en primer lugar al primer sucesor de David, Salomón. Él es quien edificó el templo para el nombre de Dios. Si Dios le hubiera quitado el reinado, como hizo con Saúl, y se lo hubiera dado a una familia diferente, la dinastía real de David habría sido estrangulada nada más nacer, por así decirlo. No debemos infravalorar, por tanto, el significado primario del pasaje: la relación especial de padre e hijo, y la disciplina que implicaba y que Dios anunció que aplicaría a Salomón. Pero es igualmente obvio que esta complicada promesa no hace referencia sólo a Salomón. Si así fuera, y Dios en su lealtad paternal hubiera mantenido el trono de Salomón para después permitir que se le quitara a sus sucesores, ¿qué habría sido del resto de la promesa de Dios a David: *Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente?* Tenía que aplicarse a más sucesores de David, y no sólo a Salomón.

Pero, una vez más, si la promesa de Dios se aplica sólo a sucesores de David meramente humanos, nos encontramos con otro problema. Esta vez uno enorme. ¡Hace tiempo que los sucesores humanos de David perdieron su reino! ¡El trono terrenal de David no se ha mantenido! Para el antiguo judaísmo, esta era una dificultad muy seria. Mucho tiempo antes de

que el autor de Hebreos escribiera su carta, el autor judío precristiano del Salmo 89 luchaba con el problema que representaba la destrucción del trono terrenal y que la dinastía de David simbolizaba para su fe.

Cita extensamente la promesa, el juramento y el pacto establecidos por Dios con David y su descendencia garantizándole un trono eterno (versículos 19-37). Pero después admite con franqueza que, en el tiempo en que estaba escribiendo su salmo, *tú [Dios] desechaste y menospreciaste a tu ungido, y te has airado con él. Rompiste el pacto con tu siervo; has profanado su corona hasta la tierra* (versículos 38-39). Al contemplar esto, su tristeza, dolor y perplejidad le llevan a preguntarse: *Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que juraste a David por tu verdad?* (versículo 49).

Este es un serio problema no sólo para el judío que cree que 2 Samuel 7 y sus promesas son inspiradas por Dios e infalibles. También lo es para los cristianos, porque también creemos que el Antiguo Testamento es la Palabra de Dios. Nuestro evangelio, de hecho, se edifica sobre el Antiguo Testamento, que da testimonio de él (Romanos 1:2; 3:21). ¿Cómo podremos mantener nuestras cabezas bien altas ante los impíos déspotas, humanistas, ateos, agnósticos y no creyentes en general de este mundo, si tenemos que admitir que el anuncio del Antiguo Testamento de un propósito divino y un plan para el mundo que se cumpliría a través de la casa real del rey David de Judá se fue al traste y quedó en agua de borrajas?

Pero es que, por supuesto, no fue así. La respuesta al problema la encontramos en Jesús. Es cierto que el pacto y la promesa de Dios a David en referencia a sus sucesores humanos fueron abandonados debido a sus flagrantes apostasías que lo quebrantaron. Pero el pacto y la promesa en sus sentidos más plenos se han mantenido gloriosamente, y más aún, se cumplieron en Jesús. Éste nació como descendiente

Según Hebreos. Un reino incommovible

físico de David. Eso satisfacía una parte de la promesa. Posteriormente, su resurrección mostró que era el Hijo de Dios en el más elevado sentido del término. Eso satisfacía la otra parte de la promesa. En otras palabras, la solución al problema no es decir que la promesa original *–yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo–* sólo era un trozo de papel con deseos y exageraciones del profeta Natán; y que se cumplió (si es que podemos decir que fue así) sólo en un nivel reducido y temporal. La solución es que la promesa era en verdad Palabra de Dios. Significaba lo que decía. Pero también significaba mucho más de lo que parecía decir, como podemos ver a partir de la resurrección del Señor Jesús. Dios siempre había tratado de cumplir su promesa no sólo en su nivel primario en relación a Salomón, sino también en un nivel infinitamente superior. Tras la relación de padre e hijo, Dios siempre tuvo en mente la relación mayor de sus promesas; tenemos que basar nuestras expectativas no en lo mínimo, sino en una interpretación completa de sus términos.

Fue, por supuesto, la resurrección de Jesús la que abrió los ojos de los primeros cristianos permitiéndoles entender el significado pleno de las promesas de Dios a David en 2 Samuel 7. Escuchemos a Pedro en el día de Pentecostés: *Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado..., Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo... exaltado por la diestra de Dios... A este Jesús... Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hch. 2:29-36).*

Pero hay otra evidencia grandemente significativa en cuanto a la cuestión del cumplimiento de la promesa de que *yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo*. Con el nacimiento de Jesucristo en la línea real de David, entró en nuestro mundo

alguien que tenía un sentido sin igual de que Dios era su Padre y de que Él era el Hijo de Dios. Cuando era un niño de doce años sorprendió a sus oyentes refiriéndose al templo como *la casa de mi Padre* (Lc. 2:49). En los veintinueve capítulos del evangelio de Juan, donde se recogen su vida y enseñanzas, se refiere a Dios como su Padre unas 100 veces.

Estamos tan acostumbrados a pensar en Dios como Padre que, si no tenemos cuidado, no veremos lo especial que era Jesús en ese aspecto y en un sentido doble. Primero porque ningún profeta, sacerdote, poeta ni rey del Antiguo Testamento habló de Dios como su Padre personal de la forma y con la insistencia con que lo hizo Jesús. Verifica esta verdad por ti mismo. En segundo lugar porque, aunque Jesús enseñó a sus discípulos que Dios era su Padre, mantuvo firmemente que Dios era su Padre y que Él era el Hijo de Dios en un sentido único. Enseñó a sus discípulos: *Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro...* (Mt. 6:9); pero nunca se unió a ellos diciendo «Padre nuestro». Más bien se expresaba como lo hizo con María en el jardín: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre* (Jn. 20:17). O como en Mateo 11:27: *Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*. Es este tipo de lenguaje el que sorprendía y enfurecía a muchos de sus contemporáneos: *decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios* (Jn. 5:18).

La resurrección ha vindicado su enseñanza acerca de sí mismo, y parece claro que la promesa de Dios a David se ha cumplido de forma magnífica. La línea de David nunca desaparecerá. La promesa de Dios de proveer al mundo un Salvador-Rey es segura. El Mesías no es un mero hombre, ni siquiera un ángel, que había perdido el favor divino. Es el Hijo eterno del Padre eterno. La relación es indestructible; y el futuro está en sus manos.

**3. Reconocimiento universal de la relación
(Sal. 97:7)**

Decid entre las naciones: Yahvéh reina...

Juzgará a los pueblos en justicia...

Entonces todos los árboles del bosque

rebotarán de contento,

delante de Yahvéh que vino;

porque vino a juzgar la tierra.

Juzgará al mundo con justicia... (Sal. 96:10, 12, 13).

Yahvéh reina; regocíjese la tierra,

alégrense las muchas costas...

justicia y juicio son el cimiento de su trono.

Fuego irá delante de él,

y abrasará a sus enemigos alrededor...

Los cielos anunciaron su justicia,

y todos los pueblos vieron su gloria.

Avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla...

(Sal. 97:1-3, 6, 7a).

Que todos los ángeles de Dios le adoren (versículo 7c, traducción mía).

Yahvéh ha hecho notoria su salvación;

a vista de las naciones ha descubierto su justicia.

Se ha acordado de su misericordia

y de su verdad para con la casa de Israel;

todos los términos de la tierra han visto la salvación de
nuestro Dios...

Aclamad... delante del rey Yahvéh...

Todos hagan regocijo delante de Yahvéh,

porque vino a juzgar la tierra.

Juzgará al mundo con justicia

y a los pueblos con equidad (Sal. 98:2-3, 6, 9).

Yahvéh reina...

Yahvéh en Sion es grande,

y exaltado sobre todos los pueblos (Sal. 99:1, 2).

La primera cita, el Salmo 2:7, señala la declaración de la relación del Hijo con el Padre que señala a la resurrección y ascensión. La segunda cita, la de 2 Samuel 7:14, indica que esa relación se perpetúa por los siglos. Ahora, la tercera cita tiene que ver con el reconocimiento universal de esa relación en la segunda venida del Señor.

Pero primero vayamos a unas cuestiones técnicas menores. Esta tercera cita, *adórenle todos los ángeles de Dios*, se basa en la frase del Salmo 97:7, que en hebreo dice: *Póstrense a él todos los dioses*. Siguiendo una antigua tradición de la Septuaginta (es decir, la traducción judía precristiana del Antiguo Testamento al griego), el autor de Hebreos interpreta el término «dioses» como una referencia a los ángeles. Lo cual es muy razonable; Dios no requiere la adoración de los dioses falsos. También adopta la traducción de otro pasaje de la Septuaginta.²

No obstante, la interpretación del mandamiento que hace el autor plantea una cuestión más importante: *Adórenle todos los ángeles de Dios*. El «le» se refiere al Mesías, y demuestra que el Mesías tiene que ser el Hijo de Dios, porque este versículo ordena que hasta los ángeles le adoren. Eso sería idolatría y blasfemia si no fuera el Hijo de Dios. Sería como la tontería de aquellos a quienes este mismo versículo –97:7– denuncia por adorar a los ídolos.

Pero hay muchas personas que se opondrían a la interpretación del autor. Argumentarían que, en su contexto original,

² Véase la nota adicional 1 al final de este capítulo en cuanto a la evidencia para decir que esta tercera cita se basa en el Salmo 97:7, aunque las palabras exactas del autor se toman de la traducción de Deuteronomio 32:43 en la Septuaginta.

Según Hebreos. Un reino incommovible

el «le» del mandamiento (*Adórenle todos los ángeles de Dios*) se refiere a Dios, no al Mesías, y que el autor no está siendo fiel al sentido original del pasaje. Debemos tomarnos en serio esta objeción. Una respuesta superficial podría resultar inapropiada. Por tanto, examinemos el contexto detenidamente, primero el contexto amplio y después el más inmediato. El Salmo 97 forma parte de un pequeño grupo de salmos que tratan especialmente el problema del mal: ¿Por qué, si hay un Dios que se preocupa por la justicia, permite que los malvados continúen mintiendo, engañando, oprimiendo y asesinando con aparente impunidad? El Salmo 94:2, 3 expresa intensamente el problema. *Engrandécete, oh juez de la tierra* –implora el salmista–, *da el pago a los soberbios. ¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh Yahvéh, se gozarán los impíos?* Millones de creyentes en Dios a lo largo de todos los siglos han luchado con este problema.

En contraste con el Salmo 94, los salmos 96 y 98 muestran a alguien que está casi exultante de alegría. La razón es que contienen la respuesta al problema: el Señor vendrá a juzgar la tierra. En su alegría, el autor repite la respuesta varias veces. *Alégrese los cielos, y gócese la tierra... Delante de Yahvéh que vino; porque vino a juzgar la tierra* –dice en el Salmo 96:11, 13. No contento con una vez, en el Salmo 98:9 se repite lo mismo: *Hagan regocijo delante de Yahvéh, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.*

Difícilmente podrían ser más claras las palabras. No se dice que la solución del problema sea el presente gobierno providencial del mundo por parte de Dios. Los salmos, por supuesto, creen eso. Pero el presente gobierno providencial del mundo por parte de Dios es parte del problema. (Todavía lo es para nosotros, los que vivimos en este presente período posterior a la resurrección y ascensión de Cristo. Su ascensión no ha resuelto el problema.) ¿Por qué ocurre que Dios, quien sigue ejerciendo un control providencial sobre el mundo, permite

que el mal quede sin castigo y que el oprimido sufra constantes injusticias? La respuesta es la venida del Señor. El Señor no se quedará en el cielo y simplemente pondrá en marcha su gobierno providencial. El Señor *volverá* a juzgar al mundo.

Fijémonos en lo que, llegados a este punto, es obvio. La venida del Señor que describen estos salmos está para ellos todavía en el futuro (lo mismo que para nosotros). Está claro que confían tanto en que el Señor vendrá, establecerá su reino en la tierra y traerá justicia al mundo, que los profetas hebreos acostumbran a hablar de ello como si ya hubiera ocurrido y se anunciara ahora. *Decid entre las naciones: Yahvéh reina*, dice el Salmo 96:10. *Yahvéh reina*, repite el Salmo 97:1. *Yahvéh reina*, reitera el 99:1. Pero dejan claro que están hablando del futuro: *Porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia...*³

¿Qué es entonces lo que ven estos salmos que ocurrirá en esta venida del Señor? No el fin del mundo, obviamente. El Salmo 96:10-13, al utilizar verbos en presente (presente profético), dice: *Decid entre las naciones: Yahvéh reina. También afirmó* [«afirma», en la NIV] *el mundo, no será conmovido; juzgará a los pueblos en justicia. Alégrese los cielos, y gócese la tierra... delante de Yahvéh que vino* [«viene», en la NIV]; *porque vino* [«viene»] *a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su verdad.* En otras palabras: cuando el Señor venga, establecerá el reino de Dios sobre la tierra. La voluntad de Dios se hará en la tierra como se hace en el cielo. El Salmo 98:2-4, 6-7, 9, usando también los tiempos perfectos proféticos, añade más cosas

³ El Nuevo Testamento utiliza un lenguaje profético similar cuando mira hacia adelante al establecimiento del reino de Dios en la tierra. Habla como si ya hubiera ocurrido, aunque en realidad está anunciando eventos futuros. *Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso... porque has tomado tu gran poder y has reinado* [en la NIV, *has comenzado a reinar*]. *Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar galardón a tus siervos los profetas, a los santos... y de destruir a los que destruyen la tierra* (Apocalipsis 11:17, 18).

Según Hebreos. Un reino incommovible

a la descripción de lo que involucrará la venida del Señor: *Yahvéh ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierta su justicia. Se ha acordado de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel; todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios. Cantad alegres a Yahvéh, toda la tierra... Aclamad con trompetas y sonidos de bocina, delante del rey Yahvéh. Brame el mar... el mundo y los que en él habitan... todos hagan regocijo delante de Yahvéh porque vino [viene] a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.*

Por tanto, la respuesta al problema del mal, según estos salmos, es la venida del Señor. Pero eso provoca otra pregunta: ¿cómo y de qué forma vendrá el Señor? Según el Salmo 97:5-7, cuando venga a reinar, *los montes se derritieron como cera delante de Yahvéh, delante del Señor de toda la tierra... todos los pueblos vieron su gloria.* Y habiéndose revelado el verdadero Dios así, *avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla.* Pero hay un problema. Dios es invisible. Entonces (repetimos), ¿cómo y en qué forma vendrá el Señor invisible, a quien nadie ha visto nunca ni puede ver, y hará que su presencia sea visible de manera que todas las naciones puedan verle y saber sin lugar a dudas que es Él quien juzga?

La respuesta a esta pregunta es: vendrá en la persona del Mesías: *el rey Yahvéh*, a quien aclamarán de alegría a su venida (Sal. 98:6). No será otro que el Mesías de quien Dios en el Salmo 2 ya ha dicho: *Mi hijo eres tú*, y de quien también dijo: *Yo he puesto mi rey sobre Sion.* Cuando Isaías profetizó: *Preparad camino a Yahvéh... He aquí que Yahvéh el Señor vendrá con poder* (Is. 40:3, 10), Juan el Bautista proclamó que esa venida del Señor se refería a la primera venida del Mesías (Lc. 3:4-18). De la misma manera, cuando nuestros salmos hablan de la venida del Señor para juzgar el mundo y establecer su reino en la tierra, se refieren a su segunda venida.

El Señor Jesús interpretó estos salmos de la misma forma. En su parábola de la viuda y el juez injusto (Lc. 18:1-8), también trató el problema del mal como en el Salmo 94. Reconoció que la aparente inanición de Dios ante el mal pone a prueba la fe de su pueblo. Les aseguró, no obstante, que Dios pronto intervendría y haría que su pueblo alcanzara justicia. Hasta entonces, les exhortó a continuar orando con fe. Pero también añadió: *Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra? ¿Por qué dijo cuando venga el Hijo del Hombre?* Porque su segunda venida será el momento cuando Dios *vendrá a juzgar la tierra* y a vindicar así la fe de su pueblo que ha continuado creyendo en Dios y orando a lo largo de largos siglos de espera.

Al fin volvemos al autor de Hebreos y su interpretación del Salmo 97:7. Recordemos que dice que el «le» del mandamiento de que todos los ángeles de Dios le adoren se refiere al Mesías. ¡Demuestra estar en lo cierto! ¿Pero de dónde sacó esa idea? ¡Leyó todo el contexto! ¡No sólo utilizaba textos aislados demostrativos! Descubrió que hablaba de la venida del Señor para establecer su reino en la tierra. Vio que el Señor que viene en forma visible tiene que ser el Hijo de Dios, el Mesías, y que la venida a la que se refiere tiene que ser la segunda venida. Por eso introduce su cita del Salmo 97:7 con las palabras: *Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios.*⁴

Digamos antes de continuar que los otros autores del Nuevo Testamento están de acuerdo. Pablo toma las mismas palabras del Salmo 96:13 y 98:9 y las refiere a la segunda venida

⁴ Yo prefiero la traducción *cuando introduce otra vez...* Es posible traducir el griego como *otra vez, cuando introduce...*, como si el «otra vez» quisiera decir sólo: «aquí tenemos otra cita». Muchos eruditos y muchas versiones, incluyendo la NIV, adoptan esta interpretación. Pero el contexto del Salmo 97:7 muestra que la traducción que toma el «otra vez» en referencia a que Dios vuelve a traer al Mesías al mundo, a saber, en su segunda venida, es la correcta.

Según Hebreos. Un reino incommovible

de Cristo: Dios *ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos* (Hch. 17:31). Ciertamente, en su segunda venida, a todos los ángeles de Dios se les ordenará que le adoren. *Dios... le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre* (Fil. 2:9-11).

Tercera parte

El segundo grupo de citas

Cuando el Mesías venga a reinar, ¿cómo será su reino? ¿Y cómo será él como gobernador? ¿Y cómo podemos prepararnos para su venida? Lo que provoca otra cuestión: ¿qué pasa con los creyentes de siglos pasados que ya han muerto? ¿Y con nosotros, que puede que hayamos muerto antes de que venga el Señor? ¿No veremos la venida del reino? ¿Es todo esto irrelevante para nosotros? Las citas de este segundo grupo responden a estas preguntas.

4. Permanencia y calidad del reinado del Mesías (Sal. 45:6, 7)

Mas del [mejor, «al»] Hijo dice [Dios] (Hebreos 1:8):

En tu gloria sé prosperado;
cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de
justicia...

Tus saetas agudas,
con que caerán pueblos debajo de ti,
penetrarán en el corazón de los enemigos del rey.

Demostración de la deidad de Cristo

*Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre;
cetro de justicia es el cetro de tu reino.
Has amado la justicia y aborrecido la maldad;
por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo,
con óleo de alegría más que a tus compañeros.
... Está la reina a tu diestra con oro de Ofir.
Oye, hija, y mira, e inclina tu oído: ...
Y deseará el rey tu hermosura;
e inclínate a él, porque él es tu Señor...
Toda gloriosa es la hija del rey...
con vestidos bordados será llevada al rey;
vírgenes irán en pos de ella...
Serán traídas con alegría y gozo;
entrarán en el palacio del rey
(Sal. 45:4-7, 9-11, 13-15).*

El Salmo 45, de donde se toma la cuarta cita, sigue el modelo de cánticos que se entonaban en las bodas de los antiguos reyes. ¿Fueron cantadas alguna vez estas palabras exactas en la boda de algún rey de Judá en concreto? Si fue así, podemos estar seguros de que, lo que entonces habría sido una exageración extremada, no se decía debido al aduleo oriental, sino en la creencia de que el rey, fuera quien fuese, era un precursor temporal del Rey ideal de Israel, el Mesías. En sentido literal, sus palabras podrían aplicarse sólo al Mesías y a su reino mesiánico.

El mundo venidero, acerca del cual estamos hablando (He. 2:5), será introducido por el Mesías que cabalga victorioso en su segunda venida (véase la descripción dada en Apocalipsis 19:11-21), y que destruirá los grandes imperios y las federaciones del mal que se levanten al final de la era presente (véase 2 Ts. 1:5; 2:12). Sus saetas *penetrarán en el corazón de los enemigos del rey*. El reino que Él inaugurará entonces será permanente;

Según Hebreos. Un reino incommovible

su reino será de justicia perfecta. También dará testimonio de la consumación de la obra de redención: El Rey Mesías se casará con su «esposa», la compañía glorificada de los redimidos. Tendrán lugar las bodas del Cordero, como las denomina el Nuevo Testamento (Ap. 19:6-10, y fijémonos en el desenlace en 19:11 y ss.). Será de un profundo gozo inimaginable; el gozo de la consumación de lo que se ha estado preparando a lo largo de todas las eras de la historia, de todos los años de la vida.

Pero, ¿cómo podemos estar seguros de que este cuadro de un reino permanente de justicia perfecta y gozo sin límites es creíble y no sólo un cuento producto de la fantasía religiosa? Su credibilidad depende de dos cosas. En primer lugar, de que el Mesías sea humano, y en segundo lugar, de que sea más que humano. Es porque en su naturaleza esencial es Dios –como explica el Salmo 45–, por lo que su gobierno durará eternamente: *Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre*; y, como ya hemos observado muchas veces, la resurrección de Jesús el Mesías ya ha demostrado que es el Hijo de Dios. Ese hecho demostrado, por tanto, proporciona la certeza y la credibilidad al cuadro profético del salmo.

El salmo basa la promesa de que un día habrá un reino de justicia perfecta donde reinará el amor personal a la justicia y odio a la maldad que tiene el propio Mesías. Esa, de hecho –según el versículo 6– es la razón por la que Dios le ha exaltado. Su ascensión al trono, por tanto, se basa no sólo en el absoluto poder de su deidad –en virtud del cual puede hacer todo aquello que le agrada–, sino en su carácter moral perfecto y su práctica de la justicia: *Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.*

Las personas generalmente se obsesionan con el poder más que con la integridad moral y la verdad. Cuando al Señor Jesús le dijo Pilato: *¿Luego eres tú rey?* Respondió Jesús: *Tú dices que*

yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad... Y le dijo Pilato: ¿qué es la verdad? Y más adelante trató de desviar la conversación hacia lo que él pensaba que era un nivel más realista: *¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?* (Jn. 18:37-38; 19:10). Todos nosotros podemos recordar ejemplos –y no sólo del pasado lejano– de líderes del mundo que adoraban el poder y por ello trataron de edificar sus propios imperios mundiales. Y nos estremecemos al observar que en la presente carrera espacial preocupa más el poder que la verdad.

Jesús era diferente. Su apasionada preocupación por la verdad, su amor a la justicia y su odio a la maldad eran hechos históricos, no fantasías piadosas. Los relatos de su vida han estado abiertos al escrutinio durante siglos, y todavía presentan el desafío: *¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?* (Jn. 8:46). Si amar a Dios con todo el corazón, la mente, el alma y las fuerzas es el primero y mayor mandamiento de la ley de Dios, y amar al prójimo como a uno mismo el segundo, el Señor Jesús los cumplió ambos en su vida y, más abundantemente, en su muerte. Los relatos muestran que durante su vida en la tierra poseyó un poder sobrenatural y lo utilizó en ocasiones. Pero los relatos también muestran que vio, más claramente que nadie, que este mundo no podía transformarse en un paraíso de justicia y paz simplemente por el ejercicio del poder, ni siquiera del poder divino. Hay que enfrentarse al problema del pecado y de la culpa del hombre y tratarlo. ¿Qué futuro de justicia y de paz se puede conseguir actuando como si el pecado pasado y presente del mundo no importara, escondiéndolo bajo la alfombra? Cristo, ciertamente, no intentará semejante cosa. Ama la justicia. La justicia divina tiene que cumplirse.

Pero usar el poder divino para insistir en la justicia divina, como Cristo hará en su segunda venida, significaría la ejecu-

Según Hebreos. Un reino incommovible

ción de los pecadores. En ese caso, ¿cómo sobrevivirían los seres humanos para poder entrar en el paraíso de paz? Y Cristo amaba a los pecadores y había venido a salvarlos y a conducirlos al arrepentimiento y convertirlos, como al ladrón que murió junto a Él, en súbditos idóneos para el paraíso.

Ahí residía, por tanto, el problema. Odiaba el pecado y la maldad con todo su corazón. Tenía que mostrar lo que era y sufrir la ira de Dios sin excusas. Pero nos amaba a nosotros, pecadores. Había que encontrar un camino para el perdón. Y también amaba la justicia. Si Dios justificaba a los pecadores, entonces ese camino de perdón tenía que permitir que Dios siguiera siendo perfectamente justo a la vez que justificaba a aquellos que tienen fe en Jesús (cf. Ro. 3:26). La respuesta al problema fue su voluntaria aceptación de la cruz, donde *al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado* [ofrenda por el pecado, nota al margen en la NIV], *para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él* (2 Co. 5:21).

Habiendo, por tanto, provisto una forma de reconciliación, perdón y salvación para todos los que la alcancen, está moralmente capacitado para ejecutar, cuando llegue el tiempo, los juicios de Dios que *recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad* (Mateo 13:41). El Cordero que murió como redentor será encontrado digno de juzgar y de abrir el rollo y los siete sellos para limpiar la tierra de pecado y de pecadores (Apocalipsis 5 a 7). No se trata de una ilusión: el reino de Dios vendrá; se llevará a cabo la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo.

Entonces se celebrarán las bodas del Mesías, las bodas del Cordero. ¿Cómo se preparará su esposa para compartir su vida y trono? ¿Cómo se comportará, cómo se adornará, para que el Rey desee su hermosura (como se traduce el Salmo 45:11 en AV/KJV)?: *Inclínate a él. Porque él es tu Señor*; ese es el consejo que nos da el salmo (45:11). Él ama la justicia y odia la maldad.

Su esposa, comprada por medio del sacrificio de su muerte redentora, debe hacer lo mismo. El antiguo salmo habla de la esposa vistiéndose gloriosamente de brocado de oro (45:13-14). Podemos añadir a la metáfora lo que dice Apocalipsis 19:7-8: *Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.*

El reino de Cristo y las bodas del Cordero no son mitos. Cada vez están más cerca. El tiempo de preparación es corto. Que todos los que creen sean conscientes de esto para que tengan muchos actos justos para embelesar al Rey con su hermosura en el día de las bodas.

5. Permanencia del mismo Mesías y de sus súbditos
Mas del [mejor, «al»] Hijo dice [Dios] (Hebreos 1:8):

*Desde el principio tú fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, mas tú permanecerás;
y todos ellos como una vestidura se envejecerán;
como un vestido los mudarás, y serán mudados;
pero tú eres el mismo,
y tus años no se acabarán (Sal. 102:25-27).*

No hay duda de cuál es el argumento del autor: explícitamente proclama que estas palabras del Salmo 102, como las que antes ha citado del Salmo 45, no son dichas por el salmista a Dios, sino por Dios al Mesías.

Es cierto, por supuesto, que el autor ya ha demostrado por sus citas previas que el Mesías es el Hijo de Dios. Ya ha justificado su anterior afirmación de que el Mesías es por quien Dios hizo el universo (1:2). Eso ya no se cuestiona. Nadie podría presentar objeciones, por tanto, a que nuestro autor ahora

Según Hebreos. Un reino incommovible

se limitara a tomar palabras de los salmos que hablan de Dios como Creador y a aplicarlas al Hijo de Dios como Creador. Pero eso no es lo que nuestro autor está haciendo aquí. Él afirma que, en los versículos 25-27 del salmo 102, no es el salmista quien se dirige con su propia voz a Dios como Creador; es Dios quien se dirige al Mesías y le recuerda que Él (el Mesías) es el Creador. ¿Qué base tiene el autor para esta interpretación? Sólo un estudio cuidadoso y detallado de cómo discurre el pensamiento a lo largo de todo el salmo puede proporcionarnos una respuesta satisfactoria.

El salmo tiene tres secciones; vayamos por partes a cada una de ellas.

Salmo 102, primera parte: título y versículos 1-11

El salmista clama a Dios pidiéndole ayuda rápida; porque le están abandonando sus últimas fuerzas y, si no se hace algo, morirá antes de ver la prometida reedificación de Sion.

Oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Yahvéh derrama su lamento:

Yahvéh, escucha mi oración,
y llegue a ti mi clamor.
No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia;
inclina a mí tu oído;
apresúrate a responderme el día que te invocare.

Porque mis días se han consumido como humo,
y mis huesos cual tizón están quemados.
Mi corazón está herido, y seco como la hierba,
por lo cual me olvido de comer mi pan.
Por la voz de mi gemido
mis huesos se han pegado a mi carne.

Soy semejante al pelícano del desierto;
soy como el búho de las soledades;
Velo, y soy
como el pájaro solitario sobre el tejado.
Cada día me afrentan mis enemigos;
los que contra mí se enfurecen,
se han conjurado contra mí.
Por lo cual yo como ceniza a manera de pan,
y mi bebida mezclo con lágrimas,
a causa de tu enojo y de tu ira;
pues me alzaste, y me has arrojado.
Mis días son como sombra que se va,
y me he secado como la hierba.

«Con rapidez hacia el final del corto día de vida» es el título que se podría haber escrito correctamente sobre esta primera parte del salmo. Los días del salmista se están desvaneciendo cual humo, sus huesos arden de fiebre, su corazón está hundido en la tristeza, ha perdido las ganas de comer y sus involuntarios gemidos acaban con las pocas fuerzas que le quedan. Lo que provoca su sufrimiento no es sólo la burla de sus enemigos, sino también un sentimiento de culpa en su propio corazón por estar sufriendo la ira de Dios, que le ha alzado y arrojado de su lado (versículo 10). Sufre no sólo por sus propios pecados individuales. Como nos aclarará la segunda parte del salmo, la ciudad de Jerusalén también ha quedado devastada bajo la disciplina de Dios, y el salmista se siente también involucrado en el pecado y el sufrimiento de su pueblo. De ahí el dolor que le causan las burlas de sus enemigos, que siempre se han reído de la pretensión de los judíos de ser el pueblo especial de Dios y ahora ven en los sufrimientos del salmista y de Jerusalén evidencia de que sus afirmaciones eran un fraude.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Pero, a pesar de su sufrimiento, el salmista no ha perdido su fe; en la segunda parte del salmo está a punto de expresar su convicción de que Sion será reconstruida. Dios lo ha prometido y ha señalado el tiempo para ello (versículo 13). Ese tiempo llegará. Dios continúa existiendo a lo largo de todas las generaciones; ninguna enfermedad o debilidad se saldrá con la suya. Cuando se cumpla el tiempo, se levantará, tendrá compasión de Sion y cumplirá su promesa.

Eso está bien para Dios y para el pueblo que viva en aquel momento. Dios puede permitirse esperar siglos para ver cumplidos sus propósitos. Pero aquí tenemos el amargo desencanto y la frustración de la situación del salmista. Su breve vida pronto pasará. A menos que Dios le ayude muy rápidamente, su enfermedad será fatal. Entonces nunca verá aquello en lo que ha creído, por lo que ha orado y que ha esperado a lo largo de toda su vida: la reconstrucción de Sion. Ora con urgencia para recibir ayuda inmediata (versículo 2). ¿Debe soportar el dolor, el sufrimiento y la disciplina de la indignación de Dios y de las burlas de sus enemigos y no testificar, compartir y disfrutar de la restauración prometida?

¡Cuántos judíos a través de los siglos tienen que haber sentido lo mismo y orado de la misma manera!⁵

Salmo 102, segunda parte: versículos 12-22

Mas tú Yahvéh, permanecerás para siempre,
y tu memoria de generación en generación.
Te levantarás y tendrás misericordia de Sion,

⁵ Este es un problema inevitable ligado a la creencia de que Dios finalmente establecerá su reino de justicia y de paz en la tierra dentro del tiempo. Si todo lo que la Escritura prometió es un cielo eterno ajeno a la historia de la tierra, al que los creyentes en el cielo de cada generación son admitidos de forma sucesiva al morir, o al final cuando llegue el fin del mundo, el problema no existe.

porque es tiempo de tener misericordia de ella,
porque el plazo ha llegado.
Porque tus siervos aman sus piedras,
y del polvo de ella tienen compasión.
Entonces las naciones temerán el nombre de Yahvéh,
y todos los reyes de la tierra tu gloria;
por cuanto Yahvéh habrá edificado a Sión,
y en su gloria será visto;
habrá considerado la oración de los desvalidos,
y no habrá desechado el ruego de ellos.
Se escribirá esto para la generación venidera:
y el pueblo que está por nacer alabará a Yah,
porque miró desde lo alto de su santuario;
Yahvéh miró desde los cielos a la tierra,
para oír el gemido de los presos,
para soltar a los sentenciados a muerte;
para que publique en Sion el nombre de Yahvéh,
y su alabanza en Jerusalén,
cuando los pueblos y los reinos se congreguen
en uno para servir a Yahvéh.

Deberíamos observar las dimensiones de la visión del salmista. No está pensando en unas cuantas reparaciones en la ciudad de Jerusalén que las personas piadosas puedan atribuir al cuidado providencial de Dios. Lo que vislumbra es una restauración de Sión tan gloriosa que todas las naciones se verán obligadas a admitir que es obra del Señor. Y temerán el nombre del Señor por la precisa razón de que el Señor aparecerá en su gloria para reconstruir Jerusalén; y, en consecuencia, los pueblos y los reinos se reunirán a adorar al Señor (versículo 22).

Está claro, por tanto, por la terminología utilizada, que el Salmo 102 –como los salmos 96, 97 y 98– no está hablando de otra cosa que la venida visible del Señor, lo que el Nuevo

Según Hebreos. Un reino incommovible

Testamento denomina *la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tit. 2:13). Dios reconstruirá Sion en y por medio de la segunda venida del Hijo de Dios, aquel cuya misión siempre ha sido, es y será revelar la gloria de Dios.⁶

Pero ahora el salmista nos dice algo maravilloso: cuando el Señor aparezca y reedifique Sion, será en respuesta a las oraciones del pueblo desvalido (versículo 17). *Se escribirá esto para la generación venidera* (versículos 18-22)-; *y el pueblo que está por nacer* (que estará vivo cuando venga el Señor) *adorará a Yahvéh*. Porque aprenderán de lo que está escrito que la venida del Señor no es algo arbitrario e inesperado, una intervención no anunciada de Dios. Generaciones de personas de Dios afligidas y perseguidas han creído lo que se promete en las Escrituras, lo han anhelado y han orado por ello.

Esto es entonces lo que el salmista desea que se recuerde. En respuesta al clamor de su pueblo: *Miró desde lo alto de su santuario; miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte* (versículos 10-20).

¡Qué expresiones tan gráficas y conmovedoras! No está pensando en la distancia entre el cielo y la tierra en términos espaciales, como si se pudiera medir en años luz. Está pensando en lo infinitamente superior a los asuntos terrenales que es la trascendencia de Dios; lo infinitamente por debajo de su gloria que está la desgraciada miseria de las prisiones terrenales donde las personas gimen mientras esperan su ejecución. Pero el Dios trascendente *miró desde lo alto*, vio la miseria de

⁶ Y aquí, accidentalmente está el trasfondo de la profecía de nuestro Señor en Lucas 21:24-28: *Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan. Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas... desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra... Entonces verán al Hijo del Hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.*

la tierra, escuchó los lamentos de los prisioneros y, en respuesta, un día aparecerá y reconstruirá Sion. No es, obviamente, que pocos minutos antes de la segunda venida Dios vaya a dirigir de repente su atención a la tierra, al percibir los lamentos de los prisioneros, y decida actuar. Dios siempre ha mirado desde lo alto, siempre ha escuchado la oración de su pueblo atribulado a lo largo de todos los siglos. Sus oraciones no han caído en saco roto (véase Ap. 6:9-11; 8:3-5). Dios *habrá considerado la oración de los desvalidos, y no habrá desechado el ruego de ellos* (Sal. 102:17). La sangre de los mártires, los lamentos de los prisioneros inocentes, la queja del autor del Salmo 102 y de millones de creyentes como él, las hasta ahora no respondidas intercesiones de Daniel (véase el capítulo 9 de su profecía), los clamores desde Auschwitz y Dachau silenciados por medio de las cámaras de gas, todo ello anuncia que con toda seguridad un día aparecerá el Señor para reconstruir Sion; es una cuestión moral

Pero de todas las oraciones y peticiones que Dios ha escuchado siempre, las que con toda seguridad demostrarán ser más efectivas son aquellas cuya procedencia son los labios y el corazón del Hijo de Dios encarnado. Porque la sorprendente historia es la siguiente: Dios no sólo *miró* desde lo alto de su santuario, ¡sino que *descendió* en la persona de su Hijo! El mismo Señor que un día aparecerá en su gloria y edificará Sion, en cierta ocasión se manifestó en carne y caminó por las calles de Jerusalén. No sólo vio los dolores de la tierra, las injusticias y crueldades desde lo alto, sino que vino personalmente y las experimentó. No sólo escuchó las oraciones de los atribulados, sino que se unió a ellas. No sólo escuchó los lamentos de los prisioneros condenados a muerte, sino que Él mismo fue hecho prisionero; y aunque no tuvo pecado, fue considerado entre los transgresores, cortado de la tierra de los vivientes siendo un hombre joven de unos treinta y tres años, llevando el pecado

Según Hebreos. Un reino incommovible

de muchos e intercediendo por los transgresores (véase Isaías 53:8, 12). El Hijo de Dios, aunque era el Mesías –y el autor de Hebreos lo ha demostrado hace tiempo–, *en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente* (He. 5:7). Un día, no sólo en respuesta a las oraciones de los fieles de todas las épocas, sino sobre todo en respuesta a las oraciones y a la intercesión del Mesías, Dios traerá la aparición de nuestro Señor Jesucristo (1 Ti. 6:14-16).

¡Menuda vindicación del carácter de Dios! ¡Qué manifestación de su nombre y qué demostración de la gloria de su fidelidad y de su compasión (Sal. 102:13-16, 21)! ¡Qué vindicación, ante todos los gnósticos y ateos del mundo, de la revelación de Dios en su palabra testificada por medio del Israel histórico y de Jerusalén! La oración también será vindicada contra todos aquellos incrédulos y críticos que dijeron que la oración era inútil porque ni Dios oía (quizás porque no existe) ni, en caso contrario, le preocupa. La aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo demostrará de forma fehaciente que Dios oyó y se preocupó. El nombre y el carácter de Dios serán declarados en Sion y su alabanza en Jerusalén. Y los pueblos y los reinos del mundo se congregarán para adorar al Señor (Sal. 102:21; cf. Zac. 14:16).

No es de sorprender, por tanto, que el tono de esta segunda parte del Salmo 102 sea mucho más tranquilo y esperanzador que el de la primera parte. El salmista recuerda que sus oraciones también jugarán su papel en el cumplimiento final de la aparición del Señor y la reconstrucción de Sion. ¡Y eso no es nada desdeñable!

Y no obstante, aún deja sin responder el problema de la brevedad de la vida del individuo comparada con los siglos que le lleva a Dios cumplir sus propósitos y llevar a cabo sus promesas. El Salmo 102:19-20 dice que el Señor miró desde lo

alto... para oír el gemido de los presos, para *soltar a los sentenciados a muerte*. ¿Quiénes son éstos? Sin duda, aquellos que estén en prisión justo antes de que el Señor aparezca en su gloria serán liberados. ¿Pero qué pasará con los millones de fieles que a lo largo de los siglos fueron perseguidos y hechos prisioneros y que clamaron a Dios pidiendo liberación no consiguiéndola nunca, muriendo en prisión? Es correcto decir que, en respuesta a sus oraciones, Dios un día traerá la aparición del Señor y liberará a aquellos que estén prisioneros entonces. Pero resulta de poco ánimo para aquellos que en épocas pasadas oraron pidiendo liberación pero no fueron liberados. Es de poco ánimo para cualquiera que muera antes de la segunda venida del Señor. ¿Han perecido todos? ¿Nunca verán el reino venidero por el que oraron? Y, entonces, ¿cómo va a ser la esperanza del Antiguo Testamento mejor que el marxismo que anima a la gente a creer en, a trabajar y, si es necesario, morir por una era futura de paz, justicia y prosperidad que por definición (puesto que en el marxismo no existe resurrección) nunca llegarán a ver?

Se trata de una cuestión de gran envergadura; pero al introducirnos en la tercera parte del salmo encontraremos aún otras preguntas más importantes siguiéndole los talones.

Salmo 102, tercera parte: versículos 23 a 28.

Él debilitó mi fuerza en el camino;
acortó mis días.

Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días;
por generación de generaciones son tus años.

Desde el principio tú fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, mas tú permanecerás;

Según Hebreos. Un reino incommovible

y todos ellos como una vestidura se envejecerán;
como un vestido los mudarás, y serán mudados;
pero tú eres el mismo,
y tus años no se acabarán.
Los hijos de tus siervos habitarán seguros,
y su descendencia será establecida delante de ti.

Y la primera cuestión es la siguiente. Seguro que habrá una era de paz y justicia establecida por Dios en nuestra tierra. Pero nuestra tierra sólo es temporal. Un día perecerá. La misma Escritura nos lo dice. Y lo mismo, a propósito, dicen los científicos. Ahora, el ateo puede creer que, cuando esta tierra sea finalmente destruida y toda la vida humana con ella, las propias fuerzas impersonales del universo serán las responsables últimas de su destrucción. Pero los teístas (de cualquier clase) no lo creen así. Creen que el mismo Dios personal que creó la tierra y los cielos y todo lo que hay en ellos y sobre ellos los destruirá. Todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido *los mudarás, y serán mudados* (102:26).

Siendo así, la cuestión que se plantea es la siguiente: ¿Cómo puede alguien en cualquier época, ya sea esta una época mala, buena o idílicamente perfecta, tener una relación satisfactoria con su Dios personal creyendo que un día ese Creador personal acabará con él, le alzaré y le arrojará (como dice el salmista en el versículo 10), ya sea ahora o cuando llegue el fin del mundo? Y si somos criaturas de Dios, como lo son la tierra y los cielos, ¿cómo podemos estar seguros de que no hará con nosotros lo mismo que con el resto de la creación?

Por tanto, nos acosan dos preguntas que exigen respuesta al examinar la tercera parte del salmo, y debemos tratar de comprender lo que el autor pretendía decir originalmente.

A primera vista parecería razonable suponer que en esta tercera parte del salmo el salmista mismo continúa hablando

en su propio nombre.⁷ Pero, si lo entiendes así, en seguida encontrarás por medio de un examen más detenido, que tiene muy poco sentido y este es muy insatisfactorio. Intentémoslo y veamos.

En primer lugar (versículos 23-24a), el salmista le ruega a Dios que no le corte en la mitad de sus días. Es comprensible; morir prematuramente en la mitad de la vida resulta bastante amargo. Después (versículos 24b-27) le recuerda a Dios que, como Creador, sus años (los de Dios) no tienen fin. ¿Por qué recuerda esto? ¿Está el salmista simplemente exhortando a Dios a no ser mezquino, a recordar que Él disfruta de vida eterna y, por tanto, no debería escatimarle a una criatura los pocos días que representan media vida? ¡Dios mío, si las criaturas tuvieran que rogarle a Dios así!) Si esa fuera la petición del salmista, ¿qué ánimo duradero y qué satisfacción conllevaría aun en el caso de que Dios le otorgara lo que pide? Porque el salmista continúa observando que un día toda la creación perecerá y el Creador mismo la cambiará. Cierto, el Creador mudará su creación y seguirá siendo el mismo (versículo 27). ¿Hasta qué punto anima esto al salmista si, como criatura junto al resto del mundo creado, está destinado a ser mudado? ¿Y cómo, si es así, llega a su afirmación confiada del final (versículo 28)?: *Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti.* Más aún, por mucho que ellos vivan, si están destinados como criaturas a perecer con el resto de la creación, ¿qué ánimo y confianza puede proporcionarles esto?

⁷ Los salmistas no siempre hacen esto, por supuesto. A veces están hablando en su nombre durante varios versículos y de repente, y sin advertencia previa, como si fueran actores dramáticos, presentan a otro hablante u otros hablantes, y continúan en estilo directo (no indirecto). Veamos por ejemplo el Salmo 95. En los versículos 1-7a es el salmista (inspirado por el Espíritu Santo, claro está) quien habla en su propio nombre. Pero a partir del versículo 7b el hablante cambia, y ya no es el poeta, sino Dios, quien se dirige a su pueblo.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Visto así, entonces, el último tercio del salmo a duras penas tiene un sentido satisfactorio. ¿Hay una forma de interpretarlo mejor? Sí, ciertamente la hay. En el versículo 23, el salmista ya no habla más en su nombre, ni a Dios (como en los versículos 1-14), ni a sus lectores (como en los versículos 15 a 22). En vez de eso, cual poeta dramático inspirado, hace en el versículo 23 algo propio de los salmistas hebreos (véase el ejemplo de la última nota a pie de página): sin avisar, introduce otros personajes en su representación hablando en estilo directo (es decir, no indirectamente), como si hablaran ellos.

Primero, en los versículos 23-24a, es el Mesías quien es presentado, hablando directamente Él mismo a Dios cuando le pide que le salve de la muerte.

Después, en los versículos 24b-28, Dios entra en escena de nuevo, hablando directamente al Mesías en respuesta al ruego de éste.

De esta forma, el autor de Hebreos interpreta los versículos 25-27, de todas formas (no cita los versículos 23-24 o el 28), como Dios hablando al Mesías y recordándole que Él (el Mesías) es el Creador. (Véase la nota adicional 2, al final de este capítulo, para una discusión sobre la interpretación que hace la Septuaginta de los versículos 23-24a, y de hasta qué punto el autor de Hebreos puede haber seguido esa interpretación.) Entonces esto demuestra obviamente una vez más que, en el Antiguo Testamento, Dios dice que el Mesías es el Hijo de Dios. ¿Pero qué sentido tiene esta interpretación de estos versículos primero como una profecía acerca del futuro y después como una respuesta a las dos preguntas que plantea el salmo globalmente?

Tiene un sentido tremendamente maravilloso. Primero, estos versículos ahora se convierten en una profecía inspirada de las conversaciones sagradas que en su momento tuvieron lugar entre Dios Padre y su Hijo cuando este estaba en la tierra.

Demostración de la deidad de Cristo

Sus palabras proféticas (*Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días*) encontraron cumplimiento cuando el Hijo de Dios anduvo por las calles de Jerusalén y dijo: *De cierto, de cierto os digo, que si el grano de tierra no cae en la tierra y muere, queda solo... Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre* (Jn. 12:24-28).

Encontraron su cumplimiento incluso más plenamente cuando, en Getsemaní, con gran clamor y lágrimas, oró a Aquel que podía salvarle de la muerte y, aunque murió, fue respondido por la resurrección.

Pero en aquellas conversaciones sagradas entre el Hijo y el Padre, ¿hay evidencia de que el Padre le hablara palabras como las del Salmo 102:24b-28? ¿Animó al Hijo poniendo en su conciencia el hecho de que Él (el Hijo) era el Creador y había establecido los cimientos del universo? ¿Le recordó que Él, el Hijo, sobreviviría a su creación; y no sólo eso, sino que aquellos que creyeran en él, *los hijos de [sus] siervos*, habitarían seguros en su presencia y sus descendientes serían establecidos delante de Él, como afirma con seguridad el versículo 28 del Salmo 102?

No podemos ir más allá de lo que se nos dice. Pero nosotros sabemos que, cuando el Hijo oró diciendo *ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré?... Padre, glorifica tu nombre*, respondió una voz del cielo asegurándole que su muerte glorificaría en verdad el nombre de Dios e iría seguida de la resurrección (véase Juan 12:27-33).

Y cuando escuchamos al Hijo orando él mismo al Padre justo antes de Getsemaní, le oímos decir: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo *antes que el mundo fuese*». Escuchémosle orando por sus discípulos y por aquellos que, en generaciones futuras, llegarían a

Según Hebreos. Un reino incommovible

creer en él: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque *me has amado desde antes de la fundación del mundo*» (Jn. 17:5, 24).

En segundo lugar, esta interpretación de los vv. 25-27 les proporciona un sentido maravilloso como respuesta a las dos cuestiones planteadas por el salmo en general. Porque ahora señalan hacia adelante, a la respuesta definitiva a estas cuestiones que fue dada finalmente por medio de la encarnación del Creador eterno en el hombre Jesús, el Mesías; y por su resurrección y ascensión, todavía como hombre, a la gloria que tenía como Creador eterno con el Padre antes de la fundación del mundo. El Creador es eterno, pero los cielos y la tierra creados sólo son temporales y un día perecerán y serán mudados. Los seres humanos somos criaturas. ¿Qué seguridad podemos tener de que el Creador nunca rechazará a ningún ser humano que por la fe haya entrado en una relación personal con Dios? ¡Veamos aquí la seguridad explícita y absoluta! El Creador mismo se ha hecho humano, ha entrado en nuestro mundo temporal de tiempo y espacio, con autoridad para darnos vida eterna; ha orado para que seamos salvos de la muerte; y su oración ha sido respondida. Dios le ha resucitado de la muerte; y ha llevado a su humanidad al mismo seno de la Deidad. El Creador eterno que es eternamente el mismo (Sal. 102:27) se ha convertido para siempre en Jesús, hombre, *el mismo ayer, y hoy, y por los siglos* (He. 13:8). Y Dios Padre le ha asegurado en las palabras del Salmo 102:28: *Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti*. O en palabras del Nuevo Testamento: *Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús* (Ef. 2:6, 7). Porque esto es lo que Dios tenía en mente

cuando nos escogió en Cristo antes de la creación de este mundo temporal (Ef. 1:4).

Y más aún: ninguno de aquellos que han creído en Él y han vivido y trabajado por su reino venidero se perderá, por muy lejano que sea el siglo en el que vivieron y murieron. Porque aquellos que están en Cristo vivirán en su venida (1 Co. 15:22, 23); y cuando el Señor aparezca en su gloria y establezca su reino, a ellos Dios también los traerá con Él (1 Ts. 4:13-18).

Cuarta parte

La cita final

Posición actual del Mesías (Sal. 110:1)

Yahvéh dijo a mi Señor:

Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

El autor está llegando al final de su exposición. En las Escrituras se hace referencia al grupo de los ángeles como hijos de Dios; pero Dios –señala– nunca le ha dicho a ningún ángel en concreto lo que le dice en el Salmo 110:1 al Señor de David, el Mesías. Ningún ángel ha sido ni será nunca invitado a *sentarse* en la presencia divina, y ciertamente tampoco en el lugar de honor a la diestra del trono de Dios. Tampoco se rebajará Dios a poner a sus enemigos como estrado de los pies de ángel alguno. Sólo son siervos. Están de pie en la presencia de Dios esperando sus órdenes; o volarán a llevar a cabo su tarea de servir a aquellos que heredarán la salvación, es decir, a los seres humanos que, como Abraham, han creído a Dios.

Pero Dios sí ha dirigido estas palabras al Mesías, y sus implicaciones son de largo alcance.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Primero, si David se refería al Mesías como su Señor, entonces el Mesías no sería, a los ojos proféticos de David, simplemente un hijo suyo. Ningún monarca oriental, ni siquiera ningún padre oriental, se referiría nunca a uno de sus hijos como «mi Señor». Éste es el detalle que el mismo Señor Jesús mencionó (Lc. 20:41-44).

En segundo lugar, el hecho de que Dios extendiera su invitación: *Siéntate a mi diestra*, presupone que hubo un tiempo cuando el Hijo de Dios no estuvo sentado allí. En otras palabras, presupone su encarnación, su vida en la tierra, su muerte, sepultura y, finalmente, ascensión.

El autor ha llegado al final de su argumento. Ha demostrado de sobra lo que quería. El Mesías es el Hijo de Dios, y Jesús es el Mesías. Pero su última cita responde a otra cuestión. Intenta demostrar a algunas personas que Jesús es el Mesías y ha resucitado de la muerte, y ellos preguntarán: Entonces, ¿por qué no ha hecho nada durante estos dos mil años para acabar con el mal? ¿Dónde estaba mientras Hitler destruía a seis millones de judíos? ¿Cómo puede ser el Mesías de su pueblo si no ha sometido a sus enemigos en todos estos largos años?

El hecho es, no obstante, que el horario establecido en el Salmo 110:1 indica muy claramente que la ascensión del Mesías no iría seguida inmediatamente por la subyugación de sus enemigos o de los de su pueblo. Tenía que haber un período de espera: *Siéntate a mi diestra hasta...* La aparente inactividad presente del Hijo de Dios es precisamente lo que el Antiguo Testamento nos dice que esperemos.

Pero un día la espera concluirá. El Hijo de Dios vendrá y finalmente todos sus enemigos, hasta el último de ellos, la misma muerte, serán destruidos.

Nota adicional 1

La frase que aparece en Hebreos 1:6 –*Adórenle todos los ángeles de Dios*– se acerca más en su estilo exacto a una frase de Deuteronomio 32:43 en la Septuaginta que a la del Salmo 97:7 en esa misma versión. Muchos, por tanto, suponen que nuestro autor no la tomó del Salmo, sino de Deuteronomio. Pero F. M. Cross (*The Ancient Library of Qumran*, Duckworth, 1958, pp. 135-136) señala que la frase de Deuteronomio en la Septuaginta tiene cosas añadidas con respecto a la que encontramos en el texto masorético hebreo. Se basa en un texto hebreo diferente. Pero ese texto hebreo ha importado su frase adicional desde el Salmo 97:7 a Deuteronomio 32, presumiblemente porque los últimos versículos de Deuteronomio 32 describen la misma ocasión que los Salmos 96 y 97: la venida del Señor para vengar a su pueblo. Así, el pasaje bíblico original en el que se basa Hebreos 1:6 es el Salmo 97:7, incluso aunque su estilo exacto se base en la traducción del versículo en la Septuaginta, según la forma que adoptó cuando fue añadido a algunos manuscritos hebreos de Deuteronomio 32:43.

Nota adicional 2

Es muy interesante y muy importante advertir que los primeros cristianos no fueron los primeros en ver que las palabras del Salmo 102:24a-28 son dirigidas al Mesías por Dios. La traducción que la Septuaginta hace de los Salmos precede al cristianismo en unos 100-200 años. Su traducción de la tercera parte del Salmo 102 muestra a Dios como el que habla todo el tiempo, desde el versículo 23 hasta el final. Dice así:

«Él [Dios] debilitó mi fuerza en el camino;
acortó mis días.

Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días;
por generación de generaciones son tus años.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Desde el principio tú fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos...»
(y así hasta el final del salmo).

La traducción que aparece en la Septuaginta de los versículos 23 y 24a se basa en las mismas consonantes que están en el texto masorético; pero los traductores han añadido a las consonantes diferentes vocales. Han interpretado que Dios está pidiéndole al Mesías en los versículos 23, 24a que reconozca que el tiempo establecido por Dios para la restauración de Jerusalén (véase el versículo 13) es un tiempo breve, y que no le pida a Dios que actúe prematuramente mientras el tiempo de espera todavía no ha pasado. Dios entonces continúa recordándole al Mesías que Él (el Mesías) es el Creador y que sus años son eternos. Puede permitirse esperar. Finalmente le asegura que los hijos de sus siervos continuarán viviendo en su presencia.

Ahora, está claro que el autor de Hebreos sigue la traducción que hace la Septuaginta de los versículos 25-27, porque en el versículo 25, cuando comienza su cita, muestra a Dios dirigiéndose al Mesías con las palabras «oh, Señor», igual que hace la Septuaginta, aunque este vocativo no está presente en el texto masorético hebreo. ¿Aceptaba también el autor de Hebreos la interpretación que hace la Septuaginta de los versículos 23, 24a y que atribuye sus palabras a Dios más que la interpretación que hemos seguido y que ve en sus palabras una oración del Mesías al Padre, comenzando la respuesta del Padre en el versículo 24b? Si se pudiera estar seguro de que lo hizo, ciertamente le seguiríamos en su interpretación de la Septuaginta y abandonaríamos nuestra propia interpretación. Pero no podemos estar seguros, puesto que el autor de Hebreos comienza su cita sólo en el versículo 25, y por tanto no podemos decir qué pensaba él de la interpreta-

ción que hace la Septuaginta de los versículos anteriores. El autor de Hebreos, como sabemos, creía en un Mesías sufriente que oró para librarse de la muerte pero que, finalmente, murió. ¿Lo creía el traductor, o los traductores, de los Salmos de la Septuaginta? Lo que podemos decir seguro es que los primeros cristianos no se inventaron la idea de que los versículos 24b-27 son palabras de Dios al Mesías. La idea ya corría por círculos judíos, en Alejandría y quizás también en Palestina, un siglo –quizás dos o más– antes de que naciera el cristianismo.

Para un estudio más profundo se podría comenzar con F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews* (Marshall, Morgan and Scott, 1965), pp. 23 ss. Y S. Lewis Johnson, Jr., *The Old Testament in the New* (Zondervan, 1980), pp. 81-90.

Preguntas

Primera parte

1. ¿Cuál es el programa para la salvación del mundo que crees que te ofrece el Antiguo Testamento?
2. Supongamos que estás conversando con un judío que enseñara que la idea de que el Mesías es Dios encarnado es (a) blasfema y (b) una invención de los primeros cristianos como Pablo. ¿A qué pasajes del Antiguo Testamento harías referencia para mostrarle que la deidad del Mesías se enseña en el Antiguo Testamento?
3. ¿Qué importancia tiene que Jesús naciera de la simiente de David o de otra? Lee 2 Timoteo 2:8 y Romanos 1:2, 3 y comenta las referencias a David en estos versículos.
4. ¿Por qué es importante para nosotros como cristianos...
 - (a) conocer el Antiguo Testamento?
 - (b) creer que es Palabra de Dios igual que el Nuevo?

Según Hebreos. Un reino incommovible

5. ¿Por qué contrasta el autor constantemente a nuestro Señor con los ángeles en su primer capítulo?
6. ¿Cuántos pasajes del Antiguo Testamento citados en Hebreos 1 para demostrar la deidad del Mesías puedes decir de memoria?

Partes segunda, tercera y cuarta

1. ¿Estás de acuerdo con que para ver el pleno significado de muchas de las promesas de Dios en el Antiguo Testamento tienes que leerlas a la luz del hecho de la resurrección de Jesús? Cita ejemplos.
2. Si la resurrección de Jesús apoya su afirmación de ser el Hijo de Dios, ¿qué evidencia citarías para la resurrección misma?
3. ¿Se puede decir que la cruz de Cristo expone la rebeldía de *todos* los corazones humanos contra Dios?
4. ¿En qué sentido y hasta qué punto es la enseñanza de Cristo acerca de su relación con el Padre única, comparada con la enseñanza de (a) los profetas del Antiguo Testamento, (b) algunos de los líderes religiosos del mundo que conoces?
5. (a) ¿Qué quiere decir «el problema del mal»?
(b) ¿Por qué la continua existencia de mal en el mundo es más un problema para los creyentes en Dios que para los ateos?
(c) ¿Qué le responderías a alguien que te dice que, si hay un Dios y Jesús es su Hijo, por qué no acaban con el mal en el mundo?
(d) Haz un pequeño sermón sobre Mateo 13:24-30, 36-43.
6. ¿Qué entiendes por «las bodas del Cordero»? ¿Cómo se prepara uno para ellas?
7. Tanto la Biblia como los científicos dicen que nuestro mundo sólo es un fenómeno temporal. ¿Cómo afecta eso

Demostración de la deidad de Cristo

a la cuestión del propósito y significado de la vida humana?

8. ¿Cambiaría algo en ti si Jesucristo no fuera el Creador encarnado?
9. ¿Qué es la vida eterna? ¿Cómo y en qué términos la recibimos?
10. ¿En qué formas crees que los ángeles sirven a aquellos que heredarán la salvación?

LA HUMANIDAD Y LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO

Hebreos 2

El capítulo 1 de la Epístola a los Hebreos ha llenado nuestras mentes con las glorias de la deidad de Cristo. El capítulo 2 está a punto de hacer lo mismo con las glorias de su humanidad y de sus sufrimientos. Pero antes, el autor cita el primero de sus avisos solemnes: ¡Es posible quedarse sin la salvación y perderse eternamente!

Quizás digas: ¿Cómo? Seguramente la persona tiene que cometer algún pecado terrible para perderse eternamente.

Así es. Pero tengamos claro en nuestras mentes de qué pecado se trata. Es el de escuchar a Dios hablando y no hacer nada al respecto, rechazarlo o ignorarlo.

Cuando Dios habló a la nación de Israel y le dio la ley, lo hizo a través de ángeles (véanse Hch. 7:53; Gá. 3:19). La ley contenía, como sabemos, el mandamiento de guardar el día de reposo. Poco después de otorgarla, se encontró a un hombre recogiendo leña en sábado. Él conocía la ley, no podía alegar ignorancia. Lo encerraron y consultaron a Dios acerca de lo que debían hacer con él. Dios respondió que había que sacar al hombre del campamento y apedrearle hasta morir (Números 15:32-36).

Me pregunto cómo reaccionamos ante esto. ¿Nos encontramos diciendo que fue un castigo demasiado severo debido a que, al fin y al cabo, sólo fue un simple acto de recoger leña, inocente en sí mismo, y que no hacía daño a nadie?

Según Hebreos. Un reino incommovible

Si pensamos así no hemos entendido la cuestión en absoluto. El Dios Todopoderoso había hablado. No importa que lo hubiera hecho a través de ángeles como agentes y de Moisés como mediador. Era Dios quien había hablado. Para una criatura, alejarse, dar la espalda y rechazar o ignorar lo que Dios había dicho, por muy sencillo que fuese el tema en cuestión, suponía un desafío directo al Dios Todopoderoso. Si la gente piensa todavía que semejante actitud era un simple pecadillo, quiere decir que ha dejado de aferrarse a la realidad.

Y es fácil que eso ocurra. En nuestro mundo moderno, donde las diversas opiniones en cuanto a religión tienen todas igual valor, es peligrosamente sencillo otorgarle a Dios y a su Palabra simplemente una cierta autoridad entre otras muchas posibilidades. Se les puede consultar si se desea, pero no necesariamente hay que obedecer. Y es peligrosamente fácil, también, llegar a pensar que Dios no sería razonable si se molestara porque la gente a veces prefiere seguir sus propias ideas, o las de alguna otra autoridad, más que su Palabra. Pero si Dios es Dios, no creer, despreciar o rechazar su Palabra es el pecado de los pecados. Por eso, cuando Dios habló a Israel a través de ángeles como agentes, tuvo que enseñarle al pueblo que no se podía pasar por alto su Palabra con impunidad: «Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución...» (2:2).

Ahora Dios volvía a hablar, y esta vez no de forma indirecta a través de los ángeles, sino directamente en la persona de su Hijo. Esta vez ha hablado no para restablecer su ley, sino para proclamar su evangelio. No para advertir a personas inocentes que no quebranten su ley, sino para ofrecer salvación, mostrando las dimensiones de su misericordia y de su gracia a personas que han despreciado su Palabra y que han quebrantado la ley en innumerables ocasiones. Dios no sólo ha proporcionado el

mensaje: el mensajero es Dios y Dios es el mensaje. Éste consiste en la casi increíble historia de que Dios, el Hacedor encarnado, ha muerto por el hombre, su criatura pecadora. Ofrece no sólo reconciliación y perdón, sino vida eterna a través de la unión espiritual con el Hijo de Dios, y participación en las alegrías y glorias de su reino eterno. «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» –pregunta el autor (2:3). Nuestra pecaminosidad original era ya suficientemente mala, pero junto al desprecio de la salvación que se nos ofrece, es la receta segura para el desastre.

Rechazo de la salvación

Hay, por supuesto, muchas personas que nunca han oído hablar de esta salvación. Pero no son estos los que le preocupan al autor por el momento, sino los que sí habían oído. Ellos estaban en mayor peligro. Y el peligro es no tanto que después de escuchar el mensaje lo rechazaran en seguida, sino que habiéndolo oído y entendido no hicieran algo al respecto. Debemos creerlo, tomar la decisión de hacerlo nuestro personalmente y actuar según la Palabra de Dios.

Seguro que a cualquier chica le agrada escuchar a su novio repitiendo lo mucho que la ama y lo que hará por ella sólo con que consienta en ser su esposa. Pero escucharle decirlo una y otra vez no es suficiente. Para que sea su esposa debe creerle, responderle diciendo que sí a su propuesta, aceptarle como su único marido, decir que sí con conocimiento de causa y queriendo decir lo que dice, aceptar su sí y la palabra que ha empeñado sin cuestionárselo, y actuar en consecuencia.

Lo mismo ocurre entre nosotros y el Salvador. Tenemos que tomarnos a Dios con tremenda seriedad cuando dice que necesitamos la salvación, que no podemos salvarnos a nosotros

Según Hebreos. Un reino incommovible

mismos y que sólo Cristo puede salvarnos. Tenemos que abandonar la confianza en cualquier otra cosa y poner nuestra fe solamente en Cristo. Cuando nos dice personalmente: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* (Jn. 9:35), tenemos que aceptar su respuesta comprometedora: *Al que a mí viene, no le echo fuera* (Juan 6:37). Y tenemos que proceder a vivir y actuar de acuerdo a su palabra, como si fuera verdad, porque *es* verdad, porque *Él* es la Verdad.

El evangelio fue anunciado en primer lugar por el Señor Jesús y nos lo confirmaron aquellos que le escucharon (2:3, 4). Eso en sí era suficiente garantía de su verdad y fiabilidad. Pero no contento con eso, Dios también testificó de ello por medio de señales, prodigios y diversos milagros y dones del Espíritu Santo distribuidos según su voluntad (2:3, 4). No se trataba, por tanto, de una deificación arbitraria de un libro santo escrito por cierto líder religioso tirano que se ha nombrado a sí mismo. Las tres personas de la Trinidad se involucraron en el anuncio y autenticación del evangelio. ¿Cómo podremos escapar si lo rechazamos?

El peligro no es, repito, que las personas lo rechacen inmediatamente, aunque muchos lo harán. Existe un peligro más engañoso: que habiendo escuchado no le prestemos una cuidadosa atención a lo que hemos oído y, como resultado, lleguemos a deslizarnos. La palabra griega para «deslizarnos» conlleva una sugerente metáfora. Cuando el tiempo está tranquilo, un barco puede quedarse quieto en el muelle del puerto durante horas sin estar bien anclado. Pero, cuando hace mal tiempo, el barco puede ir a la deriva y perderse, todo porque nunca estuvo bien amarrado.

Los primeros lectores de la Epístola a los Hebreos habían ciertamente escuchado el evangelio y se habían puesto de su parte. Pero después llegó el mal tiempo junto a una prolongada tormenta. ¿Qué iba a pasar entonces? Al ser sacudidos de un

lado a otro por el oleaje de su reciente persecución, ¿las marmomas que los anclaban a tierra se estaban tensando hasta el límite, pero sin peligro de que cedieran? (véase 6:19) ¿O estaban comenzando a ir a la deriva, desviándose del evangelio porque nunca habían estado bien atados; porque, como sus antepasados de los que nos hablan los capítulos 3 y 4, escucharon el evangelio pero nunca respondieron con fe (4:2); porque escucharon acerca de la salvación pero la rechazaron? Si es así, ¿cómo iban a escapar? El aviso tenía que ser urgente. ¡Prestad atención a lo que habéis escuchado! ¡Aferraos a la vida eterna! ¡Aseguraos de que estáis anclados y debidamente atados! ¡No os deslicéis!

Esa gran salvación

Pero el autor tiene otras cosas para sus lectores además de los avisos y las exhortaciones. Era lo suficientemente astuto como para saber qué estaba causando su tendencia a deslizarse. Lo primero era la vergüenza de ser asociados con el hombre Jesús de Nazaret, la vergüenza de sus comienzos humildes en Nazaret y, sobre todo, de su crucifixión. En aquellos días, la cruz no era el símbolo respetado universalmente en que se ha convertido desde entonces. La crucifixión era la mayor desgracia que podía sufrir un ser humano. De hecho, para los judíos, ser colgado de un madero significaba estar bajo la maldición de Dios (Dt. 21:23).

En segundo lugar, la gente, instintivamente, tenía la sensación que muchos aún tienen de que la salvación y «ser salvo» son de alguna manera ideas de poca importancia. La religión, por supuesto, no siempre ha estado libre de reproche. La verdadera disciplina religiosa, por otro lado, puede exigir respeto sólo como preocupación moral y postura filosófica. Pero la

Según Hebreos. Un reino incommovible

«salvación» y «ser salvo» son ideas que a menudo avergüenzan incluso a las personas más sinceramente religiosas. Van asociadas en sus mentes a las religiones místicas del mundo antiguo o a las múltiples sectas de los tiempos modernos. Pueden ir bien para determinados temperamentos ingenuos, pero la mayor parte de las personas las desprecian como evidentes camelos, y los escritores satíricos encuentran en ellas blancos fáciles.

El autor se enfrentará a estos dos problemas. Les mostrará que no hay nada de qué avergonzarse, ni de la salvación ni del Salvador que la ha hecho posible. La salvación, como él la describe, ciertamente tiene que ver con los individuos a nivel personal. Pero está lejos de ser sólo una cuestión privada individual. Cuando habla de esa salvación tan grande, está pensando en el programa de Dios para *el mundo venidero* (2:5), un programa que un día liberará a la creación de las ligaduras que la deterioran y la colocará bajo el control perfecto de hombres y mujeres redimidos que a su vez han sido reconciliados con su Creador, se han convertido en hijos de Dios a través de la fe en Cristo Jesús, y han sido capacitados al madurar en conformidad moral y espiritual con el Hijo de Dios (cf. Ro. 8:18-30).

Está hablando de liberar a los hombres y a las mujeres del sentimiento de carencia de sentido y de valor que a muchos de ellos les embarga; de los sentimientos de temor y futilidad que los aflige y hacen que su vida sea una especie de atadura; de la violencia, la profanación y la enfermedad que degradan y humillan sus cuerpos. Está hablando de restaurar en las personas la visión y la esperanza de que un día, en realidad, se cumplirá ese noble propósito para el cual Dios creó originalmente a la humanidad.

Muchas personas carecen de una verdadera esperanza, lo cual no es lo peor que podemos decir de ellas, pero quizás sí

lo más triste. Y sin esperanza, la vida se convierte en un triste fin. No existe futuro –dicen–. Han perdido el idealismo y el buen espíritu de su juventud. No creen en Dios. No tienen ninguna meta ni propósito satisfactorio para sus vidas ni para el mundo, ni tampoco una figura mesiánica fiable que pueda llevarles a ellos o al mundo hacia esa meta. Están, en palabras del Nuevo Testamento, *sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en el mundo* (Ef. 2:12). Consciente o inconscientemente, se resignan a sí mismos a la idea de que la vida es absurda; y se envalentonan todo lo que pueden.

Pero, aunque muchas personas hayan perdido su esperanza, ¡Dios no ha abandonado la esperanza para la humanidad! En el mundo venidero del que nos habla ahora el autor de Hebreos (2:5), se cumplirá plenamente el propósito original de Dios. De hecho, en el hombre Jesús ese propósito ya ha avanzado mucho hacia su cumplimiento.

¿Qué es el hombre?

¿Pero qué es el hombre? Se trata de una pregunta que se plantea frecuentemente; pero nunca ha habido una respuesta más sublime que la que se ofrece en el Antiguo Testamento hebreo:

¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
o el hijo del hombre, para que le visites?

Le hiciste un poco menor que los ángeles,
le coronaste de gloria y de honra,
y le pusiste sobre las obras de tus manos;
todo lo sujetaste bajo sus pies
(Sal. 8:4-6, citado en He. 2:6-8).

Según Hebreos. Un reino incommovible

El salmista está reafirmando, por supuesto, el propósito declarado por el propio Creador en Génesis 1:26-30. Los seres humanos no son espíritus puros como los ángeles; tienen una parte espiritual y otra animal. Tal como fueron creados originalmente, por tanto, son menores que los ángeles. Pero el hombre no fue creado, como enseñan muchas mitologías y religiones antiguas, para ser sirviente esclavizado o juguete de dioses caprichosos que también son meros productos de masas y fuerzas en conflicto procedentes de un caos primitivo. Tampoco es el hombre una simple partícula del material racional pero totalmente impersonal del que está hecho el universo, como enseñan muchas teorías modernas. Nuestro amor, razón y sentido estético humanos, nuestra capacidad de mirar hacia adelante, esperar y planificar no son ilusiones sentenciadas a la frustración por una materia negligente y fuerzas impersonales que un día, por muy lejano que sea, destruirán ineludiblemente toda la vida humana junto con la tierra y –la mayor ironía de todo– ni siquiera sabrán que lo han hecho.

No, los hombres y las mujeres fueron creados a imagen de Dios, creados para ser virreyes de Dios, para someter la tierra y progresivamente tomar control de ella en comunión con el Creador, para gobernarla (así como a las demás formas de vida) y hacer de ella algo glorioso para Dios y para ellos mismos, para madurar desde su infancia moral original y aprender a *pensar los pensamientos de Dios después de él* –como dijo Kepler–, para tener comunión con Dios como hijos con su padre y para ser señores (y no prisioneros) de la materia y de las fuerzas del universo.

Dios coronó al hombre con gloria y honor, dice el salmista, y lo puso todo bajo sus pies. Y el autor de Hebreos repite y subraya este hecho. La afirmación «todo lo sujetaste bajo sus pies» significa exactamente eso. *Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él (2:8).*

Al menos este era el plan original de Dios. Pero no necesitamos que se nos diga que el plan parece haberse ido a pique de alguna manera. Hoy día no vemos que todo esté sometido al hombre. Nos encontramos en un mundo duro y cruel que parece, a pesar de nuestros grandes avances científicos, ser demasiado para nosotros. El hombre es un esclavo de la tierra, se ve obligado a trabajar con el sudor de su frente para intentar acabar con las malas hierbas y las plagas; pero nunca alcanza el éxito total, teniendo que librar siempre las mismas pesadas batallas una y otra vez, y viéndose a menudo impedido por las enfermedades. ¡Qué poco le queda de la gloria que Dios un día le dio! La vida es corta, la enfermedad universal y la muerte inevitables. En realidad *no vemos que todas las cosas le sean sujetas* –dice el autor– (2:8). Ciertamente no. Y más aún, los millones de seres humanos que han sido eliminados brutalmente en el transcurso del presente siglo solamente –y que siguen siendo masacrados todavía– en aras de determinada ideología o religión, y para satisfacer las ansias de poder de los hombres, son evidencia elocuente de la verdad de la afirmación bíblica de que el hombre ha caído bajo el poder de fuerzas demoníacas y ha sido pervertido.

Jesús, el hombre

Por tanto, en el presente no vemos que todo esté sujeto al hombre. Pero eso no significa que Dios haya abandonado su propósito original. El pecado ha penetrado en todas partes, y el hombre, por su insensatez y desobediencia, ha echado por la borda gran parte de su dominio. Pero Dios no ha sido derrotado. Ni mucho menos.

En su plan original, el hombre fue diseñado deliberadamente para ser algo menor que los ángeles. Quizás se debió

a que la creación del hombre fue la respuesta táctica de Dios a la rebelión que había estallado en la esfera espiritual a la que pertenecían los ángeles por naturaleza. ¿Quién sabe? Pero cuando Satanás muy pronto consiguió corromper al virrey de Dios, al hombre, y lo colocó bajo la maldición de la deslealtad y la rebelión contra el verdadero Dios a cuya imagen había sido creado, la sabiduría de la estrategia de Dios al hacer al hombre un poco menor que los ángeles finalmente se hizo manifiesta.

Los ángeles, en su estado natural, no se casan ni tienen descendencia. El hombre puede hacer ambas cosas, y eso hizo posible el movimiento estratégico planeado desde mucho tiempo antes por Dios, por el cual Él mismo nacería en nuestro mundo como hombre, de manera que como hombre pudiera derrotar al enemigo y llevarle al cumplimiento victorioso del propósito original de Dios para la humanidad.

Y ya –manifiesta nuestro autor– podemos ver cumplido el primer paso de ese propósito. Vemos a Jesús (2:9). Fijémonos en su nombre. Se trata de su nombre humano, un nombre hebreo que le dieron unos padres humanos bajo la dirección de un ángel.

«Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús...», exactamente como fue creado el primer hombre, Adán. Tomó sobre sí carne y sangre y se convirtió en lo que los ángeles nunca han sido ni serán, en humano. Contempladlo echado como un bebé en un rudo pesebre de un oscuro pueblo llamado Belén, aparentemente desamparado. ¡Pero no pensemos que es algo de lo que avergonzarse! Se trata de un paso tremendo hacia adelante para la humanidad. ¡Es el primer paso en el camino hacia la redención y la glorificación triunfante del hombre!

El sufrimiento como camino hacia la gloria

Por tanto, la primera etapa del programa ya se ha cumplido: el hombre, Cristo Jesús, ha nacido. Pero también la segunda etapa. Así que contempladle ahora: ha sido coronado de gloria y de honra.

Puedo escuchar los suspiros de los cristianos hebreos: Sí, es verdad. Sufrió en la cruz y fue rechazado y tratado vergonzosamente. Pero, a pesar de todo, es cierto: ahora ha sido coronado de gloria y de honra.

¡Pero cobrad ánimo! –dice el autor–, eso no es exactamente así. Ha sido coronado de gloria y honra *por causa*, y no a pesar, de que sufrió la muerte. ¿No veis que, puesto que el hombre perdió su dominio y su gloria por causa del pecado, el único camino posible para que pudiera volver a alcanzar esa gloria era el del padecimiento? En lugar de de ser la Cruz un error, en vez de que los padecimientos sean un trágico accidente, han sido en manos de Dios la manera de llevar al mismo Mesías a alcanzar la coronación de gloria y de honra. Por causa de los padecimientos de muerte, Él es coronado de gloria y de honra. ¡Ánimo! Sus padecimientos son algo en lo que hay que gloriarse. En ellos está la evidencia de la estrategia divina.

Pero no sólo está coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, sino que esta, por medio de la maravillosa gracia de Dios, ha sido el medio de asegurar la reconciliación de todas las cosas. Cuando fue hasta la muerte y probó su amargura, gustó la muerte por todas las cosas. Y por eso llegará el día (del que habla el apóstol Pablo en su Epístola a los Colosenses, en 1:20, 21) cuando todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, serán reconciliadas con Dios. Se le presentarán a Dios unos cielos y una tierra libres de pecado, limpios y reconciliados en

todas sus partes, que honrarán a Dios y proporcionarán placer al hombre para siempre. Todo será efectuado por medio del sufrimiento de Cristo, porque el hombre Jesús gustó la muerte por todos.

¿Por qué padeció Cristo?

«Mirad» –dice el autor–, «yo sé que estáis sintiendo la presión de padecer con Cristo. Sé que sentís la vergüenza de un Mesías que ha sido crucificado. ¿Pero de qué otra manera podía Dios haberlo conseguido? ¿De qué otra forma podría haber llevado a muchos hijos a la gloria?»

Alguien podría preguntarse por qué Dios no utilizó su poder. ¿No podía haber evitado la cruz, no podía haber enviado a doce legiones de ángeles para rescatar por la fuerza a su Hijo, a Pedro y a todos los demás y haberlos transportado a la gloria sin padecer?

Bueno, desde luego, Dios tenía el poder necesario para hacerlo, ¿pero convenía que Dios lo hubiese hecho así? ¡No! Traer muchos hijos a la gloria es una tarea que, si Dios la hacía, tenía que ser de una manera apropiada a su santidad, dignidad y amor.

Introducir a un pecador en la gloria celestial meramente por medio de un acto repentino de poder divino no cambiaría su corazón rebelde y egoísta para trasformarlo en un santo, de la misma manera que introducir repentinamente a un tigre en tu casa no lo convertirá en un huésped educado, simpático y civilizado. El pecador tiene que ser llevado al arrepentimiento y al perdón; el rebelde debe ser reconciliado con Dios; la criatura meramente humana debe nacer de nuevo y convertirse en un hijo de Dios. Y para que la persona tenga una *amplia y generosa entrada en el reino eterno* (véase 2 P. 1:11), y allí obtenga

La humanidad y los sufrimientos de Cristo

un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17), se requiere un proceso más o menos largo de preparación, capacitación y refinamiento absolutamente indispensable; y el sufrimiento formará parte inevitable de dicho proceso.

Para poder llevar a sus muchos hijos a la gloria, por tanto, Dios tuvo que proporcionar primero un fundamento y un líder, un autor y capitán, de su salvación. Y después, tuvo que permitir que fuera capacitado como líder suyo por medio de su sufrimiento previo. Como Hijo de Dios preencarnado disfrutó de un poder infinito igual al de su Padre. ¿Pero cuánto sabía del sufrimiento por experiencia personal? ¿Y cómo, sin esa experiencia personal de sufrimiento, podía llegar a entender y simpatizar con su pueblo en sus padecimientos?

Al decir esto, por supuesto, el autor no está estableciendo condiciones que él pide que Dios cumpla. Inspirado por el Espíritu Santo, está confiándonos cómo piensa Dios mismo al respecto. ¡Y cuán glorioso conocimiento del carácter de Dios nos proporciona! Al poseer un poder infinito tenía el derecho, como Creador, de tratarnos como quisiera. Pero con su infinita compasión no quiso que las cosas se hicieran de cualquier manera, sino de una forma apropiada, aunque eso supusiera el sufrimiento de su Hijo.

Cristo no se avergüenza de nosotros

No hay nada, por tanto, en los sufrimientos de Jesús de lo que el cristiano (de trasfondo judío o gentil), tenga que avergonzarse, ni tampoco en Dios por permitírsele o en Cristo por soportarlos. No debemos esconder el hecho de que sufrió, sino anunciarlo a todo el mundo.

Pero el autor tiene algo más que decir acerca de la asombrosa condescendencia de nuestro Señor. Es tan maravilloso

Según Hebreos. Un reino incommovible

(incluso aunque lo leamos en un nivel superficial), tan asombroso, que si no tenemos cuidado, podríamos no darnos cuenta de que está diciendo algo incluso más grandioso de lo que pensamos a primera vista.

El que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos (2:11).

La primera maravilla es que no se avergüence de nosotros. (Se avergonzará de algunas personas; véase Lucas 9:26. Vigilemos para no estar entre ellas.) ¿Pero por qué no? Cualquiera de nosotros, si nos conocemos a nosotros mismos, podría seguramente pensar en mil y una razones por las que podríamos esperar que Él se avergonzara de nosotros. Si, a pesar de ello, no se avergüenza de llamarnos sus hermanos, eso debe hacer que nos preguntemos: ¿Cómo es eso?

Bueno –dirás–, no es orgulloso como nosotros; por eso no se avergüenza de nosotros.

¡Buena respuesta! Por supuesto que no es orgulloso, porque el orgullo es pecado y Jesús no tiene pecado. Pero si dices eso, sólo dices lo que es obvio. ¿Qué cristiano no daría eso por supuesto? Además, aunque es verdad, no es la razón que da el autor para que Cristo no se avergüence de llamarnos hermanos. La razón es que tanto el que santifica (es decir, el Señor Jesús) como aquellos que están siendo santificados (es decir, los que confiamos en él) somos todos de uno: esa es la razón *por la que* no se avergüenza de llamarnos hermanos suyos.

Pero si esa es la razón, entonces, ¿qué significa? La dificultad radica en la frase *de uno son todos*.¹ La mayoría, aunque no todos, de los traductores y comentaristas modernos piensan que la palabra «uno» se refiere a Dios, y que lo que nuestro autor está diciendo es lo siguiente: Jesús es el Hijo de Dios, y

1. NIV: son de la misma familia; NASB: son todos de un Padre; NEB: son todos de un rebaño; RSV: tienen todos un origen.

los que le han recibido se han convertido en hijos de Dios (véase Gá. 3:26). Él y nosotros, por tanto, tenemos el mismo Padre, y estamos en la misma familia. Y por eso Jesús no se avergüenza de llamarnos hermanos suyos.

Ahora, este es un hecho cierto y maravilloso: Jesús es el Hijo de Dios; los que confiamos en Él somos hijos de Dios; y eso es para nosotros una fuente de adoración y gozo eterno. Pero difícilmente puede ser este hecho concreto al que el autor quiere dirigir nuestra atención aquí; porque, si así fuera, su argumento seguiría más o menos así: Hubo un tiempo en que nosotros éramos meras criaturas de Dios. Pero ahora, al ser hijos de Dios, somos exaltados de tal manera que incluso la segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios mismo, no se avergüenza de llamarnos hermanos suyos. En otras palabras, la razón dada para que no se avergüence de nosotros no es que Él haya descendido a nuestro nivel (su solidaridad con los seres humanos), sino nuestra exaltación al suyo. Y esto no encajaría en el contexto en absoluto. Todo el párrafo de 2:5-18 está hablando no de la deidad del Hijo de Dios (como el capítulo 1), sino de la humanidad de Jesús; no de nuestra exaltación a su nivel, sino de que Él desciende al nuestro.² El versículo 10 nos ha estado hablando no de su eterna filiación, sino de sus sufrimientos; y los versículos del 14 al 17 están a punto de señalar cómo, para hacerse exactamente como nosotros (menos en el pecado), participó de nuestra carne y sangre, es decir, se hizo verdaderamente humano y compartió nuestra humanidad.

2. Aunque somos hijos de Dios por la fe en Cristo, no sería correcto decir que hemos sido exaltados a su nivel de filiación. Como segunda persona de la Trinidad, su filiación será eternamente diferente de la nuestra. Al hablar de nuestro común Padre, no dice «vuelvo a nuestro Padre», sino que, manteniendo las distancias entre su relación con Dios y la nuestra, dice «a mi Padre y a vuestro Padre» (Jn. 20:17).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Entonces, ¿por qué aquel que fue el Hijo eterno y preexistente de Dios, la segunda persona de la Trinidad, no se avergüenza de llamarnos sus hermanos? Porque, cuando lo hace, el término «hermanos» no es mera retórica religiosa vacía, ni exageración sentimental piadosa: es algo absolutamente genuino y significa exactamente lo que dice. No lo dice por decir. Se ha hecho verdaderamente humano como nosotros (aunque sin pecado; el pecado no necesariamente forma parte de la humanidad). Ha experimentado alegrías y tristezas humanas. Conoce, porque lo ha sufrido, lo que es tener hambre (Mt. 4:2), estar cansado (Jn. 4:6), tener sed (Jn. 19:28), sentir tristeza ante la muerte de un amigo querido (Juan 11:35) y tener el corazón destrozado ante la ceguera y el rechazo irracional (Lc. 13:32-35). Él sabe lo que es la tentación y la muerte más de lo que nosotros pensamos.

Cuando, sin embargo, nos llama hermanos, no son palabras huecas. No tiene miedo de que alguien compare sus circunstancias y experiencias con las nuestras y le acuse de hipocresía por atreverse a llamarnos hermanos. El término representa la realidad. No se avergüenza de llamarnos hermanos porque Él y nosotros somos todos de uno.

Por supuesto, debemos tener cuidado de entender exactamente a quién se refiere el autor cuando dice *de uno son todos*. No está diciendo que, porque nuestro Señor se haya hecho verdaderamente humano, Él diga que todos los seres humanos son sus hermanos. La gente, hoy día, cita constantemente las siguientes palabras de nuestro Señor: *en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis* (Mateo 25:40). Y lo hacen como si quisieran decir que todos los hombres y mujeres, chicos y chicas sobre la faz de la tierra, todos los degenerados, todos los ateos deliberados, los hipócritas religiosos, criminales, niños delincuentes, engañadores, mentirosos y asesinos son todos de uno y hermanos del Señor Jesús. Por

supuesto que no es así. Nuestro Señor mismo tuvo mucho cuidado de indicar exactamente quiénes son sus hermanos: *Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen* (Lucas 8:21). Y el autor lo expone igualmente con mucho cuidado: *El que santifica y los que son santificados, de uno son todos* –dice–. Está hablando de la identificación y solidaridad de Cristo con su pueblo redimido. Murió para santificarlos; vive para perfeccionar su santificación.

Un salmo profético

Esta solidaridad del Mesías con su pueblo redimido, como empieza a mostrar el autor, había sido de hecho tanto profetizada como prefigurada en el Antiguo Testamento. El autor cita el Salmo 22:22, que dice:

Anunciaré a mis hermanos tu nombre,
en medio de la congregación te alabaré.

Este salmo está formado por dos partes: la oscura noche de padecimientos, de rechazo y de oración escuchada pero sin respuesta (22:1-21); y la mañana resplandeciente por la respuesta a la oración, la adoración en la congregación y la proclamación de la justicia de Dios a futuras generaciones (22:22-31). El rey David escribió el salmo; pero la descripción tanto de la noche como de la mañana va más allá de lo que él había experimentado personalmente. Escribió como profeta; el salmo era mesiánico y, cuando llegó el momento, el Señor Jesús repitió sus palabras en el Calvario.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Sal. 22:1, Mt. 27:46). La vida de Cristo había sido totalmente perfecta y sin pecado, mientras que la de Israel había sido torcida y

Según Hebreos. Un reino incommovible

pecadora. A pesar de eso, cuando clamaban a Dios, eran escuchados y tenían respuesta; pero cuando Él clamó no fue escuchado (o, al menos, si fue escuchado no recibió respuesta).

En lo íntimo de su corazón Él sabía por qué había sido abandonado: porque quiso ocupar su lugar junto a sus hermanos; porque rehusó separarse de ellos a pesar de su pecado, debilidad, fragilidad y rebelión contra Dios. Llevó sus pecados en su cuerpo sobre el madero, y por ellos fue abandonado por Dios. Como dice el apóstol Juan: *Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.*

La historia del mundo nunca ha vivido una noche más oscura para la humanidad que cuando el hombre Jesús, el representante de la humanidad, sufrió la ira de Dios contra el pecado humano y fue abandonado. *El cual fue entregado por nuestras transgresiones* (Romanos 4:25).

Pero fue *resucitado para nuestra justificación* (Romanos 4:25). Las tinieblas nocturnas del abandono dieron paso al amanecer de la resurrección y al esplendor de la ascensión. Ahora la tierra tenía que ser cambiada por el cielo, el sufrimiento y la vergüenza por la gloria, la cruz por el trono y la corona. El hombre Jesús iba a ser invitado a sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas. ¿No se sentiría ahora el Hijo del Hombre glorificado un poco avergonzado ante los ángeles majestuosos de Dios al reconocer a sus humildes seguidores sobre la tierra como sus hermanos?

¡Nunca! En el mismo umbral de su ascensión le dijo a María: *Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios* (Juan 20:17); y en la brillante mañana de la segunda parte del Salmo 22 escuchamos anunciar al Mesías glorificado: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré* (22:22). Y dondequiera se encuentre su pueblo, allí está entre ellos, revelándoles el nombre del Padre (Jn. 17:26) y dirigiendo la respuesta de su adoración.

Sobre esto, por tanto, se edifica la irreprochable e incombustible fuente de nuestra esperanza para la humanidad. Como dicen los dos últimos versículos del Salmo 22: «La posteridad le servirá; esto será contado de Yahvéh hasta la postrera generación. Vendrán, y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto».

Una anticipación profética

Pero existe otra razón para la solidaridad de Cristo con su pueblo, y por tanto otra base para la esperanza. El autor de Hebreos lo explica citando las palabras del profeta Isaías. Leamos sus palabras en su contexto para que podamos comprender la situación que condujo a Isaías a hablarles, y después veamos cómo las aplica el Señor Jesús:

Yahvéh me dijo...

Yahvéh de los ejércitos... será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalén. Y muchos tropezarán entre ellos, y caerán, y serán quebrantados; y se enredarán, y serán apresados. Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Esperaré, pues, a Yahvéh, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob y *en él confiaré. He aquí, yo y los hijos que me dio Yahvéh* somos por señales y presagios en Israel, de parte de Yahvéh de los ejércitos, que mora en el monte de Sion (Isaías 8:11-18).

Isaías fue señalado por Dios como profeta en el año de la muerte del rey Uzías (véase Isaías 6). Los asuntos de la nación, tanto espirituales como políticos, estaban en decadencia. Durante tres generaciones, ningún rey de Judá había muerto de muerte natural: uno tras otro habían sido asesinados. Y cuando Uzías murió, lo hizo en una leprosería, en desgracia por un

Según Hebreos. Un reino incommovible

pecado de presunción contra Dios (2 Cr. 26:16-21). Las coaliciones que las diez tribus de Israel estaban estableciendo con otras naciones contra Judá mantenían al rey y al pueblo en un constante estado de alarma (Is. 7:1-9); y en el horizonte se vislumbraba la creciente amenaza del imperio asirio.

En vano Isaías aseguró al pueblo de Judá en el nombre de Dios que, si se arrepentían y creían en Dios, Él cumpliría su promesa a David de mantener su línea real y enviar finalmente al Mesías (Is. 7:1-17). En vano les insistió en que un día el Mesías se sentaría en el trono de David, la nación sería restaurada y reunida, la muerte se desvanecería, y las otras naciones se congregarían en torno al estandarte del Mesías y serían convidadas al delicioso banquete de su reino mesiánico (Is. 25:1-9). Para el rey y el pueblo de Judá, todo esto sonaba como un sueño tremendamente poco práctico.

Preferían descansar en su propia diplomacia y en sus alianzas internacionales. Los resultados fueron desastrosos. La misma Asiria, con quien buscaban de vez en cuando alianzas, finalmente llevó a las diez tribus de Israel a la cautividad. Más de un siglo después, por una persistencia parecida en el pecado y en la incredulidad, Judá fue también conducida al exilio por los babilonios, y su capital, Jerusalén, fue destruida.

El hecho es que, en los días de Isaías, el pecado de la nación y la rebelión contra Dios se habían convertido en algo crónico (Is. 1:2-9). Ya no podían arrepentirse; su fe en el papel que Dios les había dado en la historia, de ser la nación a través de la cual vendría el Salvador del mundo, era prácticamente inexistente. El mismo Dios que habría sido un santuario para ellos, se estaba convirtiendo en una roca en la que los hombres tropezaban y que les hacía caer. Incapaces de creerle, habían rechazado su palabra, lo que les traería consecuencias calamitosas.

Isaías no sólo fue un profeta que anticipó la venida del Mesías; él y sus circunstancias fueron un anticipo de cómo

serían los tiempos del Mesías. Jesús demostró de manera admirable ser aquella piedra que haría tropezar y caer a los hombres (véase Lc. 20:18; Ro. 9:33; 1 P. 2:8). Los líderes de Israel rechazaron su llamamiento a arrepentirse y despreciaron su afirmación de ser el Mesías. Las masas, inicialmente impresionadas por sus enseñanzas y milagros, le abandonaron cuando vieron que no estaba dispuesto a guiarlos en la guerra independentista contra los imperialistas romanos y que la liberación que les ofrecía era una salvación espiritual. Así, Jesús fue ejecutado considerado un fraude y un impostor, y la nación continuó por el camino que ellos preferían, con su política de seguir la sabiduría del mundo. En menos de cuarenta años fueron invadidos por los luchadores libertarios del ala derecha, que los obligaron a revelarse contra Roma y les llevaron a ser derrotados. Su templo fue destruido y Jerusalén pisoteada por los gentiles. En el 135 d.C., después de otra vuelta similar, Jerusalén fue reconstruida como una ciudad gentil y así continuó hasta hace poco.

Pero Isaías era una prefigura de Cristo no sólo en cuanto a sus circunstancias, sino también en el hecho de que en él y en sus discípulos Dios encendió una pequeña llama de esperanza inextinguible para la nación y, en último término, para el mundo. Al permanecer allí, en medio de la apostasía nacional pero rodeado de sus discípulos creyentes (sus «hijos», como él los llamaba), la fe de Isaías en Dios y en sus propósitos aumentó. Declaró que confiaba en que el Señor cuidaría de él y de los hijos que le había dado, como *señales y presagios en Israel, de parte de Yahvéh de los ejércitos, que mora en el monte de Sion* (cf. Is. 8:17, 18). Era Dios quien le había dado esos «hijos», quien había abierto sus ojos para que vieran que las profecías dadas por Dios eran fiables. Y si Dios las había dado para que las creyeran, eran una señal segura y rogaba que Dios un día las cumpliera.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Reflexionemos un momento y pensemos lo que Isaías nos diría a nosotros ahora, si pudiera, acerca de la forma en que su fe y esperanza ha sido vindicada. Profetizó que cuando el Mesías viniera, sería en primer lugar rechazado por su nación y ejecutado; que Dios, no obstante, haría de su vida un sacrificio vicario por el pecado; que después de su muerte viviría de nuevo y vería su simiente espiritual. A través de su muerte, habría personas que encontrarían sanidad de la enfermedad más profunda de la vida: la culpa por el pecado y la separación de Dios. Verían que el Mesías fue traspasado por las transgresiones de ellos, quebrantado por sus iniquidades; que aunque se habían apartado como ovejas descarriadas, el Señor llevó sobre sí la iniquidad de todos ellos. A través de su castigo encontrarían paz y reconciliación con Dios (véase Is. 53).

Es un claro hecho histórico que el nacimiento, muerte y resurrección de Jesús nos han proporcionado una figura mundial que encaja en las predicciones de Isaías con innegable exactitud. Pero aún hay más. A través de la muerte y resurrección de Jesús, un incalculable número de personas ha encontrado realmente la sanidad de la que habló Isaías: sanidad de las profundas heridas del corazón, desaparición de la plaga de la culpa, el fin de la alienación de su Creador, de los sentimientos de hostilidad y rebeldía hacia Dios; la reconciliación, paz y gozo del amor de Dios, y una gran esperanza para el futuro. Este es el comienzo de la prometida nueva era venidera. Este es el verdadero amanecer del cielo. La sanidad del corazón humano es el preludio necesario para la sanidad del universo.

Pero volvamos a Isaías. Su confianza se basaba en el hecho de que Dios le había dado sus discípulos. Fue Dios quien había abierto sus ojos y los había llevado a la fe. «Aquí estoy, yo y los hijos que Dios me ha dado.» Así fue exactamente como Jesús habló de sus discípulos siglos después. Fue esto lo que produjo en Él ese afecto hacia ellos y solidaridad con ellos, y

lo que creó en Él esa inquebrantable confianza en que todas las promesas de Dios en cuanto a su glorificación última se cumplirían. *He manifestado tu nombre* –les dijo en su oración al Padre– *a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra* (Jn. 17:6; véase el margen).

Humanamente hablando, los discípulos de Cristo no eran ni sabios ni eruditos, y ciertamente no eran poderosos. Eran, según las propias palabras de Jesús, simples niños. Pero en ellos se había producido el milagro divino: A Dios le había agradado revelarse a ellos a través del Señor Jesús: *Yo te alabo, oh, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños* (Lc. 10:21).

Esto se refiere, por supuesto, a lo que tenía que ocurrir como Isaías prometió, que la tierra iba a ser llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar (Is. 11:9). Dios no es una mera asignatura, como las matemáticas o la física, que se pueda «demostrar» a cualquiera que sea lo suficientemente inteligente como para seguir la lógica. Dios es una persona. Se le conoce sólo cuando se deja ser conocido y se revela directamente a la gente. Pero el mismo hecho de que Dios se haya revelado a los discípulos de Cristo no sólo llenó a éste de gozo (Lc. 10:21) y creó un inquebrantable vínculo de unidad, amor y vida entre Él y ellos. Le llenó con la seguridad de que Dios continuaría revelándose a otras multitudes, y oró por todos aquellos millones de personas que a lo largo de todos los siglos creerían en Él por el testimonio de su reducido número de discípulos originales (Jn. 17:20-23).

Y además hay otra forma en la que Isaías y sus discípulos fueron un anticipo del Mesías. En medio de toda la apostasía y de muchos impedimentos, Isaías y sus discípulos creyentes mostraron la promesa concedida por Dios de que un día, en su fidelidad, restauraría a toda la nación. Fueron, haciendo uso de la metáfora de Isaías, como el tronco del árbol de Israel, que,

Según Hebreos. Un reino incommovible

cuando el árbol mismo ya hubiera sido cortado, continuaría viviendo y en su momento volvería a crecer (Is. 6:13). *He aquí, yo y los hijos que me dio Yahvéh somos por señales y presagios en Israel, de parte de Yahvéh de los ejércitos, que mora en el monte de Sion* –dijo Isaías–. En un nivel primario, esta promesa, estas señales y presagios, se cumplieron con el retorno de Israel de su exilio en Babilonia. A otro nivel mayor, todavía esperan cumplimiento.

Pero escuchemos a Pablo argumentando de la misma forma acerca del Señor Jesús y de los creyentes judíos. Enfrentados al endurecimiento de la incredulidad de Israel, a la creciente apostasía y a las inminentes amenazas que, como sabemos, comenzaron a llegar en el 70 d.C., Pablo pregunta: *¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham... No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció* (Ro. 11:1, 2). El argumento de Pablo es el mismo que el de Isaías. El número de judíos a los que, como Pablo, Dios había abierto sus ojos para ver que Jesús era el Mesías, era relativamente reducido. Sólo había un sencillo remanente de la nación. Pero el mismo hecho de la existencia, por la gracia de Dios, de un remanente así era una promesa de que un día la nación entera sería salva, reconciliada con su Mesías y con Dios. Entonces tendrían lugar las escenas de gozo sin precedentes: sería una verdadera resurrección de la muerte (Ro. 11:15-16).

La conquista de la muerte

Pero para que los «niños», es decir, los discípulos de Cristo, pudieran mirar hacia adelante a la era venidera con confianza y esperanza entusiasta, tenían que ser liberados del temor a la muerte.

La humanidad y los sufrimientos de Cristo

La muerte sigue siendo un enemigo. Digamos lo que digamos, retrocedemos ante ella y huimos del dolor y del sufrimiento, de la enfermedad y la aversión que tan a menudo la acompañan. Pero no es el proceso de morir lo que causa la mayor parte del terror, sino lo que ocurrirá después; porque la muerte lleva un aguijón. Siempre, desde que el diablo indujo al hombre a desobedecer a Dios y, a través de la desobediencia de ese hombre, el pecado entró en el mundo y la muerte a través del pecado, *el aguijón de la muerte*, como lo describe la Escritura, *es el pecado* (1 Co. 15:56). Porque tras la muerte llega el juicio. Las Escrituras lo afirman y la conciencia interna lo sabe y lo teme, aunque la gente no lo manifieste. No puede ser que, cuando alguien ha muerto como vivió –con incredulidad, sin arrepentimiento, sin perdón y sin haber sido regenerado–, pretenda que, después de todo, el pecado no importa y todo le irá bien. Y *el poder del pecado es la ley* –añade la Escritura–. La ley de Dios nunca dirá que el pecado no importa, ni aquí ni en el mundo venidero. ¿Cómo podría hacerlo? La muerte no es una especie de varita mágica que transforma al impenitente pecador en un santo glorioso. Si mueres siendo un pecador no perdonado seguirás siendo un pecador no perdonado para siempre (Ap. 22:10, 11).

Es este temor el que conduce a multitud de personas, desde las más primitivas hasta las más sofisticadas, a inventar y practicar toda clase de ritos y disciplinas rigurosas destinadas a reducir el castigo y sufrimiento que temen que les espere al otro lado de la muerte. Y todo para nada, excepto que añade otra esclavitud más a las ataduras originales del temor a la muerte.

Es este temor lo que ha conducido a multitud de otras personas, como el poeta romano de antaño, Lucrecio, a intentar demostrar que al hombre no le espera nada después de la muerte, que la muerte es el final de todo. Esto es de poco

Según Hebreos. Un reino incommovible

ánimo, si es cierto, para aquellos que sufren crueles injusticias y que no tienen la esperanza de que alguna vez alcanzarán sus derechos en esta vida; porque en este caso tienen que creer que nunca se hará justicia. También es de poco ánimo para las personas nacidas con una discapacidad física grande. Pueden ver lo que la vida podría ser sin esa discapacidad. Tienen que existir con dolor y sin esperanzas de alivio o de alegría en esta vida; y además, si esta teoría es cierta, sin esperanza de algo mejor, de algo después de la muerte.

Otros, no obstante, tienen el temor contrario: no que haya algo después de la muerte, sino que no lo haya. Temen que esta vida sea todo; que la muerte acabe con todo el gozo, porque todo termina. Sencillamente, para mantenerse vivos físicamente, por tanto, están dispuestos a abandonar todo aquello que eleva al ser humano por encima de la mera existencia animal: el honor, la verdad, la rectitud moral y la fe. Esa es una atadura de temor a la muerte, y sigue siéndolo para multitud de personas.

En esta situación, la única forma en que Cristo pudo salvarnos fue primero haciéndose humano como nosotros para poder morir; y después no descendiendo de la cruz de forma milagrosa y huyendo de la muerte, sino permaneciendo deliberadamente en ella y muriendo. Porque por la muerte Él sufrió el castigo que merecía nuestro pecado y así liberó nuestra conciencia de la culpa y, por tanto, del temor a enfrentarnos a la ira de Dios después de la muerte. Y al morir y resucitar nos mostró que su sacrificio por nosotros fue aceptado y que aquellos que confiamos en Él somos aceptados en Él; que el reino del pecado y de la muerte ha sido derrotado y el diablo se ha quedado sin su poder. El creyente puede saber con absoluta certeza que morir es partir para estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor (Fil. 1:23); que estar ausentes del cuerpo es estar inmediatamente en casa con el Señor (2 Co. 5:6-

8); que en la resurrección tendremos un cuerpo nuevo y glorioso, como el cuerpo del Salvador resucitado (Fil. 3:20, 21); y que un día la muerte misma será destruida para siempre (1 Co. 15:26).

Lo que Cristo fue obligado a hacer

Y ahora llegamos a la afirmación más asombrosa de todo este segundo capítulo: el infinito Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, creador y heredero de todas las cosas, se vio finalmente obligado a ser en todo semejante a sus hermanos (2:17).

A primera vista parece algo chocante. ¿No es cierto que el Hijo de Dios siempre fue libre y nunca fue obligado a hacer nada? Es cierto que no tenía obligación de salvarnos. Nadie le obligó hacerlo. Si nos hubiera dejado perecer en nuestra rebelión contra Dios, no habríamos tenido base alguna para quejarnos porque Él hubiera fallado en sus obligaciones hacia nosotros. Cuando nos tendió la mano para socorrernos (2:16), lo hizo voluntariamente (véase Jn. 10:18).

Sí, pero nuestro autor explica que, una vez que se embarcó en la tarea de socorrernos, había ciertas cosas que esa tarea le obligaba a hacer para que fuera ejecutada a la perfección. Una vez había comenzado, era impensable que no lo hiciera de forma perfecta. Por esta razón *debía ser en todo semejante a sus hermanos* (2:17). No podía haber atajos; tenía que andar todo el camino.

Nosotros no éramos seres espirituales angelicales y superiores, ni siquiera ángeles majestuosos pero caídos. Éramos los descendientes de Abraham –dice el autor (y podría haber añadido que éramos débiles, pecadores y sujetos a tentación constante)–. Por encima de todas las demás necesidades que

Según Hebreos. Un reino incommovible

tenemos, estaría primero la de ser reconciliados con Dios, y después la de mantenernos así.

Para ese propósito tendría que convertirse en nuestro sumo sacerdote para expiar nuestros pecados, y así colocarnos y mantenernos en el favor de Dios. Tendría que ser fiel a Dios, por supuesto. No se podía rebajar el listón de Dios, no había excusa para nuestro pecado, ni podíamos huir de la realidad de nuestra culpa, ni presentar objeciones a la justicia de la ira santa de Dios. Al mismo tiempo tendría que tener misericordia de nosotros. Tenía que morir en nuestro lugar, ofrecerse como sacrificio expiatorio por nuestros pecados y volver a resucitar para actuar como nuestro constante intercesor ante Dios. Tendría que tener misericordia de nosotros, siendo capaz de entender el sufrimiento que implica la tentación al experimentar-lo Él mismo. Y tendría que ser fiel a nosotros: cubriendo nuestros pecados con su sacrificio pero sin permitirnos pensar que caer en la tentación no importa. Al contrario, Él fortalecería nuestras voluntades y aumentaría nuestro poder para resistir la tentación. Por todas estas muchas razones, para que su ayuda fuese una realidad, tendría que convertirse en uno de nosotros en todo (excepto, por supuesto, en el pecado) y hacerse humano.

Sabiendo, por tanto, que se vería obligado a hacerlo una vez hubiera comenzado, no obstante nos tendió la mano para socorrernos y fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Vino y vivió en pobreza, y paseó por las hediondas calles de las antiguas ciudades orientales. Sus propios discípulos estaban a menudo más cómodos que Él; tenían sus hogares: Él no tenía ningún lugar donde reclinar su cabeza. A todos nosotros, sin excepción, nos va mucho mejor de lo que le fue a Cristo nunca. Supongo que todos tendremos alguna que otra mala noche. Él a menudo durmió en lugares escabrosos y vivió en condiciones duras, para poder simpatizar con todo su pueblo

y ser accesible a los más humildes de ellos. Y al final murió por nosotros.

¿Cómo podemos dejar de adorar a un Salvador así? ¿Avergonzarnos de su humanidad? ¿Avergonzarnos de sus sufrimientos? ¿Impacientarnos con nuestros propios sufrimientos por su nombre? ¿Cómo es posible? Su mismo sufrimiento es su gloria, y también los nuestros; porque son el camino real por el cual Él llevará a la humanidad redimida a su destino de compartir el gobierno universal con el hombre perfecto de Dios.

Preguntas

1. ¿Cuál fue *la palabra dicha por medio de los ángeles* (2:2)? ¿Qué convierte al evangelio en algo más importante que aquel mensaje? ¿Por qué algunas personas se apartan de él?
2. ¿Cómo interpretas la frase: *el mundo venidero* (2:5)? ¿Preferirías la traducción «la era venidera»?
3. ¿Qué has aprendido en este capítulo acerca del propósito original de Dios para el hombre?
4. ¿Hasta qué punto se ha conseguido ese propósito en Adán y sus descendientes? ¿Y hasta qué punto en Cristo? ¿Ya ha sido todo puesto bajo los pies de Cristo? (Consultar 10:13). Si no es así, ¿cuándo ocurrirá?
5. ¿En qué sentido Cristo tuvo que ser «perfeccionado» a través de los sufrimientos? ¿Y para qué (2:10)?
6. ¿Por qué no se avergüenza Cristo de llamar hermanos a aquellos que confían en Él?
7. ¿Cuáles son en tu opinión los énfasis y la relevancia de las citas que aparecen en 2:13?
8. ¿En qué sentido Satanás «tenía el imperio de la muerte»? ¿Y qué significa que ha sido destruido (2:14)?

Según Hebreos. Un reino incommovible

9. ¿Por qué tenía Cristo que ser hecho en todo semejante a sus hermanos (2:17)?
10. ¿Cómo nos ayuda Cristo cuando somos tentados?

ENTRANDO EN EL REPOSO DE DIOS *Hebreos 3-4*

Un aviso y su contexto

Los capítulos 3 y 4 de la Epístola a los Hebreos van unidos porque contienen uno de los avisos solemnes por los que esta epístola es famosa. De hecho se trata del más largo de ellos. Resulta de lo más importante, por consiguiente, que con quietud y diligencia tratemos de comprender los términos que utiliza el Espíritu Santo, por si acaso no llegamos a aplicar esta Escritura con toda su debida fuerza o lo hacemos de forma equivocada.

En primer lugar, fijémonos en el contexto de este aviso. Inmediatamente antes, el Espíritu Santo nos habla del sacerdocio del Señor Jesucristo (2:17; 3:1). Después, cuando concluye el aviso, nos recuerda de nuevo que nuestro gran sumo sacerdote puede compadecerse de nuestras debilidades (4:14-16). Por tanto, al considerar este aviso debemos tener en mente a nuestro misericordioso y fiel sumo sacerdote. Dejemos que nos guíe. Acerquémonos a Él para escuchar estas palabras de sus labios. Nos dirá lo que debemos hacer y lo que debemos evitar. Luego, cuando hayamos escuchado el aviso, que éste nos conduzca de nuevo hacia Él. Por mucho que nos haga ser conscientes de nuestra debilidad, que esta misma debilidad nos impulse a ir hacia aquel que puede compadecerse de ella y que siempre está dispuesto a ofrecernos el oportuno socorro.

Según Hebreos. Un reino incommovible

En el capítulo 1 estuvimos reflexionando sobre la deidad del Señor Jesús, el portavoz divino del mensaje divino. En el capítulo 2 pensamos en su humanidad, que lo capacita para ser nuestro sumo sacerdote y no avergonzarse de llamarnos hermanos suyos. Ahora, como hermanos santos participantes del llamamiento celestial, se nos pide que pensemos en Jesús como apóstol, el portavoz divino del capítulo 1, y también como el sumo sacerdote del capítulo 2.

¿Qué pensaremos de Él? Considerad a aquel –leemos en el pasaje– que es fiel *al que lo constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios*. Ahora, es perfectamente legítimo traducir el griego que aparece aquí mediante un pasado: que *era* fiel. Pero es igualmente legítimo –y seguramente más apropiado– traducirlo por medio de un presente: *el cual es fiel*. Consideremos el hecho de que no sólo *fue* fiel en aquel tiempo pasado cuando vino como apóstol y nos trajo el mensaje de Dios entregándonoslo fielmente; sino que todavía ahora sigue actuando como nuestro sumo sacerdote fiel a Dios, el cual le constituyó en toda la casa de Dios.

Cristo comparado con Moisés

Para darnos una idea de la fidelidad de nuestro Señor hacia nosotros, el Espíritu Santo lo compara con Moisés. Fijémonos en que la frase que utiliza acerca de éste, *el cual es fiel... en toda la casa de Dios*, procede de un contexto en el que Miriam y Aarón se habían unido a los que murmuraban contra él (Nm. 12:1-8). Al parecer, a Israel nunca le faltaba alguna razón para murmurar contra Moisés: la comida y el agua que les proporcionó e incluso sus asuntos personales y privados, como su matrimonio, les daban pie para murmurar contra él, aunque en aquel tiempo fuera el capitán de su salvación. Pero en todo

esto la gracia de Moisés resplandeció como luz brillante. Como dice la Escritura, fue el más humilde sobre la faz de la tierra (Nm. 12:3). Me pregunto cómo se las apañó para no perder los estribos. Había dado su vida por su nación. En aquel mismo momento podría haber estado reclinado sobre los cojines del palacio en Egipto. Y allí estaba, entre aquella raza de esclavos rudos y maleducados, haciendo todo lo que podía por ellos y recibiendo a cambio constantes críticas y murmuraciones por parte de todos.

¿Qué es lo que mantuvo a este hombre tan fiel a Israel? Fue su fidelidad al Dios que lo había constituido sobre aquella casa. Moisés había sido enviado a Israel como apóstol de Dios con el mensaje de liberación de Egipto. Después de eso, Moisés actuó como mediador entre Israel y Dios, y salvó al pueblo por medio de su intercesión. A pesar de todas sus quejas, errores e insultos personales, Moisés permaneció fiel a la tarea que Dios le había encomendado. *«Por tanto, hermanos santos –dice en efecto el autor–, participantes del llamamiento celestial, considerad, al continuar vuestro peregrinaje de la tierra al cielo, al apóstol y sumo sacerdote a quien confesáis. ¡Cuántas veces nos hemos quejado y hemos murmurado! Consideremos a aquel que es fiel a pesar de todo, constantemente y siempre; pensemos que Él seguirá siendo fiel en cada paso del camino hacia nuestro hogar.»*

Moisés cayó al final, a pesar de su fidelidad. Llegó un día en que los israelitas lo enojaron tanto con sus quejas desagradadas que les gritó: *¡Oíd ahora, rebeldes! ¡Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?* Y entonces golpeó la peña con su vara en vez de limitarse a hablarla como Dios le había dicho (Nm. 20: 9-12).

El acto de impaciencia le costó a Moisés la entrada en la tierra prometida. Parece muy duro para Moisés, ¿verdad? Pero Dios le había elegido para cuidar de Israel, y si no era capaz

Según Hebreos. Un reino incommovible

de hacerlo sin perder los estribos siendo así un mal representante de Dios para el pueblo, entonces debía ser reemplazado. Y Dios ha constituido para nosotros a un capitán de nuestra salvación y le ha encargado la tarea de llevarnos a través de este mundo al glorioso hogar celestial. Gracias a Dios porque podemos contar con su fidelidad y saber que Él nunca fallará, que nunca perderá la paciencia ni los estribos con ninguno de nosotros, sino que culminará la tarea que Dios le ha encomendado. Salvará perpetuamente a todos los que se acercan a Dios por Él.

El aviso

Hay muchos otros aspectos en los que Jesús es superior a Moisés, por supuesto, y nuestro autor se dispone a detallar dos de ellos. *Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios*: edificó el antiguo tabernáculo para Dios. Pero Jesús es Dios y, como hemos visto en el capítulo 1, es el constructor de todas las cosas, incluyendo el tabernáculo eterno, del cual el tabernáculo de Moisés sólo era una humilde figura (ver 8:1-5). En segundo lugar, Moisés era un siervo en la casa de Dios; Cristo es el Hijo que está sobre ella.

El tiempo nos impide entrar en detalles, pero nuestra tarea principal es seguir al autor al retomar la idea de la casa de Dios y utilizarla como base desde la cual lanzar su advertencia. Moisés fue constituido sobre un tabernáculo hecho de madera, oro y lino. La casa actual de Dios está formada por seres humanos. *La cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza* (3:6).

En seguida advertimos la presencia del «si». Es obvio que el autor no está dispuesto a manifestar que en realidad somos su casa y ya está. Añade una condición. ¿En qué sentido quiere

que la interpretemos? Refuerza esta condición utilizando una expresión similar en el versículo 14: *Somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio*.¹

Dos afirmaciones, por tanto, seguidas de una condición. ¿Cómo vamos a interpretarlas? Puesto que parece obvio que ambas se refieren a lo mismo, comencemos por la segunda (versículo 14). Su redacción es a primera vista un tanto extraña; y si llegamos a comprender lo que dice, arrojará también luz sobre el «si» del versículo 6.

La primera parte del versículo 14 con su tiempo perfecto [en la versión utilizada por el autor], *somos hechos participantes de Cristo*, afirma un hecho, algo que ya ha ocurrido en el pasado; pero la segunda parte añade una condición relativa al futuro: *Con tal que retengamos firme hasta el fin...* Y el problema es el siguiente: ¿Cómo es posible que algo que ya ha ocurrido en el pasado dependa de algo que aún no ha ocurrido y que está en el futuro?

Si dijera «seremos hechos participantes de Cristo con tal que retengamos hasta el fin», entonces estaría bastante claro que no podríamos decir que hemos sido hechos participantes de Cristo hasta que lleguemos al fin. Pero el versículo dice que ya lo hemos sido. ¿Cómo puede ese hecho presente depender de una condición futura?

La respuesta es sencilla, en realidad. Retrocedamos a lo que el versículo denomina *nuestra confianza del principio*, es decir, al momento en que creímos por primera vez en el Salvador. Si con arrepentimiento y fe genuinos creímos verdaderamente

1. Aquí es mejor traducción la palabra «compañeros» que «participantes». Cf. Su uso en Lucas 5:7, donde dice: *sus compañeros que estaban en la otra barca*. «Somos hechos» significa «Hemos sido hechos». Se trata de un tiempo perfecto, y no de un presente. Cf. NIV: *Hemos venido a compartir en Cristo*.

en el Salvador, entonces, por supuesto, allí y entonces fuimos hechos participantes suyos. Y si nuestra fe fue cierta y genuina, no hay lugar para la inseguridad ni la duda, nuestra fe perseverará, retendremos firme hasta el fin nuestra confianza del principio. Tampoco es una presunción decir algo así. Una de las razones por las que Dios ha provisto en su gracia de un sumo sacerdote para los creyentes genuinos es que pueda, con su intercesión constante, orar por ellos como lo hizo por Pedro (Lc. 22:32), para que su fe no falte. Y no faltará, aunque falte todo lo demás, al igual que ocurrió en el caso de Pedro.

Por tanto, la cuestión que debemos preguntarnos es: ¿Mi confianza del principio se basaba en que creía verdaderamente en el Salvador? ¿Era genuina mi fe?

Pues claro –dirás– yo creía verdadera, sincera y genuinamente en el Señor Jesucristo; y si no lo hubiera hecho entonces, lo haría ahora mismo.

¡Excelente! Pero supongamos que te pido evidencia de que tu fe era, y es, genuina, y de que has sido hecho participante de Cristo. Supongamos que te digo, como está diciendo el autor de Hebreos: Sí, ciertamente has sido hecho participante de Cristo si, como resultado, tu vida ofrece una clara evidencia de ello. ¿Qué clase de evidencia tengo derecho a esperar?

Una vez más, la respuesta es muy simple. La marca de la verdadera fe es que persevera hasta el fin. Por tanto, si creíste genuinamente en el Salvador y has sido hecho participante suyo, yo y cualquier otra persona tenemos derecho a esperar que nos lo demuestres reteniendo firme hasta el fin tu confianza del principio. Y es de este mismo desafío de lo que habla la primera frase condicional, en el versículo 6: *Pero Cristo, como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.*

Pero llegados a este punto se suscita otra duda: ¿Qué ocurre si alguien que una vez profesó creer en el Señor Jesús no retiene

firme hasta el fin la confianza del principio? ¿Significa eso que deja de ser creyente? ¿O es que nunca lo fue de verdad?

Debemos tener cuidado en cómo respondemos a esta pregunta. Todos nosotros nos comportamos en ocasiones de una forma que es inconsecuente con nuestra profesión cristiana; y muchos de nosotros hemos pasado –y pasaremos– por períodos en que nuestra fe se tambalea terriblemente. Le ocurrió a Pedro en la ocasión a la que hacíamos referencia. Con autoridad, el Señor mismo pide que, en el fondo de su corazón, su fe no falte; y por supuesto, tras su caída fue restaurado, exactamente como el Señor afirmó con confianza que ocurriría antes de que cayera. Pero imaginémonos al lado de Pedro cuando él, deliberada y repetidamente, negó que era cristiano y utilizó todas las clases de maldiciones que conocía para demostrarlo. Si no hubiésemos escuchado lo que el Salvador había dicho, encontraríamos muy difícil saber si se trataba de otro Judas que había profesado ser creyente pero que nunca lo fue ¿verdad? (Jn. 6:64, 70, 71), o si era de verdad un creyente genuino que estaba actuando temporalmente de forma inconsecuente.

Pero, siendo debidamente conscientes de esta situación de la vida misma, tenemos que pasar a estudiar con mucho cuidado el ejemplo de un caso triste y muy famoso que aparece en el Antiguo Testamento y que cita ahora el Espíritu Santo. En concreto debemos advertir con mucho cuidado los términos que utiliza cuando diagnostica lo que falló en el caso de las personas implicadas.

Un ejemplo terrible

El ejemplo histórico al que el Espíritu Santo dirige nuestra atención ahora se puede resumir en pocas palabras. Los antepasados de los cristianos de trasfondo hebreo a quienes nuestra

Según Hebreos. Un reino incommovible

epístola fue escrita fueron esclavos en Egipto en cierta ocasión. Finalmente encontraron la libertad, siendo salvos de la ira de Dios a través de la sangre del cordero pascual; y más tarde fueron liberados de la tiranía del Faraón por medio del poder sobrenatural de Dios. *Todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar* (1 Co. 10:2); y así comenzaron a desplazarse hacia la tierra prometida de reposo. Pero pocos de ellos llegaron allí. Se rebelaron contra el Señor de tal manera que en su ira Él juró que nunca entrarían en su reposo. Y nunca lo hicieron.

Tenemos que ser doblemente cuidadosos. En primer lugar debemos estar seguros de que comprendemos exactamente lo que el Espíritu Santo dice que falló, cuál fue exactamente la causa por la que nunca entraron en su reposo prometido. Y en segundo lugar debemos ver cómo aplica el autor la lección a sus lectores y a nosotros.

Tomemos primero la afirmación clara y directa que aparece en 3:19: *Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad*. Fijémonos en el término que utiliza: incredulidad. No dice mundanalidad, indiferencia, falta de devoción, sino incredulidad.

Sí, eso se podría aplicar a cualquiera de nosotros, de hecho a cualquier cristiano genuino –dirás–. Todo creyente puede ser culpable en ocasiones de incredulidad. Pedro lo fue cuando salió de la barca y comenzó a caminar sobre el mar hacia el Señor pero de repente perdió su fe y comenzó a hundirse. Supongamos que el Señor me desafía a hacer algo para Él y me proporciona una promesa para animarme, pero después veo que no tengo fe suficiente para creer su promesa. ¿No es eso incredulidad? ¿Y eso no me descalificaría para entrar en el reposo que el Señor me ofrece?

Bueno, ciertamente la incredulidad es incredulidad; pero tenemos que entender qué era exactamente lo que aquellos antiguos hebreos no creían. Lo encontramos en 4:2: *Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos;*

pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Y de nuevo en 4:6: Aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia. Estas afirmaciones no podrían ser más claras. Fue el evangelio lo que no creyeron. Lo oyeron, pero no les hizo ningún bien, porque nunca lo creyeron.

¿Cuál es el evangelio?

A menos que captemos la idea correcta de cuál era el evangelio en su caso (y cuál es en el nuestro) encontraremos difícil comprender esta afirmación de que nunca creyeron el evangelio. Nos inclinaremos a argumentar que, al fin y al cabo, salieron de Egipto y fueron bautizados con Moisés. Tuvieron que haber creído el evangelio, o al menos parte de él, en otro caso no habrían salido de Egipto. Sólo es la última parte del evangelio, el reportaje de los espías (Nm. 13:27) y especialmente el relato de Josué y de Caleb (Nm. 14:6-10), lo que no creyeron, y eso los condujo al desastre.

Pero ahí es donde cometieron un gran error. El evangelio predicado a los israelitas no consistía en dos o tres partes separadas de manera que podían creer y aceptar una de ellas sin necesariamente creer y aceptar las demás. Moisés no se dio una vuelta por allí diciendo: Mirad, lo importante fue escapar de la ira de Dios en la Pascua, y después escapar de las ataduras del Faraón en Egipto. Ese es el evangelio que Dios os ofrece. Por tanto, simplifiquemos las cosas. Lo principal fue salir de Egipto al desierto. Después de eso podéis considerar la posibilidad de asistir a algunos cursos avanzados de Dios acerca de cómo caminar en comunión con él por el desierto y entrar finalmente en la herencia de la tierra prometida. Pero esos cursos avanzados son opcionales. No tenéis que pasar por ellos

Según Hebreos. Un reino incommovible

si no queréis. Por tanto, decididlo más tarde. Por el momento, tan sólo creed el evangelio sencillo y salid de Egipto.

No, por supuesto que no. Moisés no predicó el evangelio así, porque no existía semejante evangelio. El evangelio era que Dios había descendido a redimirlos; y la redención significa ser liberados de la ira de Dios por la sangre del cordero pascual, ser liberados del poder de Faraón, ser aceptados como el pueblo de Dios, dejar Egipto, cruzar el desierto y entrar en la herencia en la tierra prometida. Todo formaba parte de un paquete indivisible. No podían creer y aceptar la primera parte pero rechazar el resto. Era todo o nada; y esto fue lo que se les dijo claramente desde el comienzo (véase Éx. 6:6-8).

Como sabemos, todos ellos profesaron creer el evangelio y dejaron Egipto. Pero cuando tuvieron a la vista la tierra prometida, deliberada y persistentemente rehusaron entrar. ¿Y eso qué demostraba? ¿Que habían creído el evangelio pero no el descanso de la Palabra de Dios? ¿o que habían creído algunas partes del evangelio pero no otras? ¡No! Decir eso sería reducir la seriedad del veredicto del Espíritu Santo. Él dice que no valoraron el mensaje que escucharon porque no lo combinaron con la fe. No creyeron el evangelio.

Y también *a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos* –añade el autor–, y tenemos que estar seguros de que hemos entendido cuál es el evangelio y qué hemos creído. Y después deberíamos tener mucho cuidado de cómo se lo presentamos a otros. No deberíamos darle a la gente la impresión de que el evangelio sólo consiste en conseguir el perdón de los pecados y que después de eso hay diversos cursos optativos acerca de cómo progresar en santidad y cómo conformarnos a Cristo y entrar en nuestra gran herencia celestial. La esperanza de la herencia atesorada para nosotros en el cielo es una parte integral del evangelio, y los primeros predicadores cristianos solían dejárselo claro a sus oyentes no cristianos desde

el mismo comienzo de la obra evangelística (véase Col. 1:5). El evangelio es un todo indivisible. O lo crees entero o no crees nada. Profesar que has creído el evangelio y después rechazar, deliberada y persistentemente, progresar en el camino de santidad y entrar en la gran herencia atesorada para nosotros *en los lugares celestiales con Cristo Jesús* (Ef. 2:6) es muy serio. Arrojaría graves dudas acerca de si de verdad llegaste a creer el evangelio alguna vez.

El significado de «desobediencia»

Pero quizás tengas la siguiente objeción: «Está muy bien citar 3:19 y 4:2 y proclamar sobre la base de estos versículos que aquellos que no entraron en la tierra prometida eran personas que ni siquiera llegaron a creer el evangelio, en otras palabras, que no eran en absoluto creyentes. Pero miremos 3:18 y 4:6; porque estos versículos proporcionan otra razón. Dicen que las personas que no consiguieron entrar *no entraron por causa de desobediencia*. Y más aún, 4:11 nos advierte que debemos tener cuidado para no seguir *semejante ejemplo de desobediencia*. No creo que pretendas decir que es imposible que un verdadero creyente sea desobediente. Todos nosotros desobedecemos en ocasiones al Señor; y, seguramente, estos versículos nos advierten de que un verdadero creyente podría desobedecer al Señor tan seriamente como para perder su salvación».

Pues no, ciertamente no voy a decir que es imposible que un verdadero creyente pueda desobedecer. Por desgracia, todos nosotros desobedecemos algún mandamiento del Señor de vez en cuando, ya sea porque no conocemos su Palabra lo suficientemente bien como para ser conscientes de que la estamos quebrantando, o porque pensamos que algunos de sus mandamientos no son importantes, o porque la tentación o la

Según Hebreos. Un reino incommovible

obstinación nos sobrepasan. Y, si no nos arrepentimos de ello, eso nos conducirá a la disciplina en esta vida (véase 1 Co. 11:30-32) y a perder la recompensa («recompensa», no «salvación») en la próxima (véase 1 Co. 3:11-15). Eso es suficientemente serio, y no tengo ninguna intención de minimizar su gravedad.

Pero nuestra tarea por el momento es examinar a qué clase de desobediencia hace referencia el Espíritu Santo aquí, en los capítulos 3 y 4 de Hebreos. La palabra griega para «desobediencia» en 4:6 y 4:11 es *apeitheia*. Incluyendo estas dos ocasiones, aparece siete veces en el Nuevo Testamento.² Está relacionada con el verbo *apeitheó*, desobedecer, que aparece en Hebreos 3:18 y 11:31, y catorce veces más en el Nuevo Testamento, dieciséis veces en total.³ El adjetivo *apeithés*, desobediente, no aparece en Hebreos, pero sí en otros seis lugares del Nuevo Testamento.⁴ Veintinueve apariciones, por tanto, del nombre, verbo y adjetivo, y en ninguna ocasión se utiliza para describir la desobediencia de un creyente genuino. Siempre que se hace uso de estas palabras, la desobediencia hace referencia a aquellos que rechazan a Dios, rechazan su ley, rechazan su evangelio y rehúsan creer en todo ello.

Dejemos de lado las veces que aparece en Hebreos 3 y 4 por el momento y examinemos algunos ejemplos de otros contextos. En 11:31, el autor observa que por la fe Rahab *la ramera no pereció juntamente con los desobedientes*. ¿Y quiénes eran aquellos desobedientes que murieron cuando los israelitas destruyeron Jericó? ¿Los creyentes verdaderos y genuinos que recientemente habían caído en alguna clase de tentación? Por supuesto que no. Rahab había oído hablar del Dios verdadero y de lo que

2. Romanos 11:30, 32; Efesios 2:2; 5:6; Colosenses 3:6; Hebreos 4:6, 11

3. Juan 3:36; Hechos 14:2; 17:5 (texto dudoso); 19:9; Romanos 2:8; 10:21; 11:30, 31; 15:31; Hebreos 3:18; 11:31; 1 Pedro 2:7-8; 3:1, 20; 4:17.

4. Lucas 1:17; Hechos 26:19; Romanos 1:30; 2 Timoteo 3:2; Tito 1:16; 3:3.

estaba haciendo a través de Israel; y ella creyó y mostró su fe recibiendo a los espías (véase Josué 2:8-13). Sus conciudadanos de Jericó habían oído mucho acerca del Dios verdadero igual que ella; pero en cambio rehusaron creer y arrepentirse; y mientras ella fue salvada, ellos perecieron.

Veamos un ejemplo típico de Hechos. En 14:1, 2 leemos que Pablo y Bernabé *hablaron de tal manera que creyó una gran multitud de judíos, asimismo de griegos. Mas los judíos que no creían [literalmente, que desobedecieron] excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos.*

¿Quiénes eran entonces esos judíos que desobedecieron? ¿Creyentes genuinos y verdaderos que tenían poca salud espiritual y que fueron culpables de desobedecer a uno de los mandamientos de Dios? No, ni mucho menos. Eran judíos que, cuando escucharon la predicación del evangelio, rehusaron creer, como dice la NIV.

O analicemos el argumento de Pablo en Romanos 10. Dice que anhela que sus compatriotas sean salvos, y lamenta que la mayoría no lo sean. ¿Y por qué no son salvos? Pablo enumera una lista de razones y concluye citando las palabras de Dios: *Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor* (versículo 21; Is. 65:2). Aquí también «contradictor» significa «desobediente», rehusar creer el evangelio. Escuchemos el evangelio de Juan: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer [literalmente, desobedece] en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él* (3:36). Por tanto, desobedecer al Hijo es lo contrario de creer en el Hijo. Es algo que muestra no a un creyente que se comporta mal temporalmente, sino a alguien que claramente no es creyente; por lo que la NIV traduce la frase diciendo: «el que rechaza al Hijo». Y Pedro nos avisa de la seriedad de hacer algo así: *¿Cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?* (1 P. 4:17).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Llegados a este punto, resultaría tedioso examinar todos los lugares donde se utiliza esta palabra. Pero hay un último ejemplo que resulta especialmente iluminador para nuestro propósito. En la Epístola a Tito (1:15, 16), Pablo enfatiza: *mas para los corrompidos* [aquellos que no creen], *nada es puro... Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes* [desobedientes], *reprobados en cuanto a toda buena obra*. Examinando el contexto se ve que ha estado hablando de los falsos maestros. Ahora, habla de personas que *profesan conocer a Dios*. Pero su profesión es falsa, según Pablo. No creen; son desobedientes. Advertimos que ambos términos son virtualmente sinónimos.

Después de esto volvamos a nuestro pasaje de Hebreos y fijémonos en que nuestro autor utiliza esos dos mismos términos. Los antiguos israelitas profesaban creer cuando salieron de Egipto; pero su posterior rebelión y rechazo a entrar en Canaán mostraba que nunca habían llegado a creer de verdad el evangelio. *Desobedecieron* –nos dice en 3:18–. *No pudieron entrar a causa de incredulidad* –añade en 3:19.

Alguien podría decir: «Sí, pero no estás siendo justo con estos antiguos israelitas. Admitamos que se rebelaron contra Dios y Moisés después de haber viajado por un largo camino a través del desierto y haber llegado a la frontera de la tierra prometida. Y ciertamente rehusaron creer a Caleb y a Josué cuando éstos les aseguraron que Dios les daría la tierra. Por tanto, claramente, para entonces habían perdido por completo su fe. Pero no es justo decir que nunca fueron creyentes. Fueron redimidos por la sangre del cordero pascual en Egipto; fueron rociados con la sangre del pacto en Sinaí. Es obvio que eran creyentes genuinos y verdaderos al empezar, y sólo después perdieron su fe o se apartaron de ella, y por eso perecieron».

El veredicto de Dios

Bien, lo mejor que podemos hacer para resolver la cuestión es consultar a Dios mismo. ¿Está Él de acuerdo en que al empezar en Egipto y durante algún tiempo después eran creyentes genuinos y verdaderos y que sólo después perdieron su fe? Aquí tenemos el propio veredicto de Dios: *¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?... Todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado [desobedecido] ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá* (Nm. 14:11, 22, 23).

Según Dios, por tanto, a pesar de haber visto todos los milagros de Egipto al comienzo y posteriormente en el desierto, estas personas habían mostrado incredulidad y desobediencia persistente a lo largo de todo el camino, y además desprecio a Dios mismo y a su gloria. Habían dejado Egipto en medio de gran emoción y fervor religioso; pero en cuanto a una fe personal y genuina en Dios, claramente nunca la habían tenido. Los acontecimientos posteriores en el desierto se limitaron a demostrar lo que siempre había sido cierto en el fondo.

El Salmo 106 nos ofrece el mismo veredicto. Israel no entendió los milagros de Dios en Egipto y se rebeló junto al mar Rojo (versículo 7); Dios los salvó a pesar de ello, por amor de su nombre (versículo 8). La innegable evidencia del milagro del mar Rojo les indujo a una fe superficial y temporal (versículos 9-12), como ocurrió en el caso de algunos de los contemporáneos de Jesús ante sus milagros (Jn. 2:23-25). Pero poco después regresaron a su patrón normal de falta de entendimiento, ingratitud, incredulidad, rebelión y abierta idolatría (versículos 13-43).

Aplicación del aviso

Hasta aquí hemos estado considerando el caso de los israelitas en el desierto; pero ahora debemos escuchar a nuestro autor cuando extrae de él una advertencia para la gente a la que está escribiendo.

Bueno –dirás–, pero en este caso no existen dudas, al menos. Tienen que haber sido verdaderos creyentes, porque al comienzo del capítulo 3 el autor se dirige a ellos como *hermanos santos, participantes del llamamiento celestial*.

Sí, ciertamente, si creyeron genuinamente el evangelio cuando lo escucharon, podían estar absolutamente seguros de que serían salvos eternamente. Miremos lo que dice el autor en 4:6 y contrastémoslo con lo que dice en 4:3. *Aquellos a quienes se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia (4:6)*. En cambio, *los que hemos creído entramos en el reposo*. No hay duda de esto. Si una persona ha creído de forma verdadera y genuina en alguna ocasión (advirtamos el tiempo perfecto: *los que hemos creído*), es seguro que esa persona entra. Esta es una de las gloriosas afirmaciones de Dios acerca de cosas seguras, invariables e inquebrantables. Como dos y dos son cuatro, no en ocasiones sino siempre, sin fallar nunca, igualmente la Palabra de Dios afirma que los que *hemos creído entramos en el reposo*. Podemos estar tan seguros en cuanto a esto como podemos estarlo de esa otra afirmación: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna* (Jn. 3:36).

Sólo que, como hemos visto antes, el autor anima a sus lectores a asegurarse de que han creído verdaderamente el evangelio, de que son creyentes genuinos que no se limitan a ir con la multitud bajo el poder del fervor religioso sin haber llegado a tener una fe personal en el Señor Jesús. Si no han creído personalmente, o si no están seguros de ello, que crean ahora. Todavía tienen la posibilidad de hacerlo, y cita el Salmo

95:7 de nuevo (3:13, 15) para asegurarles que aún no ha pasado el día de su oportunidad: *Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.*

Les exhorta a que estén atentos: *Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo;* y a eso añade una advertencia personal: el pecado es un engaño, y si alguien que no es creyente no se da cuenta, su corazón puede llegar a endurecerse.

El pecado fundamental

Todo pecado, por supuesto, es malo y, de continuar cometiéndolo, puede endurecer el corazón; pero el pecado que el autor tiene en mente aquí, como el contexto deja extremadamente claro, es el pecado de la incredulidad, el pecado de escuchar el evangelio pero rebelarse contra él (3:16), el pecado de rehusar entrar en la tierra prometida, por lo que Dios estuvo disgustado con Israel durante cuarenta años (3:17); el pecado de la desobediencia y la incredulidad (3:18, 19). Fijémonos en que todos aquellos que fueron sacados de Egipto por Moisés fueron culpables de esta rebelión, todos a excepción de personas como Caleb y Josué (3:16).

Como hemos visto, desde el principio nunca creyeron el evangelio; pero este pecado de incredulidad los engañó y finalmente endureció sus corazones de tal manera que se rebelaron externamente contra Dios, rechazaron el liderazgo de Moisés y hablaron de nombrar otro capitán y de retornar a Egipto (Nm. 14:2, 4).

La incredulidad, rehusar creer, es por supuesto el pecado fundamental, de tal manera que a veces en las Escrituras el término «pecado» se utiliza en el sentido de rehusar creer el evangelio. Así, por ejemplo, nuestro Señor dice en Juan 16:8,

Según Hebreos. Un reino incommovible

9 que, cuando el Espíritu Santo venga, convencerá al mundo de pecado...⁵ De pecado, por cuanto no creen en mí. En otras palabras, no está hablando de pecados concretos que los verdaderos creyentes cometen de vez en cuando (y para los cuales hay perdón cuando el creyente confiesa su pecado), sino del pecado básico y fundamental de no creer en el Salvador.

Y este pecado es muy engañoso y, por tanto, puede endurecer fácilmente el corazón de la persona. A menudo ocurre que las personas entran a formar parte de la membresía de la iglesia sin haber experimentado de forma personal al Salvador, o que son arrastradas a la profesión de fe por una ola de cierta experiencia emocional o de éxtasis sin haber nacido de nuevo de verdad. Con el paso del tiempo, cuando el fervor desaparece, se dan cuenta de que Cristo, su Palabra y su obra significan poco o nada para ellos, porque de hecho nunca han llegado a tener una experiencia personal de regeneración y no son creyentes. Pero, en vez de alarmarse, reconocerlo, buscar al Salvador y recibirle de forma personal, permiten que este pecado de incredulidad les engañe llevándoles a pensar que, con tal que mantengan las apariencias externas de ser decentes y religiosos, su falta de experiencia personal de Cristo y de la salvación no importa. Finalmente su incredulidad endurece sus corazones de tal manera que no hay predicación del evangelio que pueda despertarlos al peligro o conducirles al arrepentimiento y a la fe en el Salvador. ¡Qué tragedia!

Entrando en el reposo de Dios

¿Cuál es entonces ese reposo al que se dice que entraremos todos los que hemos creído? ¿Es algo presente o futuro?

5. Eso dice en griego: La NIV es una paráfrasis.

Para los antiguos hebreos, entrar en su reposo significaba entrar en Canaán bajo el liderazgo de Josué, destruyendo a todos sus enemigos y estableciéndose en paz en la heredad otorgada por su Dios, en una tierra que fluía leche y miel.

La herencia del cristiano, que según Pedro es *incorruptible, incontaminada e inmarcesible*, está reservada en el cielo para nosotros, que somos guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:4, 5). En ese sentido, entrar en nuestro reposo es algo futuro. Y aquí lo maravilloso es que la afirmación de Dios en 4:3 asegura a todos los que han creído genuinamente que no sólo disfrutaban ya del perdón y de la aceptación de Dios, sino que también entrarán seguro un día en aquel gran reposo celestial.

Eso no significa, sin embargo, que tengamos que esperar hasta la muerte o hasta que el Señor venga antes de poder comenzar a disfrutar de nuestra herencia celestial. Podemos aquí y ahora, por fe, entrar en alguna de sus bendiciones. La entrada de los antiguos israelitas en Canaán tuvo lugar en dos fases. Desde el mismo momento en que entraron bajo el liderazgo de Josué comenzaron a disfrutar del fruto y el maíz de la tierra; pero la posesión y disfrute de su herencia fueron restringidos por el hecho de que tenían que luchar contra sus muchos enemigos que residían en la tierra. Mas por fin llegó el momento en que todos sus enemigos fueron destruidos y el Señor les dio descanso por todas partes; entonces pudieron tomar posesión completa de su herencia y disfrutarla plenamente (Jo. 21:43-45).

Igualmente, cuando el Señor venga entraremos plenamente en la posesión y disfrute de nuestra herencia; pero ya ahora, como explica el apóstol Pablo, Dios *juntamente con él* [con Cristo] *nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús* (Ef. 2:6), aunque en el presente tene-

Según Hebreos. Un reino incommovible

mos *lucha contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes* (Ef. 6:12).

Podemos recordar que los antiguos israelitas tuvieron necesidad de enfrentarse a los enemigos y luchar contra ellos hasta llegar al límite: ante esta perspectiva, sus incrédulos corazones no regenerados cayeron en una abierta rebelión contra Dios y rehusaron entrar en la primera fase de la conquista. En vano Moisés, Josué y Caleb les indicaron que no tendrían que luchar con sus propias fuerzas. Dios era fiel; Él les daría la victoria, les entregaría la tierra. Pero no estaban dispuestos a enfrentarse al enemigo y se negaron rotundamente a entrar. Y, claro está, al rehusar tomar parte en la primera fase de la conquista, nunca pudieron participar en la segunda, nunca entraron en el reposo final que Dios proporcionó finalmente a su pueblo.

Y ahora recordemos a los hebreos a quienes nuestro autor estaba escribiendo. A causa de su profesión de fe en Jesús como Mesías, habían sido llamados a sostener gran combate de padecimientos (10:32). Si hubieran podido ir al cielo en seguida, como el ladrón que murió junto a Jesús, y entrar en el reposo final sin tener que enfrentarse a conflictos y sufrimientos, se habrían contentado con eso. Pero al enfrentarse al desafío de tener que sufrir y luchar en las batallas del Señor, algunos de ellos se estaban tambaleando. Esperemos que pronto retomaran su valor y continuaran la lucha.

Entonces ¿qué pasa con nosotros? El cielo será glorioso; y entrar en aquel gran descanso y herencia eterna es algo que se ofrece a todos los creyentes como un regalo completa y genuinamente gratis. Se trata del reposo de Dios –dice el autor (4:3-5), citando la expresión de Dios, *mi reposo*, en el salmo–. Así como Dios hizo todo el trabajo de la creación y después descansó, así la obra sobre la cual se edifica el reposo eterno es

obra de Dios. Se nos invita a aceptarla por fe y a compartir el reposo de Dios. Pero hasta que finalmente entremos, debemos enfrentarnos al enemigo y luchar. Ese es el sello de los verdaderos creyentes: que, por la gracia de Dios, fortalecidos por su Espíritu, bajo la capitanía del Señor Jesús, están dispuestos a hacerlo así.

Por supuesto, tiene que haber habido momentos en que, bajo la presión del conflicto y la persecución, los primeros cristianos se sentirían enormemente tentados a abandonar la lucha y a intentar disfrutar de otra clase de reposo por medio de la vuelta al judaísmo. Después de todo, Dios finalmente había proporcionado reposo a sus antepasados bajo Josué en la tierra literal de Canaán. ¿No era eso suficiente? ¿No era aquella una herencia suficientemente grande? ¿Por qué tenían que preocuparse por esta herencia y descanso eternos en el cielo sobre los que predicaban los apóstoles cristianos? ¿Por qué no contentarse con su herencia en este mundo y dejar de preocuparse por el próximo?

Pero resulta –dice el autor–, que el descanso y la herencia que Dios le proporcionó a Israel bajo Josué no era el descanso y la herencia definitivos que Dios tenía en mente para su pueblo. Si lo hubiera sido, Dios no habría hablado siglos después (en Sal. 95) acerca del otro descanso concedido por Dios al que su pueblo, aunque ya estaba en Canaán, era invitado a entrar.

El descanso que Josué les proporcionó, por tanto, fue en el mejor de los casos sólo un humilde prototipo del gran reposo eterno. ¡Gracias a Dios por ello! Cuando Dios habló de «su reposo», posibilidad abierta para su pueblo, su promesa no se agotó con el don de la pequeña tierra de Palestina en Oriente Medio. Incluía mucho más. Su promesa no será cumplida plenamente hasta que cada creyente haya entrado en el propio descanso de Dios en la eternidad (4:6-10).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Si somos creyentes, resistiremos la tentación de abandonar la lucha, de establecernos en este mundo como si el éxito y los logros en él lo fueran todo. La esperanza atesorada para nosotros en el cielo, la esperanza de que un día seamos plenamente como Cristo, el pensamiento de nuestra herencia celestial, nos mantendrá avanzando en el camino como peregrinos, firmes en la lucha como guerreros y purificándonos como santos, así como Él es puro (1 Jn. 3:2, 3).

Frente al escrutinio de Dios

Con eso llegamos a la pregunta más importante: ¿Hemos creído personalmente el evangelio? ¿Somos creyentes?

Tenemos que responder a esa cuestión ahora, pero ante aquel ante cuyos ojos están las más profundas intenciones de nuestra alma. Ante Él tenemos que dar cuentas (4:12, 13). Nuestro comportamiento le dirá, tanto si se lo dice a alguien más como si no, si en lo más profundo de nuestro corazón hemos creído. Todo está desnudo ante su vista; Él ve en nuestro espíritu y nuestra alma, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Él nos ve ahora, en este mismo momento, al examinar nuestros propios corazones. ¿Somos creyentes de verdad? ¿O sólo somos viajeros temporales en medio del pueblo genuino de Dios?

Nuestro recurso en Cristo

¿Ha traído todo esto dudas y temor a tu mente? No hay por qué temer, porque tenemos un sumo sacerdote que ahora está en los cielos pero que una vez vivió en nuestro mundo. Fue tentado en todo como lo somos nosotros, conoce las debilida-

des de su pueblo y nos llama a ir a Él. ¿Nos sentimos inseguros o desconcertados? Entonces acerquémonos confiadamente.

Quizás digas: Pero hoy he pecado; veo mis debilidades y mis buenas intenciones quebrantadas; quiero ser cristiano, pero soy un miserable fracasado. ¿Cómo voy a atreverme a ir a Él?

Ve confiadamente a pesar de todo. No tienes que ir temblando. Ve y preséntate ante su trono de gracia. Él lo sabe y lo ve todo; pero ten confianza y encontrarás misericordia para cada fallo. Merecemos de sobra su juicio, pero ve confiadamente ante Él y hallarás su misericordia para todos los errores pasados, y su gracia para llevarte a través de todas las dificultades e introducirte seguro en tu herencia eterna. Sólo debes mantenerte cerca de Él, y nadie que lo haga perecerá; cree en Él y descansa en Él, aprendiendo a no confiar nunca en tus propias fuerzas, y encontrarás descanso para tu corazón ahora, y entrarás en aquel gran reposo más adelante.

Preguntas

1. ¿En qué sentido es Jesús tanto apóstol como sumo sacerdote?
2. En tu opinión, ¿por qué está el gran aviso de 3:7-4:13 entre los dos pasajes que nos hablan del Señor Jesús como nuestro sumo sacerdote?
3. ¿Qué es lo importante de la comparación entre Cristo y Moisés en 3:2-6?
4. ¿Cuál fue en tu opinión la historia espiritual de los antiguos israelitas que rehusaron entrar en Canaán? ¿Eran (a) originalmente verdaderos creyentes que se desanimaron y cayeron en la tentación, o (b) personas que no llegaron a creer nunca verdaderamente el evangelio?

Según Hebreos. Un reino incommovible

5. Vuelve a leer 4:2, 6. Después responde: (a) ¿Cuál fue el evangelio que Moisés predicó a los israelitas, y (b) ¿cuál es el evangelio hoy día?
6. Vuelve a leer 4:3-9. ¿Cómo demuestra el autor a los lectores judíos que incluso después de que Dios le proporcionara a Israel descanso en Canaán, todavía les quedaba por disfrutar un gran reposo?
7. Hebreos 3:7-4:11 es en realidad un sermón en el que el autor primero cita su texto (3:7-11) y después lo expone. ¿Cuántos puntos importantes establece basándose en la actual redacción del texto? ¿Serían sabios los predicadores modernos si imitaran este ejemplo de predicación expositiva?
8. ¿Has creído el evangelio?
9. ¿Estás seguro de que tú entrarás en el descanso eterno de Dios?
10. ¿En qué sentido los creyentes tienen que luchar en esta vida presente para disfrutar de su herencia?

NUESTRO SUMO SACERDOTE Y EL PRECIO DE LA OBEDIENCIA

Hebreos 5:1–6:3

Vamos a orientarnos. Hemos avanzado a través de Hebreos 3 y 4 encontrando que contienen un aviso muy solemne. Cuando finalmente lleguemos al capítulo 6, descubriremos que contiene otro aviso. No será tan largo como el de los capítulos 3 y 4, pero se trata del más famoso –y quizás del más temido– de todos los avisos que aparecen en la epístola. Habla de personas que han pecado de tal manera que es imposible que puedan volver atrás y arrepentirse.

Ahora, muchos creyentes genuinos con conciencias sensibles leen este aviso y, sin comprender exactamente lo que quiere decir y teniendo poco en cuenta el contexto en el que se encuentra, llegan a la conclusión de que han, o podrían haber, cometido este pecado imperdonable e irreversible. En vez, por consiguiente, de ser animados y alentados con el pensamiento de su sumo sacerdote y su ministerio de gracia hacia ellos – que, según el autor (véase 8:1), es el punto principal de estos capítulos del núcleo de Hebreos–, son atenazados por el temor y la ansiedad. Su celo y efectividad para el Señor han disminuido y, en algunos casos, su salud física y psicológica se ha resentido.

El cerrar los ojos de las personas no soluciona este tipo de preocupación al aviso del capítulo 6 o pretender que en realidad lo que dice carece de importancia. Cuando lleguemos a él, entraremos de lleno en este tema y lo trataremos con tanta

Según Hebreos. Un reino incommovible

honestidad como nos sea posible. Pero, si respetamos un poco la Palabra de Dios y la inspiración del Espíritu Santo, observaremos detenidamente la proporción que Él mismo otorga a estos aspectos de su mensaje en estos capítulos centrales de Hebreos. Si comenzamos en 5:1 y continuamos nuestro camino hasta 8:1 captando lo que el Espíritu Santo pretendía decirnos, el principal pensamiento que absorberá nuestra atención es: Tengo un sumo sacerdote; gracias, Señor; ¡y menudo sumo sacerdote! (7:26; 8:1).

Muchos de nosotros tenemos una idea demasiado pequeña de la importancia del sacerdocio de nuestro Señor. Nos expresamos como si esta función suya sólo fuese una prebenda, como si nos salváramos de igual forma aunque Él no ministrara como sumo sacerdote. Pero eso no es cierto. Todos estaríamos perdidos si no tuviéramos un sumo sacerdote que constante e incesantemente intercediera a favor nuestro. Comenzamos nuestro camino espiritual cuando fuimos conscientes de que su sacrificio quitó toda nuestra culpa del pecado. Recordamos aquel momento con gozo. Pero su ministerio salvador incluye otras cosas. Como nos han recordado los capítulos 3 y 4, no basta con comenzar el camino de peregrinaje espiritual. Sería en vano comenzar si no continuamos hasta el final en nuestro viaje espiritual y acabamos entrando en nuestra herencia celestial al final. Entonces, ¿cómo continuaremos? ¿Cómo podemos estar seguros de entrar al final?

La respuesta es: ¡tenemos un sumo sacerdote! A pesar de nuestros fracasos en el pasado, a través de Él hay misericordia para nosotros ante el trono de Dios; no podemos abandonar nuestra confesión de fe. A pesar de las tentaciones que tenemos por delante, Él comprende lo que significa la tentación, y a través de Él tendremos la gracia de poder recibir su ayuda en nuestros momentos de necesidad. Él es poderoso para salvarnos completamente (7:25).

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

Más aún, nuestro sumo sacerdote traspasó los cielos, según 4:14. Se sentó *a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*, dice en 8:1. Es decir, ya ha entrado y llegado al cielo hacia el que nos encaminamos. Ha ido antes que nosotros (dice la NIV), pero no simplemente porque salió antes y por tanto ha llegado antes. Ha entrado en el cielo en nuestro nombre, como nuestro precursor oficial, anunciando a todos los que venimos detrás y, por medio de su ministerio como nuestro sumo sacerdote, garantizando nuestra llegada segura (6:20).

Si éste, por tanto, es el énfasis de estos capítulos centrales, nuestra tarea principal será asegurarnos de que lo comprendemos y de que entendemos todas sus implicaciones de largo alcance. Para ayudarnos a hacerlo, el autor señalará ahora los requisitos de los sumos sacerdotes de antaño en Israel para que pudieran ministrar de forma efectiva al pueblo: y después nos mostrará cómo Cristo cumple, de sobra, esos requisitos.

La labor y las características de cualquier sumo sacerdote

En primer lugar consideremos su labor. Cualquier sumo sacerdote humano ordinario, sea quien fuere, *es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados* (5:1).

Si su tarea a favor de aquellos a los que representa es presentar ofrendas y sacrificios por los pecados, es obvio que las personas a las que representa son pecadoras e ignorantes, y están extraviadas (5:2). Su ignorancia puede llegar a ser muy molesta y sus pecados detestables. Pero su representante ante Dios tiene que ser capaz de tratar con ellos con paciencia. La palabra que se traduce como «paciencia» significa «controlar y moderar los sentimientos de unos hacia otros». Nunca debe

perder los estribos con ellos (como hizo Moisés una vez con Israel, por lo que se hizo acreedor del severo castigo de Dios, Nm. 20:7-12). Por un lado no debe ser indulgente, pero tampoco cruelmente severo. Por mucho que ellos puedan poner a prueba su paciencia, debe tratarlos siempre con la mayor consideración, recordando con misericordia su debilidad. Y para ello, por supuesto, puede ser de gran ayuda simplemente recordar su propia debilidad. Las personas no son las únicas que pecan. Él también peca, y tiene que presentar ofrendas para cubrir sus propios pecados, así como por los de ellos.

En segundo lugar consideremos su nombramiento. Aunque cumpla todos los requisitos, eso no le confiere de forma automática el derecho a reclamar para sí el oficio de sumo sacerdote. Ni se puede nombrar a sí mismo. Para llegar a ser sumo sacerdote tiene que ser nombrado por Dios a ejercer ese oficio. Hasta Aarón tuvo que esperar ese nombramiento.

Derecho de Cristo al sacerdocio

¿Qué derecho tenía Jesús entonces a reclamar el oficio de sumo sacerdote? Cualquier cristiano de trasfondo hebreo bien podría plantearse esa cuestión, y sus amigos judíos no convertidos ciertamente lo harían. En Israel no era suficiente con que un hombre estuviera capacitado física, mental, moral y espiritualmente para ser sumo sacerdote. Según la ley del Antiguo Testamento en cuanto al sacerdocio –y tanto los judíos no cristianos como los cristianos aceptaban que la ley había venido de Dios–, el sumo sacerdocio era como una monarquía hereditaria.¹ Para ser sumo sacerdote, primero tenías que per-

1. Tras la caída de la monarquía, el sumo sacerdocio se convirtió de hecho en un cargo cada vez más político además de ser un oficio religioso.

tenecer a la tribu correcta, la de Leví; y después, además, tenías que ser miembro de la familia correcta dentro de esa tribu y descender físicamente por línea directa del sumo sacerdote original, Aarón. Eso es lo que significaba ser sumo sacerdote «según el orden» o «de la línea» de Aarón. Cualquier intento por parte de alguien de otra tribu o familia de convertirse en sumo sacerdote merecía la pena de muerte (Nm. 18:7). Así, cuando en cierta ocasión Coré, Datán y Abiram (los dos últimos ni siquiera eran de la tribu de Leví) se rebelaron contra el orden establecido e intentaron arrogarse el sacerdocio, Dios hizo algo sin precedentes para mostrar su enojo: la tierra se abrió y se los tragó (Nm. 16:20-35). ¿Cómo entonces podía Jesús, de la tribu de Judá, pretender ser sumo sacerdote?

El nombramiento divino de Cristo

La respuesta es, por supuesto, que Jesús no se arrogó este oficio para sí mismo (5:5). Como Mesías, el Hijo de Dios ha sido constituido sumo sacerdote por Dios. Tampoco es que sus seguidores, debido a un exceso de devoción, se hayan inventado la idea de que Dios le ha nombrado sumo sacerdote. El mismo Antiguo Testamento anunció que el Mesías sería nombrado para ese oficio. Por supuesto, el mismo que le dijo *Mi Hijo eres tú, yo te engendré hoy*, en el Salmo 2, dijo en otro salmo, en el 110:4: *Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.*²

Este anuncio de que el Mesías sería sumo sacerdote según el orden no de Aarón, sino de Melquisedec mostraba que el Mesías no pasaría por alto la ley del Antiguo Testamento intentando colocarse de forma ilegal como sumo sacerdote de la

2. Para un mayor comentario sobre Melquisedec, véase el capítulo 8.

línea de Aarón. Este era un punto de gran importancia práctica para los primeros cristianos. En el transcurso de la historia relativamente reciente (post-macabea), la nación se había dividido amargamente cuando, por razones políticas, los hombres que no pertenecían a la línea correcta según la ley habían, no obstante, asumido el oficio de sumo sacerdote. Jesús, en cambio, nunca intentó ministrar como un sacerdote normal, no digamos como sumo sacerdote, en el templo de Jerusalén. Cuando se convirtiera en sumo sacerdote, no sería en relación al templo de Jerusalén y a su orden sacerdotal aarónico, en absoluto.

Al mismo tiempo, el anuncio conllevaba otra implicación de mayor alcance. El sumo sacerdocio aarónico era como una monarquía hereditaria en otro aspecto. Igual que por definición no puede haber dos monarcas al mismo tiempo gobernando a las mismas personas, así, según el Antiguo Testamento, no podía haber dos sumos sacerdotes presidiendo a la nación, uno de la línea de Aarón y otro que perteneciera a otro orden. El anuncio que aparece en los Salmos de que el Mesías sería un día nombrado sumo sacerdote de un orden diferente, como el de Melquisedec, conllevaba implicaciones sorprendentes: cuando eso sucediera, la ley anterior en relación al sumo sacerdocio aarónico quedaría obsoleta. Pero este es un tema que el autor tratará con mayor detalle más adelante (véase el capítulo 8). Por el momento consideremos otra implicación de asombrosa importancia.

Solamente hay que recordar de qué estamos hablando. Estamos discutiendo sobre un oficio diseñado con el propósito de cuidar de la gente ignorante y extraviada (por supuesto, no personas desobedientes en el sentido al que hacíamos referencia en el capítulo anterior) y de llevarles, a pesar de su debilidad y sus andanzas, seguros a casa a través de su peregrinaje espiritual hacia el cielo de Dios.

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

¿Hasta qué punto es importante este oficio de cuidar de estas personas débiles, ignorantes y rebeldes? Para nuestro asombro descubrimos que se trata de un oficio de inconmensurable majestad. Lo es doblemente. En primer lugar, por la trascendente gloria de aquel que confiere el oficio: se trata del Dios Todopoderoso. Y, en segundo lugar, por la relación única con Dios de aquel a quien se otorga el oficio. Lo que se afirma en el nombramiento reúne ambas cosas. Nuestro autor observa que es el mismo que le dijo al Mesías: *Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy*, quien también dice en otro lugar: *Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*.

Contemplemos también la indescriptible majestad de la ceremonia del nombramiento. En nuestro tercer capítulo examinábamos la representación tan gráfica que el Salmo 2 hace del triunfo de la resurrección y ascensión de nuestro Señor: Jesús, como el Rey de Dios instalado por Dios en el monte santo de Dios en Sion, declara ante todo el universo el decreto divino: *Yahvéh me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy*. Ahora escuchamos cómo el compositor del Salmo 110 ejerce de comentarista de aquel mismo instante grandioso. Escuchamos primero al Señor Dios Todopoderoso dirigir las palabras de la invitación al Señor ascendido y Mesías: *Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies* (Sal. 110:1). Y después, cuando sigue la ceremonia, escuchamos al Todopoderoso proferir el gran juramento de nombramiento: *Juró Yahvéh, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec* (Sal. 4).

¿Sacerdote de quién? –nos preguntamos: porque el instinto nos dice que, si la llamada a este oficio se realiza con semejante ceremonia de exaltación, el oficio mismo tiene que tener un significado cósmico, sus objetivos deben de ser de importancia infinita, y sus beneficiarios bendecidos más allá de cualquier cálculo. ¿De quién es sacerdote? –insistimos.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Y nos llega la respuesta: de aquellos que han confiado en el Salvador.

¿Para qué? –nos preguntamos.

Para salvarlos de su ignorancia y extravío, para salvarlos por completo, y presentarlos sin mancha al fin delante de la presencia de su gloria con gran alegría (cf. Judas 24, AV/KJV).

Dios certifica que Cristo cumple los requisitos

Pero no basta con que un sumo sacerdote sea nombrado por Dios; tiene que cumplir los requisitos necesarios. Y el principal de ellos es tener la experiencia y la habilidad que se requieren para tratar con paciencia a los ignorantes y extraviados porque comprende su debilidad. ¿De qué sirve un sumo sacerdote, incluso aunque haya sido señalado por Dios, si no nos comprende lo suficientemente bien como para entender por qué necesitamos su ministerio?

Y aquí podríamos pensar que la filiación divina de nuestro Señor y su carácter sin pecado más bien no encaja con que pueda ser nuestro sumo sacerdote. Un sumo sacerdote ordinario meramente humano, como ya hemos señalado anteriormente, no debía encontrar demasiado difícil tener paciencia con los ignorantes y extraviados. Siendo él mismo pecador, se veía constantemente obligado a ofrecer ofrendas por su propio pecado. Difícilmente podía no ser capaz de comprender la debilidad de las personas pecadoras que le obligaban a hacer tantos sacrificios. Pero nuestro Señor no tenía pecado. Nunca tuvo que ofrecer una ofrenda por su propio pecado. ¿Cómo, entonces, y en qué sentido puede comprender nuestra debilidad? La respuesta hay que encontrarla en su encarnación.

En primer lugar comprende por experiencia personal la debilidad inherente al ser humano, no por ser un hombre

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

pecador, sino por ser hombre, incluso el mejor de ellos. Tuvo hambre y sed; estuvo cansado y tuvo sueño. Sintió la necesidad de compañía y la angustia de la soledad y del rechazo. Sintió dolor y pesar. Estas cosas no eran pecado, sino parte esencial de lo que significa ser humano. Aunque era Hijo de Dios, y continuó siéndolo, se convirtió verdaderamente en un ser humano genuino.

Y en segundo lugar, aunque era Hijo de Dios, aprendió por experiencia el precio de obedecer a Dios en un mundo caído y pecador como el nuestro.

Debemos tener cuidado con la traducción de 5:8 –*Y aunque era Hijo...*– (o algo parecido), que en muchas versiones reza «aunque era un hijo». Pero el versículo no implica que era uno entre muchos, ni que era un hijo de Dios en el sentido en el que un creyente es hijo de Dios, y que a pesar de eso aprendió obediencia. No tendría sentido decir de nosotros que *aunque* somos hijos, tenemos que aprender obediencia. Es precisamente *porque* somos hijos, y no ilegítimos, por lo que somos disciplinados por el Padre (12:7-10). Y si el versículo estuviera diciendo que Cristo es un hijo como nosotros, no habría nada destacable en que aprendiera obediencia a través del sufrimiento. Lo sorprendente es que, siendo el único Hijo de Dios con el derecho de mandar sobre todo ser creado y toda fuerza creada en todo el universo, no obstante, aunque era Hijo, aprendió obediencia, y la aprendió a través del sufrimiento.³

Más aún, como el Hijo eterno del Padre, no hubo que enseñarle a hacer la voluntad del Padre. No tuvo que aprender a *obedecer*. Siempre había obedecido a la perfección. Pero

3. Para un comentario de gran ayuda sobre la traducción de este versículo, véase F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews* (Marshall, Morgan and Scott, 1965), pp. 102, 103.

Según Hebreos. Un reino incommovible

hacer la voluntad de Dios en el cielo sólo conlleva gozo y felicidad; y si como Hijo preencarnado se hubiera confinado al cielo y no hubiera visitado nuestro mundo, no tendría que haber aprendido nunca a, o pagado el precio de, obedecer a Dios en este mundo impío. ¿Y quién podría haberse sorprendido si lo hubiera hecho? ¿Quién podría haberse quejado?

Pero entonces, ¿cómo podría haber aprendido lo que cuesta obedecer? Y si no lo hubiera aprendido por experiencia, ¿cómo podría saber lo que cuesta obedecerle?

Así que vino y vivió en nuestro mundo y aprendió. Fuerte y sin pecado como era, con valor para enfrentarse a la más amarga oposición y al mayor dolor físico y sufrimiento mental, no obstante, la experiencia le condujo al clamor y a las lágrimas. Recordemos Getsemaní. Sé que cuando nos paramos en sus oscuras sombras, estamos en un lugar misterioso, el punto de encuentro entre lo humano y lo divino. Debemos quitarnos las sandalias de nuestros pies. El suelo es santo. Nos lleva más a la adoración que al análisis. Pero cuando nuestro Señor oró: *Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú* (Mr. 14:36), dijo lo que quería decir y quería decir lo que dijo. No hubo falta de sinceridad. No hizo ver que no quería beber la copa cuando durante todo el tiempo sí que quiso. Y no se trató de una representación teatral ostentosa encaminada a causar un mayor efecto cuando posteriormente cediera y dijera: *que se haga tu voluntad*. Con tremenda sinceridad y angustia, con súplica y lágrimas amargas clamó a Dios para que le evitara tener que beber aquella copa.

Pero la voluntad del Padre era que la bebiera. Por tanto, su voluntad era la voluntad de Dios y bebió la copa, sin reservas, sin resentimiento, hasta la última gota; y descubrió por experiencia el precio de la obediencia. *Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia* –dice la Escritura.

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

La Escritura no se avergüenza de hacernos saber que, cuando se enfrentó al precio de la obediencia, sus oraciones fueron acompañadas de clamor y lágrimas. Sus lágrimas no fueron pecado como a veces lo son las nuestras (la expresión de frustración porque no se nos permite seguir nuestro propio camino). Su corazón era sumiso a Dios y sus oraciones fueron oídas y respondidas por su sumisión reverente a la voluntad de Dios. Pero, ¿cómo iba a aparentar gozarse del precio que costaba y del dolor que le causaba beber la copa, «hacerse pecado por nosotros»? ¿Podía disimular que no lo sentía? ¿Cómo no iba a llorar si iba a ser crucificado por la acusación falsa de ser un hereje o un blasfemo, y después iba a ser abandonado por Dios mismo (Mr. 14:33, 34; 15:34)?

Pero sus oraciones fueron respondidas. La noche de sufrimiento fue seguida de la mañana de resurrección y de la vindicación que Dios hizo de su fe. Cualificado ahora por su obediencia y sufrimiento, Cristo se ha convertido en fuente de salvación eterna para todos aquellos que le obedecen, y ha sido nombrado oficialmente por Dios para ser nuestro sumo sacerdote.

Su obediencia y la nuestra

Para todos los que le obedecen. Fijémonos en el término: no dice simplemente «para todos los que creen en Él», sino «para todos los que le obedecen». Debemos revisar nuestras ideas acerca del cristianismo. Desde el mismo principio somos llamados a rendir a Cristo la obediencia de la fe (Ro. 16:26). No es que tengamos que obedecer un código de leyes para ser salvos. No es que ganemos la salvación o acumulemos méritos para ella por medio de nuestra obediencia. Pero somos salvos con la condición de que le recibamos como Señor. Él es el autor

Según Hebreos. Un reino inconmovible

y fuente de eterna salvación. No caben ni la inseguridad ni la duda. La salvación no puede ser a medias: se trata de una salvación eterna. Pero Él demanda que todos los que deseen la salvación eterna se entreguen completamente y sin reservas a Él, sin cuestionarle, como su Señor y Salvador. Está dispuesto a aceptar su responsabilidad en la salvación eterna de todos los que así lo hagan. Él lo hará todo; los salvará para siempre. Pero tienen que estar dispuestos a entregarse totalmente a Él.

Algunos objetarán que estamos haciendo que las cosas sean muy difíciles, y poniendo en peligro la doctrina de la salvación por gracia. Insisten en que todo lo que tenemos que hacer para ser salvos es creer en Jesús como nuestro Salvador. Si hacemos eso, estaremos eternamente seguros. Entonces, después podemos decidir si deseamos seguir adelante y convertirnos en discípulos leales a Cristo recibéndole y obedeciéndole como Señor.

Eso no es cierto, como vimos en el capítulo anterior. El evangelio predicado a los antiguos israelitas en Egipto no era: «Todo lo que tenéis que hacer si queréis escapar de Egipto y entrar en la tierra prometida es cobijaros bajo la sangre del cordero pascual. Después de eso podéis decidir si queréis o no comprometeros completamente con Moisés como vuestro capitán y seguirle a él y a Dios a través del desierto». No se ofreció ninguna salvación a Israel que no requiriera que se sometieran de forma incondicional a la capitania de Moisés desde el mismo principio.

Y lo mismo ocurre con nosotros. Se nos pide desde el inicio que nos entreguemos plenamente al completo señorío de Cristo. Ciertamente todo es por gracia y a través de la fe en Cristo, que fue «levantado» en la cruz por nosotros, los que somos nacidos de nuevo. Pero no hemos nacido de nuevo al reino de Dios si pensamos que una vez que estamos dentro de él somos libres para decidir si vamos a obedecer al Rey o no.

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

Es cierto, por supuesto, que tras entregarnos plenamente al señorío de Cristo en el momento de nuestra salvación, a menudo titubeamos en nuestra obediencia práctica. Pero entonces el Espíritu Santo hará por nosotros lo que hizo por los primeros lectores de nuestra epístola. Nos hará volver a nuestra profesión de fe original, y si ésta fue genuina, nos arrepentiremos y buscaremos su gracia y fortaleza para que obre en nuestra práctica de la obediencia que profesamos originalmente.

No pasamos por alto que esa obediencia a veces puede ser dura. No deberíamos infravalorar la dificultad y el precio de la obediencia. Pero esa es la razón por la que tenemos un sumo sacerdote plenamente cualificado para ministrarnos, porque aprendió lo que implica la obediencia al sufrirla Él.

Una condición desafortunada

Pero ahora nosotros —o más bien el autor de la epístola— nos encontramos con una dificultad. Los lectores han estado profesando ser cristianos a lo largo de un tiempo considerable, de hecho tan largo que se podría haber esperado razonablemente que para entonces fueran capaces de enseñar a otros. Por desgracia, habían continuado siendo bebés espirituales. Lejos de poder enseñar a otros, necesitaban que alguien volviera a enseñarles las verdades fundamentales de la Palabra de Dios. Como los niños, necesitaban que se les alimentase con leche, y no con comida sólida. Y al ser niños, eran inexpertos en la Palabra de justicia y no tenían por el uso los sentidos ejercitados para diferenciar entre lo que era espiritualmente bueno y lo que era malo.

Ahora, no obstante, estaban en una situación crítica de prueba y amenaza, y necesitaban desesperadamente saber todo lo que pudieran acerca del sumo sacerdote según el orden

Según Hebreos. Un reino incommovible

de Melquisedec. Pero el autor teme que será demasiado para ellos. Si fuese así, sería tremendamente triste; porque estas eran las cosas verdaderamente importantes para llegar a superar su crisis.

Siempre es así. Si seguimos siendo niños y descuidamos nuestro crecimiento y educación espiritual, puede que todo vaya bien durante un tiempo; pero cuando se levante la tormenta y llegue la crisis, descubriremos que las cosas que verdaderamente necesitamos conocer y a las que debemos asirnos para que nos ayuden y nos lleven a través de la tormenta, las desconocemos, y por tanto no podremos asirnos a ellas. Aquellos hebreos estaban llegando al límite, su fe estaba siendo probada gravemente, esa fe fundamental sin la cual no habrían sido siquiera creyentes. ¡Si al menos hubieran sido capaces de comprender algo del ministerio de su sumo sacerdote!

Recordemos que Pedro se encontró en una situación similar. Cuánto debió alentar a su espíritu, incluso cuando salió y lloró amargamente por su triste fracaso, el recordar una y otra vez la promesa del Señor en su gracia: *Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte* (Lc. 22:32). Y Pedro se rehizo y volvió, con todo lo que eso significaba, a poder mirar cara a cara a sus compañeros discípulos, a enfrentarse al Señor y a la gente después de aquel fracaso. Pedro volvió, y esto se debió al hecho de que tenía un sumo sacerdote y él lo sabía. Asegurémonos, cuando el sol brilla, las cosas van bien y tenemos ganas de cantar todo el día, de almacenar en nuestras mentes y corazones los tesoros de la Palabra de Dios, para que podamos resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes.

Pero aquellos hebreos no sólo no sabían más bien nada de su sumo sacerdote y su ministerio; el autor teme que, incluso, cuando les hable de ello –como hará en los capítulos 7 y 8– encontrarán difícil aceptarlo. ¿Por qué? No tanto porque, como dice la NIV, fueran lentos en aprender. Muchos de nosotros,

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

incluso cuando intentamos hacer todo lo que podemos para mantener nuestros oídos abiertos y estemos deseosos de aprender, descubrimos que entender y captar las ideas es una tarea lenta, aunque al final lo consigamos. No, la razón por la que sería difícil para aquellas personas entender lo que se les decía de Jesús como el gran sumo sacerdote era que se habían hecho tardos para oír, es decir, no estaban dispuestos a oír lo que se les decía.

No siempre habían sido así; pero es a lo que habían llegado. Cuando escucharon por primera vez el evangelio y lo aceptaron, puede que no fueran conscientes de todas sus implicaciones: que acabaría con su judaísmo, con sus sumos sacerdotes terrenales o con su orden sacerdotal especial, sus repetidos sacrificios ofrecidos para asegurar el perdón, su incienso y sus vestimentas; que dejaría obsoletas todas estas cosas y con el tiempo se les exigiría abandonarlas. Y, por tanto, recibieron el evangelio con gozo. Pero ahora que comenzaban a ver sus implicaciones y se daban cuenta de que no podían tener tanto a Jesús como sumo sacerdote y cabeza de la iglesia como a Aarón o a cualquier otro hombre de la tierra como sumo sacerdote y cabeza de la iglesia, no deseaban oír demasiado de ello. Instintivamente temerían que, si aprendían demasiado de Jesús como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, eso les llevaría a tener que tomar decisiones que no querían tomar. Así que preferían considerar esta enseñanza acerca del sumo sacerdocio del Señor como «avanzada», demasiado complicada para personas normales como eran ellos, y quedarse cómodamente sentados tras la protección de la ignorancia.

El profesor F. F. Bruce describe bien esta situación: *Su pereza se demuestra en una disposición a quedarse bloqueados en el punto que han alcanzado, puesto que ir más allá habría significado con bastante seguridad una ruptura con los viejos vínculos. Para estas*

Según Hebreos. Un reino incommovible

personas, hablar del servicio de Cristo como sumo sacerdote, con el corolario de que el viejo orden sacerdotal y los sacrificios habían quedado abolidos para siempre, bien podría haber resultado inaceptable; el intelecto no está nada dispuesto a aceptar una idea que el corazón encuentra desagradable.⁴

Avanzando hacia la perfección

¿Qué podía hacer entonces el autor? ¿Se diría a sí mismo: «Claro, con su trasfondo a estas personas, comprensiblemente, no les gusta oír hablar del sumo sacerdocio del Señor; luego dejemos de lado este tema y concentrémonos en cosas sobre las que los judíos no cristianos y los que sí lo son pueden estar de acuerdo»? ¡Claro que no!

Hay cosas así, por supuesto, y el autor procede a enumerarlas (6:1-4). Las denomina «enseñanzas elementales acerca de Cristo» (NIV), o más literalmente, *los rudimentos de la doctrina de Cristo* (es decir, del Mesías). Miremos detenidamente los temas que aparecen en la lista: *arrepentimiento de obras muertas, fe en Dios, doctrina de bautismos* (notemos el plural: no está hablando del bautismo cristiano –sólo hay un bautismo cristiano– sino del significado de las abluciones judías), *imposición de manos, resurrección de los muertos, y juicio eterno*. No hay nada en esto que un antiguo judío (que no fuera saduceo) no pudiera aceptar. Y los judíos cristianos aceptaban también estas cosas. Ellos, así como los judíos no cristianos, llamaban a las personas a arrepentirse y a poner su fe en Dios. También predicaban la resurrección de los muertos y avisaban del juicio eterno. Estas cosas formaban parte de los fundamentos de su predicación evangelística.

4. *Op. cit.*, pp. 108, 109.

Nuestro sumo sacerdote y el precio de la obediencia

Pero advirtamos al mismo tiempo que no hay nada distintivamente cristiano entre los temas de esta lista. No hay mención de que Jesús sea el Cristo, ni mención de su deidad, del sacrificio expiatorio o de su sacerdocio, ni referencia a su resurrección personal o a su segunda venida. Ningún verdadero cristiano, por tanto, estaría o podría estar conforme con esa lista, tal como aparece, como descripción del camino de salvación. Los temas que se enumeran son el fundamento; pero el fundamento no tiene ninguna utilidad en absoluto si no se edifica encima. Para tener una casa, o lo que quieras edificar, no puedes quedarte en los fundamentos, ni tampoco abandonarlos, sino que has de edificar encima. Contentarse con los fundamentos, dedicarse a volver a colocarlos, pero rehusar continuar y edificar encima, sería una tontería.

El autor, por tanto, no puede permitir a sus lectores que se acomoden en estas cosas rudimentarias que son comunes al judaísmo y al cristianismo. Los fundamentos son buenos. Pero ahora que el Señor Jesús ha venido, no hay posibilidad de salvación sin, o aparte de, su deidad, su sacrificio, su resurrección y ascensión, su ministerio como sumo sacerdote, su segunda venida, su juicio final. Insistir en quedarse con los fundamentos y rehusar seguir adelante hacia una aceptación plena del Señor Jesús, de su sacrificio una vez para siempre y de su ministerio sacerdotal, sería un verdadero desastre. Tienen que seguir adelante; y, si son verdaderos creyentes, lo harán. Y, si nosotros somos verdaderos creyentes, lo haremos.

Preguntas

1. ¿Qué papel juega el ministerio de Cristo como sumo sacerdote en nuestra salvación? ¿Hasta qué punto esa parte es importante?

Según Hebreos. Un reino incommovible

2. ¿Cómo le demostrarías a un judío la validez del sacerdocio de Cristo? ¿A qué pasajes del Antiguo Testamento harías referencia?
3. ¿En qué sentido el Hijo de Dios *por lo que padeció aprendió la obediencia*? ¿Y por qué tenía que ser así?
4. Cuando se dice que Cristo se ha convertido en *autor de eterna salvación para todos los que le obedecen* (5:9), ¿contradice esto la doctrina de la salvación por gracia?
5. ¿Por qué es tan importante conseguir que los lectores de la epístola no se queden en las cosas en que coinciden el cristianismo y el judaísmo?

HACIA LA PERFECCIÓN

Hebreos 6:4-20

En el capítulo anterior veíamos la vital importancia que tenía el que los cristianos de trasfondo hebreo no se conformaran con aquellas cosas que son comunes al judaísmo y al cristianismo. No podían quedarse anclados en esas cuestiones elementales, debían seguir avanzando.

Pero ahora fijémonos en lo que significa avanzar. *Vamos adelante a la perfección* –dicen la RV/AV/KJV–. *Vamos adelante hacia la madurez* –dice la NIV–. Ambas traducciones pueden pretender ser correctas; pero la cuestión es: ¿Qué quiere decir el autor con el término «perfección» o «madurez»? ¿De qué clase de perfección o madurez habla?

¿Qué es «perfección»?

El contexto general nos lo dice. Las palabras «perfección» y «perfecto» (adjetivo y verbo) comienzan ahora a aparecer muy frecuentemente en el transcurso del argumento. Aquí tenemos algunas de estas apariciones.¹

Hebreos 7:11: *Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec,*

1. Una lista completa sería: sustantivo, *teleiósís*, en 7:11; adjetivo, *teleios*, en 5:14; 9:11; verbo, *teleioó*, en 2:10; 5:9, 28; 9:9; 10:1, 14; 11:40; 12:23. Estas palabras, por supuesto, no siempre tienen exactamente la misma connotación en cada caso.

Según Hebreos. Un reino incommovible

y que no fuese llamado según el orden de Aarón? O, como dice más adelante, en Hebreos 7:18, 19: Queda, pues, abrogado, el mandamiento anterior [es decir, acerca de la dinastía sacerdotal de Aarón] a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.

La cuestión que trata es bastante clara: se refiere al sacerdocio. Y el contraste también es bastante evidente. El autor no está contrastando dos sacerdocios diferentes dentro del cristianismo, uno menos maduro que el otro. Está contrastando el sacerdocio de Cristo con el de Aarón. El sacerdocio de Aarón no era malo, pero sí débil e inútil en el sentido de que no podía perfeccionar nada. Pero el sacerdocio de Cristo sí puede. Los lectores, por tanto, debían dejarlo detrás y abrazar el de Cristo.

Miremos Hebreos 8:2. Aquí se nos dice que nuestro Señor, ahora ascendido, es *ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre*. Y en 9:11 añade que fue *por el más amplio y más perfecto tabernáculo*.

De nuevo el tema es bastante claro. No es que existan dos tabernáculos cristianos, uno más maduro y perfecto que el otro. Lo que se contrasta es el santuario del judaísmo en la tierra y el santuario celestial en el que nuestro Señor ahora ministra. Al llamar esta epístola «el *verdadero* tabernáculo», el autor no está queriendo decir que el santuario terrenal del judaísmo fuera falso. Pero sólo era una figura y sombra de las *cosas celestiales* (8:5). El santuario celestial en el que Cristo ahora admite a su pueblo (véase 10:19-22) es *más perfecto* porque es el de verdad. Así, cuando anima a sus lectores a ir hacia la perfección, los está animando a dejar atrás, en su adoración a Dios, el santuario terrenal del judaísmo con sus luces, incienso, vestimentas, altares y lavatorios con agua santa, para acercarse en espíritu a este santuario celestial más perfecto y espiritual para el que Cristo ha obtenido nuestra admisión.

Tomemos otro ejemplo.

En 10:1, nuestro autor señala que los sacrificios del judaísmo, aunque repetidos interminablemente cada año, no podían perfeccionar a aquellos que se acercaban a adorar. Pero, lo que ellos no podían hacer, lo ha hecho el sacrificio de Cristo. Dice 10:14 que *con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*.

Una vez más no es que haya dos etapas dentro de la experiencia cristiana, una de mayor madurez que la otra. Se trata de una comparación de los muchos sacrificios del judaísmo con el sacrificio único de Cristo. Los sacrificios del judaísmo tenían que ser ofrecidos constantemente una y otra vez, porque no pueden hacer *perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto* (9:9). El sacrificio de Cristo no requiere ser repetido, porque puede hacer y hace perfectos –y, de hecho, hizo perfectos– a todos los que confían en él.

¿Avanzar hacia la perfección? ¡Claro que sí! ¿Quién no querría? ¿Quién preferiría quedarse con el sacerdocio imperfecto y los sacrificios inadecuados que nunca pueden proporcionar una conciencia permanente de paz con Dios, cuando puedes disfrutar de los beneficios del sacrificio y sacerdocio perfectos de Cristo?

No obstante, los lectores de la epístola vacilaban. Habían profesado originalmente creer que Jesús era el Mesías, resucitado y ascendido al cielo. Pero ahora, después de algún tiempo, estaban comenzando obviamente a experimentar los efectos de creer verdaderamente que Jesús era el Mesías. Jesús también era sumo sacerdote. No se podía tener dos sumos sacerdotes. Si aceptaban a Jesús como sumo sacerdote, tenían que abandonar al sumo sacerdote del judaísmo (y todo el resto de cosas referentes a su sacerdocio). La muerte de Jesús era el sacrificio perfecto por el pecado. No podían ser aceptados por Dios a la vez sobre la base de su sacrificio perfecto y la de los sacrificios

inadecuados del judaísmo. Si aceptaban el sacrificio de Cristo, no necesitaban otro; y ofrecer posteriores sacrificios sería un insulto tanto para Él como para Dios.

Las alternativas

Tenían que escoger, por lo tanto, entre permanecer en el judaísmo o avanzar hacia la perfección del sacrificio y de la salvación de Cristo.

¿Qué harían? ¿Qué significaba vacilar?

Se trataba de una cuestión trascendental. Darse cuenta de que uno es pecador, arrepentirse, creer que Jesús es el Mesías de Dios, y después, a pesar de algunas dudas, avanzar a partir de ahí para descubrir con cada vez mayor comprensión y creciente deleite, que Jesús es el verdadero sumo sacerdote que supera a todos los demás, que su sacrificio perfecciona la conciencia y deja obsoletos todos los demás sacrificios, es algo verdaderamente maravilloso. Eso *es* salvación.

Por otro lado, ser consciente de que uno es pecador, arrepentirse, profesar creer que Jesús es el Mesías de Dios, y después rechazar su sacerdocio y su sacrificio para volver a inclinarse al sacerdocio y a los sacrificios del judaísmo, sería darle la espalda a todo el camino de salvación. Sería peor, infinitamente peor, que lo que hicieron los antiguos israelitas que salieron de Egipto y después rehusaron entrar en la tierra prometida.

¿Cuál de estas dos alternativas describiría correctamente a los lectores de nuestra epístola?

El autor afirma finalmente (6:9) que, en el fondo de su corazón, verdaderamente piensa que pertenecen a la primera alternativa; cree que hay evidencia en sus vidas pasadas de que son genuinamente salvos. Por tanto, finalmente responderán

a su exhortación. Superarán su vacilación. Avanzarán hacia la perfección. De ahí su táctica. A pesar de que aparentemente son reacios a escuchar acerca del sumo sacerdocio de nuestro Señor y de sus implicaciones, está decidido a insistir y a hablarles de ello.

Supongamos que, después de todo, pertenecieran a la segunda alternativa –y él admite en 6:9 que ha hablado como si así fuera, incluso aunque en su corazón piense otra cosa– ¿entonces qué? ¿Se conformaría con, en vez de ofenderles, proporcionarles verdades generales morales y espirituales que tanto los cristianos como los judíos pueden aceptar? ¡No! ¡Claro que no! A él le preocupaba la salvación de la gente; y si rechazaban el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, no habría salvación para ellos. No podía rebajar, y no lo hizo, el evangelio y concentrarse sencillamente en verdades generales morales y espirituales que todo el mundo, cristianos y no cristianos, pudiera aceptar.

Entonces, ¿intentaría llevarlos de vuelta al arrepentimiento? Verdaderamente parecían necesitarlo. Profesar creer que Jesús es el Mesías, profesar arrepentirse de su ejecución por parte de la nación y después rechazar, sin embargo, su deidad, su sacrificio de una vez para siempre y su ministerio de sumo sacerdote, sería una contradicción. Mostraría que fuera lo que fuese que hubieran profesado en el pasado, ahora no creían que Jesús era el Mesías. Habrían retrocedido en su profesión de arrepentimiento y fe.

Así que, ¿intentar traerlos de nuevo al arrepentimiento? No –dice el autor–, no se puede intentar lo imposible. Para las personas que son de esta manera es imposible la renovación hacia el arrepentimiento.

La imposibilidad de renovación para arrepentimiento

Estas son unas palabras extremadamente solemnes; pero en ningún caso debemos reducir o minimizar su significado. Cuando el autor dice que a algunas personas es imposible llevarlas de nuevo al arrepentimiento, quiere decir «imposible», ni más ni menos. ¿De qué clase de personas se trata entonces? ¿Y qué es exactamente lo que han hecho?

A menudo se dice que son verdaderos creyentes cuyo corazón se ha enfriado, que han perdido su primer amor (Apocalipsis 2:4), que han tomado una decisión equivocada y se han alejado del Señor. Por desgracia, esas son cosas que les pasan a los verdaderos creyentes. Pero entonces, ¿cómo se puede decir que es imposible que sean *otra vez renovados para arrepentimiento*? ¿Es que, si cometes un error, o si en algún momento de tu vida cristiana te enfrías y te comportas de forma mundana, ya nunca puedes volver a ser renovado para arrepentimiento por ese motivo? Claro que no. Si así fuera, sería una farsa el ministerio de Cristo como nuestro sumo sacerdote. En sus famosas cartas a las siete iglesias (Ap. 1 a 3), en las que tiene que reprender a su pueblo por abandonar su primer amor, por su inmoralidad, por importantes deslealtades y falsas doctrinas, Cristo, no obstante, llama a las personas a arrepentirse (Ap. 2:5, 16, 21; 3:3); y ciertamente no lo haría si fuera completamente imposible para ellos arrepentirse de estas cosas. ¿Quién no se ha comportado nunca de forma mundana o se ha enfriado en ocasiones? ¿Quién puede afirmar que siempre se ha comportado de forma consecuente con su fe? Soy el primero en confesar que yo no; y le debo al ministerio del Señor como sumo sacerdote el haber sido llevado de nuevo al arrepentimiento en multitud de ocasiones. Y sospecho que ocurre lo mismo con muchos cristianos.

Por tanto, fijémonos en qué es lo que dice exactamente el autor acerca de lo que es imposible. No dice que sea imposible para Dios perdonarlos. Dios perdonará a todo el que de verdad se arrepienta y crea. Pero aquellas personas no iban a arrepentirse; y no puede haber perdón sin arrepentimiento.

Aparte de otras cosas que están incluidas en el arrepentimiento, lo básico es que la palabra griega para «arrepentimiento» significa «cambio de mente». Así que el autor está diciendo que no se podrá volver a cambiar la mente de estas personas de nuevo. ¿Por qué? ¿Y en cuanto a qué?

Bien, en primer lugar *una vez fueron iluminados* (6:4).

—¿Ves? —puedes decir—; por tanto, fueron salvos. Tienen que haberlo sido si fueron iluminados.

Pero, espera un minuto. ¿Es lo mismo ser iluminado que ser salvo? Claro que no. Juan 1:9 dice que la luz verdadera alumbraba antes o después (y se trata de la misma palabra griega que en nuestro pasaje de Hebreos) a todos. ¿Significa eso que todos son salvos? Por desgracia, no. Ser iluminados es ciertamente una parte necesaria en el proceso de la salvación; pero no es lo mismo que ser salvo. Es del todo posible ser iluminados y cerrar los ojos ante la luz, y además hacerlo de forma consciente y deliberada. No hay salvación para aquellos que actúan así.

Se trata, claro está, de una cosa extremadamente seria que a su vez es lo que hace que «ser iluminado» sea un asunto importante. Si ser iluminado va seguido de arrepentimiento y de fe, lleva a salvación y gloria. Si va seguido de un rechazo persistente de Cristo, es algo fatal, y eternamente fatal.

Tomemos el ejemplo de Saulo de Tarso, aquel terrible perseguidor de los primeros cristianos. Hablando posteriormente de sus días anteriores a la conversión, dice: *mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad* (1 Timoteo 1:13). A primera vista es difícil ver cómo podía afirmar haber actuado en ignorancia. Después de todo, era un hombre

Según Hebreos. Un reino incommovible

con estudios superiores, y podríamos pensar que estaba actuando con la mayor deliberación y alevosía. Ese es un primer nivel de la cuestión. En Hechos 26:9 vemos: *Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret. Pero a otro nivel estaba actuando en completa ignorancia: todavía no había sido iluminado. Y esa es la razón –explica– por la que se le mostró misericordia, porque lo hizo por ignorancia e incredulidad.*

–Sí –puedes decir–, pero las personas de las que habla en Hebreos 6 no sólo han sido iluminadas. Dice que *gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero (6:4-6)*. Eso seguramente implica que no se limitaron a ser iluminados, sino que realmente habían nacido de nuevo.

Pero no necesariamente. Fijémonos en la terminología que utiliza aquí el autor e intentemos captar su significado poniéndolo en su contexto histórico.

Habla de gustar los poderes del siglo venidero. Pero ése es un lenguaje que los gentiles rara vez usamos. Me imagino que pensarías que soy un poco raro si te pregunto: ¿Has gustado los poderes del siglo venidero? Pero, para los judíos del Nuevo Testamento, ese lenguaje tenía un sentido inmediato. Pensaban en términos de dos eras: la presente y la mesiánica venidera. La era presente estaba llena de maldad; la mesiánica sería una era de bienaventuranza y felicidad milenial.

Ahora, cuando vino Jesús y proclamó ser el Mesías, la nación judía, dirigida por sus gobernantes, le crucificó. Podríamos pensar que lo hicieron con los ojos abiertos. A pesar de todos sus milagros únicos, deliberadamente lo llevaron a la muerte. Pero Pedro, cuando habla de ellos tras la resurrección, dice: *Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes (Hch. 3:17)*. ¿Por ignorancia? Sí. Ellos no habían sido iluminados personalmente por el

Espíritu Santo. Estaban en tinieblas cuando cometieron aquel horrible acto. Por tanto, había misericordia para ellos incluso por la crucifixión de Cristo, si habían participado; y Pedro los llama al arrepentimiento y les asegura que por medio de él recibirán el don del Espíritu Santo (Hch. 2:38).

Más aún, para demostrar que el evangelio era auténtico y que Jesús había en verdad resucitado de los muertos, se les dio a los apóstoles el poder de hacer milagros: un cojo de nacimiento fue sanado (Hechos 3), igual que los enfermos y los endemoniados, hasta el punto de que la gente dejaba a sus enfermos en camas en las calles para que, cuando Pedro pasara, su sombra cayera sobre ellos y se sanaran (Hechos 5:15-16). Posteriormente se nos dice en Hechos que *hacía Dios milagros extraordinarios a través de Pablo, de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos* (19:11-12).

Cuán tremenda e irrefutable evidencia de que Jesús era en verdad el Mesías. Estos poderosos prodigios y milagros, como señaló Pedro, no eran ni más ni menos que anticipaciones del tiempo en que Dios restauraría todas las cosas como había prometido por medio de sus santos profetas; en una palabra, anticipos de la era mesiánica venidera. Esta llegaría con la segunda venida de Cristo. Mientras tanto, Israel tenía que arrepentirse y volverse a Dios (Hch. 3:17-26).

Por tanto, las multitudes que eran sanadas físicamente tenían ciertamente la evidencia de que las promesas de los profetas eran ciertas y la Palabra de Dios era válida. Sus sanidades eran efectuadas por el poder del Espíritu Santo. Saboreaban los poderes de la era venidera. Tenían una evidencia abrumadora de que Jesús era el Mesías. ¿Significa eso que todos eran salvos? ¿Que en el momento en que la sombra de Pedro caía sobre ellos y el Espíritu Santo los sanaba nacían al mismo tiempo de nuevo? ¿Que la capa de Pablo, cuando la

Según Hebreos. Un reino incommovible

tocaban, producía no sólo una sanidad física, sino también una regeneración espiritual? ¡Difícilmente! Se les había dado la posibilidad de compartir el Espíritu Santo y habían recibido un beneficio físico tremendo; pero recibir beneficio físico a través del poder del Espíritu Santo no es lo mismo que nacer de nuevo espiritualmente.

Algunos de ellos, no obstante, recibieron un innegable beneficio espiritual del Espíritu Santo. Él los iluminó. Como Saulo de Tarso, a pesar de ver muchos milagros, siguieron rechazando a Cristo. Pero actuaron en ignorancia, hasta que llegó el momento en que el Espíritu Santo, por su operación directa y personal, los iluminó. Ahora sus ojos habían sido abiertos y conocían a través de la iluminación del Espíritu Santo que Jesús era el Mesías. Habían participado del Espíritu Santo, habían gustado el don celestial de una manera real y maravillosa.

¿Significa eso que, habiendo sido iluminados, todos ellos continuaron creyendo en el Señor de forma genuina y fueron salvos? Por desgracia no. Algunos eran como los judíos mencionados en Juan 8:31-58. La Escritura dice que creían en Jesús, luego no debemos decir que no. Pero, ¿de qué sirvió su fe? Poco tiempo después, cuando descubrieron lo que Jesús enseñaba realmente, lo que implicaba su salvación y lo que significaba creer verdaderamente en Él, rechazaron su enseñanza sin más. Entonces Él dijo que no eran hijos de Dios. Eran de su padre, el diablo; lo eran y siempre lo habían sido. Y ellos cogieron piedras y lo arrojaron del templo. Lo mismo ocurrió tras la resurrección: algunos que profesaron creer, posteriormente se apartaron.

Pero si un judío (o, para el caso, cualquiera) que ha sido en algún momento iluminado rechaza deliberadamente a Cristo, ¿en qué situación queda? En primer lugar ya no puede decir que está actuando por ignorancia. Ya no está en situación de que se le muestre misericordia.

En segundo lugar, ahora toma sobre sí personalmente la responsabilidad de haber crucificado al Hijo de Dios. La nación le crucificó negando que era el Hijo de Dios. Pero lo hicieron por ignorancia. Este hombre, personalmente, ahora no engañado por los sacerdotes ni por ignorancia, sino habiendo experimentado el poder del Espíritu Santo, habiendo sido iluminado, conociendo todos los hechos, no obstante, deliberadamente cargaba con la responsabilidad personal de crucificar al Hijo de Dios (6:6). Eso es lo que significaba para ellos aferrarse o retornar al judaísmo.

No se puede pertenecer al judaísmo y aceptar la deidad de Jesús; y, si no era el Hijo de Dios, entonces se merecía ser crucificado. Pero si era el Hijo de Dios, no podían permanecer en el judaísmo. Había que escoger entre una cosa u otra. Aquellos que retrocedieran declararían personalmente que estaban de acuerdo con la crucifixión de Jesucristo. De esas personas, Dios había dicho claramente que era literalmente imposible que fueran renovadas para arrepentimiento.

Qué significa rechazar al Espíritu Santo

Pero Dios no es duro. Por favor, observemos lo que dice exactamente. Repito, no dice que no esté dispuesto a perdonarlos. No se trata de eso. Dice que es imposible persuadirles para que cambien de actitud después de aquello. No se puede conseguir que se arrepientan o que quieran tener algo que ver con Cristo.

Puedes protestar y decir que eso es decir demasiado y que cómo lo sé. Por esta sencilla razón. Lo único que podría llevarlos al arrepentimiento es el poder del Espíritu Santo. Y una vez que han caído y lo han rechazado deliberadamente, no hay otro poder en el universo de Dios que pueda alcanzarlos. El

Según Hebreos. Un reino incommovible

Espíritu Santo, al fin y al cabo, es Dios. Si terminas rechazándolo y con conocimiento de causa, ya no hay nada más que pueda salvarte.

Veamos la ilustración que se nos ofrece. Estamos ante un terreno. Cae la lluvia, empapa la tierra y produce una cosecha útil. Aquella tierra es excelente y recibe la bendición de Dios. Pero puede haber otro terreno que recibe la misma lluvia, exactamente de la misma calidad, y se empapa; pero por desgracia produce sólo espinos y abrojos. ¿Qué podemos hacer? –Echarle más agua– puedes decir. Pero eso no serviría para nada. Cuanta más lluvia, más abrojos. ¿Qué se puede hacer? Nada. Una vez que el Espíritu Santo de Dios ha abierto los ojos de una persona y ésta ha visto la verdad, y quizás ha hecho profesión intelectual de fe, si después ha retrocedido y lo ha rechazado todo de forma deliberada, ya no existe más esperanza para ella. No dudo de que Dios la salvaría si pudiera; pero ni siquiera Dios tiene un poder mayor que el del Espíritu Santo para renovarles para arrepentimiento.

Voy a hacer un paréntesis para aplicar esta lección a un tipo determinado de persona que puede que esté leyendo este libro. Si el Espíritu Santo te ha iluminado y ves la verdad, y sabes lo que necesitas saber, pero aún no has dado el paso de poner tu fe en Cristo y rendirle la obediencia de tu corazón, entonces hazlo ahora; no sea que termines finalmente rechazando al Espíritu Santo y entonces ya nunca más desees ser salvo y te pierdas eternamente.

La evidencia de la fe verdadera

Pero, en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación (6:9). ¡Estas palabras son como la luz que brilla tras la tormenta!

Producen un suspiro de alivio. No eran tan malos después de todo. No, gracias a Dios no lo eran. El autor ha estado hablando así porque era natural que estuviera preocupado; pero, en el fondo, su corazón ha llegado a una mejor conclusión sobre ellos: Creo que hay evidencia en vuestra vida de que habéis sido genuinamente salvos, incluso aunque haya estado hablando como si no lo fuerais.

Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún (6:10).

Escuchemos atentamente. Nos hemos sentido descansados al oír que pensaba que ellos sí eran salvos. Pero leamos bien, ¿qué está diciendo ahora? ¿Creo que sois salvos porque Dios no es injusto y no olvidará vuestra *obra*? Pensaba que la salvación era por fe, y no por obras —dirás—. Entonces, ¿qué importa que Dios olvide nuestras obras? ¿No seremos salvos de todas formas?

Estamos confundiendo dos cosas diferentes. El autor no está hablando de la *base* y la *condición* para la salvación: *es decir*, sólo por fe. Está hablando de la *evidencia* de su salvación, la evidencia de que son creyentes auténticos. Y, por supuesto, la única evidencia que podemos tener de que la fe de una persona es genuina son sus obras. *Muéstrame tu fe sin tus obras* —dice Santiago, cosa que, por supuesto, no es posible—, *y yo te mostraré mi fe por mis obras* (Santiago 2:18).

Así es. Pero no es suficiente con que tú me muestres o que yo te muestre que nuestra fe es genuina. Dios nos pide que *le* mostremos por medio de nuestras obras que somos verdaderos creyentes. Y, si no tenemos obras con las que mostrárselo, o si la evidencia de nuestras obras es por desgracia inconsecuente, se trata de algo serio.

No obstante, nos anima mucho oír lo que les dice el autor a sus lectores. La evidencia de su comportamiento y de sus

obras no ha sido demasiado buena recientemente. Por otro lado, cuando profesaron confiar en Cristo por primera vez, la evidencia de sus obras sí fue verdaderamente buena. Y el autor dice que Dios no es injusto: no olvidará la evidencia pasada.

En ocasiones se ha sugerido que si un creyente anda dignamente, lucha con valentía por el Señor toda su vida y al final tiene un desafortunado desliz y cae, esa única caída lo descalifica para siempre. Semejante afirmación es una calumnia y una negación de la justicia de Dios. No es así. Dios no es injusto para olvidar la evidencia que durante un tiempo demostró ser genuina. Recordará cada rastro de evidencia genuina que haya habido.

No hay razón, por tanto, para permitirnos ser negligentes. Por delante tenemos la gran herencia. Si afirmamos tener la esperanza de que un día entraremos en todo lo que Dios nos ha prometido, debemos seguir perseverando hacia ello. Los grandes peregrinos espirituales como Abraham mantuvieron el ímpetu de su peregrinaje hasta el final. Y han entrado ya en la herencia prometida. Tenemos que ser como ellos (6:11, 12). Como escribe el apóstol Juan: Y todo aquel *que tiene esta esperanza en él* [es decir, en Cristo], *se purifica a sí mismo* [continúa purificándose a sí mismo], *así como él es puro* (1 Jn. 3:3). No sólo debería hacerlo, sino que lo hace, si verdaderamente posee la esperanza que profesa tener.

La seguridad de nuestra esperanza

–Si lo que estás diciendo es cierto, eso deja sin base todo nuestro sentimiento de seguridad –podría argumentar alguien.

–¿Y cómo es eso?

–Bueno, siempre hemos creído que éramos justificados solamente por la fe; y aunque sabíamos que teníamos que vivir

como cristianos, no obstante sabíamos, o creíamos que sabíamos, que al final en realidad no importaba cuáles fueran nuestras obras o nuestro comportamiento, porque, bueno, al fin y al cabo, habíamos sido justificados por la fe sin obras. Pero aquí estás diciendo que nuestras obras sí importan, porque tenemos que convencer a Dios por medio de nuestras obras de que somos verdaderos creyentes. Esa es una historia diferente. Si eso fuera verdad, ¿cómo podríamos sentirnos seguros alguna vez? Y además, no tiene sentido. Dios puede ver nuestros corazones. Él conoce si somos verdaderos creyentes o no. Entonces, ¿por qué es necesario que le mostremos por nuestras obras que lo somos? A otras personas sí tenemos que mostrarles algunas buenas obras para que puedan ver que nuestra fe es genuina. Pero a Dios seguro que no. Al menos eso es lo que siempre se nos ha enseñado: somos justificados por la fe ante Dios, y por nuestras obras ante otras personas. Pero si, como tú dices, tenemos que ser justificados por nuestras obras ante Dios...

—Entonces supongo que nunca podrías estar seguro de que has sido aceptado por Dios, ¿no es así?

—¡Exactamente!

Bueno, esto es muy interesante, porque si lo que nos interesa es la seguridad, los siguientes versículos (6:13-20) contienen una de las más fuertes afirmaciones en toda la Biblia de la tremendamente inquebrantable seguridad que pueden disfrutar constantemente todos los creyentes.

Comienza citando la experiencia de Abraham. Dios le hizo una promesa tremenda: *De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente* (6:14), o, como dice la NIV con menor fuerza: *De cierto te bendeciré y te proporcionaré muchos descendientes*. Pero Dios no puede mentir. Por tanto, cuando hace una promesa, su simple palabra debería bastar para que alguien descansa con confianza inquebrantable. Pero, en esta

Según Hebreos. Un reino incommovible

ocasión, Dios no se contenta sólo con hacer la promesa; también hace un juramento: *Por mí mismo he jurado... de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo...* (Gn. 22:16, 17). El autor explica que lo hizo no sólo por amor a Abraham. Lo hizo por amor a aquellos que a lo largo de los siglos heredarían los beneficios de esta promesa, es decir, a todos aquellos que verdaderamente creyeran en Dios y en su Hijo, la descendencia de Abraham, nuestro Señor Jesucristo. Y lo hizo porque quería que nosotros tuviéramos el mayor consuelo y ánimo que pudiera darnos con el conocimiento de que su propósito de bendecirnos es totalmente invariable. Dios hizo esto *para que por dos cosas inmutables* [es decir, su promesa y su juramento], *en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros* (6:18).

¡Qué gran esperanza tienen los cristianos! Han arrojado el ancla no en sus estados de ánimo o sentimientos fluctuantes, ni en las circunstancias variables, ni en cosa alguna de este mundo cambiante. Cristo mismo, como su precursor, ha llevado su ancla directamente al cielo y la ha introducido en el terreno firme de la presencia, el trono y el carácter de Dios (6:19, 20).

Justificados por obras

Llegados a este punto sigue pendiente una cuestión. ¿En qué momento de su experiencia espiritual le hizo Dios a Abraham esta promesa y la confirmó con un juramento?

—Eso es fácil de responder —dirás—, fue cuando Abraham ofreció a Isaac sobre el altar a Dios, como relata Génesis 22.

Exacto. Pero fue en el momento en que, según Santiago (2:21-24), Abraham fue justificado por sus obras.

—Ah —dirás— ya sabía que habría algún obstáculo en algún lugar.

No, eso no es un obstáculo, al menos si recordamos lo que significa ser justificado por las obras. Algunas personas piensan que ser justificado por las obras es lo contrario de ser justificado por la fe. Y no lo es, por supuesto; es, como señala Santiago (2:23), el cumplimiento de la justificación por la fe. Por tanto, examinemos la experiencia de Abraham una vez más.

Abraham creyó a Yahvéh —dice en Génesis 15:6 al principio de la andadura de Abraham—, *y le fue contado por justicia*. Su fe era genuina. Fue justificado allí y entonces. Si hubiera muerto al día siguiente, habría ido derecho al cielo.

Pero los capítulos siguientes muestran que, al principio, la fe genuina de Abraham estaba mezclada de cierta cantidad de escoria. Pensaba, por ejemplo, que la fe en la promesa de Dios de que le daría un hijo significaba en realidad que, en función de sus esfuerzos y de los de Sara, así como de su disposición, esa promesa se cumpliría o no. Así que engendró a Ismael. Pero tenía que aprender que estaba equivocado. Sus esfuerzos no cumplirían la promesa de Dios. Lo que Dios había prometido era un regalo que les sería dado por la gracia y el poder milagroso de Dios, no por medio de sus luchas y planes.

Con el tiempo nació el descendiente prometido; y, en un sentido muy real, todas las promesas de Dios a Abraham y todo su futuro se centraban en Isaac. Pero ahora existía el peligro de que la fe de Abraham en cuanto al futuro descansara en parte en Isaac, en vez de descansar solamente en Dios. Y eso no podía ser. Por amor a sí mismo, si no por otras razones, Abraham tenía que aprender que nadie puede disfrutar de una seguridad total en cuanto al futuro a menos que su fe esté sola y completamente en Dios y en Dios únicamente.

Y así, parafraseando con reverencia la situación, Dios vino a Abraham y le dijo:

Según Hebreos. Un reino incommovible

–Abraham, cuando te prometí por primera vez darte un hijo y una descendencia tan grande como las estrellas dijiste que me creías. ¿Era cierto? ¿Es verdad lo que dijiste?

–Claro que sí –dijo Abraham–, por supuesto.

–Bien, ¿en qué descansa ahora tu fe para el futuro?

–En ti, claro –respondió Abraham.

–¿Estás seguro de que descansa sólo en mí, y no parte en mí y parte en Isaac?

–Oh, en Isaac no –dijo Abraham–, en ti y solamente en ti.

–Entonces, Abraham –dijo Dios–, te pido que demuestres que tu fe está puesta de verdad en mí y en nadie más. Por favor, ofrécame a Isaac.

Y Abraham puso a Isaac sobre el altar y se lo ofreció a Dios, demostrando por medio de este acto que su fe estaba total y completamente puesta sólo en Dios. Justificó su profesión de fe y demostró que ésta era genuina; fue justificado por sus obras. Y la respuesta de Dios fue: Ya conozco [yo conozco; no Sara, tus siervos o los filisteos] *que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único* (cf. Gn. 22:11, 12). Con eso, Dios reunía todas sus promesas previas, las renovaba y las confirmaba con un poderoso juramento de que Abraham y todos aquellos cuya fe estuviera puesta sólo en Dios podrían disfrutar del *fortísimo consuelo* de una seguridad absoluta, inmutable y eterna.

Nuestras mentes retroceden a los lectores de la epístola. Poco tiempo antes de recibirla habían profesado creer en Jesús como el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador. Ahora Dios venía a ellos como fue a Abraham. ¿Estaba su fe para salvación y para eternidad en Cristo como su sumo sacerdote, o en el sacerdocio aarónico del judaísmo? ¿En el sacrificio de Cristo o en los sacrificios del judaísmo? ¿Parcialmente en Cristo, en su sacerdocio y su sacrificio, y parcialmente en el sacerdocio y los sacrificios del judaísmo? ¿O sólo y únicamente en Cristo, en su sacerdocio y su sacrificio?

¿Sólo en Cristo? Bien, porque sólo en Él hay salvación, sólo en Él hay seguridad. Pero entonces tenían que actuar. Tenían que justificar su profesión de fe por medio de sus obras. Tenían que abandonar el sacerdocio y los sacrificios del judaísmo y demostrar así ante Dios y otras personas que su fe estaba de verdad puesta sólo en Cristo.

A la vez que escuchamos a Dios hablándoles a ellos, podemos estar seguros de que Dios vendrá un día a aquellos que profesamos creer en Cristo y únicamente en Cristo para salvación y nos pedirá que abandonemos todo lo que sea inconsecuente con su deidad, su solo sumo sacerdocio y autoridad sobre la iglesia, y su sacrificio por los pecados una vez para siempre.

Preguntas

1. *Sigamos adelante hacia la madurez* (NIV). *Vamos adelante a la perfección* (RV). ¿Qué quiere decir «madurez» o «perfección» en esta exhortación (6:1)?
2. ¿Es lo mismo ser iluminado que ser salvo (6:4)? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Qué significa *gustar los poderes del siglo venidero* (6:5)?
4. ¿Describe 6:4, 5 necesariamente a una persona regenerada? Razónalo.
5. ¿Qué significa *crucificar de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponerle a vituperio* (6:6)?
6. ¿Por qué es imposible que sean renovados para arrepentimiento aquellos que son culpables de lo que dice la pregunta anterior?
7. ¿En qué se basa la seguridad del creyente para el futuro (6:13-20)?

Según Hebreos. Un reino incommovible

8. ¿Cómo interpretas la frase «ser justificado por las obras»? Ilústralo en base a la experiencia de Abraham e indica cómo podemos aplicárnoslo hoy.

EL SACERDOCIO SUPERIOR

Hebreos 7

Los capítulos 7, 8, 9 y 10 de la epístola a los Hebreos se dedican a largas y detalladas explicaciones de cómo el sacerdocio de Cristo es mejor que el de Aarón, su nuevo pacto es mejor que el antiguo de Aarón, su santuario mejor que el que hizo Moisés, y su sacrificio único por los pecados infinitamente mejor que los interminables sacrificios del judaísmo antiguo.

A primera vista, todo esto podría parecer algo remoto para nosotros en los tiempos modernos, al menos para aquellos de nosotros que no hemos crecido dentro del judaísmo. Uno sospecha que hasta ellos podrían encontrarlo algo remoto, puesto que los judíos modernos no tienen sumo sacerdote y han pasado siglos desde que dejaron de ofrecer sacrificios animales. Pero, en realidad, estos capítulos tratan asuntos que son extremadamente relevantes para nuestra interpretación presente de lo que es en verdad el cristianismo y lo que defiende.

En primer lugar elevarán nuestra apreciación de la obra de Cristo y de las bendiciones de la salvación. Algunos de nosotros estamos tan familiarizados con estas cosas que, si nouviéramos cuidado, podríamos darlas por supuestas. Un vistazo a la religión del Antiguo Testamento nos concienciaría, en cambio, de la tremenda bendición, seguridad, libertad y paz que disfrutamos en Cristo.

Y después hay un segundo punto. Aunque pueda parecernos increíble hoy día, en los siglos II y III la cristiandad, a pesar de la Epístola a los Hebreos, olvidó o abandonó muchas de

Según Hebreos. Un reino incommovible

las grandes libertades que tenemos en Cristo, retrocedió y comenzó a seguir el modelo del antiguo judaísmo. El profesor F. J. A. Hort destaca: *Toda la historia de la iglesia está llena de creencias, prácticas, instituciones y cosas parecidas que descansan en concepciones equivocadas de la verdadera naturaleza de la dispensación del evangelio, y representan en realidad una vuelta atrás después de la venida de Cristo a un estado de cosas que su venida pretendía reemplazar, un retorno, como habría dicho San Pablo, a los débiles y pobres rudimentos.*¹

Cualquier turista, por ejemplo, sabrá que Europa está plagada de iglesias medievales cuyo interior se dispone de manera similar al antiguo tabernáculo judío o al templo. Tienen su coro, la parte más santa, separado por unas cortinas de la nave, la parte menos santa; al igual que el Lugar Santísimo del tabernáculo estaba separado del Lugar Santo por el velo. El efecto, si no la intención, sobre las mentes de generaciones de personas ha sido bastante grande y catastrófico. En vez de recordarles, como Hebreos nos recordará dentro de poco, que todo creyente tiene libertad, aquí y ahora en la tierra, para entrar en el Lugar Santísimo, que es la presencia inmediata de Dios, por la sangre de Jesús (10:19-22), se enseñaba a los creyentes a guardar las distancias como si no se pudieran acercarse al «Lugar Santísimo» del edificio de la iglesia en la tierra, no digamos a la presencia de Dios en el cielo. Y eso reforzaba la falsa idea de que nadie puede estar seguro aquí en la tierra de si finalmente será o no aceptado por Dios en el cielo; lo único que podemos hacer es tener esperanza.

Gracias a Dios, en tiempos más recientes muchas de estas cosas han cambiado. Pero quizás no deberíamos dar por supuesto que todos los creyentes cristianos han escapado, ni siquiera ahora, del error de utilizar las formas, ceremonias y

1. *Judaistic Christianity* (Macmillan, 1904), pp. 1, 2.

maneras de pensar del Antiguo Testamento. Al leer los próximos capítulos de Hebreos, deberíamos ser sabios para comprobar si todas nuestras creencias y prácticas son verdaderamente cristianas o si, en algunos aspectos, están todavía entrelazadas con cosas prestadas del antiguo judaísmo.

El sacerdote prototipo: Melquisedec

Por tanto, el autor se propone entonces en el capítulo 7 conseguir que la fe, el amor y la lealtad de sus lectores sean exclusivamente para Jesús como su sumo sacerdote, y que se alejen del sumo sacerdocio aarónico del judaísmo. El primer obstáculo que tienen que superar es, por supuesto, el horror que esto produciría en los corazones de sus lectores. No es sencillamente que hubieran sido educados desde su infancia para reverenciar al sumo sacerdote de su nación. Es que, como veíamos en el capítulo seis, el sumo sacerdocio del judaísmo era una institución divinamente ordenada. Abandonarla sería para un judío piadoso una rebelión inimaginable contra el Santísimo.

¿Cómo solventará ese problema el autor? Apelando a las mismas Escrituras. En primer lugar, como ya hemos visto, se remonta al Antiguo Testamento, a cuando Dios anunció al Mesías: *Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec* (Sal. 110:4). Y después apela de nuevo a las Sagradas Escrituras al lugar donde el relato inspirado habla de este antiguo sacerdote a quien Dios mismo señaló como un prototipo de nuestro Señor. El pasaje se encuentra en Génesis 14, y apunta unos cuantos detalles muy significativos del relato:

1. Melquisedec bendijo a Abraham, y no Abraham a Melquisedec.

Según Hebreos. Un reino incommovible

2. Abraham dio los diezmos a Melquisedec, no Melquisedec a Abraham.

3. El nombre de Melquisedec significa «Rey de justicia», y era rey de Salem, que significa «paz».

4. No tenía padre ni madre, ni genealogía, ni principio de días, ni fin de vida, sino que fue hecho semejante al Hijo de Dios.

5. Permaneció siendo sacerdote para siempre.

Las dos últimas cuestiones nos resultan muy extrañas a menos que seamos conscientes de lo que está haciendo el autor y de los presupuestos de los que parte. Lejos de despreciar la autoridad de las Santas Escrituras (como muchos judíos podrían creer a raíz de su afirmación de que ahora había que abandonar el sacerdocio del judaísmo), cree que todas las Escrituras son inspiradas por Dios; que el autor humano de Génesis fue guiado por el Espíritu Santo en su selección del material de su libro; y que por tanto no sólo es significativo lo que incluye, sino también lo que omite.

En Génesis se nos reseña normalmente la genealogía, nacimiento y muerte de los grandes patriarcas y siervos de Dios. Pero de este gran sacerdote del Dios Altísimo, Melquisedec, se omiten estos detalles. Aparece de repente en el relato y de forma igualmente repentina vuelve a desaparecer. No se nos dice quiénes fueron sus padres y antepasados, o cuándo nació y murió. El Espíritu Santo no revela toda esta información, piensa el autor, para que la descripción de este prototipo sacerdotal de nuestro Señor señale características del Hijo de Dios, quien en realidad no tuvo principio de días ni fin de vida. Más aún, señala que en ningún lugar de las Escrituras se nos dice que este anciano sacerdote, Melquisedec, muriera o que su orden sacerdotal fuera sustituido. Según las Escrituras, su orden sacerdotal no tiene fin. Y eso es muy significativo;

porque, como pronto se va a señalar, el Antiguo Testamento indicaba que el orden sacerdotal de Aarón sería reemplazado por otro orden.

El autor, entonces, ha seleccionado y enumerado estas cinco características que aparecen en el relato de Génesis acerca de Melquisedec, y ahora procederá a mostrar cómo aplicarlas al sacerdocio de nuestro Señor, de quien se dice que es según el orden de Melquisedec.

La superioridad del orden de Melquisedec

Primero llama a sus lectores a considerar la grandeza de la posición de Melquisedec: *Considerad, pues, cuán grande era éste (7:4)*. Es obvio por qué hace esto. Los judíos, en general, reverenciaban a sus sumos sacerdotes con una adulación que casi se aproximaba al éxtasis. (No todos lo hacían, por supuesto; pero aquellos que no lo hacían normalmente objetaban no al oficio mismo, sino al hecho de que, en su opinión, el sumo sacerdote de turno no cumplía los requisitos bíblicos para estar ahí.) El sumo sacerdote tenía la primacía sobre todos los demás sacerdotes. Ostentaba el inefable nombre de Dios en su mitra. Sólo a él se le permitía entrar en el Lugar Santísimo el día de la expiación. Hasta sus vestimentas estaban pensadas para poseer un poder expiatorio, e iba acompañado de las ceremonias más impresionantes. El efecto que causaba en los judíos de a pie tanto en Palestina como en el extranjero se puede percibir en esta descripción de un antiguo judío que al parecer nunca vio a un sumo sacerdote, pero que obviamente poseía una admiración casi delirante por él y por su oficio: *El «efecto total» del sumo sacerdote vestido con sus ropajes ceremoniales... impone respeto y produce una excitación emocional tal que uno piensa que ha pasado al otro mundo. Me atrevo a afirmar positivamente que*

Según Hebreos. Un reino incommovible

*cualquier hombre que sea testigo del espectáculo que he relatado experimentará asombro y estupefacción indescriptibles, y su mente será profundamente conducida a la santidad que rezuma cada uno de los detalles.*²

Si los lectores de nuestra epístola sentían algo parecido a esta atadura emocional al sumo sacerdocio del judaísmo, el problema era el siguiente: ¿Cómo podría el autor desatar esos vínculos emocionales y transmitir a sus lectores temor, reverencia y lealtad al Señor Jesús?

Lo primero que señala es que incluso el antiguo Melquisedec, según las Escrituras judías mismas, tuvo un oficio mucho más importante que cualquier sacerdote de la línea de Aarón, dado que se puede demostrar que fue una persona más importante y un siervo de Dios que estaba incluso por encima del mismo Abraham. Eso no significa negar que Abraham fuese grande. Después de todo, fue escogido por Dios para ser el fundador de la raza hebrea. Personalmente favorecido con una visión directa de Dios (véase Hch. 7:2), ya había recibido sus promesas que indicaban el papel único y glorioso que él y sus descendientes representarían en la historia del mundo y de la redención. Pero Abraham, según las Escrituras inspiradas, dio los diezmos a Melquisedec, no Melquisedec a Abraham, reconociendo así la superioridad del oficio de Melquisedec. Melquisedec, a su vez, bendijo a Abraham, no Abraham a Melquisedec, lo que según el protocolo del mundo antiguo indicaba, sin lugar a dudas, que Abraham era inferior a Melquisedec (7:7).

No habría sido tan significativo si en aquellos tiempos Abraham sólo hubiera sido un simple individuo aislado. Pero no lo era. Ya era el fundador de la nación, la cabeza patriarcal

2. Pseudo-Aristeas, *Letter to Philocrates*, editado y traducido por M. Hadas, Nueva York, Harper y Hermanos, 1951, sec. 99.

de todos los grandes seguidores como Moisés, Aarón, David y Elías, que surgirían de él. Cuando, por tanto, en su labor oficial dio los diezmos a Melquisedec, estaba reconociendo no sólo en cuanto a él, sino también en cuanto a todos sus descendientes, incluidos los sumos sacerdotes de la línea de Aarón, la superioridad del sacerdocio de Melquisedec sobre todos los demás (7:5-10).

Por tanto, el autor no está negando que las Escrituras otorgaran a los sumos sacerdotes de la línea de Aarón un oficio extraordinariamente importante y elevado. Lo que está señalando es en primer lugar que ese mismo Antiguo Testamento atribuyó a Melquisedec un oficio incluso más importante y más elevado, y en segundo lugar que el mismo Antiguo Testamento declara que el sacerdocio del Mesías es según el orden de Melquisedec, y no del de Aarón.

¿Por qué aferrarse al que, en el mejor de los casos, era un orden sacerdotal de segunda clase, cuando ya todos los creyentes, por muy humildes que fueran, tenían derecho al acceso directo al sumo sacerdote del orden superior?

El sacerdocio del Antiguo Testamento es superado

Pero en este punto podemos imaginarnos a un judío convertido respondiendo: «Mira, yo acepto totalmente que el sacerdocio de Cristo es mejor que el de Aarón. Pero seguro que eso no quiere decir que necesariamente tengamos que abandonarlo. Si compras un coche nuevo, no necesariamente tienes que deshacerte del viejo. Puedes hacerlo, pero no es obligatorio. ¿Por qué no podemos quedarnos con ambas cosas: el sacerdocio de Cristo en el cielo y el de Aarón en el templo terrenal?» Me imagino que muchos de sus compañeros convertidos de-

Según Hebreos. Un reino inconmovible

seaban que pudiera ser así. La vida habría resultado más sencilla para ellos; la ruptura con el judaísmo no habría sido tan dura, el oprobio por ser cristianos no habría sido tan grande.

Pero el autor dice que no se puede, y eso por varias razones. En primer lugar, el nombramiento del Mesías como sacerdote según el orden de Melquisedec expone la inadecuación del sacerdocio levítico. Si hubiera sido posible conseguir la perfección a través del sacerdocio levítico, no habría habido necesidad de que fuera nombrado otro sacerdote según un orden diferente (7:11). Pero el mismo anuncio acerca de este nuevo sacerdote perteneciente a un orden diferente expone el hecho de que el antiguo orden era débil e inútil (7:18).

Intentaré explicarme con un ejemplo. Un modelo T Ford puede ser capaz, con frecuentes paradas, de dar la vuelta a la manzana. Pero, si estás pensando en volar alrededor del mundo, tendrás que dejar el Ford y tomar un avión. El Ford no es apto para eso. Ni siquiera aunque sea nuevo, nunca podrá volar. No pertenece a una clase de maquinaria suficientemente desarrollada.

Sobre la base del sacerdocio levítico, a la nación se le había entregado la ley. ¿Pero hasta qué punto era ésta efectiva? ¿Qué bien hacía? Por muy buenas que fueran las intenciones de Aarón y sus hijos, nunca cumplirían lo que se requería de un sacerdote. Nunca habrían podido llevar a nadie a un contacto cercano con Dios. No podían. Los israelitas siempre se mantenían a distancia, esperando fuera; no se les permitía acercarse a Dios. Cuando Dios entregó la ley en la cima del monte Sinaí, a los judíos del pueblo se les ordenó bajo terribles amenazas que se mantuvieran alejados. *Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada* (12:18-21). Igualmente, en el gran día de la expiación, aunque las personas se reunieran alrededor del tabernáculo, se hacía con temor, se mantenían fuera. Aunque tenían un sumo sacerdote, éste no podía llevarlos –ni se atrevía– a la

presencia de Dios. Y la razón era que la ley, a pesar de todas sus elaboradas reglas y ordenanzas en cuanto al sacerdocio y los sacrificios, no podía perfeccionar nada (7:19). ¿De qué servirían entonces todas sus vestimentas, sus deslumbrantes rituales y coloridas ceremonias, si no era para eso? Por tanto, había que dejar de lado las antiguas ordenanzas, y se había introducido *una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios* (7:19). ¡Y qué esperanza infinitamente mejor es la que nos ha proporcionado un sumo sacerdote que puede llevarnos realmente a la presencia inmediata de Dios, ahora en espíritu (10:19-22) y en su segunda venida en cuerpo (9:28)!

En segundo lugar –manifiesta el autor a sus convertidos judíos–, no puedes conservar el sumo sacerdocio levítico junto al sumo sacerdocio de Cristo. Son incompatibles.

El Antiguo Testamento establecía las reglas más rigurosas para controlar el sacerdocio (véase Nm. 17 y 18). No sólo nadie podía ser sumo sacerdote a menos que perteneciera a la tribu de Leví, fuera miembro de la familia correcta dentro de esa tribu y descendiera físicamente de la línea correcta del sumo sacerdote original, Aarón. Además, como vimos anteriormente, el sumo sacerdote como cabeza espiritual de la nación era como un monarca hereditario. No podía haber *dos* sumos sacerdotes, *dos* cabezas espirituales del pueblo de Dios, al mismo tiempo. La ley de Dios lo prohibía. Sin embargo, en siglos posteriores, Dios anunciaría a través del salmista que iba a nombrar al Mesías, de la tribu de Judá, como sumo sacerdote y cabeza espiritual de su pueblo. Y eso quería decir que, cuando ocurriera, la ley anterior quedaría abrogada. Y ahora que Jesús ha resucitado de la muerte –argumenta el autor– y ha sido constituido sumo sacerdote de su pueblo; la ley antigua y, con ella, toda la institución del sacerdocio levítico han sido en efecto sustituidas. La constitución de nuestro Señor como sumo sacerdote no choca con la antigua ley, por la simple razón

de que aquélla ha sido cancelada. Puedes escribir encima: obsoleta, abrogada, pasada de moda, cancelada para siempre.

Pero igual que en Israel no podía haber dos sumos sacerdotes, dos cabezas espirituales del pueblo, lo mismo ocurre en el cristianismo. Eso es lo que podemos ver si, con el autor, consideramos los términos bajo los cuales Cristo ha sido constituido sumo sacerdote y cabeza de la iglesia, y lo que significa ser *según el orden de Melquisedec*. El nombramiento de sumos sacerdotes en el antiguo Israel estaba rodeado y gobernado por lo que nuestro autor denomina *la ley del mandamiento acerca de la descendencia*: tenía que descender de la línea correcta, y más aún: la reglamentación, naturalmente, tenía que establecer lo que sucedería cuando el sumo sacerdote muriera. Todo eso es completamente irrelevante en el caso de nuestro Señor. Él nunca volverá a morir. Su vida no sólo no tiene fin; es verdaderamente indestructible, indisoluble. Y es sobre esta base de vida indestructible que ha sido constituido sumo sacerdote. La biografía del Melquisedec histórico fue cuidadosamente incluida por el autor de Génesis, como advertimos anteriormente, para prefigurar este maravilloso hecho. Los términos del nombramiento divino lo proclaman explícitamente: ***Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (7:15-17).***³ Y continúa adelante, sin añadir que, si estos son los términos y condiciones para ser sumo sacerdote y cabeza de la iglesia, sólo Cristo podía cumplirlos.

Así, el nombramiento de nuestro Señor deja por completo de lado las reglas y ordenanzas relativas al antiguo sacerdocio levítico, y –advirtámoslo igualmente– deja obsoleta la misma

3. De ahí deducimos que ser según el *orden* de Melquisedec no significa, como según el orden de Aarón, que el sumo sacerdocio de nuestro Señor dependa de que sea descendiente físico de Melquisedec; significa que su sacerdocio sigue el *patrón* del de Melquisedec.

institución del sacerdocio levítico. Fijémonos en lo que dice: *Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior* (7:18). Es Dios mismo quien lo dice por medio del autor inspirado. Tenemos que admitir que, a partir del tercer siglo de nuestra era, algunos han defendido (y hay quien aún lo hace) que, si bien el sumo sacerdocio de nuestro Señor está al margen del orden levítico y es único, es perfectamente correcto que la iglesia cristiana copie el orden levítico en sus cultos y en el gobierno de la iglesia aquí en la tierra, dividiendo al pueblo de Dios en laicos, sacerdotes y un sumo sacerdote (terrenal), como se hizo en el antiguo cristianismo. Pero no es así. Si Dios lo ha abrogado, será una afrenta a Él reintroducirlo.

Y veamos la razón por la que ha sido abrogado: *a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley)* (7:18, 19). Si desobedecemos a Dios y reintroducimos este débil e ineficaz sistema en la iglesia, los efectos serán los mismos que causó al judaísmo; distanciará a las personas una vez más de Dios, al surgir intermediarios, supuestamente más santos y de mayor rango, entre ellas y el Salvador.

El juramento constitutivo

Ahora llegamos a otra característica distintiva del sacerdocio superior de nuestro Señor. El anuncio de la constitución de nuestro Señor fue acompañado por un juramento: *Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre.* Cuando otros fueron hechos sacerdotes levíticos del judaísmo, no hubo juramento. Por tanto, ¿qué significa el juramento en la constitución de nuestro Señor?

Primero, *con el juramento... Jesús es hecho fiador de un mejor pacto* (7:22). Hasta qué punto es mejor lo veremos en un momento cuando pasemos al capítulo 8 de la epístola. Baste

advertir aquí dos de las provisiones del pacto. Se encarga de escribir la ley de Dios en nuestros corazones y promete absoluta paz con Dios al comprender que éste nunca volverá a recordar nuestros pecados, es decir, nunca volverá a plantear la cuestión de la culpa y el castigo por nuestros pecados. Lo que provee este nuevo pacto es tan magnífico que, naturalmente, queremos saber cómo podemos estar seguros de que será así de verdad. La respuesta es que Jesús mismo es el fiador. Él es personalmente responsable de vigilar que se cumplan todos los términos del pacto. Por medio de su muerte pagó el precio del perdón prometido por el pacto. Ahora vive para siempre para ver que las leyes de Dios son escritas en nuestros corazones. Es, como Melquisedec, rey de paz, lo cual habla del perdón absoluto y eterno que nos garantiza. También es, como lo fue Melquisedec, rey de justicia: garantiza que las leyes de Dios se escriban en nuestros corazones. El juramento nos asegura que es sacerdote para siempre. Nunca será reemplazado, nunca morirá o dejará dudas sobre si los términos del pacto continuarán siendo honrados y cumplidos. El juramento nos proporciona, por tanto, una garantía eterna. El pacto es seguro mientras Cristo viva.

Y hay más. Puesto que nunca morirá, nunca tendrá que pasarle el sacerdocio a otro. Los sacerdotes del judaísmo lo hacían, por supuesto. Si uno de ellos se hacía cargo de la causa de alguien, puede que muriera y tuviera que dejar aquellos asuntos a otro. Cristo no. Una vez que se hace cargo de tu causa, nunca tendrá que pasársela a otro sacerdote. *Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos (7:23-25).*

Y, por último, el juramento ha nombrado como nuestro sumo sacerdote a alguien que no sólo está perfectamente cualificado, sino que también está perfectamente equipado y que, por tanto, es plenamente eficiente y efectivo. Los sacerdotes

constituidos por la ley difícilmente podían ser así. Al menos eran débiles (7:28). Supongamos que tú fueras con tus necesidades acuciantes y consiguieras que uno de ellos mediara a tu favor ante Dios. En primer lugar, o a mitad de camino, tendría que dejar de cuidarte para ponerse a sí mismo en relación correcta con Dios y ofrecer sacrificios por sus propios pecados. Incluso supongamos que te las apaña para conseguir que el mismo sumo sacerdote, con todos sus ropajes dignos y ostentosos, accediera a cuidar de ti; fácilmente, en el tiempo del proceso, sufriría alguna mancha accidental o profanación física o ceremonial que temporalmente le apartaría y le obligaría a purificarse. Y ni el mejor de ellos podía ofrecer un sacrificio que fuera suficiente para ti para siempre. Ofrecían un sacrificio un día y después, para mantener tu relación con Dios, tenían que ofrecer otro al día siguiente, y a la semana siguiente, y al año siguiente. Y cuando llegaras al momento de la muerte y ellos hubieran llevado a cabo por ti todos los ritos y ceremonias que conocieran, aún no podrían garantizar que Dios te aceptaría inmediatamente en el cielo. Y no podrían acompañarte en tu paso de este mundo al siguiente. ¡Entonces estarías solo! ¡Qué débiles eran ellos y cuán débiles e inefectivos todos sus ritos, ceremonias, abluciones y absoluciones!

¡Pero qué diferente es Cristo! Veamos lo grandemente cualificado que está Él. Nunca conoció la debilidad del pecado ni tuvo que ofrecer sacrificio alguno por el suyo propio. Siempre fue santo, sin tacha y puro, y ahora está apartado de los pecadores. Durante los días de su vida en la tierra, conoció la debilidad que es inherente al ser humano con un cuerpo natural (aunque sin pecado). Pero ahora está exaltado en los cielos, su cuerpo es un cuerpo espiritual. No conoce debilidad o fragilidad. Sus ojos nunca se cierran para dormir, nunca se cansa de orar, siempre persiste con energía en su ministerio. Y veamos lo bien equipado que está. El sacrificio de sí mismo

Según Hebreos. Un reino incommovible

en el Calvario una vez y para siempre es suficiente para cubrir cada pecado de cada creyente hasta que, como dijo William Cowper, toda la iglesia redimida de Dios sea salva, para no pecar nunca más. Como Hijo de Dios Todopoderoso, ha sido perfeccionado, es decir, equipado plenamente para ser perfectamente efectivo para siempre (7:26-28).

Y cuando –o si– morimos, no nos quedamos solos. Nuestro sumo sacerdote ya ha entrado al cielo, de manera que, para nosotros, estar ausentes del cuerpo significa estar instantáneamente con el Señor (2 Co. 5:6-8), donde Él está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos (8:1).

Preguntas

1. ¿Qué quiere decir la Escritura cuando habla de un «orden» o «línea» sacerdotal? ¿Podía entrar cualquiera en un orden sacerdotal en los tiempos del Antiguo Testamento?
2. ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para nosotros de que el sumo sacerdocio de nuestro Señor sea según el orden de Melquisedec?
3. ¿Por qué el antiguo sacerdocio levítico del judaísmo quedó abrogado?
4. ¿Qué quiere decir la Escritura cuando menciona que Jesús es hecho fiador de un mejor pacto (7:28)?
5. ¿En qué sentido ha sido nuestro Señor hecho perfecto para siempre (7:28)?
6. Expón con tus propias palabras la afirmación de 7:26 de que *tal sumo sacerdote nos convenía*. ¿Te sientes libre para acercarte a Él directamente? ¿O sientes que necesitas algún mediador que se acerque a Cristo por ti?

EL PACTO SUPERIOR

Hebreos 8

Ahora el autor ha llegado a un momento oportuno en su mensaje donde puede parar y resumir lo que ha estado diciendo acerca de nuestro sumo sacerdote hasta aquí. Ha estado hablando principalmente de su constitución y cualidades, y lo resume todo así: *Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre* (8:1, 2).

Ahora estamos a punto de pasar de considerar la naturaleza y las cualidades de nuestro sacerdote –*tal sumo sacerdote* (8:1)– a considerar la de su ministerio: el santuario en el que lo lleva a cabo (8:2), el sacrificio sobre cuya base ministra (8:3, 4) y el pacto que acompaña a su ministerio como mediador (8:6). Y, como es de esperar, el autor va a argumentar que nuestro Señor es superior a los sacerdotes del judaísmo antiguo no sólo en su persona y cualidades, ni en el nivel elevado de su oficio, sino también en el lugar, naturaleza y condiciones de su ministerio.

El capítulo 8 mostrará que su ministerio también es mejor que los de ellos respecto al pacto del que, como sacerdote, es mediador. El sacerdocio de Aarón tenía la misión de obrar los términos del antiguo pacto. El Señor Jesús, en su sacerdocio, pone en funcionamiento los términos del nuevo pacto (8:6-13). Su ministerio, como nos mostrará el capítulo 9, es mejor en cuanto al lugar en el que se lleva a cabo. Los sacerdotes de

Aarón actuaban en el tabernáculo, y el tabernáculo sólo era una sombra de la realidad. Nuestro Señor Jesús lleva a cabo su ministerio en el verdadero tabernáculo, levantado por el Señor y no por el hombre. Después, el capítulo 10 muestra que su ministerio es mejor que el de los sacerdotes del Antiguo Testamento en cuanto a su sacrificio. Ellos ofrecían sacrificios de animales; Él ofreció el sacrificio de su cuerpo. Ellos ofrecían muchos sacrificios; Él sólo tuvo que ofrecer uno. Sus sacrificios tenían que ser ofrecidos constantemente; el suyo ha acabado la obra y no ha de ser repetido u ofrecido de nuevo.

Es en el primero de estos temas en el que se concentrará nuestro autor al comenzar. Pero antes de que lo haga, no puede resistirse a hablar brevemente del lugar en el que nuestro Señor lleva a cabo su ministerio. Y eso es comprensible; porque, habiendo hablado en el capítulo 5 acerca de la constitución de nuestro Señor como sumo sacerdote, es natural que piense por un momento en el lugar en el que es constituido. Ese lugar es el cielo, por supuesto. Pero el autor no puede contentarse con tan breve descripción. Estaba pidiendo a sus lectores que abandonaran su templo de Jerusalén con su magnífica arquitectura, sus zonas sagradas, su Lugar Santo y su Lugar Santísimo (tan santo que sólo el sumo sacerdote podía entrar en él y sólo una vez al año), su sagrado y amado templo, centro de atracción para el pueblo judío con su espectacular sistema de sacrificios y de cantos litúrgicos. Para los judíos que vivían en el extranjero, visitar el templo era la experiencia suprema de su vida.

¿Y tenían que abandonar todo eso? ¿Entonces qué podría reemplazarlo? Por supuesto, el santuario en el que nuestro Señor ahora sirve. ¿Y dónde está, cómo es? Nuestro Señor está sentado—dice nuestro autor— a la diestra del trono *de la Majestad en los cielos*. El tabernáculo en el que nuestro Señor ministra es el *verdadero tabernáculo*, es decir, la realidad de la cual el templo de Jerusalén con todo su esplendor sólo era una figura y una

sombra (8:5). ¿Quién no abandonaría un modelo si puede conseguir la realidad? Ningún joven continuará entreteniéndose con los cochecitos de juguete que tanto significaron para él en su infancia cuando tiene la oportunidad de conseguir y conducir un coche de verdad.

Pero no sólo eso. Escuchemos esta sorprendente afirmación: nuestro Señor *se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*. Quizás tendrías que ser un judío de la antigüedad para comprender el significado profundo de esto. En su templo estaba el Lugar Santísimo, y en el Lugar Santísimo el arca, símbolo del trono de Dios. Tal era su santidad, que durante 364 días del año a nadie se le permitía acercarse a ese trono: un velo escondía el Lugar Santísimo y su trono simbólico de la vista. Sólo un día al año, su sacerdote más santo tenía permiso para entrar y divisar sólo por unos momentos lo que podía de aquel trono a través de nubes de incienso. Pero, ¿sentarse en el trono? Aunque se trataba sólo de un símbolo, nunca en toda la historia de Israel el sumo sacerdote soñó siquiera con sentarse en ningún lugar cercano a él, no digamos en él.

Pero Cristo se sentó no a la diestra de un símbolo terrenal del trono de Dios, sino a la diestra del verdadero trono de la Majestad en los cielos. Y, por si no fuera suficientemente sorprendente aún, cuando el autor llega al clímax de estos capítulos que siguen, nos recuerda que nuestro Señor, como sumo sacerdote sobre la casa de Dios, nos invita a nosotros incluso ahora a acercarnos con toda confianza y unirnos a Él en espíritu en ese mismo trono de la Majestad en los cielos (10:21, 22; cf. 4:16).

Si los lectores de la epístola se acostumbraban a ejercer este privilegio como creyentes, sería raro que volvieran a impresionarse cuando, en sus visitas a Jerusalén, algún sumo sacerdote judío del templo terrenal (esa simple figura de la realidad) tratara de decirles que el templo era tan santo que a un simple

laico no se le podía permitir entrar en su Lugar Santo, no digamos en el Lugar Santísimo. Y eso se conseguiría si comenzaban a recordar, como el autor ahora les recuerda (8:4), que si nuestro Señor estuviera todavía en la tierra, ellos no le permitirían (y según la ley del Antiguo Testamento no podrían permitirle), entrar tampoco, mucho menos ministrarle allí. Las implicaciones para un creyente judío son obvias.

El ministerio superior de nuestro Señor

Pero no sólo es superior al templo judío el lugar en el que nuestro Señor es constituido como sumo sacerdote; el ministerio de éste también es superior, porque es mediador de un nuevo pacto infinitamente mejor que el antiguo, en el que operaban los sacerdotes judíos.

Para comprender la diferencia entre el antiguo pacto y el nuevo, consideremos en primer lugar lo que significa el término «pacto» en su contexto. Podemos ilustrarlo por medio de las costumbres que reinaban en el mundo en los días de Moisés. En aquellos tiempos, los grandes emperadores establecían tratados con sus reyes vasallos, recordando así a estos reyes sometidos quién era el gran emperador, qué beneficios les había concedido, qué comportamiento se esperaba de ellos, qué bendiciones conseguirían si obedecían al emperador y qué castigos recibirían si se rebelaban contra él. En otras palabras, estos tratados establecían la relación entre el gran soberano y sus súbditos.

Ahora, estos tratados eran denominados pactos, y el antiguo pacto era, por así decirlo, un tratado entre Dios y los israelitas que definía la relación entre Él como su soberano y ellos como sus súbditos. El pacto especificaba en diez mandamientos principales y en otros muchos inferiores el comporta-

miento que Dios requería de Israel, y luego detallaba las maldiciones que vendrían sobre ellos si quebrantaban los términos del pacto y las bendiciones que recibirían si los guardaban.

El antiguo pacto, por tanto, tenía dos partes. Dios tenía su papel y sus condiciones que cumplir, y los israelitas las suyas. De manera que estaba claro desde el principio que, si los israelitas rompían su parte del pacto y no cumplían sus demandas, no sólo se quedarían sin las bendiciones que Dios les había prometido: arruinarían su relación con Dios y acarrearían sobre sus cabezas sus maldiciones.

¡Y eso es exactamente lo que pasó! A pesar de que recibieron con entusiasmo el pacto y prometieron rápidamente cumplir su parte, Moisés casi no tuvo tiempo de bajarles las tablas de la ley de la montaña antes de que el pueblo hubiera quebrantado el más fundamental de todos los requisitos. Dios era paciente, pero Israel fracasó constantemente en cumplir su parte y al final Dios los rechazó: *ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor (8:9)*.

Debería ser una lección para nosotros; pero por desgracia todavía hay personas, incluso dentro de la cristiandad, que piensan que se puede edificar una relación verdadera y satisfactoria con Dios sobre aquellos mismos términos, con la condición de guardar el antiguo pacto. Puede que no expresen su idea en los términos teológicos que nosotros acabamos de utilizar; tienden a decir algo más o menos así: «Yo creo que lo que tengo que hacer es esforzarme todo lo que pueda por guardar los mandamientos, servir a Dios y amar a mi prójimo, y entonces al final todo me irá bien». Pero, por supuesto, no será así. No puede serlo. El resultado de lo que ellos denominan «esforzarme todo lo que pueda por guardar los mandamientos», si lo examinamos, resulta ser un fracaso (al menos en un 25%, o quizás más. O puede que menos, pero el caso es que nunca se guardan completamente). Y si insisten en que su

relación con Dios depende de sus esfuerzos por guardar su ley, entonces a Dios no le quedará más remedio que rechazarlos como rechazó a Israel.

El nuevo pacto

Dios mismo, por tanto, ha desechado el antiguo pacto y todos los intentos de construir una relación con los seres humanos sobre aquella base. No se trata de una idea novedosa inventada por los cristianos. Dios anunció esa intención suya hace siglos a través del profeta judío Jeremías. Anunció que un día establecería un nuevo pacto con su pueblo. Y el autor explica que el mismo hecho de que tuviera que establecer un nuevo pacto muestra que algo fallaba en el primero. No es que sus requisitos fueran excesivamente elevados. Es que en el pacto entraban dos partes: Dios tenía una e Israel otra. Pero Israel no fue capaz de cumplir la suya, sino que constantemente la quebrantó, con resultados desastrosos.

Por tanto, el nuevo pacto tenía que ser diferente, radicalmente diferente, del antiguo: *No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto* (es decir, la ley dada en Sinai). Notemos la palabra «no»; porque a veces oímos sugerencias de que, al fin y al cabo, el nuevo pacto no es demasiado diferente del antiguo. Pero según Dios es radical y fundamentalmente distinto.

¿En qué aspectos? En primer lugar en que en el nuevo pacto no están implicadas dos partes. Ese fue precisamente el problema con el antiguo; porque, cuando Israel no era capaz de cumplir su parte, todo el pacto se iba a pique, Israel perdía sus bendiciones y sufría sus maldiciones. Pero el nuevo pacto no es así. Sólo hay una parte, no dos. Miremos sus términos tal como se enumeran aquí (8:10-12) y veremos que no hay nada

que se le pida al pueblo de Dios, ninguna condición que sean llamados a cumplir. Los términos del pacto anuncian sencillamente, todos ellos, lo que Dios hará. ¡Él lo hace todo! Y, puesto que Dios cumplirá todos los términos que ha prometido cumplir, el pacto nunca será quebrantado, y el pueblo de Dios nunca será abandonado ni rechazado.

La ley de Dios en su interior

Además, el nuevo pacto es radicalmente distinto del antiguo en otros aspectos. Veamos lo primero que Dios pacta hacer: *Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré* (8:10). Se puede ver la importancia de esta promesa si recordamos que los diez mandamientos del antiguo pacto fueron escritos en tablas de piedra. Por eso fueron tan ineficaces para conseguir que el pueblo hiciera la voluntad de Dios. Eran sólo mandamientos externos escritos sobre piedra. Le decían a la persona lo que debía hacer, pero no le proporcionaban las fuerzas para hacerlo; le decían lo que no debía hacer pero no suplían el poder para evitar hacerlo. En sí, eran mandamientos perfectamente buenos y razonables; y, si el pueblo hubiera sido capaz de guardarlos, habrían producido en ellos las más nobles características. Pero nadie podía guardarlos. Nuestros corazones son débiles y pecadores, engañosos sobre todas las cosas, como dice el Antiguo Testamento (Jer. 17:9), y están desesperadamente enfermos.

Antes de que alguien pueda albergar alguna esperanza de guardar la ley de Dios de una manera que a Él le satisfaga, necesita que se le de un corazón completamente nuevo, una nueva naturaleza, un nuevo poder. Y, por tanto, es precisamente esto lo que proporciona la primera parte del nuevo pacto. El compromiso de Dios de escribir su ley en nuestros corazones

Según Hebreos. Un reino incommovible

significa mucho más que ayudarnos a recordarla de manera que podamos, si es necesario, repetirla de memoria. Significa nada menos que la implantación dentro de nosotros de una nueva naturaleza, de hecho de la verdadera naturaleza de Dios (véase 1 P. 1:3, 4). Porque, como señala la Epístola a los Romanos, *los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden* (8:7); y, por tanto, para que podamos cumplir la ley de Dios, Dios tiene que crear dentro de nosotros una nueva vida que, por su misma naturaleza, la cumpla. El apóstol Juan denomina al proceso por el que esto ocurre «nuevo nacimiento»; el nuevo pacto lo llama «escritura de la ley de Dios en nuestros corazones».

Conocimiento de Dios

El siguiente aspecto del pacto habla de que cada creyente disfrutará de un conocimiento íntimo de Dios en su experiencia personal. Dice así: *Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos* (8:10, 11).

Conocer a Dios en este sentido no es, claro está, sólo cuestión de conocer que existe un Dios. El verbo «conocer» es uno de los que la Biblia utiliza para referirse a la relación íntima entre un hombre y su esposa (Gn. 4:1, AV/KJV). En un nivel espiritual, conocer a Dios denota una relación con Él íntima, directa y personal. La experiencia de Dios de segunda mano, adquirida por medio de libros o predicadores, puede tener un valor real y positivo. Pero no es suficiente.

Otros pueden ayudarnos mucho a comprender cosas acerca de Dios; pero para experimentar la salvación, para tener la ley de Dios escrita sobre nuestros corazones, tenemos que conocer

a Dios de una forma personal y directa. Una chica puede llegar a conocer por primera vez al que será su marido a través de referencias entusiastas de alguna amiga, y puede que la amiga, después de un momento, presente a la pareja. Pero, para que la chica se convierta en la esposa de ese chico, tendrá que llegar un momento en que la amiga salga del camino y la chica entre en una relación directa y personal con el chico.

Más aún, no entrar en esa relación personal con Dios es fatal desde el punto de vista espiritual. Nuestro Señor mismo nos ha advertido que, cuando al final se levante, cierre la puerta y tenga que pedir a aquellos que se han quedado fuera que se aparten de Él, la razón por la que tendrán que apartarse se dará con las siguientes palabras: *Nunca os conocí* (Mt. 7:23). Eso no puede significar que Cristo nunca conoció que existían, o que nunca conoció quiénes eran; significa que ellos y Cristo nunca tuvieron un trato directo y personal el uno con el otro. Y Cristo también nos advierte que el hecho de que estas personas puedan citar evidencias de haber sido religiosos por encima de la media no será un sustituto adecuado para el conocimiento personal del Salvador (Mt. 7:22; Lc. 13:26).

En cambio, del creyente verdadero dice: *Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano* (Jn. 10:14, 15, 27, 28).

Ahora, lo glorioso de este conocimiento personal de Dios y de la relación con Él, es que no se trata de algo que tengamos que elaborar y para lo que durante mucho tiempo hayamos de adquirir cualidades y llevar a cabo rigurosas disciplinas preparatorias. El nuevo pacto lo ofrece como un regalo. Es obra del Espíritu Santo en el mismo corazón de todo el que confía en Cristo. Escuchemos a Pablo: *Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama:*

Según Hebreos. Un reino incommovible

¡Abba, Padre! (Gá. 4:6). Cuando confiamos por primera vez en Cristo y nos convertimos en hijos de Dios, todavía somos muy inmaduros. Aún no somos adultos espirituales, ni siquiera jóvenes suficientemente fortalecidos; no somos otra cosas que niños pequeños espirituales. Pero Juan dice de ellos: *Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre* (1 Jn. 2:13).

El perdón de Dios

El tercer y último aspecto del nuevo pacto reza así: *Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades* (8:12).

Lo maravilloso de esto es que aquí tenemos el perdón de los pecados descrito en los términos del pacto. Consideremos su significado.

Puede que estés pensando: «Sí, yo he descubierto que desde que me convertí amo hacer la voluntad de Dios y pienso en su Palabra; es muy distinto de lo que me ocurría antes de convertirme. Entonces para mí era una carga hacer ciertas cosas que Dios decía, y ahora me encanta hacerlas. Pero, a pesar de todo, no soy capaz de hacer siempre la voluntad de Dios, ¡incluso aunque quiera! ¿Qué es lo que ocurre? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué ocurre cuando, a pesar de todas mis buenas intenciones, fracaso? ¿Se acaba todo?»

¿Por qué? Por supuesto que no; porque la última parte del pacto es ésta: *Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades*. Gracias a Dios por el orden de las cláusulas de este pacto. Habiendo sido establecido por el abogado más exacto del universo, su orden es muy significativo. No dice: «Primero perdonaré sus iniquidades y después escribiré mi ley en sus corazones». Dice: «Primero escribiré mi ley en sus corazones y en sus mentes. Y,

suponiendo que a pesar de todo caigan, ¿acabaré con ellos como hice con Israel y los abandonaré? ¡No! Este pacto es diferente: *seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades*».

Y aquí hay algo muy interesante que es todo lo contrario de lo que podríamos esperar. Cuando los creyentes en Cristo descubren esta gracia ilimitada de Dios hacia ellos, y la función del Señor Jesús como su sacerdote que los salva hasta el fin, y los inquebrantables términos del nuevo pacto, esto no hace que sientan que quieren aprovecharse y salir a pecar y a hacer lo que les venga en gana. No es así si en verdad pertenecen a Cristo. Sienten más bien que quieren salir y vivir eternamente para Cristo, que pecar contra Él sería la mayor muestra de ingratitud que jamás podrían cometer; les hace decidirse a buscar siempre la ayuda de su sumo sacerdote para no pecar y entristecerle.

Algunos objetarán que, si el pacto garantiza el perdón de manera que podemos tener seguridad anticipada, no es mucho mejor que el viejo escándalo medieval de que podías comprar indulgencias por adelantado por los pecados que aún no habías cometido, tener así la seguridad de ser perdonado y, por tanto, pecar con impunidad.

La respuesta a esa objeción es que olvida lo que dice la primera parte del pacto. Ésta expresa la determinación de Dios de escribir su ley en el corazón del creyente, es decir, como escribe Pablo (Ro. 8:4), *para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*. Eso significa que el nuevo pacto no sólo provee perdón; más bien, la primera parte anuncia que su principal objetivo es santificarnos por medio de la obra progresiva del Espíritu Santo en nuestro corazón, y garantiza que Dios no claudicará hasta que nos haya hecho perfectos, cueste lo que cueste (véase 1 Co. 11:31, 32).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Sólo en este contexto nos asegura la tercera parte que la aceptación de Dios no depende de nuestro progreso espiritual ni ciertamente de que consigamos la perfección. En la escuela de santidad progresiva tendremos muchas lecciones difíciles a las que hacer frente, y nuestros errores y fracasos serán numerosos. Pero podemos encontrar ánimo y consuelo en que Dios nos garantiza perdón completo, en el conocimiento de que nunca dejará de aceptarnos y de que al fin llegaremos a la meta de la perfección.

Preguntas

1. ¿Cuáles son las tres áreas en las que el ministerio de nuestro Señor como sumo sacerdote es superior al ministerio de los sacerdotes del Antiguo Testamento (8:2-6)?
2. Según 8:9, 10, ¿cuál es la diferencia esencial entre el antiguo pacto y el nuevo?
3. Expón los términos del nuevo pacto y di cómo afectan a nuestra relación con el Señor.
 - a) ¿Qué significa escribir la ley de Dios en nuestras mentes y corazones?
 - b) ¿Qué significa «conocer» a Dios?
 - c) ¿Es significativa la posición que ocupa la última parte del pacto? ¿Por qué o por qué no?

EL SANTUARIO SUPERIOR

Hebreos 9

Ahora bien, aun al primer pacto se le otorgaron de forma divina ordenanzas para la adoración y el santuario terrenal (9:1, traducción mía).

No le corresponde al cristianismo negar la importancia o minimizar la gloria del antiguo pacto. Es bastante cierto que, en el versículo 6 de este capítulo, el autor comenzará a señalar las grandes limitaciones del sistema de culto del antiguo pacto. Pero, a pesar de todas sus limitaciones, aquel sistema, mientras duró, fue extremadamente magnífico. El autor no sólo lo admite, lo afirma. Si el sistema cristiano de culto es mejor –y lo es–, no se debe a que el del antiguo pacto careciera de significado y de valor. Ni mucho menos. Era el mejor sistema que Dios pudo idear y proveer *hasta el tiempo de reformar las cosas* (9:10). ¡Ni la mayor catedral o basílica de toda la cristiandad podría siquiera afirmar algo así!

El antiguo pacto *tenía... el santuario terrenal* (9:1, literalmente). Fijémonos en el artículo determinado: *el santuario terrenal*. En relación con otros santuarios terrenales, aquel tabernáculo (y sus sucesores, los templos edificadas por Salomón y Esdras) fue el único que Dios ordenó construir en todos los tiempos. El sistema de culto cristiano es mejor que el del judaísmo precisamente porque carece de santuarios terrenales (ordenados por Dios). El santuario en el que ministra nuestro Señor (8:2) y al que los cristianos son invitados a entrar para adorar a Dios (10:19-22) no está en la tierra, sino en el cielo. Por tanto,

Según Hebreos. Un reino incommovible

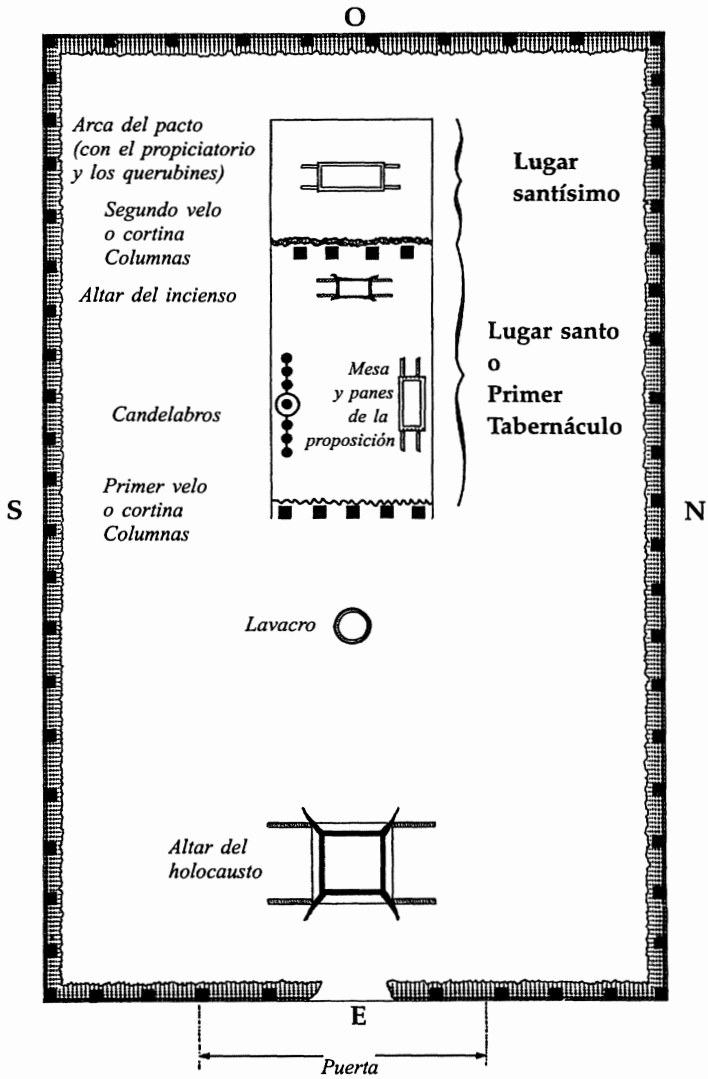
es comprensible que Dios nunca diera a los apóstoles cristianos órdenes o planes para edificar santuarios terrenales.

Pero, para el Israel antiguo, Dios proveyó un santuario terrenal, y era único. En su Lugar Santísimo, Dios condescendió a morar de una forma en la que nunca moró en ningún templo, altar o tabernáculo hechos por el hombre de ningún lugar del mundo. Cuando fue erigido el tabernáculo mosaico, *una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Yahvéh llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Yahvéh lo llenaba* (Éx. 40:34, 35). De forma similar, cuando el templo de Salomón se completó, *no podían entrar los sacerdotes en la casa de Yahvéh, porque la gloria de Yahvéh llenó la casa* (2 Cr. 7:2). Dios mismo se sentó en el trono entre los querubines que están en el arca, en el Lugar Santísimo (2 S. 6:2).

Nuestro autor describe con cuidado las principales características del tabernáculo; y tenemos que intentar comprender de forma precisa los términos técnicos que utiliza.

El edificio del tabernáculo –señala– lo componían dos partes. La primera parte, el Lugar Santo, se denominaba «primer tabernáculo»; y es muy importante ver que, con esta expresión, «el primer tabernáculo», el autor se refiere a la primera sala del tabernáculo de Moisés (y de todos los posteriores templos de Jerusalén), por otra parte conocida como «el Lugar Santo» (9:2) y diferenciada de la segunda sala del mismo tabernáculo, que se conoce como «el Lugar Santísimo» (9:3) o «el Santo de los Santos». No se refiere al primer santuario, construido por Moisés, diferenciándolo de los posteriores santuarios edificados por Salomón, Esdras y otros. En la entrada del primer tabernáculo colgaba una cortina denominada el primer velo. Y luego había otra a la que nuestro autor denomina el segundo velo, y que separaba el primer tabernáculo del segundo, es decir, el Lugar Santo del Lugar Santísimo. De los dos velos, el

EL TABERNÁCULO



Según Hebreos. Un reino incommovible

segundo era con mucho el más importante en los rituales del tabernáculo; y adquirió fama imperecedera su equivalente en el templo de Herodes, que fue rasgado de arriba abajo en el momento de la muerte de Cristo en el Calvario (Mt. 27:51). Por esta razón, a menudo se hace referencia al segundo velo sencillamente como «el velo».

Esto en cuanto a la estructura del tabernáculo. El autor también enumera los componentes principales de su mobiliario sagrado, comenzando con el contenido del Lugar Santo para adentrarse en el interior.¹

Se trata de una lista breve, aunque el autor deja entrever que podría haber hablado en detalle del significado de cada mueble sagrado si hubiera tenido tiempo (9:5). Pero cuando llega al último mueble, su breve descripción escoge ineludiblemente lo más majestuoso y maravilloso del tabernáculo: *Y sobre el arca los querubines de gloria* (9:5). El término «gloria», por supuesto, hace referencia a la presencia actual e inmediata de Dios.

Ahora, no sabemos dónde vivían sus lectores, si en Jerusalén, Alejandría, Roma o en otro lugar. Por lo tanto, no sabemos si habían visitado el templo de Jerusalén prácticamente cada semana de sus vidas o sólo una o dos veces en peregrinajes especiales, o quizás nunca. Pero podemos estar seguros de esto:

1. En el versículo 4, cuando dice que el Lugar Santísimo *tenía* un incensario de oro, no quiere decir que el altar de oro estuviera en el Lugar Santísimo. Este altar «perteneía» a lo más interior del santuario (véase 1 R. 6:22, NIV), porque su función estaba íntimamente vinculada al arca. Cuando un sacerdote oraba ante el altar de oro miraba y se dirigía al Dios que estaba sentado en el trono entre los querubines sobre el arca. Tenía que haber un velo entre el sacerdote y Dios; pero los dos muebles iban unidos funcionalmente. En ese sentido, el Lugar Santísimo *tenía* un incensario de oro, aunque éste estuviera *fuera*, frente al Lugar Santísimo. Es como decir, al referimos a un moderno complejo de oficinas, que el despacho privado del director tiene una sala de espera, lo cual no significa que ésta se encuentre dentro del despacho.

en las mentes de muchos de sus lectores, el templo de Jerusalén, que se basaba en las características esenciales del tabernáculo mosaico, sería asociado a las más sagradas, exaltadas y gloriosas experiencias y privilegios que pudieran posiblemente imaginar. Les parecería un sacrilegio la sugerencia de que, si eran cristianos, tenían que abandonar el templo y su sistema de adoración. No obstante, eso es precisamente lo que el autor les pedirá (véase 13:11-14). Durante unos pocos años, Dios no iba a permitir a los romanos que destruyeran el templo completamente como nuestro Señor había profetizado que finalmente ocurriría (Lc. 21:5, 6). El sistema de culto del antiguo pacto estaba obsoleto y envejecido, y próximo a desaparecer (8:13). Pero, ¿cómo podía persuadir el autor a sus lectores para que lo abandonaran en el acto y, después de su destrucción, no intentaran reproducirlo en sus lugares de reunión para el culto cristiano?

La incapacidad del santuario terrenal

Primero lo hará señalando la forma en que toda la estructura del tabernáculo anuncia su propia incapacidad. Sí –les dice en efecto (9:1-5)–, el sistema de culto del antiguo pacto, centrado en el tabernáculo, era extremadamente glorioso, *pero...* Y fijémonos en el «pero» con que comienza el versículo 7. Muchas traducciones lo omiten o comienzan la frase con una palabra como «ahora», no indicándole al lector que el versículo 7 comienza a mostrar la otra cara de la cuestión: el tabernáculo era glorioso, *pero* tenía una limitación notable. Estaba dispuesto de tal manera, que ¡sólo durante unos breves momentos de un día al año se le permitía al sumo sacerdote y representante del pueblo entrar a la inmediata presencia de Dios! Y, en cuanto a los sacerdotes normales, nunca se les permitía entrar en dicha

presencia, sino que tenían que contentarse con ministrar en el primer tabernáculo, es decir, en el Lugar Santo (9:6, 7).

Esto, por supuesto, no se debía a una equivocación o error en el diseño del tabernáculo. Tampoco se trata de un comentario crítico ideado por los cristianos para lanzárselo a los judíos a la cara. El mismo Espíritu Santo fue responsable de esa idea, en lo que tanto los judíos ortodoxos como los cristianos están de acuerdo. Y el tabernáculo es diseñado deliberadamente con dos compartimentos completamente distintos para ser una parábola, para llevar un mensaje, de hecho unos cuantos mensajes, de forma clara e inequívoca (9:8, 9).

El primer mensaje es tan claro que resulta obvio de inmediato (al menos, lo es si los traductores evitan que se pierda la coherencia del autor en su uso de los términos técnicos). El significado del diseño del Espíritu Santo para el tabernáculo es que *aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie* (9:8). Esa es una traducción literal. ¿Qué significa?

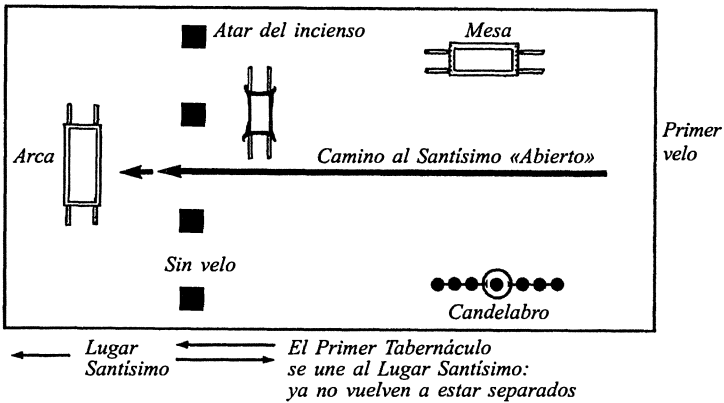
Volvamos a mirar el diagrama anterior. La primera parte del tabernáculo, en la terminología del autor, es la primera división del edificio, el Lugar Santo. Lo que hace que este primer tabernáculo esté separado del segundo, el Lugar Santísimo, es por supuesto *el velo*, el segundo velo, tal como lo denomina nuestro autor. Extendido a través de todo el edificio desde el suelo hasta el techo y de pared a pared, divide al edificio en dos compartimentos separados, y al mismo tiempo bloquea el acceso desde el primer tabernáculo hasta el Lugar Santísimo.

La lección que se extrae es muy sencilla, hasta un niño podría entenderla: dado que el velo es la causa de que el primer tabernáculo esté separado,² el camino al Lugar Santísimo

2. s de *stasis* griega, que significa «posición» o «lugar», véase *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, editado por W.

queda automáticamente cerrado, cortado, y no se manifiesta. Por otro lado, si se rasga, se corta o se quita el velo, automáticamente ocurren dos cosas: primero, el camino al Lugar Santísimo se hace manifiesto inmediatamente; segundo, el primer tabernáculo ya no está separado o alejado del Lugar Santísimo.

DIAGRAMA DEL TABERNÁCULO SIN EL SEGUNDO VELO



Entonces, ¿por qué el diseño del tabernáculo que plantea el Espíritu Santo bloquea de esta forma el camino al Lugar Santísimo? Después de todo, hablando con sencillez pero con reverencia, ¿qué era lo que Dios pretendía descendiendo del cielo y morando en el tabernáculo, si ni siquiera el sumo sacerdote del pueblo podía entrar en su presencia más que unos breves momentos al año? ¿Por qué tenía que haber un velo tras él que dejaba fuera a todos los demás?

Bauer, adaptado y traducido por W. F. Arndt y F. W. Gingrich, segunda edición revisada y aumentada por F. W. Gingrich y F. W. Danker (University of Chicago Press, 1979).

Según Hebreos. Un reino incommovible

La respuesta la tenemos en los versículos 9 y 10, que, traducidos literalmente, dicen que los sacrificios, rituales, abluciones y ofrendas de los antiguos israelitas eran incapaces de *hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto*. Ningún judío, por lo tanto, se habría sentido adecuado para entrar en la presencia inmediata de Dios, y lo cierto es que ninguno habría sido aceptado.

Pero debemos tener cuidado para no malinterpretar a nuestro autor. No está negando que los israelitas fueran perdonados cuando con arrepentimiento y fe ofrecieran sus sacrificios. El Antiguo Testamento dice explícitamente que sí lo eran (véase, por ejemplo, Levítico 4:20, 26). No eran los sacrificios de animales lo que les aseguraba el perdón. Aquellos sacrificios sólo eran pagos simbólicos; el verdadero precio de sus pecados lo pagaría Cristo en el Calvario. Pero, cuando ofrecían con arrepentimiento y fe sus sacrificios de animales tal como Dios había ordenado, eran perdonados. Dios dice que lo eran; y nuestro autor, ciertamente, no tenía intención de contradecir a Dios.

Pero el perdón que recibían, aunque real y bueno, era limitado. Llevaban su sacrificio, confesaban su pecado, y eran perdonados. Mas eso no significaba que permanecieran en buena relación con Dios. Si así hubiera sido, nunca más habrían tenido que ofrecer otro sacrificio (véase 10:1, 2). Lo que ocurría era que, si en el minuto siguiente cometían otro pecado (o el mismo), había que repetir todo el proceso del sacrificio. En el mejor de los casos, todo lo que podían afirmar es que eran perdonados hasta el momento presente; pero continuaba la incertidumbre en cuanto a cuál sería su relación con Dios a la mañana siguiente, a la semana siguiente, al año siguiente o al final de su vida; no podía ser de otra manera. Su conciencia nunca era «hecha perfecta».

Por supuesto, hay muchas personas que profesan ser cristianas que aún sienten lo mismo en cuanto al perdón. Confie-

san regularmente sus pecados, pero lo más que se atreven a decir es que han sido perdonados hasta ese momento. Esperan que al final de su vida estarán suficientemente preparados como para entrar en la presencia inmediata de Dios, pero no están seguros de que vaya a ser así. Y, en cuanto a cómo disponerse aquí y ahora para entrar inmediatamente en la presencia de Dios, consideran que esta idea está fuera de lugar. Todo el que afirma esa posibilidad, a sus ojos es un presuntuoso fanático.

Su conciencia, obviamente, no ha sido hecha perfecta. Todavía no son plena o verdaderamente cristianos. Su actitud no es diferente a la de los judíos que vivían cuando el primer tabernáculo aún mantenía su separación, cuando ni siquiera los más piadosos de Israel (excepto el sumo sacerdote) eran adecuados para traspasar el velo y acercarse a la presencia inmediata de Dios en la tierra, no digamos al cielo.

Podría ser que alguien que esté leyendo este libro sienta lo mismo. Si es así, permite que el Espíritu Santo te muestre ahora el verdadero cristianismo y lo que enseña acerca del perdón y de la entrada en la presencia de Dios, y cuán inconmensurablemente superior es al judaísmo y a la clase de perdón en la que tú crees en este momento.

Diferencias entre el cristianismo y el judaísmo

La primera diferencia hace referencia al santuario en el que ministra nuestro sumo sacerdote. A diferencia del santuario terrenal del antiguo pacto, su tabernáculo no es hecho por hombres; no forma parte de esta creación (9:11). El santuario de Moisés, hecho por hombres, era como mucho sólo una copia del verdadero (9:24). Cristo ha entrado en el cielo mismo (9:24). Ministra en el mayor y más perfecto tabernáculo (9:11), en la

Según Hebreos. Un reino incommovible

realidad. Comparado con este mayor y más perfecto tabernáculo, todo el oro, la plata y las joyas del tabernáculo de Moisés sólo eran juguetes.

*Ningún templo hecho de manos
es el lugar donde él sirve;
Ejerce en el mismo cielo,
Real sacerdocio es el suyo.
En él, las sombras de la ley
llegan a su cumplimiento y desaparecen.*

(Thomas Kelly)

La segunda diferencia tiene que ver con la naturaleza de su entrada en ese santuario celestial. El sumo sacerdote de Israel entraba en el Lugar Santísimo terrenal el día de la expiación y volvía a salir aquel mismo día, de hecho en aquella misma hora. Al año siguiente volvía a entrar y a salir de nuevo. No se quedaba en la presencia divina. Incluso en el día de la expiación entraba y salía al menos dos veces; porque no podía hacerlo todo la primera vez que entraba, sino que tenía que salir para ofrecer otro sacrificio (Levítico 16:12,15).

¡Qué diferente es la entrada de Cristo! Entró *una vez para siempre en el Lugar Santísimo* celestial (9:12). No tenía que estar entrando y saliendo una y otra vez. Su gran sacrificio fue suficiente para obtener para nosotros redención eterna y ya lo había completado cuando entró en el cielo. Por tanto, habiendo entrado, ha permanecido allí en la presencia inmediata de Dios como nuestro representante estos dos mil años.

Lo que nos lleva al tercer punto de contraste. Los sacrificios de Israel, aunque en realidad no servían para mucho, proporcionaban sacerdotes y adoradores con limpieza ceremonial de sus cuerpos. Para las personas que todavía permanecían en su infancia espiritual, esa limpieza ceremonial no carecía de valor.

Comenzaba en un primer nivel con la enseñanza a Israel de los conceptos de profanación y limpieza que posteriormente podían ser aplicados a un nivel mucho mayor. Había una ceremonia en particular (a la que aquí se hace referencia como *las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos* [9:12], que *santifican para la purificación de la carne*) que tenía que ser aplicada a todo el que hubiera tocado un hueso o cuerpo muerto (véase Nm. 19). Eso hizo que los israelitas pensaran que la muerte física repugna al Dios vivo y representa la corrupción del hombre. (Podemos imaginarnos algo de la repugnancia y la angustia que sentiría nuestro Señor ante la tumba abierta en la que yacía el cadáver hediondo de su amigo Lázaro; Juan 11:34-39.)

Pero si la muerte física es mala, la muerte y corrupción espiritual es peor. Y ese es nuestro verdadero problema. Para adorar y servir al Dios vivo de forma aceptable hoy día, tenemos que acercarnos no a un altar terrenal hecho de madera y granito con vidrieras de colores, ni en Jerusalén ni en cualquier otro lugar; tenemos que acudir directamente al Dios vivo que está en los cielos. Dios es espíritu; y, como nos enseñó nuestro Señor (Jn. 4:21-24), hay que adorarle en espíritu y según la verdad. Pero la persona no regenerada está muerta –no física, sino espiritualmente–, en delitos y pecados (Ef. 2:1). Obviamente, no puede servir y adorar a Dios de forma aceptable en ese estado. Necesita limpieza. No limpieza ceremonial de su cuerpo, llevada a cabo por el agua sagrada mezclada con cenizas, sino limpieza espiritual de su conciencia y espíritu. Cristo proporciona esto. *¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?* (9:14; AV/KJV, RV).

Y, a veces, los que de verdad hemos nacido de nuevo y tenemos vida eterna encontramos que nuestras mentes y con-

ciencias se manchan por malos actos y pensamientos debidos a la influencia de la corrupción del mundo que nos rodea. Entonces sentimos que no podemos acercarnos a Dios para adorarle y servirle. ¿Qué tenemos que hacer? Si el pecado que hemos cometido es contra otro cristiano (o contra alguien que no es cristiano, para el caso), primero tenemos que ir a aquel contra quien hemos pecado y arreglarlo (Mateo 5:23-24). Pero supongamos que la cuestión es sólo entre nosotros y Dios. Tenemos que confesar nuestro pecado y después permitir que el Espíritu Santo, por medio de su Palabra viva, aplique a nuestra mente y conciencia el valor de la sangre y el sacrificio de Cristo ofrecido por nosotros en el Calvario. Escuchemos de nuevo lo que dice el Espíritu Santo: «*¿Cuánto más la sangre de Cristo... limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? No tenemos que retroceder por culpa de la mala conciencia. Debido al pleno valor del sacrificio de Cristo, siempre podemos venir libremente y disfrutar de acceso a la presencia inmediata de Dios.*

¿Pero qué pasa con nuestros parientes que murieron antes de que se estableciera el nuevo pacto?

Una vez más tenemos que utilizar nuestra imaginación e intentar comprender lo que sentían los lectores de la epístola cuando la leyeron y comenzaron a ser conscientes de la enorme superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo. Algunos de ellos comenzarían a preguntarse antes o después acerca de sus abuelos y parientes que habían muerto. ¿Qué pasaría con sus antepasados? Ellos vivieron en días en que este nuevo pacto no existía. ¿Todos ellos perecieron? No fue culpa suya, ni de Moisés ni de Josué, que no supieran nada del nuevo pacto.

Hicieron lo que se les dijo y presentaron sus sacrificios de animales. Y ahora resulta que aquellos sacrificios animales realmente nunca quitan el pecado y nunca perfeccionan la conciencia. Entonces, ¿se habían perdido todos ellos?

Gracias a Dios, la respuesta es que no; y queda descrita con tremenda claridad y certeza en el versículo 15. Los sacrificios animales ciertamente no sirvieron para pagar el precio de los pecados que fueron cometidos por las personas que vivieron bajo el antiguo pacto. Pero el sacrificio de Cristo sí. Porque Él ofreció su sacrificio en el poder del Espíritu eterno, y el beneficio de su sacrificio se aplica al pasado y al futuro igual que al presente. También sirve para los pecados de Moisés y Josué, como sirve para los de Pablo y Pedro, sirve para ti y para mí, y servirá para las personas del futuro. Todos los que en cualquier tiempo han sido, o serán, perdonados y salvados, han sido, son y serán perdonados y salvados en virtud del sacrificio y la sangre del Señor Jesús.

Eso no quiere decir que todos los israelitas de tiempos del Antiguo Testamento que ofrecieron un sacrificio animal por sus pecados estén cubiertos por la sangre de Cristo. Por desgracia, muchos de los antiguos israelitas veían la ofrenda de un sacrificio como si se tratara sencillamente de pagar una multa. No tenían intención alguna de arrepentirse. Una vez habían pagado la multa, salían tranquilamente a repetir el mismo pecado con la idea de que, si los pillaban, podían volver a pagar la multa. Sus sacrificios eran, a sus ojos, simplemente una licencia para pecar. Dios nunca aceptó ni siquiera sus simbólicos sacrificios de animales. No se arrepintieron, no eran verdaderos creyentes. Ciertamente ellos no estaban cubiertos por el sacrificio de Cristo. Ni lo son sus equivalentes de la actualidad.

Pacto y testamento

Pero ahora el autor comienza a hablar de los pactos y los testamentos. Señala que, en el caso del testamento, el testador, aquel que hace el testamento, tiene que morir antes de que éste entre en vigor. Ahora, algunos lectores serán conscientes de que este pasaje plantea grandes dificultades, porque la palabra griega traducida como «testamento» en los versículos 16 y 17 se traduce como «pacto» en otras ocasiones en este capítulo. En términos legales modernos, un pacto no es normalmente lo mismo que un testamento. Ahora bien, en griego, la palabra en cuestión se puede aplicar tanto a un pacto como a un testamento. Y lo que es más, la naturaleza del nuevo pacto hecho por Cristo es tal que puede ser considerada tanto como un pacto como un testamento. Tratemos de reflexionar sobre este asunto.

Normalmente, en un pacto intervienen dos contratantes; en un testamento, sólo uno. En un pacto, en la antigüedad, se ofrecía un sacrificio; los dos contratantes se ponían de acuerdo; la víctima moría, se derramaba la sangre y así el pacto quedaba ratificado. Pero en el caso de la última voluntad o testamento no se sacrificaba una víctima. Se hacía el testamento, pero quedaba inoperativo hasta la muerte del testador, aquel que hacía el testamento. E igual ocurre ahora. Si haces testamento, éste carecerá de validez hasta que mueras. Pero resulta que, mientras que en el antiguo pacto había dos contratantes y una víctima sacrificada, lo que el Señor ha puesto en marcha por medio de su muerte es un pacto con un solo contratante, un testamento, una última voluntad. Y no somos una parte contratante de ese testamento en el sentido de que haya unas condiciones que tengamos que cumplir para recibir sus beneficios; no tenemos condiciones que cumplir excepto arrepentirnos, creer y aceptar los beneficios.

¿Recordamos cómo, cuando Moisés bajó al pueblo desde el monte Sinaí, hizo la propuesta que Dios les había ofrecido, de que Dios estaba dispuesto a ir con ellos mientras ellos cumplirían lo que estaba escrito en el libro del antiguo pacto, toda la ley que se les había anunciado en el monte Sinaí, todos los ritos ceremoniales que Dios les había mandado? Estas eran las condiciones que la gente tenía que cumplir. Eran duras y pesadas. Se trataba de un sistema que no podía funcionar. Era un yugo demasiado pesado para un ser humano (como dice claramente Hch. 15:10). Pero el pueblo, cuando escuchó los términos, rápidamente respondió entusiasmado: *Haremos todas las cosas que Yahvéh ha dicho y obedeceremos* (Éx. 24:7). ¡Pobre gente!, difícilmente sabían lo que decían. Allí estaban las dos partes implicadas en el antiguo pacto; se ofreció el sacrificio, se derramó la sangre y se esparció sobre el pueblo y fue ratificado. Dieron su palabra solemnemente, sobre el cuerpo de la víctima, de que guardarían el pacto. Prácticamente acababan de dar su palabra cuando ya lo habían quebrantado violentamente perdiendo el derecho a todas sus bendiciones.

Sólo fue la misericordia de Dios lo que hizo que continuara morando con ellos después de aquello tanto tiempo como lo hizo. El pueblo pecaba constantemente, a menudo a sabiendas pero más frecuentemente en ignorancia. Su misma presencia alrededor del tabernáculo profanaba la morada de Dios. ¿Cómo podía entonces Dios continuar morando entre ellos sin comprometer su santidad y sin permitir al pueblo pensar que su pecado e inmundicia no importaban?

La respuesta es que, una vez al año, el tabernáculo tenía que ser limpiado. Sólo era una figura del verdadero tabernáculo celestial (9:23). Sin embargo, una vez al año, en el día de la expiación, el sumo sacerdote de Israel tenía que llevar a cabo una ceremonia más elaborada para que, como dice Dios, *así purificara el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel,*

Según Hebreos. Un reino incommovible

de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas (Lv. 16:16). Por estos medios, por tanto, Dios dejó las cosas claras al antiguo Israel. Fueron alertados al hecho de que eran pecadores y de que sólo por medio del derramamiento de sangre podía el tabernáculo ser limpiado y Dios podía quedarse a morar entre ellos.

Contrastes y similitudes

Pero, como el tabernáculo mismo, las elaboradas ceremonias del día de la expiación sólo eran figuras y símbolos. En sí no eran una respuesta adecuada para la necesidad real de la humanidad. Nuestro problema no es en qué términos puede Dios relacionarse con nosotros viviendo y trabajando alrededor o cerca del exterior de algún edificio consagrado en el centro de la ciudad, sino cómo nosotros pecadores podremos entrar alguna vez a la presencia inmediata de Dios en el cielo y ser aceptados –y saber que lo somos– allí, y formar para Dios un tabernáculo espiritual hecho no de madera o de piedra sino de personas humanas redimidas.

Los sacrificios animales simbólicos eran adecuados para la limpieza en un tabernáculo físico que, en el fondo, contenía sólo figuras *de las cosas celestiales* (9:23). Pero lo que no podían hacer lo ha hecho Cristo. Así que lo primero que advertimos ahora es, una vez más, el profundo contraste y la diferencia entre los sacrificios animales del judaísmo y el sacrificio de Cristo; entre el santuario terrenal hecho por hombres de Israel y el celestial donde Cristo ahora nos ministra (9:23, 24). Pero mantengamos estas diferencias básicas y de crucial importancia firmemente en nuestras mentes –el autor ciertamente no nos dejará olvidarlas– y veremos salir a la luz otra cuestión

muy interesante. Puesto que el antiguo tabernáculo fue edificado (como ya nos ha recordado en 8:5) como una figura y sombra de las cosas celestiales, y puesto que sus ceremonias fueron diseñadas por Dios, podemos utilizar estas cosas como parábolas dadas por Él (como señala 9:9). Pueden servirnos como modelo para pensar mientras tratamos de comprender lo que Cristo hizo por nosotros en el Calvario, lo que está haciendo por nosotros ahora y lo que hará por nosotros en su segunda venida.

En el centro de las ceremonias del día de la expiación, en el antiguo Israel había tres «apariciones» del sumo sacerdote.

1. «Aparecía» por primera vez en el altar del sacrificio en el atrio del tabernáculo a la vista de todo el pueblo y mataba un macho cabrío en expiación por el pecado (Lv. 16:7-10, 15).

2. Tomaba la sangre del sacrificio en un cuenco y entraba en el tabernáculo. Pasaba a través del primer velo como hacía cada día. Pero entonces hacía algo que era único en este día del año: atravesaba el segundo velo, entraba en el Lugar Santísimo y aparecía en la presencia inmediata de Dios a favor del pueblo que continuaba esperando fuera. Estos eran momentos tensos tanto para él como para el pueblo. Las personas reconocían que eran pecadoras y merecían el juicio de Dios. Aquel hombre era su representante. En el arca que constituía el trono de Dios estaban las tablas de la ley. Él y el pueblo habían quebrantado esa ley. Merecían sufrir su castigo. Sabiendo esto, con reverencia rociaba con la sangre del sacrificio delante y encima de la cubierta de oro del arca, denominada propiciatorio (en la RV; en otras versiones «el trono de misericordia»), ante los ojos de los querubines simbólicos, el poder ejecutivo del trono y del juicio de Dios. Si Dios aceptaba el sacrificio, entonces tanto él como el pueblo al que representaba eran aceptados. Si Dios rechazaba su sacrificio, tanto él como el pueblo perecerían (Lv. 16:15-17).

3. Entonces abandonaba el Lugar Santísimo, salía del tabernáculo y aparecía por segunda vez ante el pueblo que esperaba fuera. Después tomaba otro macho cabrío, confesaba los pecados de la nación sobre su cabeza y lo enviaba al desierto como expresión simbólica de que los pecados del pueblo habían sido perdonados y se había quitado su culpa (Lv. 16:18-28).

¡Qué parábola tan instructiva! ¡Cuán claramente ayuda a nuestras mentes e imaginaciones a comprender y captar el significado de las tres grandes apariciones de nuestro Señor.

Primero, según nuestro autor, *en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado* (9:26). Ese gran sacrificio no fue hecho en secreto. El Hijo de Dios, como representan los símbolos y sombras de las ceremonias de Israel y fue anunciado por los profetas, descendió de los cielos, apareció en nuestro planeta y, a plena vista de los seres humanos, de los demonios, de los ángeles y de Dios, se ofreció a sí mismo como el gran y único sacrificio por los pecados. Pero fijémonos bien en que, a diferencia de los sumos sacerdotes de Israel, apareció sólo una vez: *en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre* (9:26). Ellos tenían que aparecer ante el altar en el día de la expiación cada año, ¿por qué? Porque los sacrificios simbólicos que ofrecían sólo podían cubrir los pecados de la nación –y simbólicamente– de un año cada vez. Si el sacrificio de nuestro Señor hubiera sido como el de ellos –dice nuestro autor (9:25-26)–, habría tenido que descender del cielo al Calvario una vez al año desde la creación del mundo hasta el fin de los tiempos. No, gracias a Dios su sacrificio no es como los de ellos. Captemos la diferencia. Él se ofreció una vez para siempre por toda la eternidad.

Pero algunas personas encuentran esto difícil de aceptar. Pueden comprender la idea de que tú pecas, ofreces un sacrificio y se te perdona; después cometes otro pecado, ofreces otro

sacrificio y se te perdona; y así hasta el final de la vida. Pero no pueden aceptar que el sacrificio único de Cristo en el Calvario ya haya pagado el castigo que merecen los pecados del creyente, de todos ellos, pasados, presentes y futuros. Así que fijémonos cuidadosamente en lo que se dice en cuanto a este punto.

Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, dice en 9:27. En otras palabras, Dios no nos cita a juicio, expone nuestro caso y nos juzga cada día o cada año de nuestras vidas. Sólo hay un juicio final, y se produce cuando la persona ha muerto. Se examinan toda su vida y todos sus pecados de una vez por todas y en la misma sesión. Las maravillosas noticias son que, a la vista de ese único juicio que abarca toda la vida de la persona, el sacrificio único de Cristo ofrecido una vez para siempre ya ha pagado el castigo de cada uno de los pecados del creyente que pudieran aparecer allí. (Menos mal que es así; porque Cristo nunca volverá a morir. Si algunos de los pecados del creyente no hubieran sido cubiertos por la muerte de Cristo en el Calvario, quedarían sin expiar para siempre.)

Por supuesto, la situación actual es incluso mejor de lo que acabamos de describir. Puesto que el castigo por los pecados del creyente ha sido pagado, el Juez mismo ha declarado que el creyente *no vendrá a condenación* (Jn. 5:24, ss.). El caso ya ha sido juzgado en el tribunal. Y el Espíritu Santo nos confirma que Dios nunca más planteará la cuestión de la culpa y el castigo por los pecados de un creyente (10:17).

¿Pero cómo podemos estar seguros de esto? –Puedes preguntar.

La respuesta se encuentra en lo que Cristo está haciendo por nosotros ahora. Él ha entrado no en una sala especialmente sagrada en un santuario terrenal. Ha entrado en el cielo mismo. Y lo que ahora está haciendo es aparecer en la inmediata

presencia de Dios *por nosotros* (9 24) Párate en las palabras «por nosotros» No nos sorprende que, cuando el Señor Jesús ascendió y entró en la presencia inmediata de Dios, fuese personalmente aceptado por amor a Él Pero la cuestión es que no entró por Él. Entró como nuestro sumo sacerdote y representante, y ahora aparece en la presencia de Dios por nosotros, al igual que el sumo sacerdote de Israel, en el día de la expiación, aparecía en la presencia de Dios como representante del pueblo que esperaba fuera. En su caso, si el representante sumo sacerdote era aceptado, quería decir que el pueblo al que representaba era aceptado. Si era rechazado, ellos eran rechazados.

¡Y lo mismo ocurre en nuestro caso también! Si nuestro representante ha sido aceptado, también lo seremos nosotros. La cuestión que puede que nos estemos planteando es la siguiente: ¿Se da cuenta Dios plenamente de que, cuando el Señor Jesús entra ahora en su presencia, lo hace no sólo por Él, sino como mi representante personal? La respuesta es que sí, por supuesto. ¿Pero conoce Dios todos los pecados que he cometido y que cometeré? La respuesta es que sí, por supuesto.

Bueno, entonces –y aquí está el quid de la cuestión– el Señor Jesús ha entrado y ahora aparece por mí como el que murió por mí en el Calvario, y ahora vive como mi representante, pero ¿le ha aceptado Dios? La respuesta, una vez más, es que sí, por supuesto. Dios le ha aceptado plenamente, sabiendo que es mi representante. Nunca en estos 2.000 años ha dicho alguna vez que su sacrificio en el Calvario no fuera suficiente para cubrir perfectamente todos los pecados que voy a cometer, y que tenga que dejar el cielo, volver a la tierra y, como el sumo sacerdote de Israel, complementar su sacrificio original con otro. No, como representante mío está sentado a la diestra de Dios y nunca se le ha pedido en 2.000 años que se mueva de allí ni un centímetro Eso quiere decir que todos los creyentes pueden saber en este mismo instante que ya han

sido aceptados, y que seguirán siéndolo, en lo más elevado del cielo de Dios.

Y eso no es todo. Igual que el sumo sacerdote de Israel finalmente abandonaba el Lugar Santísimo y aparecía por segunda vez ante el pueblo que le esperaba alrededor del tabernáculo, así Cristo aparecerá un día por segunda vez en lo que denominamos su segunda venida (9:28). Cuando el sumo sacerdote de Israel aparecía ante el pueblo por segunda vez, tenía que ofrecer otro sacrificio. Cristo no tendrá que hacerlo en su segunda venida. Él vendrá a salvar a aquellos que le esperan (véase 1 Ts. 1:10). Eso significa que completará su salvación salvando sus mismos cuerpos. Los muertos resucitarán incorruptibles; los vivos serán transformados y hechos inmortales. A todos los creyentes se les dará un cuerpo como el cuerpo resucitado y glorificado del Salvador (1 Ts. 4; 1 Co. 16; Fil. 3:21). Y llevará a su pueblo redimido a la casa del Padre: no a un tabernáculo terrenal, ni al templo de Jerusalén que Él en cierta ocasión denominó «la casa de mi Padre» (Jn. 2:16), sino al tabernáculo eterno de Dios (Ap. 21:3).

Preguntas

1. ¿En qué sentido era único el antiguo tabernáculo construido por Moisés?
2. ¿Qué lección quería comunicar el Espíritu Santo por medio del diseño de su estructura (9:8)?
3. ¿Cuál es el equivalente en el cristianismo del tabernáculo de Israel?
4. ¿Cómo ayuda nuestra interpretación de los términos de nuestra salvación a pensar en el nuevo pacto como un testamento (9:16-17)?

Según Hebreos. Un reino incommovible

5. ¿Fueron los verdaderos creyentes que vivieron antes de la muerte de Cristo perdonados verdaderamente? Si es así, ¿sobre qué base? ¿Es nuestro disfrute del perdón mejor que el de ellos? Si es así, ¿en qué aspectos?
6. ¿Cuántos contrastes y similitudes puedes ver en este capítulo entre lo que hacía el sumo sacerdote de Israel por su pueblo en el día de la expiación y lo que Cristo ha hecho, está haciendo y hará por nosotros?

EL SACRIFICIO SUPERIOR*Hebreos 10*

En nuestro último capítulo estuvimos considerando la segunda venida del Señor *para salvar a los que le esperan*. Y fue muy estimulante, porque aprendimos que nuestros mismos cuerpos serán redimidos (Ro. 8:23). En el presente, nosotros mismos somos perdonados y tenemos las primicias del Espíritu; pero nuestros cuerpos todavía no son redimidos. Es cierto que Dios, en su bondad creadora, de vez en cuando los sana cuando caen enfermos, normalmente a través de métodos naturales; a veces, aunque en rara ocasión, de forma milagrosa. Pero no podemos *exigir* sanidad. La Escritura insiste en que nuestros cuerpos seguirán siendo corruptibles y mortales (1 Co. 15:53, 54), es decir, sujetos a enfermedades y muerte, hasta que el Señor venga. Tal como son en el presente no podrían entrar en la inmediata presencia de Dios. La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios (1 Co. 15:50). Tenemos que esperar para eso: *Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya* (Fil. 3:20, 21). Las perspectivas son tremendamente gloriosas.

Pero mientras esperamos, hay algo más en el camino que resulta más maravilloso aún. Incluso ahora, aunque no podemos tener acceso corporal a la presencia de Dios, sí podemos tener acceso espiritual. *Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de*

Según Hebreos. Un reino incommovible

su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura (10:19-22).

El camino nuevo

Toda la idea, como el camino mismo, es asombrosamente nueva. No existía antes (9:8). Cristo lo abrió. Asegurémonos de que captamos lo que hay de nuevo y revolucionario en todo esto. El versículo no está diciendo simplemente que podemos orar a Dios con confianza. El pueblo de Dios a lo largo de todos los siglos siempre ha tenido la libertad de orar a Dios. Tampoco está diciendo que Cristo ha abierto las puertas del cielo permitiéndonos así entrar en la presencia inmediata de Dios aquí y ahora. Ahora podemos hacer cada día de la semana lo que el sumo sacerdote de Israel podía hacer sólo una vez al año: entrar en el Lugar Santísimo. Y no hay duda de cuál es ese lugar: es aquel al que entras a través del velo, es decir, el equivalente al segundo velo del tabernáculo. Ahora podemos hacer lo que nunca pudo hacer el sumo sacerdote de Israel. Él sólo podía entrar en el Lugar Santísimo en el tabernáculo terrenal; nosotros podemos entrar cada día de nuestras vidas en la presencia inmediata de Dios en el cielo.

Para el judío medio, la idea parecería en principio extraña e increíble. Y quizás fuese así para los primeros lectores de esta epístola. Incluso podría serlo para algunos de nosotros. Para el antiguo judío, su trasfondo y sus tradiciones religiosas entre otras cosas, hacían que fuera difícil para él aprovechar este camino nuevo y vivo al Lugar Santísimo. Siglos de adoctrinamiento le habían preparado para pensar que ninguna persona laica, que no fuera sacerdote, tenía permiso para entrar en el

primer compartimento del santuario terrenal, el Lugar Santo, mientras que el Lugar Santísimo estaba prohibido para todos excepto para el sumo sacerdote. El Antiguo Testamento relata lo que le ocurrió a un rey, llamado Uzías, por entrar en el Lugar Santo e intentar ofrecer incienso en el altar de oro. Dios le castigó con lepra y los sacerdotes se apresuraron a echarle del templo (2 Cr. 26:16-20). ¿Cómo entonces podía una persona laica entrar en el Lugar Santísimo del cielo?

Para algunos de nosotros, la dificultad podría ser comprender lo que significa entrar en el Lugar Santísimo, en el cielo, mientras aún estamos en la tierra. Nos decimos que Dios está en el cielo y nosotros en la tierra, y así es. Él puede oírnos cuando oramos, porque es Dios. Ahora bien, ¿cómo podemos entrar en el cielo para hablar con Él? Lo que deberíamos recordar es que ahora estamos pensando en términos espirituales, no físicos. En este nivel, la distancia no hay que medirla en kilómetros ni en años luz. Puede haber dos personas juntas en la misma habitación y sentadas en el mismo sofá y, no obstante, en el fondo estar muy lejos la una de la otra. A veces, tras una conversación entre dos personas, una de ellas dice de la otra: «Sí, hablamos, pero parecía muy distante». El recaudador de impuestos de la parábola de nuestro Señor (Lc. 18:10-14) subió al templo a orar. Pero se quedó en la distancia, no quería *ni aun alzar los ojos al cielo*. Dios, por supuesto, oyó su clamor pidiendo misericordia, y él se fue a casa justificado ante Dios, mientras que el fariseo que confiaba en sus propias buenas obras no fue justificado. Pero la cuestión es que ahora nosotros somos justificados y no tenemos por qué quedarnos lejos. En espíritu podemos entrar en la presencia de Dios y estar ante su mismo trono, porque sabemos que ya hemos sido completamente aceptados por Él y que nunca nos echará. *Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo... porque por*

Según Hebreos. Un reino incommovible

medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo espíritu al Padre (Ef. 2:13, 18).

Entonces, ¿por qué no podían los antiguos judíos disfrutar de esta cercanía de acceso a Dios? El problema reside en las ofrendas por el pecado. Aunque fueron ordenadas por Dios, fueron solamente una sombra del futuro gran sacrificio de Cristo. No eran la realidad misma (10:1). Sólo eran símbolos o figuras de ella. Pero no podían hacer perfectos a aquellos que se acercaban a Dios sobre esta base. Eso podemos verlo en el mismo hecho de que repetían continuamente interminables sacrificios año tras año con el fin de conseguir más perdón de los pecados. En ningún momento sentían que el precio por el pecado hubiera sido ya pagado completamente. En caso contrario, no habrían vuelto a ofrecer más sacrificios. Después de todo, no sigues abonando plazos mensuales cuando ya has acabado de pagar la hipoteca de tu casa.

La «memoria» de los pecados

La conclusión, por consiguiente, es que los holocaustos de Israel no acababan con la sensación de distancia entre ellos y Dios. Todo lo contrario: la mantenían –manifiesta nuestro autor–, hay una memoria («recordatorio» en la NIV) de los pecados cada año (10:3). Debemos advertir que eso significaba que, una vez al año, Dios volvía a recordar que los israelitas eran pecadores y que, asimismo, ellos volvían a ser conscientes de su situación. De paso diremos que la promesa que Dios nos hace de que no recordará nunca más nuestros pecados significa que, de alguna manera, olvidará o borrará de su memoria el hecho de que una vez fuimos pecadores. Cuando a lo largo de toda la eternidad veamos las huellas de los clavos en las manos del Salvador, seguramente no podremos decir: «No puedo re-

cordar por qué tiene esas marcas. ¿Qué es lo que las causó?» ¡Y Dios tampoco!

Los términos «recordar», «recuerdo» y «memoria» son términos algo técnicos. Los antiguos reyes tenían una persona en la corte llamada «cronista», «encargado de recordar» (2 S. 20:24). Su labor era recoger los recuerdos reales de todos los sucesos significativos. Y cuando el rey los pedía, el cronista tenía que traerle los libros para que pudiera examinar el relato acerca de cualquier ciudadano concreto que le interesara; y si lo que se relataba de él era malo, el rey lo sentenciaba y el ciudadano era ejecutado. Eso es lo que significaba tener «memoria» de los pecados de alguien (véase Ap. 16:19).

Y eso es lo que los israelitas creían que sucedía en el día de la expiación cada año. Dios, por así decirlo, pedía los libros y examinaba los pecados que su pueblo había cometido a lo largo de aquel año. Se juzgaba su culpa y se exigía su castigo. Sólo ofreciendo sacrificios se podía apartar la ira de Dios. Y además sólo por un tiempo. Tan pronto como había pasado el día de la expiación, aparecía en el horizonte el del año siguiente con la amenaza de más juicio de las culpas, condenación, exigencia de castigo y riesgo de ira de Dios, así como con más necesidad urgente de ofrecer nuevos sacrificios para obtener mayor perdón. Los israelitas no podían sentir que habían sido aceptados plena y definitivamente por Dios. Por mucho que hubieran sido perdonados en el pasado, siempre quedarían pendientes los resultados del siguiente año de investigación. ¿Qué pasaría si Dios decidía al año siguiente que las ofrendas por el pecado ofrecidas por Israel no eran suficientes para cubrir la culpa de la nación y respondía con su rechazo y su ira?

No es de sorprender, por tanto, que a la mayoría de los israelitas nunca se les permitiera, y que nunca se sintieran con la libertad de ello, entrar en la presencia inmediata de Dios, sino que se quedaran a distancia y siguieran repitiendo con-

tinuados sacrificios que esperaban les sirvieran para obtener mayor perdón y, quizás un día, vida eterna y entrar en el cielo de Dios. Lo importante para nuestro autor era, pues, cómo conseguir que sus lectores dejaran de ofrecer estos sacrificios.

¿Cese de las ofrendas?

Había dos cosas que aparecían en el camino. En primer lugar estaba el hecho de que estos sacrificios habían sido ordenados por Dios mismo en los libros divinamente inspirados del Pentateuco. Sugerir abandonarlos sería para un judío de aquel tiempo desobedecer abiertamente a las Santas Escrituras. La segunda cosa era la experiencia común de que, cuando las personas tienen sentimientos de culpa, tienden a sentirse mejor si pueden pagar algo o hacer algo que piensen que podría enmendar sus pecados. Y, por tanto, posiblemente les desagradaría que les dijeran que su constante ofrenda de sacrificios en realidad no servía para nada.

Notemos entonces que, para afrontar la primera dificultad, el autor no dice: «Tenéis que abandonar vuestros sacrificios animales porque los apóstoles cristianos, o cualquier otro autor del N.T., lo ordena». ¿Qué peso habrían tenido los apóstoles cristianos ante los judíos si hubieran aparentado contradecir las Escrituras del A.T.? No, para conseguir lo que pretende, cita las mismas Escrituras del Antiguo Testamento. Sólo que, en vez de ir al Pentateuco, cita los Salmos. Y, además, los Salmos fueron dados a Israel mucho después que el Pentateuco. Por lo tanto, presentaban la última palabra de Dios en cuanto a aquellas cuestiones; y, por supuesto, las últimas órdenes.

Aquí, por tanto, en el Salmo 40:6-8, habla una voz que los lectores de nuestra epístola reconocerían como la voz del futuro Mesías. Es alguien que ha interpretado el corazón de Dios.

Percibe que, aunque a lo largo de todos los siglos se habían ofrecido sacrificios por orden de Dios y que habían servido para el propósito que Dios pretendía, el corazón de Dios nunca había quedado satisfecho con ellos. ¿Cómo era posible? Porque es imposible que la sangre de los toros y los machos cabríos quiten los pecados. ¿Qué saben los animales del pecado? Nunca se obsesionan por algo característicamente humano: el sentimiento de culpa. La ley y la moralidad no significan nada para ellos. Mantener unos valores verdaderamente morales y espirituales no es algo que les preocupe. Cuando eran ofrecidos a Dios para expiación del pecado y daban vueltas y golpes al olor de la sangre en el altar, no sabían cuál era el pecado que se había cometido, cómo se sentía Dios por él, por qué lo juzgaba o por qué ellos tenían quienes sufrieran. Entonces, ¿cómo podía el sacrificio de animales llegar a satisfacer a Dios?

El sacrificio superior

Así que ahora, a través del salmista, se escucha la voz del Mesías cuando entra en el mundo, anunciando una clase de sacrificio totalmente diferente:

Sacrificio y ofrenda no quisiste;

*mas me preparaste cuerpo.*¹

Holocaustos y expiaciones por el pecado
no te agradaron.

Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios,
para hacer tu voluntad.

Como en el rollo del libro está escrito de mí.

1. En hebreo, este versículo dice así: «... has abierto mis oídos». Para aclarar el sentido de esta metáfora, la Septuaginta lo traduce dinámicamente como «me

Lo primero que tenemos que advertir en cuanto a estos versículos (10:5-9) –dice el autor– es el orden de sus afirmaciones. Primero viene la afirmación de que los sacrificios animales ordenados por la ley no satisfacían a Dios. Esto va seguido inmediatamente de la afirmación del Mesías de que Él viene para hacer la voluntad de Dios. Esta segunda afirmación pretende ser la respuesta para el problema mencionado en la primera afirmación. Hay que abandonar los sacrificios animales debido a su incapacidad para satisfacer a Dios. Lo primero es abrogado, lo segundo ocupa su lugar.

Aquí, por tanto, tenemos la primera razón por la que su sacrificio es infinitamente superior al sacrificio de animales. Él conocía lo que era el pecado. Nunca lo cometió. Su conciencia nunca se nubló o se embotó como para llegar a hacer algo malo o transigir. Contempló la maldad y el horror del pecado humano como ningún otro hombre lo ha visto nunca. Y, al ser Dios encarnado en un cuerpo humano, comprendió cómo se sentía Dios, en su santidad, a causa del pecado, como ningún otro ser humano podía posiblemente comprender; y entendió perfectamente lo que Dios quería que Él hiciera. La voluntad de Dios era que Él nos santificara por medio de la ofrenda de su cuerpo sin pecado. Hizo la voluntad de Dios. Ofreció su cuerpo y fuimos santificados. Y su ofrecimiento único ha satisfecho a Dios de forma tan completa que nunca más iba a ser necesario, ni lo será, ofrecer de nuevo su cuerpo. Dios tiene lo que siempre quiso; los sacrificios de animales han quedado obsoletos y son irrelevantes.

Aquí, por lo tanto, tenemos la respuesta a esta primera dificultad. ¿Pero qué pasa con la otra? ¿Cómo ayudará el autor a sus lectores a superar el impulso de continuar ofreciendo

preparaste cuerpo». El Espíritu Santo ha escogido utilizar esta traducción más sencilla para la comprensión de los lectores del Nuevo Testamento.

sacrificios porque, de alguna manera, ofrecer sacrificios tranquiliza sus conciencias?

Primero señala el contraste entre la postura de los sacerdotes de Israel en el santuario terrenal y la postura de Cristo en el santuario celestial. Los sacerdotes de Israel, cada uno de ellos, estaban de pie; Cristo está sentado (10:12). No había asientos entre las piezas del mobiliario simbólico del tabernáculo terrenal, ni asiento ni trono donde alguna vez pudiera sentarse el sumo sacerdote. Eso era algo deliberado y significativo. El ritual de los sacrificios nunca acababa. No es que tuvieran que ofrecer muchos sacrificios –estos eran los mismos pocos sacrificios–, pero la ofrenda tenía que ser repetida vez tras vez. Por consiguiente, la ceremonia no incluía permiso para sentarse.

Pero el autor dice que, cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo en el cielo, hablando con un lenguaje ceremonial, se sentó.

–¿Y cómo lo sabe? –nos preguntamos.

Porque el Salmo 110:1 así lo dice. Es Dios quien está hablando y ordena al Mesías ascendido que se sienta a su diestra. ¿Por qué? Porque por esta ofrenda única ha perfeccionado para siempre a aquellos que son santificados. Su ofrenda ha concluido. No es simplemente que no necesite seguir ofreciendo su sacrificio único. No se sienta en el cielo ofreciendo eternamente su sacrificio a Dios. Ha concluido el proceso sacrificial. Se sienta allí simplemente esperando, como dice el Salmo 110:1, hasta que sus *enemigos sean puestos por estrado de sus pies* (10:13).

Y después, para demostrar que ha interpretado de forma correcta el Salmo 110, el autor apela una vez más a los términos del nuevo pacto. Dice que advirtamos con cuánto cuidado el Espíritu Santo ha dispuesto el orden de estos términos. Primero, *pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré.*

La gran operación de nuestros corazones y mentes por medio del Espíritu Santo comienza con nuestra conversión a Cristo y continúa a lo largo del resto de nuestros días en la tierra, cuando aprendemos más y más a vivir vidas santas. El perdón no es una licencia para vivir en pecado. ¿Qué ocurre entonces si, en el transcurso del aprendizaje de santidad, caemos y pecamos? ¿No es necesario y de ayuda para nosotros ofrecer un sacrificio que nos asegure el perdón por estos pecados y conseguir paz en la conciencia? ¡No!

¿Por qué? Veamos el último grupo de términos del nuevo pacto. Precisamente en este contexto de nuestra andadura, a veces con fracasos, en una vida de santidad progresiva, Dios ha garantizado que no recordará nuestros pecados y actos contra la ley nunca más. Es decir, no planteará la cuestión del castigo que merecen y nunca exigirá que se pague. ¿Por qué no? ¡Porque ya ha sido pagado!

Pues donde hay remisión de éstos –dice el autor–, *no hay más ofrenda por el pecado* (10:18). Y merece la pena que nos aseguremos de que comprendemos exactamente lo que está diciendo. La palabra griega *prosphora*, aquí traducida como «ofrenda», puede significar dos cosas de alguna manera diferentes. Puede significar «algo ofrecido», «un sacrificio». O puede significar «el proceso de ofrecer algo», «el acto de sacrificar». En el contexto actual es el segundo de estos dos significados el que pretende el autor. No está diciendo que no necesitemos otro sacrificio junto al de Cristo, aunque eso sea cierto; está diciendo que toda la actividad de ofrecer sacrificios por el pecado ya puede cesar. Como creyentes tenemos que ofrecer sacrificios de alabanza y de buenas obras (13:15, 16). Pero no para conseguir el perdón de los pecados. No necesitamos y no tenemos que continuar ofreciendo sacrificios por el pecado, ni siquiera el sacrificio de Cristo mismo. De qué forma tan maravillosa y con cuánta fuerza lo expresa el Espíritu Santo. Podría haber dicho:

«la ofrenda de Cristo es tan perfecta que, como resultado, todos nuestros pecados han sido perdonados». Y habría sido cierto. Pero va un paso más allá y dice: «Todos vuestros pecados han sido perdonados; como resultado, ya no se requieren ni se admiten más ofrendas por el pecado».

Pero seguramente alguien dirá que se espera que los cristianos ofrezcamos nuestros cuerpos como sacrificios vivos, santos y agradables a Dios ¿verdad?

Ciertamente. Pablo dice esto en Romanos 12:1. Pero no lo hacemos para obtener el perdón. Lo hacemos por gratitud al haber sido perdonados. Y nunca debemos confundir nuestros sacrificios con el suyo. Su sacrificio expió nuestros pecados. Los nuestros no pueden conseguir algo así; y no queda ninguna expiación pendiente. Todo fue hecho hace tiempo. Por tanto, no tenemos que tratar de unir nuestro sacrificio al de Cristo y ofrecer ambas cosas a Dios.

Entrada en el Lugar Santísimo

Con completa y absoluta confianza, entonces, y con corazón sincero en plena certidumbre de fe, tenemos libertad para acercarnos al Lugar Santísimo. ¡Cómo agrada al Espíritu Santo enfatizar esta confianza que todo creyente verdadero tiene de entrar en el lugar más santo! Esa confianza no es presunción. Se basa en la propia provisión de Dios. Para los antiguos sacerdotes de Israel, Dios proveyó un doble lavamiento ceremonial. Por una parte, estaba el lavamiento (literal) por sangre en el altar, y por otro el lavamiento (literal) por agua en el lavacro. Nosotros contamos con la doble realidad simbolizada por aquellos lavamientos de Israel.

Primero, nuestros corazones han sido rociados con la sangre de Jesús (no literalmente, por supuesto, sino metafóricamente)

Según Hebreos. Un reino inconmovible

y así han sido purificados de mala conciencia. Eso es la justificación. No tenemos que suprimir nuestra conciencia de culpa, ni forzarla en forma alguna. Cuando nuestras conciencias ven que la ira de Dios contra nosotros ha sido justamente aplacada y que el castigo por nuestros pecados ha sido pagado en su totalidad, correctamente pierden todo temor y pueden aproximarse a Dios con total confianza y en paz.

En segundo lugar, nuestros cuerpos han sido lavados con agua pura (no literalmente, una vez más, sino metafóricamente). No dice que han sido *rociados* con agua (como nuestras conciencias con la sangre), ni siquiera enjuagados con agua, sino lavados completamente con agua. La palabra griega traducida como «lavados» es la misma que se utiliza en Juan 13:10, cuando dice nuestro Señor: *El que está lavado, no necesita sino aclararse los pies, pues todo su cuerpo está limpio* (traducción mía). El lenguaje, por supuesto, es metafórico una vez más. Nuestro Señor está hablando de esa santificación inicial, completa y de una vez por todas que tiene lugar cuando, con verdadero arrepentimiento y fe, alguien confía en el Salvador. No está hablando de bautismo (de un gran bautismo para comenzar y muchos bautismos menores posteriormente), ni de agua literal, ya fuere común o santificada. Nuestro Señor añade, en virtud de este lavamiento completo en agua una vez para siempre: *Vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. Pero, obviamente, no quería decir que todos habían sido bautizados menos Judas. Sin duda Judas había sido bautizado junto al resto; pero no estaba completamente limpio, no había sido santificado. Pero todo verdadero creyente sí. Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios* (1 Co. 6:11).

Y, en tercer lugar, tenemos *un gran sacerdote* —es decir, un sumo sacerdote— *sobre la casa de Dios*. Cuando los sacerdotes

israelitas jóvenes comenzaban sus complicadas tareas en los solemnes tribunales del templo, tenía que ser de gran ánimo para ellos tener un sumo sacerdote que fuera un experto y pudiera mostrarles exactamente qué hacer y cómo comportarse en la presencia divina. Gracias a Dios, cuando entramos en su impresionante morada tenemos un sumo sacerdote que nos lleva de la mano al presentarnos ante el tribunal, impulsa y guía nuestra alabanza y oración, y nos dice cómo comportarnos ante la Majestad celestial. El sumo sacerdote de Israel llevaba en su mitra una placa de oro puro con las palabras siguientes grabadas: *Santidad a Yahvéh* (Éx. 28:36-38). La Escritura explica que esto era para llevar *las faltas cometidas en todas las cosas santas que los hijos de Israel hubieren consagrado en todas sus santas ofrendas; y sobre su frente estará continuamente, para que obtengan gracia delante de Yahvéh*. Por tanto, Cristo –sólo que en un sentido mucho más pleno– se ha hecho responsable de las imperfecciones de nuestra alabanza y oración. Ha quitado la culpa no sólo de los pecados que cometimos siendo pecadores, también de nuestros pecados e imperfecciones siendo santos y adoradores. Podemos, pues, entrar con confianza en la misma presencia de Dios a través del velo; no por nuestros méritos o por haber conseguido un determinado grado de santificación, sino a pesar de todas nuestras imperfecciones, gracias sólo a Jesucristo, nuestro Señor, Salvador y Sumo Sacerdote.

Una cuestión técnica importante

Pero ahora tengo que molestar con una importante cuestión técnica; y, si no te agradan las cuestiones técnicas, quizás deberías saltarte los siguientes párrafos.

Tiene que ver con la frase que aparece en 10:20: *El camino que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne*.

Según Hebreos. Un reino incommovible

En 6:19, 20 se nos dice que la esperanza la *tenemos como segura firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor*. Allí el autor estaba utilizando el velo que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo como una metáfora de aquel velo, cualquiera que sea, que esconde el mundo invisible de la presencia de Dios del mundo visible en el que vivimos. Ese velo, por supuesto, todavía está colgado en su lugar.

Algunas personas piensan que está utilizando el velo en ese mismo sentido en 10:20. Opinan que está diciendo que nuestro Señor ha abierto un camino a través del velo, y que ese camino es el camino de la carne, es decir, el camino de su humanidad. Puesto que, como un verdadero ser humano, ha traspasado el velo que todavía esconde el mundo invisible del cielo de nuestros ojos, nosotros también podemos pasar a través de ese velo: ahora en espíritu, posteriormente también en cuerpo. Es ciertamente posible interpretar el griego de nuestro versículo de esta manera.

No obstante, es más probable que nuestro autor esté utilizando el velo en 10:20 de una manera diferente que en 6:19, 20. Ahora está diciendo que el velo del tabernáculo se puede tomar como una figura del cuerpo humano de nuestro Señor. «¡Imposible –dicen muchos–. Nuestro Señor nunca actuó como un velo para ocultar a Dios de nadie: Él siempre *revelaba* a Dios a la gente.»

Pero eso es no advertir la función plena del velo en el antiguo tabernáculo. Ciertamente escondía la presencia de Dios en el Lugar Santísimo de los sacerdotes que ministraban en el Lugar Santo. Por otro lado, ese velo era una provisión fruto de la misericordia. Si no hubiera estado allí, el Lugar Santísimo y el Lugar Santo habrían sido ambos uno, y los sacerdotes no habrían podido entrar ni siquiera al Lugar Santo. Puesto que el velo estaba allí, ellos podían entrar en el Lugar Santo hasta

el velo; y la cara externa del velo, con sus vívidos colores y querubines simbólicos, podía comenzar a proporcionarles alguna idea del Dios que moraba al otro lado.

En ese sentido, el cuerpo de nuestro Señor actuó como un velo cuando estaba aquí en la tierra. En Él habitaba toda la plenitud de Dios (Col. 1:19). Sin embargo, los hombres y mujeres pecadores, que posiblemente no podrían haber entrado en la presencia inmediata de Dios, podían acercarse a Cristo y tocar su mismo cuerpo incluso aunque Dios morara dentro de Él. ¡Cuán cercano tiene que haber parecido Dios a aquella gente!

Pero ahora podemos acercarnos incluso más a Dios; porque Cristo ya no actúa como velo. En el Calvario ofreció su cuerpo sin mancha a Dios, y fue aceptado: ahora, resucitado de la muerte, ese cuerpo ha ido al cielo, y nosotros en espíritu somos invitados a seguirle a la presencia de Dios. En ese sentido, ya no hay velo para nosotros.

Y es posible que te estés preguntando: ¿Y qué hay del velo del templo rasgado cuando Cristo murió? ¿Qué significado tenía?

Un significado doble. En primer lugar, anunciaba el fin del sistema judaico de adoración. Ese sistema, como hemos visto, no podía operar sin el velo allí colgado y permitir a los sacerdotes la entrada al Lugar Santo. Si se quitaba el velo, todo el sistema de adoración de los judíos que no aceptaban el sacrificio de Jesús dejaba de funcionar. Era como si Dios hubiera escrito encima de todo: cancelado.

En segundo lugar, para aquellos que tenían ojos para verlo, proclamaba que se había abierto el camino al Lugar Santísimo en el cielo. El tabernáculo terrenal, que había funcionado durante siglos como una buena figura de las cosas celestiales, ya no era necesario. Había quedado obsoleto. Pronto se desvanecería.

El retorno del Señor

Ahora, pues, podemos acercarnos en espíritu al Lugar Santísimo donde está Cristo. Pero también recordamos constantemente que Cristo va a volver. Como nos dice al final del capítulo 9, aparecerá por segunda vez. Vendrá en forma corporal y visible (Hch. 1:11). Y vendrá pronto. *Aquel día se acerca (10:25). Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará (10:37).*

Sólo los verdaderos creyentes estarán preparados para recibirle. Sólo los verdaderos creyentes resucitarán para encontrarse con Él y ser llevados a la casa del Padre, y así estar eternamente con el Señor (Jn. 14:1-3; 1 Ts. 4:14-18). Si somos verdaderos creyentes, hemos de mostrar que lo somos y que actuamos como tales. Tenemos que *vivir* por fe, como hacen todos los justos de Dios (10:38).

¿Qué implica eso para una persona? Significará mantenerse en sus trece y perseverar sin reservas en la esperanza que profesa. Cristo prometió volver. Él es fiel. Seguro que cumplirá su promesa. No podemos permitir que el liberalismo vacíe esa promesa de su significado. No es un mito. La promesa de nuestro Señor significa literalmente lo que dice. Hemos de conceder igual peso al lado profético de nuestra fe y a la doctrina de la segunda venida que a las demás doctrinas cristianas. No es irrelevante para la vida práctica del cristiano. Pensar en su venida es de hecho un estímulo muy necesario para la santidad y el servicio leal y diligente (10:24). Y, cuanto más cercano veamos el día que se acerca, más necesitaremos reunirnos con nuestros hermanos cristianos para animarnos unos a otros. Tenemos que recibir y proporcionar toda la ayuda que podamos. Pensar lo contrario es una señal amenazadora.

¿Qué significa que alguien que una vez profesó creer en Jesús como Mesías, como Aquel que murió, resucitó, ascendió

y volverá otra vez, ahora repudia deliberadamente esa profesión y se vuelve al judaísmo? El autor nos los dice en 10:26-31. Ya consideramos este pasaje en detalle en nuestro primer capítulo. Ahora sólo tenemos que resumir lo que dijimos entonces y asegurarnos de que hemos comprendido cuál es el pecado que el autor está describiendo aquí cuando dice: *si pecáramos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.*

La NIV dice de este versículo: *Si deliberadamente continuamos pecando después de haber recibido conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.* Si seguimos esta traducción, tenemos que tener cuidado para no malinterpretarla y así formarnos una falsa impresión en nuestras mentes. El autor no está diciendo que, si los verdaderos creyentes persisten en pecar deliberadamente, llegará un momento en el que el valor del sacrificio de Cristo se agotará, por así decirlo; o que Cristo dirá: He pagado por tus pecados hasta aquí, pero no estoy dispuesto a pagar más por ellos. Esa sería una forma de pensar tremendamente equivocada en dos aspectos.

En primer lugar, el apóstol Juan nos dice que los verdaderos creyentes no practican constantemente el pecado (1 Jn. 3:6-10). El que lo hace es del diablo y en absoluto es creyente. Nunca fue «nacido de Dios». Es cierto que los verdaderos creyentes pecan de vez en cuando (1 Jn. 1:6-2:2); pero no persisten en pecar deliberadamente y en convertir esto en una práctica. Confiesan sus pecados y le piden ayuda a Dios para abandonarlos. Para ellos, la sangre de Cristo nunca perderá su poder hasta que la iglesia redimida de Dios sea salva para no pecar nunca más.

En segundo lugar, el autor procede a describirnos en detalle en el versículo 29 lo que es este pecado intencionado y premeditado que tiene en mente. Es negar deliberadamente la deidad del Señor Jesús y, por tanto, mantener que su sangre es común

y de igual valor que la de cualquier otro. Más aún, lleva ineludiblemente a afirmar que el nuevo pacto estableció que aquella sangre es totalmente inútil y no tiene valor alguno. Y eso supone un insulto para el Espíritu de gracia y optar de forma deliberada por basarse en sus propios méritos.

Cometer ese pecado y persistir en él en ignorancia, como hizo Saulo de Tarso durante algún tiempo, es bastante serio. Pero la ignorancia hace posible la misericordia. Si se persiste en ese pecado ya no por ignorancia, sino con pleno conocimiento de los hechos, rechazando deliberadamente el sacrificio de Cristo con los ojos abiertos e iluminados por el Espíritu Santo, entonces ya no queda sacrificio posible. Los sacrificios del judaísmo nunca fueron más que símbolos; pero, a pesar de ello, durante muchos siglos Dios los aceptó y perdonó a aquellos que los ofrecían con corazón sincero. Pero ahora habían quedado obsoletos. Dios ya no los aceptaba, y desde luego menos aún en manos de alguien que deliberadamente hubiera rechazado el sacrificio de Cristo. Para esa persona no queda ninguna posibilidad salvo el fuego consumidor del juicio y la venganza de Dios.

No retroceder

Retroceder al judaísmo y sus sacrificios es un camino cerrado para siempre, por tanto, para un verdadero creyente. No es que nuestro autor sea insensible. Él conoce la persecución y las presiones que sus lectores han sufrido desde que profesaron tener fe en Jesús como el Mesías. Conoce cómo el aparente retraso del retorno del Señor prueba su fe y provoca que caigan sobre ellos los argumentos de sus amigos no convertidos acerca de que Jesús nunca volverá por la sencilla razón de que era un impostor. Y conoce lo fuerte que a veces podía ser para ellos

la tentación de pensar que el judaísmo todavía era un sistema válido al cual podían volver, evitando así la continua presión y manteniendo no obstante la respetabilidad espiritual.

Pero no se puede, al menos si son verdaderos creyentes. Por supuesto, si han sido siempre unos Judas, finalmente abandonarán al Señor Jesús, retrocederán y se unirán a aquellos que le crucificaron, incurriendo en el rechazo eterno de Dios. Pero nuestro autor tiene gran confianza en ellos como para pensar eso. Está convencido de que, a pesar de sus inconsistencias actuales, son verdaderos creyentes. Uniéndose a ellos, afirma con entusiasmo: *Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma* (10:39). Su convicción del principio, producida en ellos por el Espíritu de Dios, era genuina: tenían en el cielo una posesión mejor y más duradera, muy superior a sus pérdidas y sufrimientos temporales. Responderían a su llamamiento a la perseverancia. Como Pedro, se recuperarían de su desvío temporal. Demostrarían que eran verdaderos creyentes. Vivirían y darían testimonio del Salvador con valentía. Esperarían con lealtad su segunda venida, seguros por la Palabra de Dios mismo de que, a la luz de lo que estaba en juego, este período de espera, de prueba, sufrimiento y persecución sólo duraría un poquito. Y, después, la gran recompensa eterna sería suya.

Preguntas

1. ¿En qué sentido es nuevo el camino al Lugar Santísimo que el Señor Jesús ha abierto para nosotros? ¿Y qué significa que es un camino vivo?
2. Cuando se insiste en que nos acerquemos (10:22), ¿significa eso que ahora tenemos que vivir de tal manera que, cuando muramos, o cuando el Señor venga, podamos fi-

Según Hebreos. Un reino incommovible

nalmente entrar en el cielo; o que de alguna manera podemos entrar ahora en la presencia de Dios en el cielo? Si es esto último, ¿en qué sentido?

3. ¿Qué significa el nuevo pacto cuando dice que Dios no *se acordará* más de nuestros pecados?
4. ¿Por qué, a pesar de su repetida ofrenda de sacrificios, los israelitas laicos no podían sentirse libres para entrar en el Lugar Santísimo?
5. ¿Qué hay de incorrecto hoy en día en ofrecer algo a cambio de obtener el perdón de los pecados o la vida eterna?
6. ¿Qué implicaría para alguien que profesa ser cristiano retornar al judaísmo?
7. ¿Qué parte juega en tu vida la fe en la segunda venida de Cristo?

DOCTRINAS Y PEREGRINAJE DE LA FE *Hebreos 11:1-16*

Para comprender la importancia de este capítulo en la epístola, primero debemos advertir que la virtud de la que habla es *la fe*. Puede parecer que ésta es una observación muy obvia, pero es crucial. La gran necesidad de los hebreos a quienes se escribió la epístola era la fe. Lo que se había puesto en tela de juicio debido a su comportamiento no era su piedad ni su celo por las cuestiones religiosas, sino su fe.

¿No recordamos cómo el autor al principio señaló que sus antepasados no entraron en la tierra prometida porque les faltaba esta virtud, la fe, debido a su incredulidad? Entonces, al final del capítulo 10 así resume cuál era la situación de sus lectores: Es cuestión de avanzar esperando pacientemente la venida del Señor y viviendo por fe (porque Dios ha dicho: *El justo vivirá por fe*); o, por el contrario, de retroceder, que significa abandonar nuestra profesión de fe e ir a la perdición eterna.

¿Qué es la fe?

Así que comienza a describir e ilustrar lo que es la fe y lo que hace realmente. ¿Qué significa ser creyente? ¿Qué significa *vivir por fe*?

A menudo hemos observado que la fe de la que se habla a lo largo de esta epístola es aquella sin la cual nadie puede

Según Hebreos. Un reino incommovible

agradar a Dios, sin la cual no somos siquiera creyentes. Los antiguos israelitas en el desierto rehusaron creer el evangelio. No eran creyentes en ningún sentido de la palabra. Puede que hubieran creído *por algún tiempo*, como lo expresa el Señor (Lucas 8:13); pero ciertamente no tenían raíces en sí mismos. Esa clase de fe no es buena. Cuando llegó la prueba demostraron que nunca habían creído verdaderamente el evangelio. Ahora, una vez más, en 11:6 el autor dice expresamente que por «fe» se refiere a esa fe verdadera y genuina por medio de la cual uno puede verdaderamente acercarse a Dios y agradecerle; sin la cual es de hecho imposible agradecerle; sin la cual no somos siquiera creyentes.

Por otro lado, está a punto de mostrarnos en este capítulo que no se puede dividir la fe en bonitos compartimentos estancos. Comenzamos nuestra vida con Dios por la fe. Y no es otra clase de fe la que nos ayuda a seguir viviendo, sino la misma fe. Y la fe con la que comenzamos, aunque sea pequeña al principio, reúne en sí todo el potencial para crecer, actuar y perseverar que está a punto de ilustrar para nosotros en el capítulo 11 de Hebreos.

La fe que ejercemos cuando por vez primera recibimos la salvación es tal que será completamente inevitable que se manifieste en la vida. No se puede esconder. No puede dejar de moldear nuestras vidas. La fe verdadera es algo vivo. Dará como resultado una vida cambiada, será valiente para Dios, actuará, perdurará y perseverará.

A veces me siento algo incómodo cuando escucho a personas decir que para ser salvo no tienes que hacer nada en absoluto. Entiendo a lo que se refieren algunos predicadores cuando hablan así. En el sentido en que lo dicen, es cierto. Es cierto que no puedes ganarte la salvación haciendo buenas obras; es cierto que la fe es un descanso, descansar en la obra de Cristo; es cierto que la fe es recibir y no dar.

Pero la fe genuina siempre es algo activo desde el mismo principio. La prostituta de Lucas 7 creyó el mensaje del Salvador, y porque lo creyó, vino a Él y lloró sobre sus pies. Una fe que hubiera sido sólo teórica y que no la hubiera llevado a Jesús no habría sido verdadera fe en absoluto. En Lucas 8, la mujer que padecía flujo de sangre creyó al Salvador; y porque creyó, forcejeó para abrirse paso entre la multitud y tocó el borde de su manto. Una fe que profesara creer pero que no hubiera acudido a Él no habría sido fe verdadera. Es así incluso en cuanto a la conversión; la verdadera fe siempre actúa y acude al Salvador, extendiendo deliberadamente la mano para recibir las promesas de éste.

Una descripción de la fe

Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (11:1). La fe te hace estar seguro de que las cosas futuras que esperas –y que, por tanto, por definición todavía no posees (véase Ro. 8:24, 25)– son verdaderamente tuyas, de manera que aprendes a contar con ellas como si ya las tuvieras. Algunas cosas son invisibles, bien porque esa es su naturaleza o porque todavía están escondidas en el futuro. La fe nos trae la convicción de que son verdaderas, de manera que las tenemos por ciertas, basamos nuestras elecciones y decisiones en ellas y guiamos nuestras vidas teniéndolas en cuenta.

Así es como vivieron los hombres y mujeres piadosos del pasado. Así es como nosotros tenemos también que vivir. Estás tan acostumbrado a ejercer fe que te sorprenderías si te sentaras a pensar en cuántas cosas reconoces como realidades únicamente por fe. Crees que Cristo va a volver, ¿o no? ¡Pero no está aquí! Crees que está en los cielos, pero nunca le has visto allí sentado. Crees que intercede por ti cada día, pero

nunca le has escuchado. Confías plenamente en su sacrificio, pero no estuviste allí para verlo. ¿Y cómo sabes que resucitó? Sí, te has acostumbrado a ejercer la fe hasta el punto de que estas cosas se han convertido en parte integral de tu vida diaria y, habiéndolas creído, has llegado a la conclusión de que son verdaderas y superan la prueba de la experiencia. La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Doctrinas básicas de la fe

1. La creación

La primera gran área en la que demostraremos ser verdaderos creyentes es la de las doctrinas básicas de la fe, permaneciendo en ellas firmemente y actuando en base a ellas.

En primer lugar tenemos la doctrina de la *creación*. *Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra hablada de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de lo que era visible* (traducción mía).

Las cosas no son lo que parecen. Aquí estamos pisando sobre tierra firme verdaderamente sólida. Estamos rodeados de cosas que podemos tocar, oler, gustar, ver y oír, y que por eso nos parecen reales. Y a veces tenemos miedo de sustituirlas por las cosas espirituales e invisibles. Pero pensemos un momento. ¿De dónde procede toda esta materia sólida, esta tierra y todos sus productos? ¿Siempre ha existido? ¡No! Todo lo que podemos ver ha surgido de cosas que no podemos ver. Estamos pisando sobre algo que hace mucho tiempo no podía ser visto, ni tocado, ni saboreado, ni olido ni escuchado. Por tanto, todo el universo en el que vivimos es una gigantesca lección gráfica acerca de la fe. Si hubiéramos podido estar al lado de Dios un momento antes de que comenzara la creación, habríamos necesitado una fe tremenda para creer que sucedería algo,

¡porque todo saldría de nada! No deberíamos considerar el mundo material más real para nosotros que el espiritual. No lo es. El reino espiritual es, en todo caso, mucho más real.

Ahora, es por fe que comprendemos que el universo fue constituido por la Palabra de Dios. Eso no significa que las bases de nuestra interpretación sean en algún modo inferiores a las conclusiones de la ciencia que se pueden demostrar de forma lógica. Algunas cosas nunca pueden ser demostradas sólo por la lógica; se deben discernir, aceptar y disfrutar por fe. Tomemos la belleza de una flor o la motivación de un acto. Un acto se puede observar, y se pueden medir sus resultados. Pero el amor que hay tras ese acto no se puede medir ni «demostrar». Para creer que la motivación que hay tras ese acto es un amor genuino, examinaremos la evidencia, y entonces estaremos en condiciones de dar un razonable paso de fe y creer la afirmación de la persona que llevó a cabo aquel acto de que lo hizo por amor.

Evidentemente no es poco razonable creer que el universo fue formado por la Palabra de Dios. En todas partes en la naturaleza viva encontramos no sólo materia, sino materia programada, con «información» y capaz de impartir esa información a otra materia. La materia original perece; la información persiste. ¿De dónde vino esa información?

La teoría científica actual sugiere que el universo comenzó con el «big bang». Los científicos no parecen considerar de su competencia preguntar o decidir de dónde procedió aquella explosión, fuese lo que fuese. No tienen respuesta, por tanto (ni pretenden tenerla) para la siguiente cuestión: ¿Cuál es el propósito pasado y la meta futura de la vida humana? Como científicos, en consecuencia, en último término carecen de sentido y de esperanza.

Nosotros conocemos la respuesta a esta cuestión fundamental de crucial importancia para la fe. El Creador ha hablado a

través de los profetas y, finalmente, a través de su Hijo. Creemos lo que ha dicho y encontramos propósito, sentido y esperanza. Si somos creyentes de verdad, permaneceremos firmes y resistiremos en todos los aspectos de la doctrina de la creación. Todo lo demás descansa en ella.

2. El sacrificio

En segundo lugar tenemos la doctrina del sacrificio y el acercamiento a Dios. El nuestro es un mundo caído, y la cuestión principal tras la creación es: ¿cómo podemos acercarnos a Dios de forma aceptable?

Caín cometió un error fundamental. Sus obras, según nos dice Juan, eran malas (1 Jn. 3:12). Pensaba que podía seguir pecando y mantenerse reconciliado con Dios sólo con traerle ofrendas formales para que estuviera contento mientras él, sin arrepentirse, persistía en su forma de vida pecaminosa. ¡Eso es imposible! El sacrificio no es un soborno, ni algo con lo que ocultarse, ni una licencia para pecar. Dios rechazó la ofrenda de Caín y, finalmente, al propio Caín.

Abel ofreció un mejor sacrificio que Caín, y Dios lo aceptó. Eso demostraba, según el autor, que Abel era justo. No sin pecado, claro está, pero sí vivía reconciliado con Dios y de una manera que agradaba a Dios. Pero fijémonos en lo que el versículo no dice. No dice que por fe Abel hizo obras justas y que sobre esa base fue aceptado su sacrificio. Dice: *Por la fe, Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo.* Para hacer algo por fe, tienes que hacerlo en respuesta a, y según, la Palabra de Dios. Y lo que se le dijo a Abel que hiciera por fe fue que ofreciera su sacrificio. Fue por fe porque lo ofreció en respuesta a la Palabra de Dios, ya fuera al ejemplo que Dios dio a sus padres en el Edén (3:21) o a alguna otra palabra de Dios que Génesis no recoge. No es que Abel simplemente tuviera gran fe en su

sacrificio o sintiera que sus obras eran tan buenas que podía estar seguro de que Dios aceptaría su sacrificio. Muchas personas están profundamente convencidas de esto en sus corazones; pero eso no es fe, sino orgullo, porque de lo que están convencidas es sencillamente de su propia idea subjetiva, su convicción no se basa en nada que Dios haya dicho.

Hoy día, si somos verdaderos creyentes, lo demostraremos primero evitando cualquier actitud que se parezca al error de Caín, y después asegurándonos de que el sacrificio por el que nos acercamos a Dios es el que se describe en su Palabra, y en ningún lugar más plenamente que en nuestra epístola. Persistir en ofrecer sacrificios por el pecado, ahora que Dios ha dicho que esos sacrificios se han acabado, plantearía muchos interrogantes en cuanto a si el que lo hace es un verdadero creyente.

3. La salvación final

En tercer lugar aparece la doctrina de nuestra salvación final. *Por la fe Enoc fue traspuesto*, es decir, arrancado de nuestro mundo, *para no ver muerte* (11:5, 6). No hay necesidad de diluir esta afirmación. Obviamente, el autor quiere decir que Enoc fue llevado *corporalmente* de nuestro mundo, porque añade: *y no fue hallado, porque lo traspuso Dios*. Nos recuerda cómo los hijos de los profetas continuaron buscando a Elías después de ser llevado de forma similar sin experimentar la muerte, y tampoco le encontraron (1 R. 2:16, 17).

La trasposición de Enoc al cielo sin morir, naturalmente, apunta a la etapa final de nuestra salvación, cuando venga el Señor. Entonces, millones de creyentes de todo el mundo serán traspuestos de forma similar al cielo sin morir. *No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados* (1 Co. 15:51, 52).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Así que podemos extraer una lección de Enoc. *Por la fe Enoc fue traspuerto para no ver la muerte.* ¿Cómo que por la fe? ¿Y cómo sabe nuestro autor que fue por la fe? Porque, según señala, antes de que Enoc fuera llevado se dijo de él que agradaba a Dios.¹ Y el autor argumenta que, puesto que *sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay*, Enoc tuvo que ser un verdadero creyente. Y porque era un verdadero creyente fue llevado al cielo sin morir.

La lección es evidente. La venida del Señor está cada vez más cerca. Si estamos vivos cuando Él venga y queremos ser arrebatados en las nubes para recibir al Señor (1 Ts. 4:17), tenemos que ser también verdaderos creyentes. ¿Y cómo demostraremos que lo somos? Caminando día a día con Dios, viviendo constantemente para agradarle. El apóstol Juan señala lo mismo. *Cuando él se manifieste –dice– seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es* (1 Jn. 3:2). Nuestra esperanza es gloriosa. Pero entonces añade que *todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro* (versículo 3). Notemos que esta es una afirmación de un hecho, no una exhortación. El hecho es que el que tiene esa esperanza se purifica a sí mismo. Todo aquel que rechaza persistentemente purificarse a sí mismo demuestra que no posee esa esperanza. No es un verdadero creyente.

4. La ira venidera

En cuarto lugar tenemos la doctrina de la ira venidera. Noé es elogiado porque, cuando Dios le advirtió acerca del juicio, lo creyó. Y no sólo en teoría o como una doctrina que encajaba dentro de su esquema de teología sistemática. Lo creyó como una realidad práctica, incluso aunque humanamente hablando

1. En las Escrituras (Gn. 5:24) en hebreo dice que *Enoc caminó con Dios*. La versión griega es una traducción diferente.

pareciera bastante ilógico, y demostró su fe haciendo algo al respecto. Tenía una familia que necesitaba salvación. ¿Cómo podía creer verdaderamente que vendría el diluvio sin hacer algo para conseguir la salvación de su familia? La verdadera fe actúa. Noé construyó un arca para salvarlos.

Nuestro Dios nos advierte que su segunda venida será como el diluvio de Noé. Inundará el mundo con su juicio (Lc. 17:26-37). Pero el mundo entero no lo cree. La gente ha reducido a Noé y su arca a la categoría de cuento, y piensa que nadie cree en la segunda venida literal de Cristo a excepción de unos cuantos fanáticos desquiciados. Como dice nuestro Señor, así no estarán en absoluto preparados para su venida y sufrirán sus catastróficos juicios.

¿Pero cómo podemos afirmar creer verdaderamente en el juicio venidero a menos que, como Noé, estemos haciendo algo por la salvación de los demás? Y, si no creemos de verdad en el juicio venidero a pesar de todo lo que Cristo dijo de él, no podemos afirmar, como Noé, que somos herederos de la justicia que viene por la fe. La justificación por la fe se basa en la premisa de que *la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres* (Ro. 1:18) y actuará universalmente en el día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó (Hch. 17:31). La justificación tiene como su primer objetivo que todos los que creen sean salvos de la ira de Dios a través de Cristo (Ro. 5:9). Rehusar tomarse en serio la ira venidera y la justificación por la fe es algo carente de significado y de propósito.

Después hay otra cosa. Al construir el arca para salvar a su familia, según dice el autor, Noé condenó al mundo. No podía evitar que así fuera. No podía hacer una cosa sin automáticamente hacer la otra. No podía creer y predicar que las personas necesitaban entrar en el arca para ser salvadas del diluvio sin querer decir que las personas de fuera del arca se perderían.

Y tampoco podemos nosotros. Tenemos que evitar el sentimentalismo ilógico que dice: «sí, creo en Cristo y estoy esperando que venga del cielo a rescatarme de la ira venidera» (1 Ts. 1:10), pero que añade: «Claro está, no quiero decir que aquellos que rechacen a Cristo estén en peligro o sufrirán mucho daño».

Fijémonos en qué fue lo que condenó Noé al construir su arca: *condenó al mundo*. Es decir, no sólo indicó que la violencia y la inmoralidad eran cosas malas y que aquellos que fueran culpables de estas cosas serían castigados. Creía y predicó que todo el sistema del mundo estaba equivocado, su religión, política, economía, todo estaba viciado por el pecado hasta el punto de que Dios iba a destruirlos a todos y a comenzar de nuevo. Como cristianos somos llamados a creer y predicar lo mismo. La segunda venida de Cristo destruirá el falso sistema político del mundo (Ap. 11:15-18; 13; 17; 19:19-21), su sistema religioso falso (Ap. 17; 19:1-4) y sus sistemas económicos y sociales falsos (Ap. 18).

Si, como Noé, creemos que los sistemas del mundo en todos sus niveles están igualmente bajo el juicio de Dios, que se ejecutará cuando Cristo vuelva, el efecto práctico que tendrá sobre nosotros será hacernos seguir el ejemplo del siguiente héroe de la fe: Abraham.

El peregrinaje de la fe

Ahora Abraham pasa a ser el centro de las lecciones que el autor nos enseña desde el versículo 8 al 16. La ciudad en la que Abraham había nacido y crecido, junto a las ciudades que la rodeaban, era un ejemplo brillante de la civilización y cultura a la que el mundo antiguo llegaba de vez en cuando. Pero Abraham la abandonó y se convirtió en un peregrino. La razón negativa por la que la dejó es fácil de ver en la meta que tenía

en su peregrinaje: *esperaba la ciudad que tuvo fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios* (11:10). La clara implicación es que, a su juicio, las ciudades, culturas y sociedades de su tierra natal estaban edificadas sobre fundamentos inadecuados e insatisfactorios. La razón positiva de su abandono nos la dice Esteban (Hch. 7:2): *El Dios de la gloria se le apareció*. Después de eso no se conformó con nada hasta que alcanzó la ciudad del Dios vivo (He. 12:22).

1. El primer paso de la fe (11:8)

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba (11:8).

Así que el primer paso en el peregrinaje de fe de Abraham fue una obediencia ciega. Tenía la promesa de Dios y eso le bastaba. Cuando vino el llamamiento, obedeció. No exigió que se le explicara todo primero para poder decidir si haría lo que Dios le pedía o no. Sabiendo que Dios le llamaba, se limitó a obedecerlo, simplemente. Eso es lo que significa seguir a Dios. Si hubiera sido el llamamiento de un mero ser humano, habría sido sabio conocer y comprender todos los detalles antes de decidir si seguirle o no (y lo habría hecho). Pero no podía tratar así a Dios. Si era el Dios de la gloria, el único y verdadero Dios, y si Abraham verdaderamente lo creía, entonces tenía que estar dispuesto a hacer lo que Dios le dijera, sólo porque era Dios quien se lo pedía, aunque no conociera ni entendiera las razones ni los detalles.

Y así ocurre con nosotros y el Señor Jesús. No nos pide que creamos ciegamente que es el Hijo de Dios. Nos dará grandes evidencias en las que basar nuestra fe (Jn. 20:30, 31). Pero supongamos que llegamos a creer que es el Hijo de Dios. Eso no nos hará ningún bien en absoluto a menos que nos convirtamos en sus discípulos genuinos. Y el primer paso que nos pedirá como discípulos suyos es que aceptemos su señorío

sobre todas las cosas y personas, sobre nosotros mismos, nuestros pensamientos, decisiones y posesiones, antes de seguir adelante. Y hemos de aceptarlo sin reservas (Lc. 14:25-27, 33). No podemos ser sus discípulos sobre la base de que Él primero nos explicará en detalle lo que quiere que hagamos y por qué, y después nos dejará libertad para decidir en cada ocasión si nos gustan sus demandas o no y si las obedeceremos o no. Eso sería tratar a Cristo no como Señor, sino como un consejero profesional o como un hombre de negocios trata a otro. Si en verdad creemos que es el Señor supremo, haremos lo que dice y sólo porque lo dice, lo entendamos o no, y tanto si nos gusta como si no. *¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?* (Lc. 6:46). *¿Para qué sirve una profesión de fe así? La obediencia sin reservas es el primer paso hacia el discipulado.*

2. La meta final de la fe (11:9, 10)

Pero si es importante que comencemos nuestro peregrinaje con buen pie, por así decirlo, también lo es que tengamos clara nuestra meta final desde el principio. Abraham lo hizo, y también los demás patriarcas. Llegaron a la tierra prometida y fueron informados por Dios de que esa era la tierra que sería suya y de sus descendientes. Pero no intentaron construir allí una ciudad y establecerse. Continuaron viviendo en tiendas como extranjeros en tierra ajena. No es que fueran desagradecidos ni que despreciaran las grandes posesiones terrenales que Dios les estaba ofreciendo o la brillante carrera que Dios tenía en mente para sus descendientes en aquella tierra. Todo eso era bueno. Lo disfrutarían cuando llegara el día. Pero nada de esta tierra temporal podía ser su meta principal. En sus corazones ya lo habían abandonado todo. Sólo la ciudad eterna podía ser su meta. Así, Abraham continuó viviendo como peregrino y extranjero. Y, seguramente, para esto tuvo que tener mucha fe. Su secreto fue que mantuvo su vista en la ciudad

eterna. Eso alimentó su fe en la realidad; y su fe en la realidad le evitó ver las cosas de este mundo como si fueran su principal objetivo.

Su secreto puede ser el nuestro. Debemos disfrutar de las bendiciones presentes y futuras que Dios nos dé; pero no debemos dejar que sean de tanta importancia para nosotros que lleguen a convertirse prácticamente en la meta principal de la vida. Si lo hacemos, corremos el peligro de establecernos en este mundo como si estuviéramos en nuestra casa, cesando de vivir como peregrinos y extranjeros y defraudando la fe que profesamos de estar buscando la ciudad eterna. Nuestras metas y la forma en que vivimos no se diferenciarán entonces de las de aquellos que son del mundo.

3. Fertilidad de la fe (11:11, 12)

El versículo 11 ha sufrido algunas alteraciones textuales con el paso de los siglos. Quizás la mejor interpretación sería la de la siguiente traducción: *Por la fe él [es decir, Abraham], junto con Sara, recibió fuerzas para concebir un hijo aun cuando él estaba fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.*² Ciertamente, la persistencia de Abraham en vivir como extranjero y peregrino en la tierra no fue negativa, estéril, improductiva ni una evasión. Todo lo contrario. Quizás ningún personaje de las Escrituras (excepto, por supuesto, nuestro Señor y quizás también Pablo, el gran expositor de la vida de Abraham) haya tenido tan inmensa influencia en sus contemporáneos. Su vida y la de Sara fueron sorprendentemente –de hecho, milagrosamente– fructíferas.

2. Sobre la cuestión de la traducción de este versículo, véase una completa discusión de gran ayuda en F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews* (Marshall, Morgan and Scott, 1965). N. de la t.: en la versión RV, estos versículos rezan así: *Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad...*

Según Hebreos. Un reino incommovible

Pensamos en la gran y distinguida nación, con una influencia desproporcionada a su tamaño, que ha surgido físicamente de él. Su nacimiento fue un milagro directamente atribuible a su fe y la de Sara. Más impresionantes todavía son los números multimillonarios de su progenie espiritual en cada nación (véase Ro. 4:16, 17).

Cuántas miríadas de aquellos que habitarán en la ciudad eterna deberán, por obra de Dios, su justificación por la fe y su perseverancia en una vida de fe a la dirección y ánimo del ejemplo de Abraham.

Para llevar vidas fructíferas y no estériles (2 P. 1-8) e intentar llevar a otros a Dios tenemos que descubrir su secreto. ¿Cómo se las apañó para tener una fe tan grande que pudo hacer surgir vida de la misma muerte? *Creyó que era fiel quien lo había prometido.* Su fe fue el resultado de su evaluación detenida del carácter moral de Dios. Abraham decidió que Dios era fiel. No podía dejar de serlo. Por tanto, si había hecho una promesa, la guardaría. Así, Abraham creyó la promesa y continuó creyendo a pesar de las evidentes dificultades y el largo retraso en su cumplimiento. Abraham no pudo dejar de creer la promesa. Haberlo hecho habría sido acusar a Dios de infidelidad y defecto moral.

Eso es fe, por tanto. No es un sentimiento elevado, estado de ánimo o emoción conseguida por medio de técnicas psicológicas o religiosas. Es el resultado de una valoración tranquila y deliberada del carácter de Dios. El apóstol Juan enfatiza que, si no crees la Palabra de Dios, le haces mentiroso (1 Jn. 5:10). En ese caso, la verdadera fe no tarda en decidir qué hacer.

4. Consistencia y compensación de la fe (11:13-16)

La muestra de la fe verdadera de los patriarcas es que no sólo comenzaron su peregrinaje por fe, sino que también lo terminaron por fe. Y, a lo largo de sus vidas, su comportamien-

to fue consecuente con su profesión de fe. En cuanto al testimonio que Abraham dio de palabra, dejó su postura clara sin ambigüedades. Explicó a los hititas (y, sin duda, también a muchos otros): *Extranjero y forastero soy entre vosotros* (Gn. 23:4). Pedro utiliza los mismos términos en su epístola para recordarnos cuál es nuestra posición en el mundo (1 P. 1:1; 2:11, 12). Vivimos entre personas paganas. Nuestro comportamiento debería señalarnos como extranjeros y forasteros.

Pero Abraham y los patriarcas no sólo tenían un claro testimonio oral: su comportamiento era consecuente con ese testimonio. Nunca regresaron a Ur de los Caldeos. Podían haberlo hecho si hubieran querido. No habían sido expulsados de Ur, ni habían huido perseguidos. Abraham abandonó aquella ciudad voluntariamente, por iniciativa propia. Si se hubiera quedado o hubiera regresado, bien podría haber ocupado un lugar muy honorable en la ciudad. Pero no tenía intención de hacerlo. Cuando le dijo a los hititas que era extranjero y forastero entre ellos, no quería decir que su patria era Ur de los Caldeos. Desde su conversión, Ur había pasado a ser para él un país tan extranjero como Canaán. Quería decir que su patria era el cielo. Pablo dice lo mismo en cuanto a nosotros. Como diferentes de aquellos que *sólo piensan en lo terrenal... nuestra ciudadanía está en los cielos* (Fil. 3:19, 20).

Abraham y los patriarcas, pues, fueron peregrinos consecuentes durante toda su vida. Pero serán recompensados adecuadamente. Dios no se avergüenza de tener un pueblo así: es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. Admite ser el Dios que dijo a Abraham que saliera de la casa de su padre y de su hogar (Gn. 20:13), y es consciente del sacrificio que eso implicó para él. Pero confía en que la ciudad que, en su total poder e infinito amor, ha preparado para Abraham compense con mucho todas las expectativas de éste. Nadie podrá nunca decir que, habiendo animado a Abraham a vivir

Según Hebreos. Un reino incommovible

como peregrino, Dios al final le abandonó proveyendo para él una ciudad que resultó ser una compensación inadecuada para su sacrificio e indigna de sus esperanzas. Abraham no será decepcionado por Dios, y Dios no se avergonzará de ser llamado el Dios de Abraham, porque ha dispuesto para él, y para todos los redimidos, una ciudad.

Preguntas

1. ¿Cuál es la relevancia del capítulo 11 de Hebreos para el argumento de la epístola?
2. (a) ¿Qué es fe?
(b) ¿Es la fe por la que somos salvos diferente de la fe por la que vivimos como cristianos?
(c) ¿Hay grados de fe? Consideremos Marcos 9:24; Mateo 14:31; Lucas 7:9.
(d) ¿Es la fe en alguna ocasión un hecho meritorio? Véase Romanos 4:4, 5.
(e) ¿Es la fe algo activo o pasivo?
3. ¿Hasta qué punto es importante nuestra «fe» en el sentido de las doctrinas que creemos? ¿Puedes ser un verdadero creyente si tus doctrinas fundamentales son erróneas?
4. A la luz de Hebreos 11:11 y 1 Juan 5:10, considera la afirmación de que la verdadera fe descansa en una valoración del carácter de Dios.
5. ¿En qué sentido son los creyentes «extranjeros y forasteros» en este mundo? ¿Hasta qué punto podrías aplicar la metáfora? ¿Cómo lo equilibrarías con tu deber de actuar como sal y luz en el mundo? (Véase Mt. 5:13-16).

PRUEBAS Y LUCHAS DE LA FE

Hebreos 11:17-12:2

En este capítulo continuamos nuestro estudio acerca de qué es la fe y cómo actúa; en una palabra, acerca de qué significa ser creyente.

La prueba y el refinamiento de la fe

a. Fe justificada por las obras (11:17-19)

La verdadera fe siempre ha de ser probada. No basta con decir que creemos. Antes o después seremos llamados a justificar nuestra profesión de fe por medio de nuestras obras. Abraham lo fue; y nosotros ya hemos considerado lo que estaba en juego, qué era lo que tenía que demostrar y a quién, cuando se le pidió que ofreciera a Isaac a Dios (véase el final del capítulo 7).

Lo que nos interesa aquí es descubrir cómo su fe encontró la fuerza necesaria para pasar por esta prueba extrema de forma tan triunfal. La encontró en la lógica. No supongo ni por un momento que Abraham corriera a las montañas cantando y gritando «¡Aleluya!». No fue su espíritu eufórico ni una oleada de emoción lo que le sostuvo en esa difícil tarea. Fue la lógica. Abraham razonó el asunto. Dios no sólo había prometido que tendría muchos descendientes. Había especificado que sería a través de Isaac como vendrían esos descendientes. Isaac todavía no tenía hijos. Ni siquiera estaba casado. Si Dios

le estaba pidiendo que sacrificara a Isaac, no podía significar que Dios fuera a dar marcha atrás a su promesa. Sólo había una salida. Dios tendría que resucitarlo de la muerte. Él podía hacerlo y lo haría. Por eso Abraham le dijo a sus siervos que se quedaran allí. Él e Isaac iban a la montaña a adorar y ambos volverían (Gn. 22:5).

La lógica era simple, pero impresiona. Era coherente; y a Dios le alegró honrarle y devolverle a Isaac de una muerte simbólica, convirtiéndolo en un prototipo de la muerte y resurrección de nuestro Señor (11:19). La lógica de la fe no razona que si Dios nos ama ha de salvarnos de la dificultad, enfermedad, sacrificio y muerte. Su argumento es más bien: «Estoy convencido de que ni la vida ni la muerte puede separarnos del amor de Dios ni del cumplimiento de sus promesas».

b. Fe redirigida (11:20)

Puede parecernos más bien generoso atribuir a la fe la bendición de Isaac a sus hijos; porque cuando leemos la verdadera historia en Génesis 27, su fe parece en muchos aspectos estar mal enfocada. Dios es generoso, por supuesto. Detectará la verdadera fe ahí donde para nosotros puede ser difícil verla. Por otro lado, el autor no está exagerando o adulando a Isaac cuando dice que bendijo a sus hijos por la fe. La bendición de Isaac a sus hijos muestra claramente que creía las grandes promesas en cuanto al futuro dadas a Abraham y a su descendencia; y fue una verdadera respuesta de fe a aquellas promesas el que bendijera a Jacob y a Esaú *respecto a cosas venideras*.

Su error fue confundir la bendición de Dios con emociones y sensaciones que a veces acompañan o resultan de esa bendición. Recibió (o, al menos, su esposa; y seguramente se lo habría dicho) palabra de Dios acerca de que de sus hijos surgirían dos naciones y el mayor serviría al menor (Gn. 25:23). Eso, por supuesto, era contrario a lo natural. Y en vez de dejar

de lado lo natural y actuar sobre la base de la fe en la palabra de Dios, Isaac decidió dar la bendición patriarcal oficial a Esaú, y no a Jacob.

Quizás sencillamente había olvidado la palabra de Dios (aunque Rebeca no); o quizás la despreció. Rebeca, cuya fe en Dios no era superior a la de Isaac, decidió engañarle para que bendijera a Jacob y no a Esaú. Resultó sencillo.

Isaac había enviado a Esaú a cazar, matar y preparar un venado para comer, para que con esa sensación de bienestar y satisfacción que uno tiene tras una buena comida, pudiera sentirse seguro de la bendición de Dios y pasársela a Esaú.

Pero cuando Esaú se marchó, Rebeca vistió a Jacob con pieles de cabra y lo envió a Isaac con un plato de guisado que había preparado con sabor a caza. Isaac ya estaba casi ciego, así que no pudo ver lo que era; pero cuando Jacob habló, inmediatamente reconoció la voz. Por desgracia –o por suerte, dependiendo de cómo lo veamos–, no confió en su oído, sino que se dejó engañar pensando que era la voz de Esaú. Probó la carne y estuvo seguro de que era de caza. Pero no lo era; su sentido de gusto le había engañado. Tocó los brazos de Jacob y tuvo la certeza de que era el velloso Esaú. Pero no lo era; su sentido del tacto le había engañado. Olió las ropas de Jacob y estuvo convencido de que eran las de Esaú, con el aroma del campo que el Señor había bendecido (Gn. 27:27). Pero no lo eran; su sentido del olfato le había engañado.

Qué escena tan triste, con Isaac pasando por alto la palabra de Dios y confiando en sus preferencias, sentimientos y sensaciones naturales, y con Rebeca jugando deliberadamente con sus emociones para que no ejecutara su decisión intelectual y moral, ¡y todo con la excusa de facilitar la bendición de Dios! Estemos seguros de que Dios no aprobó al uno ni a la otra.

Dios lo dirigió todo en su misericordia. Reconoció que en el fondo había un núcleo de fe genuina y honró esa fe, aunque

le tomó años de disciplina en la vida de Jacob paliar los efectos de aquel día de engaños.

Nosotros también necesitamos esta lección. Es un error común confundir las emociones, sentimientos y sensaciones que a veces acompañan o resultan de la bendición de Dios con la bendición misma. Algunos nuevos cristianos disfrutaban así de los sentimientos de descanso y de júbilo que acompañan a su perdón inicial, y sin darse cuenta basan su seguridad de la salvación sobre esos sentimientos en vez de confiar absolutamente en la Palabra de Dios. El resultado es que, cuando los sentimientos pasan, su seguridad se evapora.

Algunos líderes religiosos, en vez de alentar la convicción y la fe llevando a las personas a acercarse a la Palabra de Dios y permitir que sigan las emociones y los sentimientos, comienzan al revés. Intentan producir emociones y sentimientos como si fueran en sí la bendición de Dios. Algunos lo hacen peor. Intentan conseguir «decisiones por Cristo» pasando por alto las cuestiones intelectuales y morales de las personas y apelando a sus emociones y sentimientos.

Creo que todos nosotros, de vez en cuando, perseguimos «alturas» espirituales en vez de aprender a vivir por fe en la Palabra de Dios. Se confunde sentirnos bien con santificarnos.

Y Dios también tiene misericordia y paciencia con nosotros. Reconoce la fe genuina que está en el fondo de nuestro corazón y nos ofrece confianza. Pero, con igual paciencia y firmeza, la reconducirá hacia el objeto adecuado.

c. Refinamiento de la fe (11:21)

Lo mismo que pasó con Isaac pasó con Jacob. Su único acto de fe mencionado está tomado del final de su vida. Por supuesto, él había creído en la bendición prometida por Dios desde el principio de la misma. Pero en sus primeros años y durante mucho tiempo hubo gran cantidad de escoria mezcla-

da con el oro puro de su fe. Tenía ideas muy limitadas de la bendición que Dios había decidido darle e ideas muy imperfectas acerca de cómo obtendría esa bendición. Pensaba que lo inteligente y el mejor negocio era aprovecharse de la debilidad moral de Esaú y ofrecerle un precio abominablemente bajo por sus derechos de nacimiento, y posteriormente robarle su bendición por medio de mentiras y engaños (Gn. 25:28-34). Arruinó su relación con su suegro y con el resto de la familia utilizando el capital de Labán de forma egoísta para construir su propio hogar. Peor aún, pensó que el resultado de esto era la bendición de Dios sobre él (Gn. 31).

Pero Dios tenía que quitarle esas ideas. Le hizo dar a Esaú 220 cabras, 220 ovejas, 30 hembras de camello con sus crías, 40 vacas, 10 toros, 20 asnas y 10 borricos (Gn. 32:13-15). Eso al menos dejó claro que la bendición de Dios a Jacob no dependía del engaño a Esaú.

Raquel, la esposa favorita de Jacob, que robó los dioses de su padre y le engañó (Gn. 31:30-37), murió prematuramente (Gn. 35:16-20). José, su hijo favorito, primer hijo de Raquel, se perdió, y él creyó que había muerto. Simeón fue hecho prisionero al ir a Egipto. En su desesperación, Jacob prometió que nunca perdería de vista a Benjamín, el otro hijo de Raquel. Pero finalmente se vio obligado a hacerlo. Ahora, una tercera parte de su familia, incluida su esposa favorita, ya no estaban, y el hambre le acosaba. Así que esto había conseguido con toda su planificación, con todo su engaño y su trabajo incansable.

¿Qué pasaba con la bendición de Dios? Aún quedaba lo que Dios siempre había proyectado para él. Y cuando Jacob hubo aprendido que todas sus ideas no le ayudaron en absoluto a obtener la bendición, Dios le hizo descubrir en qué consistía ésta. Descubrió que José aún estaba vivo y, como cabeza de toda la economía egipcia, era el segundo en importancia detrás de Faraón. José, su hijo, se había convertido en el salvador de

la economía no sólo de Egipto, sino de todas las pequeñas naciones dependientes. La promesa original de Dios de que *todas las familias de la tierra serán benditas en ti y tu simiente* (Gn. 28:14) había llegado a su primer gran cumplimiento. Como padre de José, Jacob bendijo al Faraón (Gn. 47:7).

Con una fe mucho más pura, Jacob, en su lecho de muerte, bendijo a los dos hijos de José. Había aprendido a la fuerza, por medio de la disciplina de Dios, a no confiar más en sus propias ideas egoístas; no obstante, al final quedó abrumado por la gracia de Dios cuya bendición ya había demostrado ser mucho mayor de lo que él nunca había pedido o pensado; y se inclinó sobre su bordón, como verdadero peregrino creyente que era, y adoró a Dios. Pudo bendecir a sus nietos por la fe: su futuro estaba asegurado de acuerdo a la promesa de Dios.

d. Fe no entenebrecida (11:22)

Quizás la mayor prueba de fe no sea el sacrificio sino el éxito, el éxito del mundo. Si es así, la fe de José fue supremamente triunfante. Podemos estar seguros de que, a través de su larga y finalmente brillante carrera, había conservado su fe personal en Dios y sus devociones diarias. Pero no es a su piedad personal hacia lo que llama la atención el Espíritu Santo. Muchos creyentes en posiciones igualmente eminentes en el mundo han mantenido, en la intimidad, una piedad personal igualmente fuerte. Y eso es espléndido. Pero lo destacable en cuanto a José es que, estando en la posición en que estaba, aún retuviera la fe de su infancia en que Dios tenía un programa profético para este mundo y que ese programa se centraba en, y sería llevado a cabo por, Israel y no en Egipto.

Al mismo tiempo, esa fe tuvo que parecerle a los políticos, economistas y hombres de negocios duros de mollera del mundo más bien una excentricidad, por no decir más bien grotesco. El Egipto de aquellos días era el poder mundial domi-

nante. Israel era una pequeña tribu, poco más que una familia grande. Lo único destacable no era que un miembro de aquella familia emigrara a Egipto y se convirtiera finalmente en el vicepresidente del país. Cosas parecidas han ocurrido más de una vez en la historia de las superpotencias. Y aún siguen ocurriendo en algunas zonas. Pero que aquel vicepresidente todavía en funciones creyera y anunciara esa esperanza de que el futuro del mundo no residía en las grandes superpotencias, sino en el diminuto Israel y el papel profético que Dios le había dado en la historia, eso es diferente. Requiere mucha fe creerlo en la actualidad. No digamos en los días de José.

Sin embargo, eso era lo que había aprendido de Abraham, Isaac y Jacob, y continuaba creyéndolo. Vivió en una época de interludio en el programa de Dios para Israel, e Israel estaba fuera de la tierra prometida y viviendo entre gentiles. Durante ese período, José sirvió feliz en la administración de Egipto. Pero creyó la promesa dada a Abraham (Gn. 15:13-16). Un día, el interludio acabaría e Israel retornaría a su tierra. El programa profético de Dios estaría de nuevo en marcha.

Cuando eso ocurriera, José quería ser identificado con ello. Sus huesos no debían quedar en Egipto para esperar la resurrección en el último día. Incluso en el momento de su muerte quiso ser recordado no como un famoso primer ministro de Egipto, sino como un eslabón de la larga cadena del cumplimiento de los propósitos de Dios a través de Israel. En esto – dice la Escritura– actuó por fe. Es decir, su acción se basó en la palabra explícita de Dios recogida en Génesis, interpretada literalmente y creída de todo corazón.

Dios nos da la fe de José para creer que, antes de que este planeta llegue a su fin, habrá un tiempo de bendición sin paralelo para nuestro mundo. El presente interludio en la historia de Israel, marcado por su incredulidad en el Mesías y su dispersión entre las naciones gentiles, acabará un día. Su Mesías

volverá. Israel será reconciliado y restaurado. Para el mundo entero eso será verdadera vida que surge de la muerte (Ro. 11:12-15, 25-27).

Fe y la redención final de la humanidad

Por fin había llegado el momento de que los propósitos de Dios para la redención de Israel tuvieran su cumplimiento. Eso proporcionó a los creyentes de Israel oportunidades espectaculares para demostrar que su fe era viva y real, al cooperar con Dios y llevar a cabo su parte en la obra. Moisés fue el primer ejemplo.

a. Ambiciones, elecciones y motivaciones de la fe (11:23-26)

La carrera de Moisés como evangelista de su pueblo comenzó con la fe de sus padres, que vieron en él, cuando todavía era un bebé, un liberador potencial de su nación. Arriesgando sus vidas lo escondieron para que no fuera asesinado por los soldados del rey, confiando en Dios para hallar alguna forma de preservarlo cuando ya no pudieran esconderlo más. Quizás pienses que es natural que los padres quisieran proteger a su hijo y tuvieran grandes ambiciones en cuanto a él. Quizás. Pero, aún hoy, el trabajo del evangelista o del misionero es la más grande y noble labor conocida por el hombre. No todos los niños pueden convertirse en un Moisés; pero Dios puede darnos más hombres y mujeres de fe cuya primera ambición por sus hijos sea que crezcan y lleguen a ser eficientes colaboradores con Dios en la salvación de sus contemporáneos.

Como hijo adoptivo de la hija del Faraón, Moisés creció rodeado de todo lujo y privilegio posibles. Casi cualquier oficio del estado, menos el de Faraón, habría estado sin duda abierto

a él. Pero renunció a todo, incluso a su derecho a ser conocido como hijo de la hija de Faraón. ¿Qué le llevó a hacer esto?

Según el autor no fue un entusiasmo irreflexivo, sino el resultado de sopesar a conciencia el valor relativo de las cosas y de tomar con calma la decisión de optar por la más valiosa.

Por un lado estaban los placeres, los considerables placeres de la vida en la corte con toda la dignidad y honores propios de la sociedad real. Por otro estaba el ser con toda seguridad maltratado con Israel. Escogió ser maltratado. No porque los malos tratos sean algo bueno en sí, o porque el placer sea algo malo en sí. Pero los placeres de la vida de la corte egipcia eran pecaminosos y temporales: algo muy pobre. Ser maltratado era bastante poco atractivo, pero sólo era una consecuencia temporal de asociarse con el pueblo de Dios.

Para Moisés, la expresión «pueblo de Dios» no era fraseología religiosa vacía. Realmente creía que Israel mantenía una relación especial con el Dios vivo y que tenía un papel único en el proceso de la autorrevelación de Dios y en sus propósitos de redención del mundo. En opinión de Moisés, eso lo convertía en la sociedad más noble y apasionante con la que era posible asociarse. El hecho de que la mayoría de individuos israelitas en aquel tiempo fueran incultos, inexpertos y esclavos maltratados no consiguió retraerle de la dignidad de ser el pueblo *de Dios*. Comparado con eso, la vida en la corte de Egipto era de pobre calidad, algo indigno.

Una vez más, por una parte estaban los tesoros de riqueza, arte, cultura y tecnología avanzada. Ninguna otra nación de aquel tiempo tenía semejantes tesoros. Y eran, por supuesto, tesoros genuinos de verdadero valor. Por otro lado fue vituperado con el vituperio de Cristo. Y también sufrió verdaderos insultos. Un movimiento mesiánico rara vez es popular o respetable a los ojos del poder establecido. ¿Fe en la venida de un Salvador del mundo? ¿Denuncia del presente orden esta-

blecido como contrario a los propósitos de Dios? ¿Exigencia de un arrepentimiento radical? ¿Aviso de plagas si esas demandas no se cumplían? ¿Estimular un éxodo masivo de la población para que saliera de una sociedad civilizada ordenada al desierto? Moisés desafió todos los valores fundamentales para Faraón. No es de sorprender que Faraón respondiera con una mezcla de consternación, incredulidad, aversión, odio e injurias mordaces.

Pero, para Moisés, estos vituperios fueron heridas sufridas por la causa del Cristo. Y eran en sí más honorables y valiosas que todos los tesoros de Egipto, por no hablar de la recompensa que traerían en el día del triunfo del Mesías.

b. La lucha espiritual de la fe (11:27-37)

Moisés, por supuesto, no fue quien redimió a Israel. Dios lo hizo. Pero utilizó a Moisés para predicar a la gente acerca de la redención, enseñarles cómo podían ser redimidos y conducirles después de serlo. Y eso requería por parte de Moisés una comprensión muy clara de los principios de la redención y una fe lo suficientemente fuerte como para aplicarlos y ponerlos por obra.

Primero fue necesario un realismo táctico ante el enemigo. Este no era un espantapájaros. Al comienzo, quizás imprudentemente, Moisés había intentado arreglar una injusticia por medio del asesinato secreto de un egipcio que estaba maltratando a algunos israelitas. No obstante, se supo, y Moisés se asustó y huyó de la presencia de Faraón a la tierra de Madián (Éx. 2:11-15). El autor explica que no fue el temor a Faraón lo que le impulsó a huir. Presumiblemente fue una cuestión táctica. Si en ese momento se hubiera quedado en Egipto, Moisés habría sido obligado allí y en aquel momento a tener una confrontación con Faraón, y esta habría sido prematura. Los israelitas aún no estaban preparados para ello; como demuestra su

rechazo de Moisés (Éx. 2:14) y su posterior pérdida de los nervios y de la esperanza (Éx. 5:19-21).

Así que Moisés optó por una retirada táctica. Pero persistió en su determinación de liberar a Israel. La oposición fue también demasiado poderosa y visible. Pero la fe de Moisés era capaz de ver al Invisible, y este era el Todopoderoso.

Después Moisés tuvo la fe necesaria para creer que era posible salvarse de la ira de Dios y del ángel destructor, y para saber cómo hacerlo. No sólo animó a los israelitas a esconderse detrás de la sangre del cordero pascual: instituyó la celebración anual de la Pascua como un recordatorio anual para Israel del principio de la redención.

Tuvo que ser así, porque, si no, habría habido un montón de primogénitos de Israel que habrían muerto.

Podríamos preguntarnos qué tiene eso de destacable. Dios le había explicado a Moisés exactamente y en detalle cómo se podía salvar Israel de su ira. Cualquiera lo habría creído y habría actuado al respecto.

¿De verdad? Dios nos ha dicho cómo podemos ser salvos de su ira y saber que lo hemos sido (Ro. 5:9). Pero muchos predicadores parecen no creerlo. Al menos, rara vez predicán sobre ello. Por un lado parecen no estar seguros de que existe algo como la ira de Dios. Hablan sólo de su amor. Por otro, si hay algo como la ira de Dios, piensan que nadie puede estar seguro de que será salvo de ella. Obviamente no tienen la fe de Moisés. En algún lugar del camino han perdido el valor de creer y predicar lo que la Biblia enseña claramente.

Y después, Moisés tuvo la fe de creer que, si Israel caminaba por el canal de tierra seca creado de repente para atravesar el mar Rojo, el agua no volvería a su cauce hasta que hubieran llegado seguros a la otra orilla. Con tremendo valor, persuadió a Israel de que dieran ese paso y empezaran a cruzar. *Todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar* (1 Co. 10:2).

Según Hebreos. Un reino incommovible

Puede que te preguntes dónde estaba su valor, si Dios se lo había ordenado. ¿No fue sencillo para Moisés obedecer y conseguir que la gente obedeciera? Bueno, el Nuevo Testamento ordena a los creyentes de hoy que sean bautizados y explica claramente su significado. Pero es evidente que resulta extraordinariamente difícil para algunos creerlo y obedecerlo, y no digamos predicar sobre ello y exhortar al respecto.

Las fuerzas del mal estaban atrincheradas en Jericó. Josué tuvo fe y creyó que sus defensas caerían. Y así fue. Las tácticas que Dios le dijo que empleara podían parecer verdaderamente extrañas, Quizás el mayor acto de fe fue creer que semejantes tácticas funcionarían. Pero así fue. Luchamos contra fortalezas de diferente clase (2 Co. 10:3-6); no contra enemigos de carne y sangre, sino contra fuerzas demoníacas (Ef. 6:10-20). Pero no nos pongamos nerviosos o perdamos nuestra fe en el evangelio. A pesar de la locura del mundo (1 Co. 1:18), todavía está el poder de Dios para salvación. Todavía se puede abrir brecha en los muros del enemigo (2 Co. 10:4).

Cuando cayó Jericó, Rahab se salvó. Pero consideremos lo que la fe en el Dios verdadero y en el evangelio supuso para Rahab. Significó recibir a los espías israelitas y ser leal, en vez de a su pueblo natal, a los israelitas invasores a los que ella llegó a ver como el pueblo de Dios. La gente de Jericó habría considerado esto una traición. Pero no es un acto de traición dejar de lado el mundo para alinearnos con Dios y su pueblo. Sed salvos *de esta perversa generación*, dijo Pedro a sus contemporáneos judíos el día de Pentecostés (Hch. 2:40). Debemos tener fe para aceptar el desafío y repetirlo en nuestra evangelización actual.

c. Victorias y aparentes derrotas de la fe (11:32-12:2)

Y ahora el autor hace un resumen con una lista impresionante y conmovedora de los numerosos hombres y mujeres de

fe. En algunos casos fueron obvias victorias de la fe, incluso mientras vivieron. En otros, los hombres y mujeres de fe sufrieron una aparente derrota. Murieron sin ser vindicados. La fe no siempre triunfa en esta vida. Y se requiere una fe aún mayor para sufrir un aparente desastre, sin ser vindicados, y continuar creyendo.

Ahora, todos los que aparecen en la lista de aquellos que se enfrentaron al desastre a través de la fe carecen de nombre salvo Uno. De él podemos seguir leyendo en el capítulo 12. Porque, cuando todo el enorme ejército de testigos ha desfilado ante nosotros, llega Uno que capta finalmente nuestra atención alejándola de todos los demás para fijarla en Él. Ponemos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. ¿Y qué observamos? ¿Un gran éxito en esta vida, con montones de personas agolpándose a su alrededor para adorarlo porque su camino era el verdadero, y que fue vindicado al demostrarse su justicia? No. Seguimos al Hombre de fe al Gólgota y le vemos confiar en la dirección de Dios que lo conduce a la cruz. Vemos cómo es traspasado por los clavos y decimos: «Seguro que Dios vindicará su fe ahora y hará el milagro de bajarle de la cruz». La multitud pasa y dice: *A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz* (Mr. 15:31).

Pero no lo hace. Las horas pasan y muere. El mundo dice: Ahí lo tenéis; era un impostor.

¿Qué hay que muestre otra cosa? Pues que aquel que fue a la cruz ha resucitado y está sentado a la diestra del trono de Dios. Y aquel que entonces parecía ser víctima de las circunstancias, está sentado a la diestra del mismo trono que controla los destinos del universo. ¡Ánimo! Si te atreves a creer en este Cristo y a seguirle, pase lo que pase, tú también te sentarás en su trono, como Él también venció y se sentó en el trono de su Padre. Esta es la promesa explícita de Cristo (Ap. 3:21; 2 Ti. 2:12). Creámosla.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Pero, para seguir su fe tendremos que compartir sus valores. Él menospreció el oprobio y sufrió la cruz por el gozo puesto delante de Él; no sólo el gozo de su propia exaltación y gloria, sino el de tenernos allí para verlo y disfrutarlo con Él eternamente (Jn. 17:24). Que Dios nos proporcione una buena escala de valores y nos ayude a escoger lo mejor.

Preguntas

1. ¿Serías capaz de distinguir entre la prueba de la fe y el refinamiento de la fe?
2. ¿A qué se hace referencia cuando se habla de la lógica de la fe de Abraham (11:19)?
3. ¿Hasta qué punto son fiables las emociones y sentimientos como indicación de que (a) somos salvos y (b) estamos disfrutando de las bendiciones de Dios?
4. ¿De qué forma aquello que pidió José (11:22) demuestra su fe?
5. ¿Es correcto decir que nuestra actitud hacia la evangelización demuestra si somos verdaderos creyentes o no? Considera Filipenses 1:3-7.
6. ¿Cómo y en qué sentido Moisés, que vivió siglos antes del nacimiento de Jesús, fue vituperado por el nombre de Cristo (11:26)?
7. Analiza la escala de valores de Moisés (11:24-26). Si compartimos sus valores, ¿en qué formas prácticas podrían afectar a nuestras vidas y labores?
8. A la luz de 11:35-38, ¿habría sido correcto decir que la fe y la obediencia siempre conducen al éxito y la prosperidad?
9. ¿Qué significará reinar con Cristo (2 Ti. 2:12)?

LA LARGA CARRERA*Hebreos 12 y 13*

Argumentos, dolorosas disputas, acusaciones, contradicciones, palabras amargas, sentimientos heridos, amistades rotas, todas estas son cosas que causan gran dolor y agotamiento. No es de sorprender que los lectores de nuestra epístola estuvieran desanimados y a veces se sintieran con ganas de abandonar. Desde que se habían convertido, sin ninguna duda habían pasado muchas de estas cosas. Amigos de años se habían convertido en virtuales enemigos y algunos parientes se habían apartado. Los rabinos habían sido feroces en su oposición, y encima tenían que soportar persecución física, daños y pérdidas. No es extraño que se sintieran espiritual y mentalmente agotados.

Pero hay descanso para la mente y el corazón. *Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desfallecer* (12:3). A veces, la mente encuentra sanidad y ánimo en medio de la aflicción si nos olvidamos de nosotros mismos y pensamos en la aflicción de otro. Y nunca hubo mayor aflicción que la que sufrió el Señor.

La palabra griega que utiliza el autor para «oposición» o «contradicción» es la misma que Judas usa para describir la *contradicción* [o rebelión] *de Coré* (versículo 11). El Señor Jesús y sus discípulos no fueron los primeros ni los únicos en sufrir la amarga oposición de Israel. El mismo Moisés y Aarón fueron tratados de manera parecida (Nm. 6). Coré, que era levita y

Según Hebreos. Un reino incommovible

debería haber tenido más sabiduría, se unió a ciertos líderes prominentes de otras tribus y se opusieron a la pretensión de Moisés de ser su apóstol y a la de Aarón de ser su sumo sacerdote. Dios mostró su desaprobación: la tierra se abrió y se los tragó. Incluso así, toda la congregación se volvió entonces a Moisés y a Aarón acusándolos de haber dado muerte al pueblo del Señor (Nm. 16:41). Acto seguido, la gloria de Dios apareció y estalló una plaga. Miles de ellos murieron. Y habrían muerto miles más de no haber dado Moisés, con misericordia, instrucciones a Aarón para que interviniera como sumo sacerdote a favor de sus críticos.

Israel iba por el mismo camino, por tanto, cuando discutió las afirmaciones de su Mesías, lo despreció y lo crucificó. Pero Él lo soportó sin vengarse y sin abandonar. *Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición... quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia* (1 P. 2:23, 24). Si se hubiera echado para atrás, todos los pecadores de todas partes hubieran perecido con sus pecados.

¿No vamos a ser capaces nosotros de perseverar de igual manera? También estamos inmersos en una lucha contra el pecado en nuestras vidas mientras progresamos en santidad, y en las vidas de otras personas cuando predicamos el evangelio, enseñamos la Palabra de Dios o pastoreamos a las personas con dificultades. La lucha es real y costosa. Tenemos que esperar oposición. Tenemos que esperar sufrimiento. Pero ¡ánimo –dice el autor– aún no habéis muerto! (12:4). No es tan malo, todavía. *Aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.* Pero un día puede que tengáis que hacerlo ¿sabéis? La batalla es así de seria. Todo el que piensa que la lucha contra el pecado es un pasatiempo o una afición, probablemente no se habrá unido a la batalla todavía.

La disciplina del Padre

Y después el autor explica que hay otra razón para soportar la oposición. La persecución puede parecernos injusta y terrible, pero tras ella está Dios. Podría frenarla al instante si quisiera, y lo haría si fuera bueno para nosotros. Pero escoge no hacerlo. Quiere usarla. Eso sí, para un propósito muy diferente del que pretende el enemigo, por supuesto: quiere utilizarla para disciplinarnos y perfeccionar nuestro carácter cristiano. El capitán de un barco que utiliza los vientos de la tempestad para llevarlo a puerto a pesar de la tormenta es más que vencedor. El enemigo se opone a los creyentes para destruir su fe; Dios coge la oposición y la usa para fortalecer su fe y hacer surgir el carácter de la vida divina que está en ellos.

Hay dos actitudes, por tanto, que deberíamos evitar. *Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor, no desmayes cuando eres reprendido por él.* Por un lado es posible menospreciar la disciplina, endurecerse, volverse cínico y soportarla sin sacarle ningún beneficio. Por otro lado, es posible desmayar frente a ella y ceder; en vez de permanecer firmes con valor, sucumbir a ella hasta que el Señor se vea obligado a remitir la presión para que ésta no acabe con nosotros. De esta forma perdemos la oportunidad de aprender una lección que nos hubiera sido provechosa.

Evitemos ambas actitudes extremas, no despreciando la disciplina del Señor ni sucumbiendo ante ella. *Porque el Señor al que ama, disciplina.* Y si el camino es duro, si pensamos que la disciplina que nos está tocando es excesiva, entonces tenemos que comenzar a desarrollar el hábito de pensar que el Señor nos ama mucho. El mismo hecho de que no nos libere de la presión durante un tiempo es evidencia de su intención persistente de hacernos bien. Permitirá que la persecución, la dificultad o lo que sea nos haga el mayor bien posible antes

Según Hebreos. Un reino incommovible

de que cese. *Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.* Esto es tan cierto, que si no recibimos disciplina, entonces deberíamos tener grandes dudas acerca de la realidad de nuestra profesión de fe. *Si se os deja sin disciplina... entonces sois bastardos, y no hijos (12:8).*

Ahora bien, la palabra traducida como «disciplina» significa, por supuesto, corrección; pero incluye también la idea más amplia de educación espiritual en general, todo lo que implica la crianza de un hijo. Miles de personas le están eternamente agradecidas a sus padres, que los criaron y los educaron. Cuánto más deberíamos estar agradecidos a Dios porque está dispuesto a utilizar los medios que sean necesarios, incluso las dificultades causadas por el pecado, para educarnos como hijos suyos.

Los propósitos de Dios en la disciplina

Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban –dice el autor–, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Ningún padre en sus cabales disciplina a su hijo hasta matarlo. Ningún padre en su sano juicio le hace pasar por la escuela o le pone a trabajar para hacer que la vida le resulte desagradable. Un padre, cuando educa a su hijo, piensa en desarrollar las habilidades del niño para capacitarlo, no sólo para que soporte la vida mejor, sino para que disfrute más de ella: para que haga más cosas, disfrute de más y mayores cosas. Y, cuando crecemos, aprendemos a respetar a nuestros padres que hicieron aquello por nosotros. ¿Y qué piensas que está haciendo Dios? –pregunta el autor– ¿Crees que está tratando de acabar contigo? Por supuesto que no. Trata de llevarte a una vida plena. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

Veamos lo que Dios está haciendo por medio de nuestras pruebas. Al principio quizás todo fuera un camino de rosas y disfrutáramos mucho de la vida espiritual; pero después llegaron los días de dificultad. Miramos atrás suspirando, a aquellos primeros días, y deseamos que volvieran. Entonces gozábamos de vida espiritual, pero ahora no; todo resulta demasiado difícil. ¿Por qué no puede ser todo como antes? Razonar así es propio de un niño rodeado de juguetes en su cuarto. Hasta ese momento ha estado disfrutando de la vida. Ha recibido cosas buenas de sus padres, ha jugado mucho y ha sido muy feliz con todo ello. Pero llega el día en que los padres llevan al niño al colegio y a éste no le hace ninguna gracia. ¿Por qué no puede volver a jugar como antes en vez de tener que hacer frente a lecciones en el colegio que resultan tediosas y poco interesantes? Pero ese niño, a los diez años ya no querrá volver al cuarto de los juguetes. Ha sido educado para ver que existen otras posibilidades mejores en la vida.

Y aunque Dios nos proporciona momentos de gran gozo en la vida espiritual, antes o después permite dificultades para que maduremos y podamos obtener mayores beneficios de ella. Y no sólo aquí; Dios piensa no sólo en los pocos años de preparación en esta vida, sino que tiene en mente toda la eternidad. Tenemos que aprender a compartir su santidad, a comportarnos como ÉL lo hace. Es la forma en que las personas del cielo se comportan lo que hace que el cielo sea el cielo. ¡Qué corta es la vida para prepararnos para la eternidad! ¿No vamos a someternos a ÉL? ¿No vamos a confiar en su sabiduría? ¿No vamos a estar de acuerdo en que ÉL ve y anticipa las cosas mucho mejor que nosotros? ¿No vamos a cooperar con ÉL y vivir? ¡Por supuesto que sí! Por su gracia lo haremos.

Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Habrá un después; tan seguro como que hay prueba es que habrá un después. Por supuesto, la prueba misma no causa gozo. Toda disciplina es durante un tiempo dolorosa. Si disfrut ramos de la disciplina, ya no será disciplina,  no es cierto? A menudo, cuando la prueba comienza a hacernos daño, corremos rápidamente al Señor y le pedimos que quite el dolor y todas las dificultades. Pero, si lo hiciera, no será una prueba. Tenemos que esperar a sufrirla. Porque toda disciplina en el presente es causa de tristeza, pero hay un después con su rica cosecha.

Creo que la prueba nos capacita hasta cierto punto; pero igual que es posible malgastar el dinero en la educación de algunas personas, es posible que despreciemos la disciplina de Dios en vez de valorarla; y así, gran parte de su preocupación por nosotros queda sin recompensa. Necesitamos ser ejercitados por la prueba. Miremos el después y levantemos las manos caídas, fortalezcamos las rodillas que est n paralizadas, y aunque nos sintamos a punto de derrumbarnos, las rodillas no nos aguanten y las manos carezcan de fuerza,  sigamos adelante! Porque hay un después.

Nuestro Padre lo sabe todo. Mientras nosotros pensamos, en ocasiones, que las cosas van bien, nuestro Padre puede ver un punto débil escondido dentro de nosotros, y permite la prueba para poner de manifiesto aquella debilidad de una forma que nos desagrada. Le pedimos a Dios que aparte la prueba para que la debilidad no quede muy manifiesta. Pero Dios la aguanta el máximo posible. Igual que el médico ante un cuerpo enfermo pone su dedo all  donde duele, y por supuesto hace daño –preferirías que pusiera el dedo en cualquier lugar menos all –, así Dios, con suma habilidad y sin equivocarse, muy a menudo permite que nos venga una prueba que pone de manifiesto aquella debilidad que hasta entonces habíamos ocultado y tratado de olvidar. No lo hace para acusarnos, censu-

rarnos y humillarnos. Quiere sanar nuestra debilidad. Limitémonos a comprender esto, y entonces en el tiempo de la prueba hallaremos gracia para orar no tanto para que la prueba cese, sino para que la debilidad sea corregida y salgamos refinados.

¿Pero qué sabemos de la prueba? Una vez más recordamos la situación de aquellos para quienes se escribió esta epístola, y tenemos que admitir que conocemos bien poco. Muchos de ellos pertenecían a hogares rotos, habiéndolo perdido todo, con relaciones familiares dañadas. Sus rodillas flaqueaban, sus manos estaban caídas. A pesar de todo, muchos de ellos, con sus ojos puestos en la meta, corrieron valientemente hacia el final y consiguieron llegar de alguna manera. El Señor nos ayuda, en medio de nuestras circunstancias más favorables, a correr con paciencia, despojándonos de todo peso y del pecado que nos asedia, perseverando en la carrera hasta que nos sentemos junto al Señor en la meta celestial.

Las únicas alternativas

Pero no hay nada como la persecución por el nombre de Cristo para hacernos discernir mejor las únicas alternativas a las que todo el mundo se ha de enfrentar. Como dijo el Señor mismo, o le confesamos ante nuestros contemporáneos y Él también nos confesará delante de los ángeles de Dios, o le negamos y Él nos negará (Lc. 12:8-9). Por supuesto, podemos caer en graves inconsecuencias temporales (una vez más, recordemos a Pedro). Pero no hay una tercera vía permanente que incluya negar o no confesar a Cristo y que podamos decidir adoptar y seguir siendo salvos.

Sin santidad *nadie verá al Señor* (12:14). La salvación nos ofrece esa santidad, tanto la santificación inicial como la progresiva. Está abierto a todos el recibir la santificación inicial

como un don y con ella el poder para perfeccionar la santidad paso a paso en el temor de Dios. También está abierta a todos la posibilidad de rechazarla. Pero no existe una tercera opción que permita a las personas recibir la salvación sin la obligación de buscar la santidad. La gracia de Dios nos enseña a decir «no» a la impiedad, y a vivir *en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tit. 2:12, 13). Todo el que piensa que la salvación por gracia significa permiso para vivir vidas no santas, no ha comprendido la gracia de Dios. Todavía no se ha acercado siquiera a ella. Ha dejado de alcanzarla (12:15).

Cuando Moisés estaba exponiendo los términos del antiguo pacto al pueblo reunido, les advirtió la posibilidad de que pudiera haber entre ellos lo que denominó *raíz que produzca hiel y ajeno* (Dt. 29:18-21). Se refería a esa clase de persona que, incluso aunque escuche los avisos solemnes de Dios, invoca una bendición sobre sí misma y piensa: «estaré seguro aunque persista en mis propios caminos». Escucha el llamamiento de Dios a la fe, la lealtad, la justicia y la santidad, y las maldiciones solemnes sobre aquellos que rechazan el llamamiento, pero no tiene intención de responder con obediencia a dicho llamamiento. Todo lo contrario: pretende seguir a otros dioses. Pero se persuade a sí mismo de que no pasará nada. Piensa que las maldiciones de Dios no significan realmente lo que dicen. De alguna manera, hay una tercera vía en la que el rechazo de la Palabra de Dios, la idolatría, la desobediencia y el pecado son perfectamente compatibles con la salvación y la bendición.

El autor repite el aviso (12:15) no tanto por el bien de la persona misma –que es obvio que no es creyente y perecerá–, sino por el efecto que esa persona puede causar sobre los creyentes genuinos al mezclarse con ellos con el pretexto de ser

también creyente. Los que les rodean pueden ser corrompidos y animados a vivir de forma relajada y condescendiente. *Arrastrados por el error de los inicuos* –como escribe Pedro–, pueden caer no de su salvación, sino de su firmeza (2 P. 3:17).

Así que procurad que no haya ningún Esaú entre vosotros –dice el autor–. Esaú era alguien bastante decente para los hombres, pero terriblemente *profano* (NIV, impío). Por la gracia providencial de Dios, fue el hijo mayor de Isaac y tenía los derechos de primogenitura. Si las promesas de Dios a Abraham e Isaac tenían valor, entonces la herencia del primogénito era algo tremendamente valioso. Pero para Esaú no significaba prácticamente nada.

Jacob estaba cocinando un guisado un día cuando llegó Esaú del campo hambriento. –¡Rápido, dame un poco de tu guiso, estoy hambriento! –le dijo a Jacob. –Dame tu primogenitura a cambio –respondió éste. –Mira, estoy a punto de morir –añadió Esaú–. ¿Para qué me sirven los derechos de primogenitura? Así que se los cambió a Jacob por un plato de estofado.

En la actualidad, algunos jóvenes son dados a la exageración. Así que cuando Esaú dijo que se estaba muriendo de hambre, supongo que quería decir que estaba muy hambriento, quizás terriblemente. Pero cambiar los derechos de primogenitura dados por Dios por un plato de estofado para calmar el hambre momentánea, Dios lo considera profano. Despreció su primogenitura y todas aquellas cosas sagradas que iban unidas a ella. La promesa de Dios a Abraham y a sus descendientes, aunque era maravillosa, era para el futuro. Esaú estaba diciendo, en efecto: «En cuanto a todas esas promesas para el futuro, Jacob, puedes quedarte con el lote si quieres. En lo que a mí respecta, un plato de estofado ahora es mucho más valioso que aquellas promesas para el futuro. No estoy dispuesto a pasar hambre por un montón de promesas, aunque sean las

Según Hebreos. Un reino incommovible

promesas de Dios. Prefiero tener el estómago lleno aquí y ahora. Si aferrarme a las promesas significa hambre y dolor, puedes quedártelas. Líbrame del dolor, haz que pueda disfrutar ahora».

La relevancia de la lección para los lectores de esta epístola es obvia. Para ellos, como para nosotros, había dos alternativas. Una era seguir a Cristo, lo que significa tomar la cruz y compartir el rechazo que Él sufrió a manos del mundo y que le llevó a esa cruz. Puede conducir –y para nuestros lectores condujo literalmente– a un verdadero sentimiento de vacío en el estómago. Por otro lado, podían rechazar a Cristo y su cruz y decir con Esaú: «No me importan las promesas de Dios en Jesucristo. No me importa vivir por fe. Hambre, persecución, ostracismo social, es más de lo que puedo o estoy dispuesto a soportar. Exijo pasarlo bien y tener el estómago lleno ahora. Tú puedes vivir en base a promesas vacías si quieres. Yo no voy a soportar el rechazo de mi familia, de mi grupo social o de mi nación, ni siquiera por Cristo».

Dos alternativas, por tanto, y sólo dos. ¿Dónde encontraremos la fuerza para elegir correctamente?

El aviso solemne

La última elección de la vida tiene que ser a la fuerza solemne. Se trata de aceptar a Dios y su Palabra o de rechazarlo todo (12:25). Al decidir qué escoger, es de crucial importancia tener un temor verdadero y realista de Dios.

Hay temor que es malo. Los temores neuróticos que proceden de una personalidad dañada y perturbada son obviamente malos y poco saludables. Así es el temor que surge de un concepto de Dios como un cruel tirano. Descubrir la realidad del amor de Dios echa fuera ese temor (1 Jn. 4:17, 18).

Pero no todo temor es malo. Los mecanismos dentro de nosotros que nos llevan a temer nos capacitan instintivamente para anticipar verdaderos peligros y evitarlos, y nos dan la fortaleza extra para escapar cuando el desastre amenaza. Estos mecanismos son saludables. Son comunes a las aves, a los animales y al hombre. Son el don de un Creador sabio y amoroso.

Y hay cosas que es saludable temer: hacer daño a un niño, por ejemplo, o romper el corazón de un ser querido. Lo supremo entre estas cosas es la posibilidad de provocar el desagrado y la ira de Dios.

Cuando el Señor Jesús preparó a sus discípulos para enfrentarse a la hostilidad y a la persecución, les habló no sólo del amor de Dios, sino del temor de Dios. *No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene el poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed* (Lc. 12:4-5). El mayor temor vencerá al menor.

El autor adopta ahora la misma forma de afrontar el tema en cuestión. «Considerad bien la situación y de forma realista —dice—. No habéis venido al monte Sinaí con sus truenos, con el temor que producía; habéis venido a algo mucho más tremendo, mucho más imponente. No a una montaña que se puede tocar, a algo tangible. Habéis venido al reino de lo espiritual. Habéis venido al monte de Sion; aquí está vuestra meta gloriosa y eterna.

»Aquí tenéis que enfrentaros a Dios, ahora no como el Padre, sino como el Juez de todos. Para estar seguros, Jesús está allí como Mediador del pacto, y su sangre habla de perdón. Pero ahora estamos tratando con las solemnes realidades de la augusta Majestad celestial. Aquellos que rechazaron a aquel que habló desde el monte Sinaí perecieron. ¡Cuánto más aquellos que rechacen a aquel que habla desde el cielo perecerán!»

Según Hebreos. Un reino incommovible

En los capítulos previos, el autor ha animado a estos creyentes judíos con el pensamiento de que Cristo es superior a Aarón, a Moisés y a Josué, y su sacrificio superior a los sacrificios animales. Ha señalado que las dos cosas no pueden ir unidas. No pueden mantener el nuevo pacto junto al antiguo. No pueden quedarse a la vez con Cristo y con los sacrificios animales. Tienen que escoger entre una cosa o la otra. No pueden combinarlas. Pero ahora les advierte que, si escogen quedarse con lo de antes, si se aferran a lo visible, al judaísmo, deben tener cuidado, porque no se puede jugar con Dios. Dios nos ofrece a las personas una posibilidad alternativa.

Dios nos ganará por medio del amor si puede; nos ofrecerá lo mejor y nos atraerá a Él, si puede, por medio de todas las glorias y prodigios de la salvación que ofrece Cristo; y Cristo es supremamente maravilloso. Es tan maravilloso que merece la pena ser perseguidos por amor a Él. Así que, apretemos los dientes y aguantemos. Pero si no lo soportamos y tampoco le seguimos, ni le amamos, ni creemos en Él, ¿entonces qué? Bueno, no existe otra segunda cosa mejor, no hay una alternativa moderadamente aceptable. Sin Cristo no hay nada que no sea el desastre final del que su salvación estaba destinada a salvarnos.

Dios conmovió una vez la tierra, pero ha prometido que el día de su segunda venida se conmoventá no sólo la tierra, sino también el cielo. Y cuando dice que va a hacer esto, se refiere a que toda la creación tal como la conocemos desaparecerá completamente; porque habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. ¡Cuán patético es que los hombres y las mujeres se aferren con tanto ahínco a lo material y a lo visible! Dentro de poco todo desaparecerá y se quedarán sin nada. El autor está diciendo a sus lectores: ¿no podéis ver que todo el lote va junto, y que aunque os atraiga tanto ahora, está destinado a desaparecer? En realidad no es nada, y pronto se irá y será

olvidado. Si te aferras a eso, te encontrarás en la eternidad sin nada. Lo único verdadero es Cristo y la salvación que Dios provee a través de Él.

Haremos bien en tener esto en cuenta cuando prediquemos el evangelio. Tengamos sumo cuidado en poner primero y en el lugar principal el amor de Dios con todo su alcance maravilloso. Asegurémonos de que hablamos bien del Salvador y de su salvación, para que los corazones de las personas puedan abrirse al calor del amor de Dios. Pero asegurémonos también de que somos honrados con ellos y avisémosles de que tendrán que entrar en el reino a través de mucha tribulación; que si vienen atraídos por el amor del Salvador, no obstante, han de tener en cuenta que tendrán que tomar la cruz y soportar persecución por amor a Él. Si vacilan, no dejemos de señalar que sólo hay dos alternativas: creer en Dios es para salvación; rechazar su voz lleva a perderse para siempre.

Y hay que hacer la elección ahora. Cuando Dios sacó a los israelitas de Egipto, no esperó hasta que estuvieran en la antesala de la tierra prometida para señalarles cuál era la verdadera meta de la redención. Él mismo fue a encontrarse con ellos en el desierto. Mostrando toda su majestad en el monte Sinaí, explicó a Israel que los había tomado sobre alas de águilas y los había traído a Él (Éx. 19:4). Él mismo era la meta. Allí y entonces les ofreció la tremenda gloria de entrar en una relación de pacto con Él. Allí y entonces tuvieron que decidir su respuesta. Dios les estaba hablando. Tenían que responder. No se podía postergar la decisión.

Lo mismo ocurre con nosotros. *Os habéis acercado al monte de Sion... a Jesús, el Mediador del nuevo pacto.* No dice: «Un día os acercaréis al monte de Sion, a la frontera entre el tiempo y la eternidad, y entonces el Juez tomará la decisión de si sois o no admitidos en su cielo». En Jesús, la eternidad ya ha invadido el tiempo. Él es nuestro Creador, es el Redentor. Es la

Según Hebreos. Un reino incommovible

verdadera meta de la vida. Es el Juez (Jn. 5:22-27). Aquí, en esta vida nos confronta *ahora*. Nos está hablando *ahora*. No se trata de un examen preliminar: son los finales. Nuestra eternidad depende de nuestra respuesta a Él; y tenemos que responder ahora. *He aquí ahora el día de salvación* (2 Co. 6:2). *Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones* (3:7).

Pero, una vez más, sale a la superficie la confianza del autor en la fe genuina de sus lectores. *Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.*

Exhortaciones finales

Con estos solemnes pensamientos en mente, podemos concluir leyendo el último capítulo. Es notorio que una epístola de esta índole, que nos ha elevado a los mismos cielos con las cosas gloriosas que ha dicho acerca del Salvador, termine con un capítulo lleno de exhortaciones e instrucciones prácticas. Estas cosas gloriosas son reales; necesariamente tienen que afectar a los detalles comunes de nuestro vivir diario.

De hecho mostraremos cuánto nos hemos gozado con nuestro estudio de esta epístola por la forma en que influya en los detalles de nuestra vida. No es incorrecto decir que lo que hemos disfrutado no merece la pena si no nos conduce por la gracia de Dios a buscar cumplir estas cosas. No pensemos, por tanto, que estas exhortaciones prácticas son incidentales y significan poco. Llegan a nosotros con todo el peso de todos los capítulos precedentes para apoyarlos. Requieren poco comentario. Cuando se trata de un asunto de exhortación práctica, lo que necesitamos no es más entendimiento, sino que en el corazón esté la intención de llevarlo a cabo.

13:1-4

Recordemos la persecución por la que estaban pasando los lectores. Si la persecución llegara a nuestro país, veríamos más la necesidad de esta exhortación; y muchos de nuestros triviales puntos de desacuerdo desaparecerían. Aprenderíamos a amar y valorar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo más de lo que quizás lo hacemos. Todavía hasta el día de hoy, en muchos países los creyentes viven con el temor de ser hechos prisioneros o están actualmente en prisión. ¡Cómo oraríamos si estuviéramos presos! Entonces recordemos a aquellos que lo están como si estuviéramos allí con ellos. ¡Porque en un sentido así es! Están en prisión por su firmeza en mantenerse en el evangelio del que depende nuestra salvación, por su lealtad al Salvador a quien nosotros tampoco debemos negar nunca. No podemos permitirnos olvidar la batalla que ellos luchan. ¡Estamos en la misma guerra!

Y amemos la pureza, buscando que la comunidad cristiana se mantenga libre de la inmoralidad sexual, los divorcios rápidos y de las perversiones que son una plaga en la sociedad contemporánea.

13:5, 6

Estos versículos reflejan una psicología excelente. Nos dicen cómo vivir con confianza como cristianos genuinos en un mundo terriblemente competitivo y sin principios. Debemos tener dinero, llevar vidas corrientes, tener un hogar, y la mayoría desea casarse y formar una familia. Entonces, ¿cómo pueden nuestras mentes liberarse del *amor* al dinero?

Comencemos por lo que Dios ha dicho. Él mismo ha dicho: *no te desampararé, ni te dejaré*. Esta promesa es de un poema que alguien recitó sobre las promesas dadas a Jacob cuando abandonó su hogar y salió a buscar un trabajo, una esposa y dinero suficiente para establecer un hogar propio (Gn. 28:15); fue

Según Hebreos. Un reino incommovible

repetida a Israel cuando Moisés estaba a punto de dejarlos (Dt. 31:6, 8); y posteriormente a Josué cuando estaba iniciando su poderosa empresa (Jos. 1:5). Ahora se nos repite a nosotros.

Puesto que Dios ha hablado y se ha comprometido con nosotros, podemos hablar y decir con confianza: *El Señor es mi ayudador*. Eso es un hecho. Merece que repitamos más fuerte. Y después podemos afirmar por nuestra parte: *no temeré*. Podemos hacerlo con confianza y con la determinación del que ha examinado todas las posibilidades y se atreve a preguntar: ¿qué puede hacer el hombre? Porque, lo peor que puede hacernos es enviarnos de este mundo a la presencia del Señor. Nuestros salarios y nuestro pan de cada día están en último término en las manos del Señor. No tenemos por qué temer; sólo tenemos que contentarnos con lo que nos da.

13:7, 8

Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Recordadlos, pero no hagáis un ídolo de ellos ni suspiréis por ellos. Sin duda algunos de ellos fueron gigantes espirituales, pero habrían admitido con toda libertad que todo lo recibieron de Jesucristo. Han muerto, pero Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos.

En los días del Antiguo Testamento, Dios era el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, que se daba a conocer a cada generación según su necesidad. Lo mismo es cierto de nuestro Señor Jesús. Lo que fue para Pablo, y lo que fue para Lutero, y para Spurgeon, lo mismo puede ser para nosotros. No tenemos que pedirle a Dios que vuelva a enviar a los personajes del pasado. Observamos sus vidas, vemos su final triunfante y agradecemos a Dios que todavía hoy contamos con la fuente de todo poder, que es inmutable; Jesucristo, el mismo de ayer, hoy y por los siglos.

13:9-18

Si dejamos atrás el judaísmo, ¿cómo encaminaremos nuestros pasos? Bien, *No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; sobre todo las que tienen que ver con comidas ceremoniales que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.* Es la gracia de Dios lo que nos fortalece. Doctrinas sobre comidas, bebidas, días santos y cosas parecidas son inútiles. El judaísmo mismo, según dice el autor, era una religión llena de prácticas y ritos en cuanto a comidas, bebidas, lavamientos, ceremonias y días santos, una religión dada por Dios. Y, sin embargo, en el centro de todo, había una ceremonia que mostraba que todo era inútil. *Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, eran quemados fuera del campamento, de forma que los sacerdotes que ministraban en el altar no participaban de aquellos sacrificios.* Hacían la ofrenda, llevaban la sangre, pero en vez de comerla como hacían con los otros sacrificios, tenían que sacar el cuerpo fuera del campamento y quemarlo (véase Lv. 4:13-21).

Mirad –dice el autor–, os mostraré el cumplimiento de aquello. Para santificar al pueblo con su sangre, Jesús sufrió fuera de la puerta y fuera del campamento. No ofreció su sacrificio como una ceremonia dentro del judaísmo. Lo dejó todo. Es cierto que el judaísmo con sus sacrificios era una figura, pero cuando llegó al sacrificio que quitó el pecado, Cristo fue sacado fuera de la puerta, fuera del campamento, fuera del judaísmo y de todos sus ritos. Aquellos que todavía se aferran al judaísmo no obtienen los beneficios de su sacrificio, igual que los sacerdotes que ministraban en el altar no podían comer del sacrificio que era quemado fuera de la puerta. Dios se ha cansado de sacrificios animales, de días santos, vestimentas, incienso, comidas y lavamientos ceremoniales. Su Hijo ha muerto fuera del campamento. *Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio.*

Según Hebreos. Un reino incommovible

Y entonces el autor añade algo que tiene que provocar a una fuerte punzada en los corazones de sus lectores. *Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.* ¿Qué? ¿Deben abandonar la ciudad de Jerusalén igual que el templo? Sí, tienen que hacerlo. Aquella ciudad sagrada estaba a punto de ser invadida y hollada por los gentiles durante siglos. Y Dios no pondría otra ciudad sagrada en su lugar. El día del estado sagrado, en el que la religión y los políticos formaban parte de una misma cosa, había pasado en lo que respectaba a Dios; y habría sido bueno para Europa y el mundo que los cristianos nunca hubieran intentado regresar a aquel antiguo orden y casar el cristianismo con la política, estableciendo ciudades en la tierra –sea Roma, Bizancio o Ginebra– como sus cuarteles politicorreligiosos. Pensemos en la aflicción y en la persecución de los grupos minoritarios, la represión de la conciencia y la terrible imperialización y mundanalidad en la iglesia que se habrían evitado.

Por otro lado, que el Señor nos ayude a perseguir lo verdadero. No nos conformemos con ser negativos. *Alabemos a Yahvéh en la hermosura de su santidad.* Hagamos que la enseñanza sobre Dios nuestro Salvador resulte atractiva por la forma en que vivimos y alabamos.

La verdadera alabanza es *fruto de labios* en adoración constante, confesando y dando gracias al nombre del Hijo de Dios, que *nos llamó por su gloria y excelencia* (2 P. 1:3). Y la verdadera adoración también consiste en hacer el bien de forma práctica, vivir de forma sacrificada, piadosa y con sumisión alegre al liderazgo espiritual y responsable, y orando por los evangelistas y maestros. La vida en la iglesia, a pesar de todas sus alegrías –y tristezas!–, es una tarea seria. Nuestros líderes espirituales cuidan de nosotros, y un día tendrán que dar cuentas ante el Señor y Cabeza de la Iglesia. Los pastores son responsables del rebaño que se ha encargado a su cuidado. Se

trata de una tarea exigente. Pero por encima de los pastores menores está el gran Pastor.

13:20, 21

Así que, por último, el autor nos recuerda una vez más lo que Dios ha hecho para que su inquebrantable compromiso de santificarnos sea posible. Para ser hechos santos, necesitamos un Pastor supremo que guíe nuestros pasos por los caminos de justicia. Por eso, el Dios que ha pactado hacernos santos resucitó de la muerte a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas. Podemos descansar seguros de que, a través de Él, Dios llevará a cabo cada uno de los términos del pacto que ha establecido por la sangre de su Hijo. La gloria y el mérito serán eternamente suyos.

13:22-25

La epístola se ha acabado; pero, puesto que el autor añade sus saludos personales, echemos un breve vistazo a través de sus ojos a la comunidad a la que ha estado escribiendo.

Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere pronto, iré a veros.

Nuestras mentes vuelan hacia aquel capaz y sensible joven de Listra que se unió a Pablo en sus viajes misioneros. En el transcurso de los años había ayudado a establecer iglesias en diferentes ciudades y países, y llevó a cabo la onerosa tarea de pastorear la enorme iglesia multirracial de Éfeso. Al parecer había sido hecho prisionero y, más recientemente, liberado; y el autor desea que sus lectores oigan las buenas nuevas. Se había convertido para ellos, así como para el autor, en *nuestro hermano Timoteo*. Sin duda se habían interesado por su obra y habían orado por él durante sus prisiones. Su liberación supondría una victoria de sus oraciones y un estímulo para su fe. Una visita suya sería ocasión de gran alegría.

Según Hebreos. Un reino incommovible

Nos paramos a pensar. ¡Cómo amplía nuestros horizontes la verdadera fe en Cristo! Nos hace salir de nuestras preocupaciones personales, estrechas, egoístas e incluso nacionales, y nos proporciona un interés internacional común en la obra y en los obreros de Cristo de todo el mundo, haciéndonos sentir parte integral de su gran imperio.

Saludad a todos vuestros pastores, y a todos los santos. Los de Italia os saludan. La gracia sea con vosotros.

Pensemos de nuevo. ¡Qué maravillosa realidad es la familia de Dios en la que nos introduce la fe en Cristo! Y, a pesar de las disputas familiares, cuán real es el afecto, nacido del Espíritu de Dios, que nos une en Cristo a través del mundo y de las edades.

Un maravilloso pueblo, estos antiguos cristianos de trasfondo hebreo. Hemos leído y reflexionado mucho sobre ellos. Hemos sido estimulados por su valor. Hemos aprovechado sus errores. Hemos aprendido a amarlos en el Señor. Porque eran personas reales, e incluso ahora viven con Cristo. Un día nos encontraremos con ellos y podremos decirles cuánto disfrutamos leyendo la epístola que originalmente estaba dirigida a ellos.

Preguntas

1. ¿Cómo nos ayuda «considerar a Cristo» a no desfallecer ni desanimarnos?
2. ¿Qué quiere decir la frase «combatiendo contra el pecado»?
3. ¿Qué razones nos da el autor para someternos a la disciplina de Dios? ¿Nos disciplina Dios siempre y sólo cuando hemos hecho algo malo?

4. Por comprar un plato de guiso rojo de Jacob al precio de su primogenitura, Esaú mereció el nombre de Edom (Gn. 25:30), que transmitió a sus descendientes, los edomitas. Los Herodes del Nuevo Testamento eran idumeos, es decir, edomitas. ¿Ves en su comportamiento algo que se parezca al de Esaú?
5. ¿En qué sentido nos hemos acercado al monte de Sion? ¿Confías en que tu nombre está ya escrito allí como uno de sus ciudadanos (cf. Lc. 10:20; Fil. 3:20; 4:3)?
6. ¿Cuál es la verdadera actitud cristiana ante la cuestión de ganarse la vida?
7. *Salgamos, pues, a él, fuera del campamento... porque no tenemos aquí ciudad permanente.* ¿Cuáles eran las implicaciones prácticas de esta exhortación para los lectores de nuestra epístola? ¿Cuáles son para nosotros?

